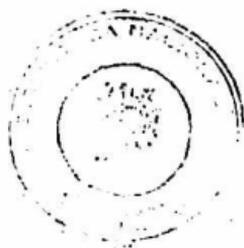


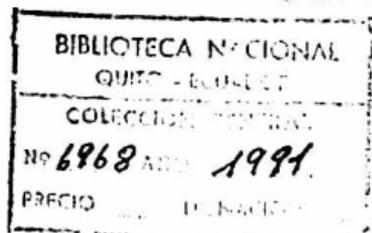
ANTOLOGÍA DE LA  
POESÍA  
HISPANOAMERICANA



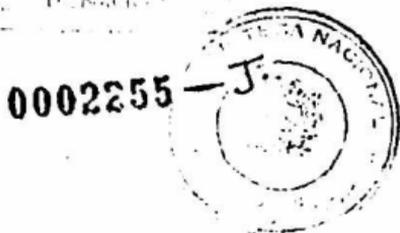
LEOPOLDO PANERO

ANTOLOGÍA DE LA  
POESÍA  
HISPANOAMERICANA

DESDE SUS COMIENZOS  
HASTA RUBÉN DARÍO



TOMO I



EDITORIA NACIONAL

1 9 4 4

---

IMPRESA SÁEZ. - BUEN SUCESO, 14, MADRID

## NOTA PRELIMINAR

*Al escoger y agrupar los poemas que integran esta ANTOLOGÍA, he querido, sobre todo, ofrecer, en generoso conjunto, una visión de la poesía lírica en lengua española escrita en América. No todos los poemas incluidos son, sin embargo, de inspiración estrictamente lírica. Tampoco responden todos a un mismo nivel de exigencia estética. En primer lugar, para seguir con un mínimo de fidelidad histórica y de objetividad literaria el despliegue poético de las naciones hispano-americanas, ha sido necesario recoger no pocas composiciones de carácter épicoheroico, o cuando menos político, donde alicenta la voluntad de afirmación continental y el ímpetu de independencia que desde las postrimerías del siglo XVIII y todo a lo largo del XIX, brota, con acento más o menos vibrante y genuino, de las entrañas mismas de los jóvenes pueblos hispánicos. Una buena porción de la Historia revolucionaria de América encuentra en estos poemas expresión y una cierta unidad ilusionada. La frenética retórica de que se sirren es propia de los tiempos y obedece a un impulso profundo. Pero la hora de la verdadera libertad creadora en su poesía y en su historia estaba lejos todavía.*

*De otra parte, me ha parecido conveniente transgredir varias veces mi propio criterio e insertar, en una proporción prudente, poemas representativos de las diversas nacionalidades hispano-americanas y de su distinta evolución literaria, generalmente en estrecha correspondencia con su gra-*

do de madurez política. Ahora bien, en determinadas instancias, esta voluntaria necesidad me ha forzado a rebajar un tanto el nivel de exigencia intrínseca, dando cabida a composiciones más o menos débiles, pero que en cada caso corresponden a una realidad histórico-literaria distinta. Creo que este criterio estético, ecléctico y flexible, era el único posible en la materia. Hay que tener en cuenta que este primer volumen abarca precisamente el período de crecimiento e integración, la expresión todavía balbuciente de una poesía recién nacida, muy poco homogénea, por lo tanto, en su desarrollo y en su límite de perfección. Mi propósito era, además, ofrecer un florilegio extenso y significativo de la muy abundante producción poética americana. Las antologías normalmente accesibles al lector español, o eran muy parciales e insuficientes, o estaban totalmente agotadas. Este último es el caso de la monumental «Antología de Poetas Hispano-americanos», seleccionada por don Marcelino Menéndez y Pelayo con ocasión del cuarto centenario del Descubrimiento, y editada a expensas y bajo el patrocinio de la Real Academia de la Lengua. Este libro, la sustanciosa «América Poética», de Gutiérrez, impresa en Valparaíso en 1846, y el exhaustivo acopio que con idéntico título publicó en París José Domingo Cortés en 1875, me han proporcionado la mayoría de los materiales en lo que a la época romántica y prerromántica se refiere, si bien he acudido siempre que me ha sido posible a fuentes más inmediatas. La «Antología» de Menéndez y Pelayo, la más sistemática e interesante de todas, sólo llega, por otra parte, al año 1892, y como no incluye, por expresa determinación, a los poetas todavía vivos en aquella hora, el tránsito del post-romanticismo al modernismo, el fenómeno seguramente más original y fecundo de la poesía hispano-americana, queda fuera de su ámbito. Sus espaciosos prólogos, llenos de lucidez, erudición y finura, son históricamente de un inestimable valor. Pero para comprender desde una perspectiva moderna la línea continua y viva

de esta poesía y su verdadero ciclo creador, hay que llegar justamente hasta Rubén Darío, a quien don Juan Valera había saludado gozosa, proféticamente casi, al comentar la insólita poesía de «Azul», y que por aquellas fechas había cruzado ya el umbral de su maravilloso destino. Por razones de tiempo y circunstancia, la «Antología» de don Marcelino acerca y trunca una evolución literaria hoy ya cerrada y completa. Federico de Onís recoge precisamente esta época de transición en su espléndida y minuciosa «Antología». Sucede siempre que los momentos de tránsito, de contorno huidizo, pertenecen tanto a su ayer como a su mañana. Me ha parecido, sin embargo, preferible alojar a estos poetas en el lugar que históricamente les es más cercano y afín, y donde, a mi juicio, alcanza su poesía la plenitud de su significación.

Después de la poesía de la primera hora colonial, consecuencia directa de la española, sucesivamente barroca y neoclásica, el estallido romántico brinda a los americanos la primera ocasión de independencia literaria e histórica frente a la tradición española. Desde ese instante, las influencias, sobre todo francesas e inglesas, se imbrican y superponen aparentemente a la castellana, que a pesar de todo, y como es lógico, permanece viva y soterrada, o salta al desnudo en medio de las más dispares y enmarañadas tendencias artísticas, venciendo, por la sola virtud de la palabra y la exigente unidad del lenguaje poético, cuantos extraños estímulos se deslizan, en impetuosa corriente muchas veces, por la nueva literatura hispánica. En cierto modo, el fenómeno guarda relación bastante estrecha en su desarrollo y consecuencias con el propio romanticismo español, que, además, ejerce un influjo directo en la poesía de América. En cualquier caso, no es fácil ni importa demasiado asimilar el proceso evolutivo de la lírica hispano-americana al de España o al de cualquier otra nación europea. Uno de los aspectos esenciales y la característica más sostenida de esta poesía es la mezcla y

*confusión de estilos, trasplantados desde Europa, y que no corresponden allí más que débilmente a las escuelas y formas poéticas inspiradoras. Por eso, más que deslindar estilísticamente la poesía americana según el orden y sucesión tradicional de la lírica europea a través de los siglos XVIII y XIX, conviene seguir su proceso de americanización, ver cómo la lengua poética se afianza y el acento se funde y penetra de intimidad genuina. La poesía americana es, a nuestro entender, eso: un proceso de estilización, pero propio, entrañado, único. El perspicaz crítico americano Pedro Henríquez Ureña, en su libro «Seis ensayos en busca de nuestra expresión», analiza muy certeramente este problema. Su punto de vista nos parece profundamente exacto y el más fértil para acercarse a esta poesía. Sin que eso quiera decir que no pueda filiarse y agruparse, según la terminología literaria europea, gran parte de la producción poética americana. Al contrario, resultan por demás visibles y evidentes las influencias que sobre ella pesan. Pero lo importante es lo otro: la corriente viva, delgada y soterraña al principio, que va ensanchándose poco a poco a lo largo del siglo romántico.*

*Las escuelas y movimientos que allí se producen no tienen generalmente más que una semejanza puramente nominal con las correlativas tendencias europeas. El romanticismo está en América íntimamente complicado a un fenómeno hondamente peculiar e históricamente propio. Sus raíces son tanto políticas como literarias. Se trataba, no sólo de combatir una tradición poética anterior en nombre de nuevos principios estéticos, sino de afirmar, sobre todo, la voluntad de ser, prevaleciéndose, para ello, de la circunstancia literaria que los tiempos brindaban. La tradición, tal como entendían este término los románticos europeos saturados de su propio ayer, no podía pesar demasiado en un pueblo tan joven, cuya voz era más bien eco y musical continuación de la poesía vigente en España. La ilusión y vehemente fantasía que empujaba hacia el futuro a los corazones románti-*

cos de Europa era de orden predominantemente artístico e imaginativo, aunque tuviera en ocasiones fisonomía política. En América la incitación política—en el más vasto sentido de la palabra—sobrepasa con mucho a la meramente literaria. El anhelo de afirmar el propio ser y de cobrar conciencia de la propia personalidad, el acetzante anhelo de expresión genuina, es lo que se transparenta a través de las palabras, en su conato y forcejeo interior, en su retórica insegura, en los temas líricos preferidos y en las mismas injerencias foráneas de la poesía romántica hispano-americana.

Todo el romanticismo americano es más que un movimiento estético. Es la forma que toma la expresión de la infancia nacional del Nuevo Mundo. Esta trabazón entre la política y la poesía, entre la acción histórica y la contemplación desinteresada, es uno de los rasgos más distintos y perdurables de la literatura americana. Tampoco se acusa únicamente este doble perfil íntimo en los poemas de índole propiamente heroica. Aun en la poesía lírico-descriptiva, preponderante en el momento neoclásico y muy afín siempre al estro americano, se revela esta esencial preocupación por afirmar lo vernáculo, lo único, lo diferenciador. No cantan un árbol o una montaña exclusivamente por su belleza, sino por lo que tienen de americano y propio. La naturaleza virginal, la noble maravilla intacta del continente americano, que como un cuerno de la abundancia, según la metáfora de Paul Claudel, derrama su enorme prodigio y la multitud de sus dones en las manos de los primeros colonizadores, se hace así materia de canto. La poesía descriptiva obedece en América a un doble estímulo. Con Chateaubriand y Humboldt, el color local se hace patrimonio romántico. Pero, además, esta exaltación responde en América a motivaciones extrapoéticas. Fray Manuel de Navarrete canta todavía en un lenguaje más o menos artificioso la gracia y variedad de la nueva naturaleza. Pero Bello, desde su «Alocución a la Poesía», pulsa su lira neoclásica para afirmar precisamente la belleza nueva frente a la an-



tigua, para distinguir políticamente el nuevo y el viejo mundo. El nacimiento de esta poesía descriptiva y la manera cómo se desprende en su lenguaje y acento de la tradición española, es fácil de seguir. La égloga renacentista que Pedro de Oña intercala en el canto V de su «Arauco Domado», aunque escrita en América y a la vista de su paisaje y con la precisa intención de cantarlo, nos sumerge inmediatamente en una atmósfera italianizante, nos traslada a la vieja y sabrosa enumeración garcilasiana de los elementos de la Naturaleza; y apenas si en algún momento suscita una emoción americana auténtica y verosímil. En Bello ya es otra cosa. Pero es Heredia el que más tarde, en pleno triunfo del romanticismo, confiere a las palabras, además de música y número, arrebató y entrañamiento.

El descubrimiento de una naturaleza virginal—la América fragante de Cristóbal Colón, de que nos hablará Rubén—, empapada todavía por el rocío y el profundo silencio de un mundo anterior a la creación del hombre, hubo forzosamente de producir en los primeros españoles un efecto de súbito pasmo y esplendor. Un hálito edénico parece todavía manar de las tierras y de las aguas y estremecer las verdes y claras selvas incógnitas, las llanuras rumoreantes e infinitas y los anchos y poderosos ríos que brotan del corazón antiguo de los Andes. Este sentimiento de hallazgo cósmico, de revelación misteriosa; esta luz insólita, este mágico efluvio de un mundo enorme y virgen—«que el indio sol tornasola»—encuentra expresión, más que en la poesía épica o descriptiva de los conquistadores y colonizadores, en las cartas de relación, en las crónicas de Indias, en el minucioso y atónito mensaje de los viajeros e historiadores, que llenan, con el pormenor de la hermosura abierta ante sus ojos, páginas de estupor y maravilla en las que traducen al viejo y familiar lenguaje las cosas hasta entonces desconocidas e innominadas, describiendo, por comparación y como al fluir de una metáfora continua, los nuevos seres y prodigios, árboles y alimañas, flores y hom-

bres. En esta prosa concisa y figurativa, largamente entrecorrida de nombres indígenas todavía vacilantes en su grafía y sonoridad, como *entrecoidos e inseguros*, empieza a dibujarse y colorearse el nuevo mundo natural. Esta maravillosa aventura del idioma enriquece y ensancha los medios expresivos del viejo castellano. Es una permanente delicia oír cómo para describir y asediar un árbol ignoto o un monte estupendo, lo comparan con algo remotamente parecido que extraen del fondo de sus recuerdos, afincados en cualquier vieja aldea extremeña, en cualquier ciudad castellana que les brinda término amoroso de contraste y semejanza, teniendo muchas veces que juntar poéticamente atisbos de varias cosas para lograr dar impresión de unidad a una sola. Y enumeran así sucesivamente diversas palabras para tomar de cada una una propiedad, un matiz, una cualidad que rinda algo de la sustancia de la nueva cosa. El procedimiento es, pues, estrictamente poético. Y, por lo demás, el único; el que está siempre a la base y cimiento de todo lenguaje. Estas relaciones, enviadas a España para general conocimiento y admiración de las gentes, condensan en su estilo directo, vívido, llano y jugoso, la primera contemplación lírica de la Tierra Firme. Sólo más tarde, cuando la conquista acaba y es más sólida y estable la organización castrense, administrativa y religiosa de las nuevas comarcas, comienzan los poetas a darnos en sus versos dulces y rápidos vislumbres de la entraña virginal de América. Pero en esos momentos la literatura española es demasiado fuerte y metropolitana—estamos en pleno Siglo de Oro—para que pueda, fuera de ella y en los límites de su imperio espiritual, fertilizar vigorosamente nada que no dimanase de su estilo entrañable y de su ámbito propio. Ninguno de nuestros grandes poetas, al contrario de lo que sucede en Portugal, hace de las conquistas, navegaciones y descubrimientos tema entrañable de su canción. El fenómeno es más bien inverso. Los más altos ingenios americanos, Alarcón, por ejemplo, se sienten inmediata-

mente atraídos por lo estrictamente español. Cetina va a Méjico, pero no hoy en su poesía apenas huella de esta estancia en la alta tierra solar de la Nueva España. Lo mismo les sucede a otros varios. La única excepción importante es la de Bernardo de Valbuena, cuya «Grandeza Mexicana» es en rigor el primer libro de poesía donde palpita la naturaleza americana. «Si de algún libro hubiéramos de hacer datar la poesía americana propiamente dicha, en éste nos fijáramos, más bien que en el «Arauco Domado», de Pedro de Oña, aunque éste fuera chileno y Valbuena español», afirma don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Así, pues, es necesario llegar al romanticismo para descubrir la poesía conscientemente americanizada, profundamente inmersa en sí misma, luchando por encontrar su expresión más honda. Al comenzar el siglo XIX América siente «urgencia romántica de expresión», dice P. Henríquez Ureña. Pero la poesía americana no logra encontrar su propio tono ni revelar su más íntima condición espiritual hasta las postrimerías del siglo XIX. La elaboración de sus formas de sensibilidad es lenta y tardía. El problema que esencialmente tiene que resolver es el de la creación de su propio lenguaje poético, entendiendo por tal el sistema de símbolos e intuiciones que requieren para ser expresados acento personal e inconfundible. Por eso, en su arranque barroco y neoclásico, la poesía americana es una pura consecuencia de nuestra profunda tradición literaria. El único tema que se independiza en este período es el geórgico, que desde Bello; y a través de los colombianos Gutiérrez y Ortiz, llegará en pleno modernismo hasta Leopoldo Lugones. El habla que nosotros llevamos a América traslada al mismo tiempo la íntima esencia de nuestra cultura. Es una lengua vieja y castigada, llena de antiguas resonancias, ardientemente trabajada por el espíritu, imperativa y misteriosa en el acento de verdad que confiere a la materia poética. Como mensajera de un alma y una voz y, estéticamente, como expresión de una sensibilidad in-

*tensamente propia, la palabra de Castilla va a extender mágicamente el imperio de nuestro espíritu. Pero llega un momento en que los pueblos de América sienten la necesidad de expresarse anímicamente, de una manera honda y peculiar. No se trata, naturalmente, de cambiar el idioma, aunque se hicieran a la sazón algunas ingenuas tentativas en ese sentido, sino de dotarle, en sus estratos más finos y delicados, de una especial plasticidad anímica que le capacite para la genuina expresión de la nueva naturaleza. El romanticismo no propicia tampoco una revelación entrañable del alma americana, pero la inicia y la prepara. Poco a poco la palabra poética va cobrando sabor y tristeza, gracia y latido, en la unidad de un mismo lenguaje y en la variedad del espíritu hispánico. El romanticismo transmite a la poesía americana una mayor sinceridad y vivacidad expresiva, que, a trueque de un cierto desaliño y de una retórica improvisada, agilita y libera la rigidez neoclásica, colorea interiormente la palabra y permite una descripción más personal y auténtica de la naturaleza y del paisaje, sentidos entonces por vez primera, no en función puramente geográfica y política, y apasionadamente cantados en estilo no exento de énfasis, pero comunicado vehementemente de la hermosura natural del mundo. Pero aparte de este sentimiento de la naturaleza que empapa bienhechoramente el lenguaje de la poesía, la revolución romántica americana carece de impulso espiritual suficiente para crear formas estéticas personales. Por esa grave razón, el romanticismo, tanto en España como en América, se hace pronto retórico e inexpressivo, reiterativo y anacrónico, de tal modo que al declinar y ceder en su impetu verbal la poesía hispánica, sin fuerzas para seguir una viva evolución interior, espiritualmente determinada, queda exánime y sin contenido. Esa es, aproximadamente, la situación de la lírica hispanoamericana hacia 1860. El movimiento romántico, esencialmente debilitado, agota y muere una serie de formas expresivas, que acaban por perder toda virtualidad poética.*

Bécquer, por ejemplo, que llega tarde al romanticismo, lo reconoce así con seguro instinto, y humilde y verdadero como es, tiene necesidad de desnudarse y despojarse de todo ropaje retórico para poder expresar la intensa y viva soledad de su corazón; y esto, por condiciones personales, completamente inherentes a su poesía y a su ser, pero en mucha medida por lúcida convicción artística y exacta visión de la circunstancia histórica en que le tocaba vivir. En cierto sentido, Bécquer se encara, por razones algo diversas, con el mismo problema de sensibilidad que los poetas americanos que le van a suceder inmediatamente tendrán que resolver según la peculiar condición íntima de cada uno. Evidentemente, la poesía de Bécquer, de tan pura interioridad humana, requiere una expresión anímica y misteriosamente clara, voluntariamente pobre y desahogada, directa y enteriza. La solución que Bécquer ofrece es supremamente sencilla y personal. Pero no por eso deja de ejercer influencia estilística muy viva en la poesía subsiguiente. Bécquer cambia el ritmo y el tono, flexibiliza la palabra y la hace descansar directamente sobre la intensidad del sentimiento, devuelve naturalidad a la voz poética y, al mismo tiempo, la cubre de gracia y de misterio. Al descegar y restaurar en su honda limpidez expresiva el lenguaje de la poesía, Bécquer abre el nuevo y transparente camino de la sensibilidad creadora. Es la hora post-romántica, en que la verdadera poesía se recoge melancólicamente en su soledad y refrena castamente su vuelo retórico; hora desengañada y sincera, de dolorosa afirmación interior, en que los valores puramente líricos tornan a ser raíz de la canción.

El poeta mejicano Manuel Gutiérrez Nájera es, en el orden del tiempo, el primero que de una manera suficiente, vívida y auténtica, consigue comunicar al lenguaje poético ese son de inocencia y misterioso toque de personalidad que mantiene un equilibrio de pureza entre lo que se dice y se calla, entre lo que se expresa y se sugiere: que esa es, en definitiva, la esencia de toda lírica.

*En Francia se dió el nombre de simbolismo, desde Baudelaire, a esa aspiración de la poesía hacia su expresión mágica; en América, subrayando su radical novedad, se la llamó simplemente poesía modernista. Lo que hay precisamente de nuevo en la poesía de Gutiérrez Nájera, al menos en sus momentos más puros y esenciales, es el timbre, el arranque elegiaco, temporal y musical de la palabra. Con él entra en la poesía hispanoamericana la música interior del nuevo estilo que va a estremecer tan duraderamente el lenguaje de la poesía de España y de América. Gutiérrez Nájera murió en el umbral de la madurez. Su obra coincide o es inmediatamente seguida por la de Julián del Casal y José Asunción Silva, y aunque con características diferentes y sencilla humildad por la sencilla, fervorosa e intensa poesía de José Martí. Sus respectivas obras poéticas difieren en muchas cosas, pero todas ellas ofrecen una esencial coincidencia: la estilización de los medios expresivos, la creación de un nuevo lenguaje poético, la gracia y levedad a través de la cual se vierte el contenido del espíritu.*

*Aun sin la aparición de Rubén Darío, la lírica hispanoamericana de este período hubiera alcanzado permanente significación histórica. Cuando en 1888 irrumpe genialmente el poeta de «Azul» y en 1896 el de «Prosas-Profanas», la poesía general española cobra conciencia de su unidad espiritual. Pero no queremos ahora hablar de Rubén Darío, sino referirnos a él en cuanto viene a ser su poesía la síntesis suprema de este largo proceso creador de la sensibilidad lírica hispanoamericana. Con Rubén Darío empieza decisivamente nuestra época. El estudio de su obra y de su personalidad corresponde al segundo volumen de esta ANTOLOGÍA.*

L. P.

## PEDRO DE OÑA

Chileno

1560

### FRAGMENTOS DEL CANTO V DEL "ARAUCO DOMADO"

Estaba a la sazón Caupolicano  
en un lugar ameno de Elicura,  
do por gozar el sol en su frescura,  
se vino con su palla mano a mano;  
merece tal visita el verde llano,  
por ser de tanta gracia y hermosura;  
que allí las flores tienen por floreo  
colmalle las medidas al deseo.

Allí jamás entró el septiembre frío;  
nunca el templado abril estuvo fuera;  
allí no falta verde primavera  
ni asoma crudo invierno y seco estío.  
Allí, por el sereno y manso río,  
como por transparente vidriera,  
las náyades están a su contento  
mirando cuanto pasa en el asiento.

Tal vez del rojo sol se están burlando,  
que por colar allí su luz febea,  
con los tejidos árboles pelea,  
que al agua están mirándose, mirando;  
tal vez de ver que el viento respirando  
a los hojosos ramos lisonjea,  
tal vez de que los dulces ruisseñores  
cantando les descubran sus amores.

Entre una y otra sierra levantadas,  
que van a dar al cielo con las frentes  
y al suelo con sus fértiles vertientes,  
la deleitosa vera está fundada.  
¡Oh, quién tuviera pluma tan cortada  
y versos tan medidos y corrientes,  
que hicieran el vestido deste valle,  
cortado a la medida de su talle!

En todo tiempo el rico y fértil prado  
está de hierba y flores guarnecido,  
las cuales muestran siempre su vestido  
de trémulos aljófares bordado:  
aquí veréis la rosa de encarnado,  
allí el clavel de púrpura teñido,  
los turquesados lirios, las violas,  
jazmines, azucenãs, amapolas.

Acá y allá, con sopro fresco y blando,  
los dos Favonio y Céfiro las vuelven,  
y ellas, en pago desto, los envuelven  
del suave olor que están de sí lanzando;  
entre ellas las abejas susurrando,  
que el dulce pasto en rubia miel resuelven,  
ya de jacinto, ya de croco y clicie,  
se llevan el cohollo y superficie.

Revuélvese el arroyo sinüoso,  
hecho de puro vidrio una cadena,  
por la floresta plácida y amena,  
bajando desde el monte pedregoso;  
y con murmurio grato sonoro  
despacha al hondo mar la rica vena,  
cruzándola y haciendo en varios modos  
descansos, paradillas y recodos.

Vense por ambas márgenes poblados  
el mirto, el salce, el álamo, el aliso,  
el sauce, el fresno, el nardo, el cipariso,  
los pinos y los cedros encumbrados,  
con otros frescos árboles copados  
traspuestos del primero paraíso,  
por cuya hoja el viento en puntos graves  
el bajo lleva al tiple de las aves.

También se ve la hiedra enamorada,  
que con su verde brazo retorcido  
ciñe lasciva el tronco mal pulido  
de la derecha haya levantada;  
y en conyugal amor se ve abrazada  
la vid alegre al olmo envejecido,  
por quien sus tiernos pámpanos prohija,  
con que lo enlaza, encrespa y ensortija.

En corros andan juntas y escondidas  
las driadas, oréadas, napeas,  
y otras ignotas mil silvestres deas,  
de sátiros y faunos perseguidas;  
en álamos Lampecies convertidas,  
y en verdes lauros vírgenes Peneas,  
que son, por conocerse tan hermosas,  
selváticas, esquivas, desdeñosas.

Por los frondosos débiles ramillos  
que con el blando céfiro bracean,  
en acordada música gorjean  
mil coros de esmaltados pajarillos;  
cuyos acentos dobles y sencillos  
sus puntos y sus cláusulas recrean  
de tal manera el ánima, que atiende,  
que se arrebatada, eleva y se suspende.

Entre la verde juncia en la ribera  
veréis el blanco cisne paseando,  
y alguna vez en dulce voz mostrando  
haberse ya llegado a la postrera;  
súblimes por el agua el cuerpo fuera,  
veréis a los patillos ir nadando,  
y cuando se os esconden y escabullen,  
¡qué lejos los veréis de do zabullen!

Pues por el bosque espeso y enredado  
ya sale el jabalí cerdoso y fiero,  
ya pasa el gamo tímido y ligero,  
ya corren la corcilla y el venado,  
ya se atraviesa el tigre variado,  
ya penden sobre algún despeñadero  
las saltadoras cabras montesinas  
con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos  
por la frisada, tosca y dura peña  
en fugitivo golpe se despeña,  
llevándose de paso los oídos;  
en medio de los árboles floridos  
y crespos de la hojosa y verde greña,  
enfrena el curso oblicuo y espumoso,  
haciéndose un estanque deleitoso.



Por su cristal bruñido y transparente  
las guijas y pizarras de la arena,  
sin recibir la vista mucha pena,  
se pueden numerar distintamente;  
los árboles se ven tan claramente  
en la materia líquida y serena,  
que no sabréis cuál es la rama viva,  
si la que está debajo o la de arriba.

Titán, al tramontarse, lo saluda,  
tornando sus arenas de oro fino,  
y para descansar de su camino  
no tiene otro lugar a donde acuda;  
la verde hierba nace tan menuda  
orillas del estero cristalino,  
y toda por igual por dondequiera,  
como si la cortaran con tijera.

Aquí ninguna especie de ganado  
fué digna de estampar su ruda huella,  
ni se podrá alabar de que con ella  
dejase a su esplendor contaminado;  
tan solamente el niño Dios alado  
en esta parte vive y goza della,  
y esparce tiernamente por las flores  
alegres y dulcísimos amores.

Aquí Caupolicano caluroso  
con Fresia, como dije, sesteaba,  
y sus pasados lances le acordaba  
por tierno estilo y término amoroso.  
No estaba de la guerra cuidadoso.  
no cosa por su cargo se le daba,  
porque do está el amor apoderado,  
apenas puede entrar otro cuidado.

Por una parte el sitio le provoca ;  
la ociosidad por otro le convida  
para comunicar a su querida  
palabra, mano, pecho, rostro y boca,  
y al regalado son que amor le toca,  
le canta: "Dulce gloria, dulce vida,  
¿quién goza como yo de bien tan alto,  
sin pena ni temor ni sobresalto ?

"¿Hay gloria o puede habella que se iguale  
con esta que resulta de tu vista?  
¿Hay pecho tan de nieve que resista  
al fuego y resplandor que della sale?  
¿Qué vale cetro y mando, ni qué vale  
del universo mundo la conquista,  
respecto de lo que es haberla hecho  
al muro inexpugnable de tu pecho?

"¡ Dichosos los peligros desiguales  
en que por ti me puse, amores míos!  
Dichosos tus desdenes y desvíos,  
dichosos todos estos y otros males ;  
pues ya se han reducido a bienes tales,  
que entre estos altos álamos sombríos,  
tu libre cuello rindas a mis brazos  
y a tan estrechos vínculos y abrazos."

"¡ Ay, Fresia le responde, dueño amado,  
y como no es de amor perfecto y puro  
hallarse en el contento tan seguro,  
sin pena, sin temor y sin cuidado ;  
pues nunca tras el dulce y tierno estado  
se deja de seguir el agro y duro,  
ni viene el bien, si vez alguna vino,  
sin que le ataje el mal en su camino !

... ..

Caupolican replica: "¿Quién es parte,  
por más que se nos muestre el hado esquivo,  
para que desta gloria que recibo  
y deste bien tan próspero me aparte?  
No hay para qué, señora, recelarte,  
que en esto habrá mudanza mientras vivo,  
y pues que estoy seguro yo de muerte,  
estarlo puedes tú de mala suerte.

"Sacude, pues, del pecho esos temores  
que sin razón agora te saltean,  
y no te dé ninguno de que sean  
menos de lo que son nuestros amores."  
Con esto se levantan de las flores,  
y alegres por el prado se pasean,  
aunque ella no del todo enajenado  
su cuidadoso pecho de cuidado.

Descienden al estanque juntamente;  
que los está llamando su frescura,  
y Apolo, que también los apresura,  
por se mostrar entonces más ardiente;  
el hijo de Leocán, gallardamente,  
descubre la corpórea compostura,  
espalda y pechos anchos, muslo grueso,  
proporcionada carne y fuerte hueso.

Desnudo al agua súbito se arroja,  
la cual, con alboroto encanecido,  
al recibirle forma aquel ruido  
que el árbol sacudiéndole la hoja;  
el cuerpo en un instante se remoja,  
y esgrime el brazo y músculo fornido,  
supliendo con el arte y su destreza  
el peso que le dió naturaleza.

Su regalada fresa, que lo atiende,  
y sola no se puede sufrir tanto,  
con ademán airoso lanza el manto  
y la delgada túnica desprende;  
las mismas aguas frías enciende;  
al ofuscado bosque pone espanto,  
y Febo de propósito se para  
para gozar mejor su vista rara.

Abrásase mirándola, dudoso,  
si fuese Dafne en lauro convertida,  
de nuevo al ser humano reducida,  
según se siente della codicioso;  
descúbrese un alegre objeto hermoso,  
bastante causador de muerte y vida,  
que el monte y valle, viéndolo, se ufana,  
creyendo que despunta la mañana.

Es el cabello liso y ondeado,  
su frente, cuello y manos son de nieve,  
su boca de rubí, graciosa y breve,  
la vista garza, el pecho relevado;  
de torno el brazo, el vientre jaspeado,  
columna a quien el Faro parias debe,  
su tierno y albo pie por la verdura  
al blanco cisne vence en la blancura

Al agua sin parar saltó ligera,  
huyendo de miralla, con aviso  
de no morir la muerte que Narciso,  
si dentro la figura propia viera;  
mostrósele la fuente placentera,  
poniéndose en el temple que ella quiso,  
y aún dicen que de gozo al recibilla  
se adelantó del término y orilla.

Va zbullendo el cuerpo sumergido,  
que muestra por debajo el agua pura  
del cándido alabastro la blancura,  
si tiene sobre sí cristal bruñido;  
hasta que da en los pies de su querido,  
adonde, con el agua a la cintura,  
se enhiesta, sacudiéndose el cabello  
y echándole los brazos por el cuello.

... ..

Alguna vez el ñudo se desata,  
y ella se finge esquivada y se escabulle;  
mas el galán, siguiéndola, zbulle,  
y por el pie nevado la arrebatada;  
el agua salta arriba vuelta en plata,  
y abajo la menuda arena bulle;  
la tórtola envidiosa que los mira,  
más triste por su pájaro suspira.

... ..

## SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Mexicana

1651

1691

### A SU RETRATO

Este que ves, engaño colorido,  
que del arte ostentando los primores,  
con falsos silogismos de colores,  
es cauteloso engaño del sentido;

Este en quien la lisonja ha pretendido  
excusar de los años los horrores,  
y, venciendo del tiempo los rigores,  
triunfar de la vejez y del olvido;

Es un vano artificio del cuidado;  
es una flor al viento delicada;  
es un resguardo inútil para el Hado;

Es una necia diligencia errada;  
es un afán caduco; y bien mirado,  
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada

### PYRAMO Y TYSBE

De un funesto moral la negra sombra,  
de horrores mil y confusiones llena,  
en cuyo hueco tronco, aun hoy, resuena  
el eco, que doliente a Tysbe nombra;

cubrió la verde y matizada alfombra,  
en que Pyramo, amante, abrió la vena  
del corazón, y Tysbe de su pena  
dió la señal, que aun hoy al mundo asombra.

Mas viendo del amor tanto despecho  
la muerte, entonces de ellos lastimada,  
sus dos pechos juntó con lazo estrecho;

mas ¡ay! de la infeliz y desdichada,  
que a su Pyramo dar no puede el pecho  
ni aun por los duros filos de una espada.

### DECIMAS

¿Ves de tu candor, que apura  
al alba el primer albor?  
Pues tanto el riesgo es mayor  
cuanto es mayor la hermosura:  
no vivas de ello segura,  
que si consientes errada

que te corte mano osada  
por gozar beldad y olor,  
en perdiéndose el color,  
también serás desdichada.

¿ Ves a aquel que más indicia  
de seguro en su fineza?  
Pues no estima la belleza  
más de en cuanto la codicia.  
Huye la astuta caricia,  
que si necia y confiada  
te aseguras en lo amada,  
te hallarás después corrida;  
que en llegando a poseída,  
también serás desdichada.

A ninguno tu beldad  
entregues, que es sin razón  
que sirva tu perfección  
de triunfo a su vanidad.  
Goza la celebridad  
común, sin verte empleada  
en quien, después de lograda,  
no te acierte a venerar;  
que en siendo particular,  
también serás desdichada.

## REDONDILLAS

Arguye de inconsecuencia el gusto y la cen-  
sura de los hombres, que en las mujeres acu-  
san lo que causan.

Hombres necios que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis;

si con ansia sin igual  
solicitáis su desdén,  
¿por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,  
y luego con gravedad  
decís que fué liviandad  
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco  
al niño que pone el coco  
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia  
hallar a la que buscáis,  
para pretendida, Thais,  
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro  
que el que, falto de consejo,  
él mismo empaña el espejo  
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén  
tenéis condición igual,  
quejándoos, si os tratan mal.  
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,  
pues la que más se recata,  
si no os admite, es ingrata,  
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,  
que con desigual nivel  
a una culpáis por cruel  
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende,  
si la que es ingrata ofende  
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena  
que vuestro gusto refiere,  
bien haya la que no os quiere  
y quejaos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas  
a sus libertades alas,  
y después de hacerlas malas  
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
en una pasión errada:  
la que cae de rogada  
o el que ruega de caído?

¿O cuál es de más culpar,  
aunque cualquiera mal haga:  
la que peca por la paga  
o el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis  
de la culpa que tenéis?  
Queredlas cual las hacéis  
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,  
y después con más razón  
acusaréis la afición  
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo  
que lidia vuestra arrogancia,  
pues en promesa e instancia  
juntáis diablo, carne y mundo.

## DECIMAS

Esmera su respetuoso amor, habla  
con el retrato, y no calla con él,  
dos veces dueño.

Copia divina en quien veo  
desvanecido al pincel,  
de ver que ha llegado él  
donde no pudo el deseo;  
alto, soberano empleo  
de más que humano talento,  
exenta de atrevimiento,  
pues tu beldad increíble,  
como excede a lo posible,  
no la alcanza el pensamiento.

¿Qué pincel tan soberano  
fué a copiarte suficiente?  
¿Qué numen movió la mente?  
¿Qué virtud rigió la mano?  
No se alabe el arte vano  
que te formó peregrino;  
pues en tu beldad convino,  
para formar un portento,

fuese humano el instrumento,  
pero el impulso, divino.

Tan espíritu te admiro,  
que cuando deidad te creo  
hallo el alma que no veo  
y dudo el cuerpo que miro:  
todo el discurso retiro,  
admirada en tu beldad;  
que muestra con realidad,  
dejando el sentido en calma,  
que puede copiarse el alma,  
que es visible la deidad.

Mirando perfección tal,  
cual la que en ti llego a ver,  
apenas puedo creer  
que puedes tener igual:  
y a no haber original  
de cuya perfección rara  
la que hay en ti se copiara,  
perdida por tu afición,  
segundo Pigmaleón  
la animación te impetrara.

Toco, por ver si escondido  
lo viviente en ti parece.  
¿Posible es que de él carece  
quien roba todo el sentido?  
¿Posible es que no ha sentido  
esta mano que le toca?  
¿Y a que atiendas te provoca  
a mis rendidos despojos?  
¿Que no hay luz en esos ojos?  
¿Que no hay voz en esa boca?



Bien puedo formar querrel<sup>la</sup>,  
cuando me dejas en calma,  
de que me robas el alma  
y no te animas con ella;  
y cuanto altivo atropella  
tu rigor mi rendimiento,  
apurando el sufrimiento  
tanto tu piedad se aleja,  
que se me pierde la queja  
y se me logra el tormento.

Tal vez pienso que piadoso  
respondes a mi afición,  
y otras teme el corazón  
que te esquivas desdeñoso:  
ya alienta el pecho dichoso,  
ya infeliz al rigor muere;  
pero, como quiera, adquiere  
la dicha de poseer,  
porque al fin en mi poder  
serás lo que yo quisiere.

Y aunque ostentes el rigor  
de tu original fiel,  
a mí me ha dado el pincel  
lo que no puede el amor:  
dichosa vivo al favor  
que me ofrece un bronce frío;  
pues aunque muestres desvío,  
podrás, cuando más terrible,  
decir que eres imposible,  
pero no que no eres mío.

# AUTO SACRAMENTAL DEL DIVINO NARCISO

(Fragmento.)

NARCISO.

Llego: mas ¡qué es lo que miro!  
¡Qué soberana hermosura!  
Afrenta con su luz pura  
todo el celestial zafiro:  
Del sol el luciente giro,  
con todo el curso luciente,  
que da desde Ocaso a Oriente,  
no esparce en signos y estrellas  
tanta luz, tantas centellas,  
como da sola esta fuente.

Cielo y tierra se ha cifrado  
a componer su arrebol;  
el cielo con su esplendor,  
y con sus flores el prado;  
la esfera se ha trasladado  
toda a quererla adornar;  
pero no, que tan sin par  
belleza, todo el desvelo  
de la tierra ni del cielo  
no lo pudieran formar.

Recién abierta granada  
sus mejillas sonrosea,  
sus dos labios hermosea  
partida cinta dorada,  
por quien la voz delicada,  
haciendo al coral agravio,  
despide el aliento sabio,  
que así a sus claveles toca;

leche y miel vierte la boca.  
panales destila el labio.

Las perlas que en concha breve  
guarda, se han asimilado  
al rebaño, que, apiñado,  
desciende en copos de nieve:  
el cuerpo, que gentil mueve  
el aire, a la palma toma;  
los ojos por quien asoma  
el alma en su resplandor,  
muestra con luces de sol  
benignidad de paloma.

Terso el bulto delicado,  
de lo que a la vista ofrece,  
parva de trigo parece,  
con azucenas vallado:  
de marfil es torneado  
el cuello, gentil columna;  
no puede igualar ninguna  
hermosura a su arrebol,  
escogida como el sol  
y hermosa como la luna.

Con un ojo solo bello  
el corazón me ha abrasado  
el pecho me ha traspasado  
con el rizo de un cabello:  
abre el cristalino sello  
de ese centro claro y frío  
para que entre el amor mío;  
mira que traigo escarchada  
la crencha de oro, rizada  
con las perlas del rocío.

Ven, esposa, a tu querido,  
rompe esta cortina clara,  
muéstrame tu hermosa cara,  
suene tu voz a mi oído;  
ven del Líbano escogido,  
acaba ya de venir,  
y coronaré el Ofir  
de tu madeja preciosa  
con la corona olorosa  
de Amaná, Hermón y Sanir.

### SONETO

En que da moral censura a una rosa  
y en ella a sus semejantes.

Rosa divina, que en gentil cultura,  
eres con tu fragante sutileza  
magisterio purpúreo en la belleza,  
enseñanza nevada a la hermosura:

Amago de la humana arquitectura,  
ejemplo de la vana gentileza,  
en cuyo ser unió naturaleza  
la cuna alegre y triste sepultura:

¡cuán altiva en tu pompa, p̄sumida,  
soberbia, el riesgo de morir desdeñas,  
y luego, desmayada y encogida,

de tu caduco ser das mustias señas  
con que con docta muerte y necia vida  
viviendo engañas y muriendo enseñas!

## SONETO

En que satisface un recelo  
con la retórica del llanto.

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,  
como en tu rostro y tus acciones vía  
que con palabras no te persuadía,  
que el corazón me vieses deseaba:

y Amor, que mis intentos ayudaba,  
venció lo que imposible parecía;  
pues entre el llanto que el dolor vertía,  
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien: baste;  
no te atormenten más celos tiranos,  
ni el vil recelo tu quietud contraste

con sombras necias, con indicios vanos;  
pues ya en líquido humor viste y tocaste  
mi corazón deshecho entre tus manos.

## SONETO

Detente sombra de mí bien esquivo,  
imagen del hechizo que más quiero,  
bella ilusión, por quien alegre muero,  
dulce ficción, por quien penoso vivo:

si al imán de tus gracias atractivo  
sirve mi pecho de obediente acero,  
¿para qué me enamoras lisonjero,  
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho  
de que triunfa de mí tu tiranía;  
que aunque dejas burlado el lazo estrecho

que tu forma fantástica ceñía,  
poco importa burlar brazos y pecho  
si te labra prisión mi fantasía.

## MADRE FRANCISCA JOSEFA DEL CASTILLO

Colombiana

1671

1743

### DELIQUIOS DEL DIVINO AMOR

En el corazón de la criatura  
y en las agonías del Huerto.

El habla delicada  
del amante que estimo,  
miel y leche destila  
entre rosas y lirios.

Su meliflua palabra  
corta como rocío,  
y con ella florece  
el corazón marchito.

Tan suave se introduce  
su delicado silbo,  
que duda el corazón  
si es el corazón mismo.

Tan eficaz persuade;  
que, cual fuego encendido,  
derrite como cera  
los montes y los riscos.

Tan fuerte y tan sonoro  
es su aliento divino,  
que resucita muertos  
y despierta dormidos.

Tan dulce y tan suave  
se percibe al oído,  
que alegra de los huesos  
aun lo más escondido.

Al monte de la mirra  
he de hacer mi camino,  
con tan ligeros pasos  
que iguale al cervatillo.

Mas, ¡ay Dios!, que mi amado  
al huerto ha descendido,  
y como árbol de mirra  
suda el licor más primo.

De bálsamo es mi amado,  
apretado racimo  
de las viñas de Engadi:  
el amor le ha cogido.

De su cabeza el pelo,  
aunque ella es oro fino,  
difusamente baja  
de penas a un abismo.

El rigor de la noche  
le da el color sombrío,  
y gotas de su hielo  
le llenan de rocío.

¿Quién pudo hacer, ¡ay cielo!,  
temer a mi querido?  
Que huye el aliento y queda  
en un mortal deliquio.

Rotas las azucenas  
de sus labios divinos,  
mirra amarga destilan  
en su color marchitos.

Huye, aquilón; ven, austro;  
sopla en el huerto mío;  
las eras de las flores  
den su olor escogido.

Sopla más favorable,  
amado vientecillo;  
den su olor los aromas,  
las rosas y los lirios.

Mas, ¡ay!, que si sus luces  
de fuego y llamas hizo,  
hará dejar su aliento  
el corazón herido.

## MAESTRO JACINTO DE HEVIA

Ecuatoriano

Hacia 1675

### A LA ROSA

(ROMANCE.)

Sol purpúreo de este prado,  
que en los rayos de tus hojas,  
si das envidias al sol,  
ofreces lustre a la aurora;

los jilgueros de este valle  
festejan tu hermosa pompa,  
y admirando tu beldad,  
por dulce objeto te rondan.

Todos tu carmín nevado  
labios de coral los nombran,  
y el rocío que te esmalta,  
dientes que guarda tu boca.  
Uno entre otros lisonjero  
o se te atreve o te toca,  
queriendo beber el ámbar  
y el rocío de tus hojas.

Si fiado, ignoro, en tus alas  
o en favores que le otorgas,  
por descanso de su vuelo  
escoge tu airosa copa.  
¡Oh, qué requiebros te dice!  
Y aun con ellos enamora  
una azucena, que al lado  
te acompañaba gustosa.

No sé si a su dulce acento  
fuistes insensible o sorda,  
o a sus impetuosos silbos  
como a los vientos la roca.  
Mas no, ingrata; bien lo oíste:  
¡Oh, cuántos celos me ahogan!

Pues espinas que se guardan  
no se esquivaron honrosas,  
¡Oh, qué escarmientos me enseña  
esa tu inconstancia loca!  
No pienso prender el alma  
de otra flor ni de otra rosa.  
¡Que mal se guarda belleza  
que en campo se ostenta hermosa,

que como muchos la miran  
su beldad alguno logra!

Ya la cítara, que en tiempo  
te celebraba gustosa,  
como está triste su dueño,  
gime también ella ronca.  
Mas ya la pienso quebrar  
de mi firmeza en la roca,  
y pues ya no pienso amar,  
tampoco cantar me importa.

## PABLO DE OLAVIDE

Peruano

1725

1804

### ECOS DE OLAVIDE

Señor, misericordia; a tus pies llega  
el mayor pecador, mas ya contrito,  
que a tu infinita paternal clemencia  
pide humilde perdón de sus delitos.

Perdónalos, Señor; oye piadoso  
el doliente clamor de mis gemidos;  
según la multitud de tus piedades,  
lava las manchas de mis muchos vicios.

Lávalas más, Señor; haz que tu sangre  
borre, y no deje más de mis delirios,  
que tu gloria de haberlos perdonado,  
y mi dolor de haberlos cometido.

Conozco mi maldad; que es grande veo;  
que no puedo ocultármela a mí mismo,  
y sé que si tu sangre no la borra,  
ha de ser para siempre mi suplicio.

Pequé, pequé, Señor, en tu presencia;  
¡ Osado te insulté!, fui tu enemigo;  
mas, perdón; justifica tus promesas,  
y venza la piedad en tus juicios.

Sé que soy delincuente; mas ¿qué mucho,  
si vengo de un origen tan indigno,  
si nací de mi madre en el pecado  
y en un mundo tan torpe y corrompido?

Mas tú, que la verdad amas piadoso,  
te has dignado mostrarme, compasivo,  
de tu sabiduría los secretos,  
y de la confesión el beneficio.

Allí me rociarás con el hisopo;  
con la sangre preciosa de tu Hijo  
me lavarás, y quedaré con ella  
más blanco que la nieve y el armiño.

A mis oídos les darás entonces  
con tu perdón consuelo y regocijo,  
y mis huesos, exánimes y yertos,  
serán ya de tu cuerpo miembros vivos.

Aparta, pues, tu vista de mis culpas;  
vuelvan mis ojos a mirar a Cristo,  
y lávame, Señor, con esa sangre  
que, pródigo, derramas hilo a hilo.

Un puro corazón cría en mi pecho,  
un corazón que sea de ti digno;  
mi espíritu renueva, y haz que sea  
tan recto como injusto fué el antiguo.

No me arrojes, Señor, de tu presencia,  
que eres nuestra salud, guía y camino;  
alúmbreme tu luz, y no me quites  
de tu Espíritu Santo el dulce auxilio.

Vuélveme a la alegría de tu gracia;  
vuelve a reconocermme por tu hijo;  
confírmame en tu amor, y que ya siempre  
te sirva fervoroso y sometido.

Tu santo nombre alabarán las gentes;  
yo mostraré tu senda a los inicuos,  
y admirando tu gran misericordia,  
a ti convertiranse los impíos.

¡Oh Dios de mi salud, Dios de clemencia!,  
líbrame del mortífero atractivo  
de la carne y la sangre, y tu alabanza  
mi lengua entonará todos los siglos.

Tú, Señor, abrirás mi torpe labio,  
este labio que tanto te ha ofendido,  
y ya ferviente ensalzará tu gloria  
con fieles cantos, con amantes himnos.

Porque si Tú quisieras otra ofrenda,  
ninguna te negara el amor mío;  
pero no quieres Tú más holocausto  
que un puro amor y un ánimo sumiso.

Un espíritu fiel y atribulado  
para Ti es el más digno sacrificio,  
y nunca has despreciado los clamores  
de un corazón humilde y compungido.

Señor, pues ama y desees tanto  
a tu siervo salvar, dispón benigno  
que en la mortal Jerusalén de mi alma  
se libre de tu amor el edificio.

Aceptarás entonces las ofrendas,  
los holocaustos que te son debidos,  
y de tu altar mi corazón pendiente,  
arderá en incesante sacrificio.

Gloria se cante al "Padre" soberano,  
esta gloria también cántese al "Hijo",  
y al "Espíritu Santo", que es Dios nuestro,  
uno en esencia y en persona trino.

## FRAY MANUEL DE NAVARRETE

Mexicano

1768

1809

### LA DIVINA PROVIDENCIA

Poema eucarístico, dividido en tres cantos.

(FRAGMENTO.)

Alza, mortal, los ojos, ve y admira  
los cuidados de Dios, siempre velando  
sobre toda la gran naturaleza;  
mira los bienes, los regalos mira  
que está siempre manando  
la fuente perennal de sus ternezas;  
todo anuncia cariños y finezas  
del padre universal, del Dios de amores,  
que al mirar nuestra débil existencia  
nos colma de favores;  
todo anuncia su amable providencia.

Ríe el alba en los ciclos avisando  
que viene el claro día,  
y luego asoma el sol resplandeciente,  
a cuyo fuego blando  
restaura su alegría  
y su vital calor todo viviente.  
Sólo Dios pudo ser tan providente:  
su iniatigable empeño  
aun en lo más pequeño  
se muestra cuidadoso;  
porque, ¿quién sino el Todopoderoso  
dice a las aves, al dejar sus nidos,  
que vuelen en bandadas  
a los anchos y fértiles ejidos,  
para volver cargadas  
a socorrer sus míseros hijuelos,  
que al padre de los cielos  
en flébiles piadas  
le piden el sustento?  
Sólo Dios pudo hacer este portento.

Pero aún a más se extiende su cuidado,  
viendo por lo que está más retirado;  
porque, ¿quién sino El mismo pule y viste  
en el valle más hondo y apartado,  
de tan bello color, al lirio triste?  
Sólo Dios, el señor de cuanto existe;  
y si su mano ahora  
hace que salga por el alto cielo  
la rutilante aurora  
para alegrar la habitación del suelo;  
después hará a la noche que descienda  
sobre nuestra morada,  
y del sueño tranquilo acompañada,  
hará benigno que sus alas tienda.

¡ Cuán bella se nos muestra por el llano,  
y cuál es su decoro  
de esa la amable ninfa del verano,  
cuando el sol entra ufano  
en la alta casa del carnero de oro !  
¡ Cuán risueña se mira en la espaciosa  
y afortunada selva, coronando  
al joven año de clavel y rosa !  
Y al verla tan hermosa,  
los apacibles céfiros volando,  
los arroyos corriendo,  
los melodiosos pájaros cantando  
y las flores riendo...  
Naturaleza toda a su presencia  
alaba a la Divina Providencia.

Sigue el año su curso presuroso,  
y en tanto que los cielos van rodando  
sobre sus firmes ejes, va tornando  
el sol por su camino luminoso.  
Asoma luego el caluroso estío,  
y las espigas de los campos dora  
que hizo brotar la mano agricultora  
entre la escarcha del invierno frío.  
Arden los valles ; pero el ancho río,  
los bosques y las auras matinales,  
restauran el vigor de los mortales ;  
cuando, por otra parte, los despojos  
de la alegre y fecunda sementera  
ofrecen mil contentos a los ojos ;  
la rubia mies preséntase en manojos  
sobre los altos carros ; la galera  
en su anchuroso seno la atesora ;  
prepárase la era,  
y la hambre asoladora,

que hace a las gentes formidable guerra,  
como asustada sale de la tierra.  
Resuena en las cabañas la alegría  
de la gente del campo bienhadada,  
y la sombra de Ceres disipada,  
el canto sube a la región del día.

Pero el Señor le escucha, y con violencia  
convoca a su presencia  
mil espesos nublados,  
que de agua y refrigerio van cargados.  
Su seña aguardan, y en el mismo instante  
que responde a su voz el firmamento,  
la máquina del mundo, vacilante,  
se pone en movimiento:  
sopla agitado el viento;  
el polo cruje; el éter se ilumina:  
la catarata se abre repentina,  
y baja por el aire, estrepitosa,  
en torrentes la lluvia cristalina.  
Cruza la tempestad, y la frescura  
que deja por la tierra calurosa,  
fomenta el seno de la gran natura.

¡Tiempo dichoso en que la huerta amena  
su abundancia nos brinda, ya madura  
de frutas tantas con que Dios la llena!  
Este es el tiempo en que el cantor famoso  
de la otoñal riqueza nos mostraba  
las matutinas horas, y ardoroso  
con su cítara dulce las cantaba.

# ANDRES BELLO

Venezolano

1780            1865

## ALOCUCION A LA POESIA

Fragmento de un poema titulado "América"

### I

Divina poesía,  
tú de la soledad habitadora,  
a consultar tus cantos enseñada  
con el silencio de la selva umbría ;  
tú, a quien la verde gruta fué morada,  
y el eco de los montes compañía ;  
tiempo es que dejes ya la cuita Europa,  
que tu nativa rustiquez desama,  
y dirijas el vuelo adonde te abre  
el mundo de Colón su grande escena.  
También propicio allí respeta el cielo  
la siempre verde rama  
con que al valor coronas ;  
también allí la florecida vega,  
el bosque enmarañado, el sesgo río,  
colores mil a tus pinceles brinda ;  
y Céfito revuela entre las rosas ;  
y fúlgidas estrellas  
tachonan la carroza de la noche ;  
y el Rey del cielo, entre cortinas bellas  
de nacaradas nubes, se levanta,  
y la avecilla en no aprendidos tonos  
con dulce pico endechas de amor canta.

¿Qué a ti, silvestre ninfa, son las pompas  
de dorados alcázares reales?  
¿A tributar también irás con ellos,

en medio de la turba cortesana,  
el torpe incienso de servil lisonja?  
No tal te vieron tus más bellos días  
cuando en la infancia de la gente humana,  
maestra de los pueblos y los reyes,  
cantaste al mundo las primeras leyes.  
No te detenga, ¡oh diosa!,  
esta región de luz y de miseria,  
en donde tu ambiciosa  
rival Filosofía,  
que la virtud a cálculo somete,  
de los mortales te ha usurpado el culto;  
donde la coronada hidra amenaza  
traer de nuevo al pensamiento esclavo  
la antigua noche de barbarie y crimen;  
donde la libertad, vano delirio,  
fe la servilidad, grandeza el fasto,  
la corrupción cultura se apellida:  
descuelga de la encina carcomida  
tu dulce lira de oro, con que un tiempo  
los prados y las flores, el susurro  
de la floresta opaca, el apacible  
murmurar del arroyo transparente,  
las gracias atractivas  
de natura inocente  
a los hombres cantaste embelesados;  
y sobre el vasto Atlántico tendiendo  
las vigorosas alas, a otro cielo,  
a otro mundo, a otras gentes te encamina,  
do viste aún su primitivo traje  
la tierra, al hombre sometida apenas;  
y las riquezas de los climas todos,  
América, del sol joven esposa,  
del antiguo Océano hija postrera,  
en su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿Qué alta cumbre,  
qué prado ameno, qué repuesto bosque  
harás tu domicilio? ¿En qué felice  
playa estampada tu sandalia de oro  
será primero? ¿Dónde el claro río  
que de Albión los héroes vió humillados,  
los azules pendones reverbera  
de Buenos Aires, y orgulloso arrastra  
de cien potentes aguas los tributos  
al atónito mar? ¿O dónde emboza  
su doble cima el Avila entre nubes,  
y la ciudad renace de Losada?  
¿O más te sonreirán, Musa, los valles  
de Chile, afortunado, que enriquecen  
rubias cosechas y suaves frutos;  
do la inocencia y el candor ingenuo  
y la hospitalidad del mundo antiguo  
con el valor y el patriotismo habitan?  
¿O la ciudad que el águila, posada  
sobre el nopal, mostró al azteca errante,  
y el suelo, de inexhaustas venas rico,  
que casi hartaron la avarienta Europa?  
Ya de la mar del Sur, la bella reina,  
a cuyas hijas dió la gracia en dote  
Naturaleza, habitación te brinda  
bajo su blando cielo, que no turban  
lluvias jamás ni embravecidos vientos.  
¿O la elevada Quito  
harás tu albergue, que entre canas cumbres  
sentada, oye bramar las tempestades  
bajo sus pies, y etéreas auras bebe  
a tu celeste inspiración propicias?  
Mas oye do tronando se abre paso  
entre murallas de peinada roca,  
y, envuelto en blanca nube de vapores,

de vacilantes iris matizada,  
los valles va a buscar de Magdalena  
con salto audaz el Bogotá espumoso,  
Allí memorias de tempranos días  
tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce  
y nativa inocencia venturosos,  
sustento fácil dió a sus moradores,  
primera prole de su fértil seno,  
Cundinamarca; antes que el corvo arado  
violase el suelo, ni extranjera nave  
las apartadas costas visitara.  
Aun no aguzado la ambición había  
hierro feroz; aun no degenerado  
buscaba el hombre bajo oscuros techos  
el albergue, que grutas y florestas  
saludables le daban y seguro,  
sin que el señor la tierra conociese,  
los campos valla, ni los pueblos muro.  
La libertad sin leyes florecía;  
todo era paz, contento y alegría;  
cuando de dichas tantas envidiosa  
Huitaca bella, de las aguas diosa,  
hinchado el Bogotá, sumerge el valle.  
De la gente infeliz, parte pequeña,  
asilo halló en los montes;  
el abismo voraz sepulta el resto.  
Tú cantarás como indignó el funesto  
estrage de su casi extinta raza  
a Nenqueteba, hijo del Sol, que rompe  
con su cetro divino la enriscada  
montaña, y a las ondas abre calle.  
El Bogotá, que inmenso lago un día,  
de cumbre a cumbre dilató su imperio;  
de las ya estrechas márgenes, que asalta  
con vana furia, la prisión desdeña,

y por la brecha hirviendo se despena.  
Tú cantarás como a las nuevas gentes  
Nenqueteba, piadoso, leyes y artes,  
y culto dió; después que a la maligna  
Ninfa mudó en lumbrera de la noche,  
y de la Luna por la vez primera  
surcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues, ve a celebrar las maravillas  
del Ecuador: canta el vistoso cielo  
que de los astros todos los hermosos  
coros alegran, donde a un tiempo el vasto  
dragón del Norte su dorada espira  
desvuelve en torno al luminar inmóvil  
que el rumbo al marinero audaz señala,  
y la paloma cándida de Arauco  
en las australes ondas moja el ala.  
Si tus colores los más ricos muelas  
y tomas el mejor de tus pinceles,  
podrás los climas retratar, que entero  
el vigor guardan genital primero  
con que la voz omnipotente, oída  
del hondo caos, hinchó la tierra, apenas  
sobre su informe faz aparecida,  
y de verdura la cubrió y de vida.  
Selvas eternas, ¡quién al vulgo inmenso  
que vuestros verdes laberintos puebla,  
y en varias formas y estatura y galas  
hacer parece alarde de sí mismo,  
poner, presumirá, nombre o guarismo?  
En densa muchedumbre,  
ceibas, acacias, mirtos se entretejen,  
bejucos, vides, gramas:  
las ramas a las ramas  
pugnando por gozar de las felices

auras y de la luz, perpetua guerra  
hacen, y a las raíces  
angosto viene el seno de la tierra.  
¡Oh! ¡Quién contigo, amable poesía,  
del Cauca a las orillas me llevara,  
y el blando aliento respirar me diera  
de la siempre lozana primavera  
que allí su reino estableció y su corte!  
O, si ya de cuidados enojosos  
exento, por las márgenes amenas  
del Aragua moviese  
el tardo incierto paso;  
o reclinado, acaso,  
bajo una fresca palma en la llanura,  
viese arder en la bóveda azulada  
tus cuatro lumbres bellas,  
¡Oh, cruz del Sur! Que las nocturnas horas  
mides al caminante  
por la espaciosa soledad errante;  
o del cucuy las luminosas huellas  
viese cortar el aire tenebroso,  
y del lejano tambo a mis oídos  
viniera el son del yaravi amoroso!

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado  
algún Marón americano, ¡oh diosa!,  
también las mieses, los rebaños cante,  
el rico suelo al hombre avasallado,  
y las dádivas mil con que la zona  
de Febo amada al labrador corona:  
donde cándida miel llevan las cañas,  
y animado carmín la tuna cría,  
donde tremola el algodón su nieve,  
y el ananás sazona su ambrosía;  
de sus racimos, la variada copia



rinde el palmar, da azucarados globos  
el zapotillo, su manteca ofrece  
la verde planta, da el añil su tinta,  
bajo su dulce carga desfallece  
el banano, el café el aroma acendra  
de sus albos jazmines, y el cacao  
cuaja en urnas de púrpura su almendra.  
... ..

## LA AGRICULTURA DE LA ZONA TORRIDA

(SILVA AMERICANA.)

¡Salve, fecunda zona,  
que al sol enamorado circunscribes  
el vago curso, y cuanto ser se anima  
en cada vario clima,  
acariciada de su luz, concibes!,  
tú tejes al verano su guirnalda  
de granadas espigas, tú la uva  
das a la hirviente cuba:  
no de purpúrea flor, o roja, o gualda  
a tus florestas bellas  
falta matiz alguno; y bebe en ellas  
aromas mil el viento;  
y greyes van sin cuento  
paciendo tu verdura, desde el llano  
que tiene por lindero el horizonte,  
hasta el erguido monte,  
de inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa,  
de do la miel se acendra,  
por quien desdeña el mundo los panales:

Tú en urnas de coral cuajas la almendra  
que en la espumante jícara rebosa;  
bulle carmín viviente en tus nopales,  
que afrenta fuera al múrice de Tiro;  
y de tu añil la tinte generosa  
émula es de la lumbre del zafiro;  
el vino es tuyo, que la herida agave,  
para los hijos vierte  
del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,  
que cuando de sũave  
humo en espiras vaborosas huya,  
solazará el fastidio al ocio inerte.

Tú vistes de jazmines  
el arbusto sabeo,  
y el perfume le das que en los festines  
la fiebre insana templara a Lico.  
Para tus hijos la prócera palma  
su vario feudo cría,  
y el ananás sazona su ambrosía:  
su blanco pan la yuca,  
sus rubias pomos la patata educa,  
y el algodón despliega al aura leve  
las rosas de oro y el vellón de nieve.  
Tendida para ti la fresca parcha  
en enramadas de verdor lozano,  
cuelga de sus sarmientos trepadores  
nectáreos globos y franjadas flores;  
y para ti el maíz, jefe altanero  
de la espigada tribu, hinche su grano;  
y para ti el banano  
desmaya al peso de su dulce carga;  
el banano, primero  
de cuantos concedió bellos presentes

providencia a las gentes  
del Ecuador feliz con mano larga.  
No ya de humanas artes obligado  
el premio rinde opimo:  
no es a la podadera, no al arado  
deudor de su racimo;  
escasa industria bástale, cual puede  
hurtar a sus fatigas mano esclava:  
crece veloz, y cuando exhausto acaba,  
adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh!, si cual no cede  
el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,  
y como de natura esmero ha sido,  
de tu indolente habitador lo fuera:  
¡Oh! ¡Si al falaz ruido  
la dicha al fin supiese verdadera  
añteponer, que del umbral le llama  
del labrador sencillo  
lejos del necio y vano  
fausto, el mentido brillo!  
El ocio pestilente ciudadano,  
¿por qué ilusión funesta  
aquellos que fortuna hizo señores,  
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,  
al cuidado abandonan  
y a la fe mercenaria  
las patrias heredades,  
y en el ciego tumulto se aprisionan  
de miseras ciudades,  
do la ambición proterva  
sopla la llama de civiles bandos,  
o al patriotismo la desidia enerva;  
do el lujo las costumbres atosiga,  
y combaten los vicios

la incauta edad en poderosa liga?  
No allí con varoniles ejercicios  
se endurece el mancebo a la fatiga;  
mas la salud estraga en el abrazo  
de pérñda hermosura,  
que pone en almoneda los favores;  
mas pasatiempo estima  
prender aleve en casto seno el fuego.  
de ilícitos amores;  
o embebecido le hallará la aurora  
en mesa infame de ruinoso juego.  
En tanto a la lisonja seductora  
del asiduo amator fácil oido  
da la consorte: crece  
en la materna escuela  
de la disipación y el galanteo  
la tierna virgen, y al delito espuela  
es antes el ejemplo que el deseo.  
¿Y será que se formen de este modo  
los ánimos heroicos denodados  
que fundan y sustentan los Estados?  
¿De la algazara del festín beodo,  
o de los coros de liviana danza,  
la dura juventud saldrá, modesta,  
orgullo de la patria y esperanza?  
¿Sabrá con firme pulso  
de la severa ley regir el freno;  
brillar en torno aceros homicidas  
en la dudosa lid verá sereno:  
o animoso hará frente al genio altivo  
del engreído mando en la tribuna,  
aquel que ya en la cuna  
durmió al arrullo del cantar lascivo,  
que riza el pelo, y se unge y se atavía  
con femenil esmero,

y en indolente ociosidad el día  
o en criminal lujuria pasa entero?  
No así trató la triunfadora Roma  
las artes de la paz y de la guerra;  
antes fió las riendas del Estado  
a la mano robusta  
que tostó el sol y encalleció el arado:  
y bajo el techo humoso campesino  
los hijos educó, que el conjurado  
mundo allanaron al valor latino.  
¡Oh! ¡Los que afortunados poseedores  
habéis nacido de la tierra hermosa  
en que reseña hacer de sus favores,  
como para ganáros y atraeros,  
quiso naturaleza bondadosa!  
Romped el duro encanto  
que os tiene entre murallas prisioneros.  
El vulgo de las artes laborioso,  
el mercader, que necesario al lujo,  
al lujo necesita,  
los que anhelando van tras el señuelo  
del alto cargo y del honor ruidoso,  
la grey de aduladores parasita,  
gustosos pueblen ese infecto caos;  
el campo es vuestra herencia: en él gozaos.  
¿Amáis la libertad? El campo habita:  
no allá donde el magnate  
entre armados satélites se mueve,  
y de la moda, universal señora,  
va la razón al triunfal carro atada,  
y a la fortuna la insensata plebe,  
y el noble al aura popular adora.  
¿O la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,  
la solitaria calma  
en que, juez de sí misma, pasa el alma

a las acciones muestra  
es de la vida la mejor maestra!  
¿Buscáis durables goces,  
felicidad, cuanta es al hombre dada  
y a su terreno asiento, en que vecina  
está la risa al llanto, y siempre, ¡ah!, siempre,  
donde halaga la flor, punza la espina?  
Id a gozar la suerte campesina:  
la regalada paz, que ni rencores  
al labrador, ni envidias acibaran;  
la cama que mullida le preparan  
el contento, el trabajo, el aire puro;  
y el sabor de los fáciles manjares,  
que dispendiosa gula no le aceda;  
y el asilo seguro  
de sus patrios hogares  
que a la salud y al regocijo hospeda.  
El aura respirad de la montaña,  
que vuelve al cuerpo laso  
el perdido vigor, que a la enojosa  
vejez retarda el paso,  
y el rostro a la beldad tiñe de rosa.  
¿Es allí menos blanda por ventura  
de amor la llama, que templó el recato?  
¿O menos aficiona la hermosura  
que de extranjero ornato  
y afeites impostores no se cura?  
¿O el corazón escucha indiferente  
el lenguaje inocente  
que los afectos sin disfraz expresa  
y a la intención ajusta la promesa?  
No del espejo al importuno ensayo  
la risa se compone, el paso, el gesto;  
no falta allí carmín al rostro honesto  
que la modestia y la salud colora,

ni la mirada que lanzó al soslayo  
tímido amor, la senda al alma ignora  
¿Esperaréis que forme  
más venturosos lazos himeneo,  
do el interés barata,  
tirano del deseo,  
ajena mano y fe por nombre o plata,  
que do conforme gusto, edad conforme,  
y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes  
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas  
heridas de la guerra: el fértil suelo,  
áspero ahora y bravo,  
al desacostumbrado yugo torne  
del arte humano y le tribute esclavo.  
Del obstruido estanque y del molino  
recuerdan ya las aguas el camino:  
el intrincado bosque el hacha rompa,  
consume el fuego: abrid en luengas calles  
la oscuridad de su infructuosa pompa.  
Abrigo den los valles  
a la sedienta caña;  
la manzana y la pera  
en la fresca montaña  
el cielo olviden de su madre España:  
adorne la ladera  
el cafetal: ampare  
a la tierna teobroma en la ribera  
la sombra maternal de su bucare:  
aquí el vergel, allá la huerta ría...  
¿Es ciego error de ilusa fantasía?  
Ya dócil a tu voz, agricultura,  
nodriza de las gentes, la caterva  
servil armada va de corvas hoces;

mírola ya que invade la espesura  
 de la floresta opaca; oigo las voces;  
 siento el rumor confuso, el hierro suena,  
 los golpes el lejano  
 eco redobla; gime el ceibo anciano,  
 que a numerosa tropa  
 largo tiempo fatiga:  
 batido de cien hachas se estremece,  
 estalla al fin, y rinde el ancha copa.  
 Huyó la fiera; deja el caro nido,  
 deja la prole implume  
 el ave, y otro bosque no sabido  
 de los humanos va a buscar doliente...  
 - ¿Qué miro? Alto torrente  
 de sonora llama  
 corre, y sobre las áridas ruinas  
 de la postrada selva se derrama.  
 El raudo incendio a gran distancia brama,  
 y el humo en negro remolino sube,  
 aglomerando nube sobre nube.  
 Ya de lo que antes era  
 verdor hermoso y fresca lozanía,  
 sólo difuntos troncos,  
 sólo cenizas quedan, monumento  
 de la dicha mortal, burla del viento.  
 Mas el vulgo bravío  
 de las tupidas plantas montaraces  
 sucede ya el fructífero plantío  
 en muestra ufana de ordenadas haces.  
 Ya ramo a ramo alcanza,  
 y a los rollizos tallos hurta el día:  
 ya la primera flor desvuelve el seno,  
 bello a la vista, alegre a la esperanza;  
 a la esperanza, que riendo enjuga  
 del fatigado agricultor la frente,

y allá a lo lejos el opimo fruto,  
y la cosecha apiñadora pinta,  
que lleva de los campos el tributo,  
colmado el cesto, y con la falda en cinta:  
y bajo el peso de los largos bienes  
con que al colono acude,  
hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios!, no en vano sude,  
más a merced y a compasión te mueva  
la gente agricultora  
del Ecuador, que del desmayo triste  
con renovado aliento vuelve ahora,  
y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,  
tantos años de fiera  
devastación y militar insulto,  
aún mas que tu clemencia antigua implore.  
Su rústica piedad, pero sincera,  
halle a tus ojos gracia: no el risueño  
porvenir que las penas le aligera,  
cual de dorado sueño  
visión falaz, desvanecido llore:  
intempestiva lluvia no maltrate  
el delicado embrión: el diente impío  
del insecto roedor no lo devore:  
sañudo vendaval no lo arrebate,  
ni agote al árbol el materno jugo  
la calurosa sed de largo estío.  
Y pues al fin te plugo,  
árbitro de la suerte soberano,  
que suelto el cuello de extranjero yugo  
irguiese al cielo el hombre americano;  
benedicida de ti se arraigue y medre  
su libertad; en el más hondo encierra  
de los abismos la malvada guerra,

y el miedo de la espada asoladora  
al suspicaz cultivador no arredre  
del arte bienhechora,  
que las familias nutre y los Estados:  
la azorada inquietud deje las almas,  
deje la triste herrumbre los arados.  
Asaz de nuestros padres malhadados  
expiamos la bárbara conquista.  
¿Cuántos doquier la vista  
no asombran erizadas soledades,  
do cultos campos fueron, do ciudades.  
De muertes, proscripciones,  
suplicios, orfandades.  
¿Quién contará la pavorosa suma?  
Saciadas duermen ya de sangre ibera  
las sombras de Atahualpa y Moctezuma.  
¡Ah! Desde el alto asiento  
en que escabel te son alados coros  
que velan en pasmado acatamiento  
la faz ante la lumbre de tu frente  
(si merece por dicha una mirada  
tuya la sin ventura humana gente),  
el ángel nos envía,  
el ángel de la paz, que al crudo ibero  
haga olvidar la antigua tiranía,  
y acatar reverente el que a los hombres  
sagrado diste, imprescriptible fuero:  
que alargar le haga al injuriado hermano  
(¡ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;  
y si la innata mansedumbre duerme,  
la despierte en el pecho americano.  
El corazón lozano  
que una feliz oscuridad desdeña,  
que en el azar sangriento del combate  
alborozado late,

y codicioso de poder o fama,  
nobles peligros ama;  
baldón estime solo y vituperio  
el prez que de la patria no reciba,  
la libertad más dulce que el imperio,  
y más hermosa que el laurel la oliva.  
Ciudadano el soldado,  
deponga de la guerra la librea:  
el ramo de victoria  
colgado al ara de la patria sea,  
y sola adorne al mérito la gloria.  
De su triunfo entonces, patria mía,  
verá la paz el suspirado día;  
la paz, a cuya vista el mundo llena  
alma, serenidad y regocijo,  
vuelve alentado el hombre a la faena,  
alza el ancla la nave, a las amigas  
auras encomendándose animosa,  
enjambrese el taller, hierve el cortijo,  
y no basta la hoz a las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida  
alzáis sobre el atónito Occidente  
de tempranos laureles la cabeza!  
Honrad al campo, honrad la simple vida  
del labrador y su frugal llaneza.  
Así tendrán en vos perpetuamente  
la libertad morada  
y freno la ambición, y la ley templo.  
Las gentes a la senda  
de la inmortalidad, ardua y fragosa,  
se animarán, citando vuestro ejemplo.  
Lo emulará celosa  
vuestra posteridad, y nuevos nombres  
añadiendo a la fama

a los que ahora aclama.  
"Hijos son éstos, hijos  
(pregonará a los hombres)  
de los que vencedores superaron  
de los Andes la cima:  
de los que en Boyacá, los que en la arena  
de Maipo y en Junin, y en la campaña  
gloriosa de Apurima,  
postrar supieron al león de España.

## LA ORACION POR TODOS

Imitación de Victor Hugo.

(FRAGMENTOS.)

### I

Ve a rezar, hija mía. Ya es la hora  
de la conciencia y del pensar profundo.  
Cesó el trabajo afanador, y al mundo  
la sombra va a colgar su pabellón.  
Sacude el polvo el árbol del camino  
al soplo de la noche, y en el suelto  
manto de la sutil neblina envuelto,  
se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! Su rueda de cambiante nácar  
el Occidente más y más angosta;  
y enciende sobre el cerro de la costa  
el astro de la tarde su fanal.  
Para la pobre cena aderezado  
brilla el albergue rústico, y la tarda  
vuelta del labrador la esposa aguarda  
con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera  
uno tras otro el fúlgido diamante;  
y ya apenas de un carro vacilante  
se oye a distancia el desigual rumor.  
Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle  
y la iglesia, y la choza, y la alquería;  
y a los destellos últimos del día  
se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento  
en la arboleda, el pájaro en el nido,  
y la oveja en su trémulo balido  
y el arroyuelo en su correr fugaz.  
El día es para el mal y los afanes:  
¡he aquí la noche plácida y serena!  
El hombre tras la cuita y la faena  
quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños  
conversan con espíritus alados;  
y los ojos al cielo levantados  
invocan de rodillas al Señor.  
Las manos juntas y los pies desnudos,  
fe en el pecho, alegría en el semblante,  
con una misma voz, a un mismo instante,  
al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa  
sobre la cuna volarán ensueños,  
ensueños de oro, diáfanos, risueños.  
Visiones que imitar no osó el pincel,  
y ya sobre la tersa frente posan,  
ya beben el aliento a las bermejas  
rosas, como lo chupan las abejas  
a la fresca azucena y al clavel.

Como para dormirse, bajo el ala  
esconde su cabeza la avecilla,  
tal la niñez en su oración sencilla  
adormece su mente virginal.  
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!  
¡De natural piedad primer aviso!  
¡Fragancia de la flor del paraíso!  
¡Preludio del concierto celestial!

## II

Ve a rezar, hija mía. Y ante todo  
ruega a Dios por tu madre; por aquella  
que te dió el ser, y la mitad más bella  
de su existencia ha vinculado en él;  
que en su seno hospedó tu joven alma,  
de una llama celeste desprendida;  
y haciendo dos porciones de la vida,  
tomó el acibar y te dió la miel.

Ruega después por mí. ¡Más que tu madre  
lo necesito yo!... Sencilla, buena,  
modesta como tú, sufre la pena,  
y devora en silencio su dolor.  
A muchos compasión, a nadie envidia  
la vi tener en mi fortuna escasa;  
como sobre el cristal la sombra, pasa  
sobre su alma el ejemplo corruptor.

No le son conocidos... ni lo sean  
a ti jamás... los frívolos azares  
de la vana fortuna, los pesares  
ceñudos que anticipan la vejez:  
de oculto oprobio el torcedor, la espina

que punza a la conciencia delincuente,  
la honda fiebre del alma, que la frente  
tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mí mal conozco,  
conozco el mundo y sé su alevosía;  
y tal vez de mi boca oirás un día  
lo que valen las dichas que nos da,  
y sabrás lo que guarda a los que rifan  
riquezas y poder, la urna aleatoria,  
y que tal vez la senda que a la gloria  
guiar parece, a la miseria va.

Viviendo, su pureza empaña el alma,  
y cada instante alguna culpa nueva  
arrastra en la corriente que la lleva  
con rápido descenso al ataúd.  
La tentación seduce; el juicio engaña:  
en los zarzales del camino deja  
alguna cosa cada cual: la oveja  
su blanca lana, el hombre su virtud.

Ve, hija mía, a rezar por mí, y al cielo  
pocas palabras dirigir te baste;  
"Piedad, Señor, al hombre que criaste;  
eres grandeza; eres bondad. ¡Perdón!"  
Y Dios te oirá; que cual del ara santa  
sube el humo a la cúpula eminente,  
sube del pecho cándido, inocente,  
al trono del Eterno la oración.

Todo tiende a su fin; a la luz pura  
del sol, la planta; el cervatillo atado,  
a la libre montaña; el desterrado,  
al caro suelo que le vió nacer;

y la abejilla en el frondoso valle,  
de los nuevos tomillos el aroma;  
y la oración en alas de paloma  
a la morada del Supremo Sér.

Cuando por mí se eleva a Dios tu ruego,  
soy como el fatigado peregrino,  
que su carga a la orilla del camino  
deposita y se sienta a respirar.  
Porque de tu plegaria el dulce canto  
alivia el peso a mi existencia amarga,  
y quita de mis hombros esta carga  
que me agobia de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,  
en esta noche de pavor, el vuelo  
de un ángel compasivo, que del cielo  
traiga a mis ojos la perdida luz,  
y pura, finalmente, como el mármol  
que se lava en el templo cada día,  
arda en sagrado fuego el alma mía,  
como arde el incensario ante la cruz.

#### IV

Hija, reza también por los que cubre  
la soporosa piedra de la tumba,  
profunda sima adonde se derrumba  
la turba de los hombres mil a mil:  
abismo en que se mezcla polvo a polvo,  
y pueblo a pueblo; cual se ve a la hoja  
de que el añoso bosque Abril despoja  
mezclar las suyas uno y otro Abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra  
donde segada en flor yace mi Lola,  
coronada de angélica aureola;  
do helado duerme cuanto fué mortal;  
donde cautivas almas piden preces  
que las restauren a su ser primero,  
y purguen las reliquias del grosero  
vaso que las contuvo, terrenal.

Hija, cuando tú duermes, te sonríes,  
y cien apariciones peregrinas  
sacuden retozando tus cortinas;  
travieso enjambre, alegre, volador:  
y otra vez a la luz abres los ojos,  
al mismo tiempo que la aurora hermosa  
abre también sus párpados de rosa,  
y da a la tierra el deseado albor.

¡Pero esas pobres almas!... ¡Si supieras  
qué sueño duermen!... Su almohada es fría,  
duro su lecho; angélica armonía  
no regocija nunca su prisión.  
No es reposo el sudor que las abrumba;  
para su noche no hay albor temprano,  
y la conciencia, velador gusano,  
les roe inexorable el corazón.

Una plegaria, un solo acento tuyo,  
hará que gocen pasajero alivio,  
y que de luz celeste un rayo tibio  
logre a su oscura estancia penetrar;  
que el atormentador remordimiento  
una tregua a sus víctimas conceda,  
y del aire, y el agua, y la arboleda,  
oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo, con pavor secreto  
la sombra ves que de los cielos baja,  
la nieve que las cumbres amortaja,  
y del ocaso el tinte carmesí;  
en las quejas del aura y de la fuente,  
¿no te parece que una voz retaña,  
una doliente voz que dice: "Niña,  
cuando tú réces, rezarás por mí"?

Es la voz de las almas. A los muertos  
que oraciones alcanzan, no escarnece  
el rebelado arcángel, y florece  
sobre su tumba perennal tapiz.  
Mas, ¡ay!, a los que yacen olvidados  
cubre perpetuo horror: hierbas extrañas  
ciegan su sepultura: a sus entrañas  
árbol funesto enreda la raíz.

Y yo también (no dista mucho el día)  
huésped seré de la morada oscura,  
y el ruego invocaré de un alma pura,  
que a mi largo penar consuelo dé,  
y dulce entonces me será que vengas,  
y para mí la eterna paz imploras,  
y en la desnuda losa esparzas flores,  
simple tributo de amorosa fe.

¿Perdonarás a mi enemiga estrella,  
si disipadas fueron una a una  
las que mecieron tu mullida cuna  
esperanzas de alegre porvenir?  
Sí, le perdonarás; y mi memoria  
te arrancará una lágrima, un suspiro,  
que llegue hasta mi lóbrego retiro  
y haga mi helado polvo rebullir.

# JOSE JOAQUIN DE OLMEDO

Ecuatoriano.

1780. 1847.

## LA VICTORIA DE JUNIN

### CANTO A BOLIVAR

(FRAGMENTOS.)

El trueno horrendo que en fragor revienta  
y sordo retumbando se dilata  
por la inflamada esfera,  
al Dios anuncia que en el cielo impera.  
Y el rayo que en Junin rompe y ahuyenta  
la hispana muchedumbre,  
que más feroz que nunca amenazaba  
a sangre y fuego eterna servidumbre;  
y el canto de victoria  
que en ecos mil discurre, ensordeciendo  
el hondo valle y enriscada cumbre,  
proclaman a Bolívar en la tierra  
árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo  
el arte humano osado levantaba  
para hablar a los siglos y naciones;  
templos, do esclavas manos  
deificaban en pompa a sus tiranos,  
ludibrio son del tiempo, que con su ala  
débil las toca y las derriba al suelo,  
después que en fácil juego el fugaz viento  
borró sus mentirosas inscripciones;  
y bajo los escombros confundido  
entre las sombras del eterno olvido,

¡oh, de ambición y de miseria ejemplo!,  
el sacerdote yace, el dios y el templo.

Mas los sublimes montes, cuya frente  
a la región etérea se levanta,  
que ven las tempestades a su planta  
brillar, rugir, romperse, disiparse;  
los Andes..., las enormes, estupendas  
moles sentadas sobre bases de oro,  
la tierra con su peso equilibrando,  
jamás se moverán. Ellos, burlando  
de ajena envidia y del protervo tiempo  
la furia y el poder, serán eternos  
de libertad y de victoria heraldos,  
que con eco profundo  
a la postrera edad dirán del mundo:  
"Nosotros vimos de Junin el campo;  
vimos que al desplegarse  
del Perú y de Colombia las banderas,  
se turban las legiones altaneras,  
huye el fiero español despavorido,  
o pide paz rendido.  
Venció Bolívar: el Perú fué libre;  
y en triunfal pompa Libertad sagrada  
en el templo del Sol fué colocada.

¿Quién me dará templar el voraz fuego  
en que ardo todo yo? Trémula, incierta,  
torpe la mano va sobre la lira  
dando discorde son. ¿Quién me liberta  
del dios que me fatiga...?  
Siento unas veces la rebelde musa,  
cual bacante en furor, vagar incierta  
por medio de las plazas bulliciosas,  
o sola por las selvas silenciosas

o las risueñas playas  
que manso lame el caudaloso Guayas;  
otras el vuelo arrebatado tiende  
sobre los montes y de allí desciende  
al campo de Junin, y, ardiendo en ira,  
los numerosos escuadrones mira,  
que el odiado pendón de España arbolan;  
y en cristado morrión y peto armada,  
cual amazona fiera,  
se mezcla entre las filas la primera  
de todos los guerreros,  
y a combatir con ellos se adelanta,  
triumfa con ellos y sus triunfos canta:

Tal en los siglos de virtud y gloria,  
cuando el guerrero solo y el poeta  
eran dignos de honor y de memoria,  
la musa audaz de Píndaro divino,  
cual intrépido atleta,  
en inmortal porfía  
al griego estadio concurrir solía;  
y en estro hirviendo y en amor de fama,  
y del metro y del número impaciente,  
pulsaba su lira de oro sonora,  
y alto asiento concede entre los dioses  
al que fuera en la lid más valeroso,  
o al más afortunado.  
Pero luego, envidiosa  
de la inmortalidad que les ha dado,  
ciega se lanza al circo polvoroso,  
las alas rapidísimas agita,  
y al carro vencedor se precipita;  
y desatando armónicos raudales,  
pide, disputa, gana,  
o arrebatada la palma a sus rivales.

¿Quién es aquel que el paso lento mueve  
sobre el collado que a Junín domina?  
¿Que el campo desde allí mide, y el sitio  
del combatir y del vencer designa?  
¿Que la hueste contraria observa, cuenta,  
y en su mente la rompe y desordena,  
y a los más bravos a morir condena,  
cual águila caudal que se complace  
del alto cielo en divisar su presa,  
que entre el rebaño mal segura paze?  
¿Quién el que ya descende  
pronto y apercebido a la pelea?  
Preñada en tempestades le rodea  
nube tremenda: el brillo de su espada  
es el vivo reflejo de su gloria;  
su voz un trueno; su mirada un rayo.  
¿Quién aquel que, al trabarse la batalla,  
ufano como nuncio de victoria,  
un corcel impetuoso fatigando,  
discurre sin cesar por toda parte?...  
¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: "Peruanos,  
mirad allí los duros opresores  
de vuestra patria. Bravos colombianos,  
en cien crudas batallas vencedores,  
mirad allí los enemigos fieros  
que buscando venís desde Orinoco:  
suya es la fuerza, y el valor es vuestro,  
vuestra será la gloria;  
pues lidiar con valor y por la patria  
es el mejor presagio de victoria.  
Acometed: que siempre  
de quien se atreve más el triunfo ha sido:  
quien no espera vencer, ya está vencido."

Dice; y al punto, cual fugaces carros  
que, dada la señal, parten, y en densos  
de arena y polvo torbellinos ruedan,  
arden los ejes, se estremece el suelo,  
estrépito confuso asorda el cielo,  
y en medio del afán cada cual teme  
que los demás adelantarse puedan;  
así los ordenados escuadrones,  
que del iris reflejan los colores  
o la imagen del sol en sus pendones,  
se avanzan a la lid. ¡Oh, quién temiera  
que su ímpetu mismo los perdiera!

¡Perderse!, no, jamás: que en la pelea  
los arrastra y anima e importuna  
de Bolívar el genio y la fortuna.  
Llama improviso al bravo Necochea,  
y mostrándole el campo,  
partir, acometer, vencer le manda.  
Y el guerrero esforzado,  
otra vez vencedor, y otra cantado,  
dentro en el corazón por patria jura  
cumplir la orden fatal, y a la victoria  
o a noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo  
del atambor en uno y otro bando;  
y el son de las trompetas clamoroso,  
y el relinchar del alazán fogoso  
que, erguida la cerviz y el ojo ardiendo,  
en bélico furor salta impaciente  
do más se encruelece la pelea;  
y el silbo de las balas que, rasgando  
el aire, llevan por doquier la muerte;  
y el choque asaz horrendo

de selvas densas de ferradas picas,  
y el brillo y estridor de los aceros  
que al sol reflectan sanguinosos visos;  
y espadas, lanzas, miembros esparcidos  
o en torrentes de sangre arrebatados;  
y el violento tropel de los guerreros  
que, más feroces mientras más heridos,  
dando y volviendo el golpe redoblado,  
mueren, mas no se rinden...; todo anuncia  
que el momento ha llegado,  
en el gran libro del Destino escrito,  
de la venganza al Pueblo americano,  
de mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,  
hijas del negro averno, me inflamara,  
y mi pecho y mi musa enardeciera  
en tartáreo furor del león de España,  
al ver dudoso el triunfo, me atreviera  
a pintar el rencor y horrible saña.  
Ruge atroz, y cobrando  
más fuerza en su despecho, se abalanza,  
abriéndose ancha calle entre las haces  
por medio el fuego y contrapuestas lanzas;  
rayos respira, mortandad y estrago,  
y sin pararse a devorar la presa,  
prosigue en su furor, y en cada huella  
deja de negra sangre un hondo lago.

En tanto el argentino valeroso  
recuerda que vencer se le ha mandado;  
y no ya cual caudillo, cual soldado,  
los formidables ímpetus contiene  
y uno en contra de ciento se sostiene:  
como tigre furiosa

de rabiosos mastines acosada,  
que guardan el redil, maia, destroza,  
ahuyenta sus contrarios, y aunque herida,  
sale con la victoria y con la vida.  
¡Oh, capitán valiente,  
blasón ilustre de tu ilustre patria,  
no morirás! Tu nombre eternamente  
en nuestros fastos sonará glorioso,  
y bellas niñas de tu Plata undoso  
a tu gloria darán sonoro canto  
y a tu ingrato destino acerbo llanto.

Ya el intrépido Miller aparece  
y el desigual combate restablece.  
Bajo su mando, ufana,  
marchar se ve la juventud peruana,  
ardiente, firme, a perecer resuelta,  
si acaso el hado infiel vencer le niega.  
En el arduo conflicto opone ciega  
a los adversos dardos firmes pechos,  
y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son éstos los garzones delicados  
entre seda y aromas arrullados?  
¿Los hijos del placer son esos fieros?  
Sí: que los que antes desatar no osaban  
los dulces lazos de jazmín y rosa  
con que amor y placer los enredaban,  
hoy ya con mano fuerte  
la cadena quebrantan ponderosa  
que ató sus pies, y vuelan denodados  
a los campos de muerte y gloria cierta,  
apenas la alta fama los despierta  
de los guerreros que su cara patria  
en tres lustros de sangre libertaron,

y apenas el querido  
nombre de libertad su pecho inflama  
y de amor patrio la celeste llama  
prende en su corazón adormecido.

Tal el joven Aquiles,  
que en infame disfraz y en ocio blando  
da lánguidos suspiros,  
los destinos de Grecia dilatando,  
vive cautivo en la beldad de Sciros,  
los ojos pace en el vistoso alarde  
de arreos y de galas femeniles  
que de India, y Tiro y Menfis opulenta  
curiosos merodantes le encarecen;  
mas á su vista apenas resplandecen  
pavés, espada y yelmo, que entre gasas  
el Itacense astuto le presenta,  
pásmase..., se recobra, y con violenta  
mano el templado acero arrebatando,  
rasga y arroja las indignas tocas;  
parte, traspasa el mar y en la troyana  
arena, muerte, asolación, espanto  
difunde por doquier: todo lo cede...  
Aún Héctor retrocede...  
y cae al fin; y en derredor tres veces  
su sangriento cadáver profanado,  
al veloz carro atado  
del vencedor inexorable y duro,  
el polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía  
del nombre y las hazañas portentosas  
de tantos capitanes que ese día  
la palma del valor se disputaron,  
digna de todos... Carvajal... y Silva...

Y Suárez... y otros mil... Mas de improviso  
la espada de Bolívar aparece,  
y a todos los guerreros,  
como el sol a los astros, oscurece.  
Yo acaso más osado le cantara,  
si la meonia musa me prestara  
la resonante trompa que otro tiempo  
cantaba al crudo Marte entre los Traces,  
bien animando las terribles haces,  
bien los fieros caballos que la lumbre  
de la égida de Palas espantaba.

Tal el héroe brillaba  
por las primeras filas discurriendo.  
Se oye su voz, su acero resplandece  
do más la pugna y el peligro crece;  
nada le puede resistir... Y es fama,  
¡oh portento inaudito!,  
que el bello nombre de Colombia escrito  
sobre su frente, en torno despedía  
rayos de luz tan viva y refulgente,  
que deslumbrado el español desmaya,  
tiembla, pierde la voz, el movimiento:  
sólo para la fuga tiene aliento.

Así, cuando en la noche algún malvado  
va a descargar el brazo levantado,  
si de improviso lanza un rayo el cielo,  
se pasma, y el puñal trémulo suelta;  
hielo mortal a su furor sucede;  
tiembla y, horrorizado, retrocede.  
Ya no hay más combatir. El enemigo  
el campo todo y la victoria cede.  
Huye cual ciervo herido; y adonde huye,  
allí encuentra la muerte. Los caballos,

que fueron su esperanza en la pelea,  
heridos, espantados por el campo  
o entre las filas vagan, salpicando  
el 'suelo en sangre que su crin gotea;  
derriban al jinete, lo atropellan,  
y las catervas van despavoridas,  
o unas en otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto,  
y al impulso del aire, que vibrando  
sube en clamores y alaridos lleno,  
tremen las cumbres que respeta el trueno.  
Y discurriendo el vencedor en tanto  
por cimas de cadáveres y heridos,  
postra al que huye, perdona a los rendidos.  
Padre del Universo, sol radioso,  
Dios del Perú, modera omnipotente  
el ardor de tu carro impetuoso,  
y no escondas tu luz indeficiente...  
Una hora más de luz... Pero esta hora  
no fué la del destino. El dios oía  
el voto de su pueblo, y de la frente  
el cerco de diamantes desceñía.  
En fugaz rayo el horizonte dora,  
en mayor disco menos luz ofrece,  
y veloz tras los Andes se oscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche,  
y las reliquias del perdido bando,  
con sus tristes y atónitos caudillos,  
corren sin saber dónde espavoridos,  
y de su sombra misma se estremecen;  
y al fin en las tinieblas ocultando  
su afrenta y su pavor, desaparecen.

¡Victoria por la patria! ¡Oh Dios! ¡Victoria!  
¡Triunfo a Colombia y a Bolívar gloria!

.....  
Las Musas y las Artes revolando  
en torno van del carro esplendoroso;  
y los pendones patrios vencedores  
al aire vago ondean, ostentando  
del Sol la imagen, de iris los colores.  
Y en ágil planta y en gentiles formas,  
dando al viento el cabello desparcido,  
de flores matizado,  
cual las Horas del Sol raudas y bellas,  
saltan en derredor lindas doncellas  
en giro no estudiado,  
las glorias de su patria  
en sus patrios cantares celebrando.  
y en sus pulidas manos levantando  
albos y tersos como el seno de ellas,  
cien primorosos vasos de alabastro  
que aspiran fragantísimos aromas.  
Y de su centro se derrama y sube  
por los cerúleos ámbitos del cielo  
de ondoso incienso transparente nube.  
Cierran la pompa espléndidos trofeos,  
y por delante en larga serie marchan  
humildes, confundidos,  
los pueblos y los jefes ya vencidos.  
Allá procede el ástur be'icoso;  
allí va el catalán infatigable,  
y el agreste celtíbero indomable,  
y el cántabro feroz que a la romana  
cadena el cuello sujetó el postrero;  
y el andaluz liviano,  
y el adusto y severo castellano,  
Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede;

y las que antes graciosas  
fueron honor del fabuloso suelo,  
ninfas del Tormes y el Genil, en duelo  
se esconden silenciosas;  
y el grande Betis, viendo ya marchita  
su sacra oliva, menos orgulloso  
paga su antiguo feudo al mar undoso.

El Sol, suspenso en la mitad del cielo,  
aplaudirá esta pompa. "¡Oh Sol, oh padre!  
Tu luz rompa y disipe  
las sombras del antiguo cautiverio;  
tu luz nos dé el imperio;  
tu luz la libertad nos restituya;  
tuya es la tierra, y la victoria es tuya."  
Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,  
y en plácido fulgor resplandecieron.  
Todos quedan atónitos. Y en tanto,  
tras la dorada nube el Inca santo  
y las santas vestales se escondieron.

Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos,  
humilde musa mía? ¡Oh, no reveles  
a los seres mortales  
en débil canto arcanos celestiales!  
Y ciñan otros la apolínea rama,  
y siéntense a la mesa de los dioses,  
y los arrulle la parlera Fama,  
que es la gloria y tormento de la vida.  
Yo volveré a mi flauta conocida.  
libre vagando por el bosque umbrío  
de naranjos y opacos tamarindos,  
o entre el rosal pintado y oloroso  
que matiza la margen de mi río,  
o entre risueños campos do en pomposo

trono piramidal y alta corona,  
la Piña ostenta el centro de Pomona.  
Y me diré feliz, si mereciere,  
al colgar esta lira en que he cantado  
en tono menos dino  
la gloria y el destino  
del venturoso Pueblo americano,  
y me diré feliz, si mereciere,  
por premio a mi osadía,  
una mirada tierna de las Gracias,  
y el aprecio y amor de mis hermanos,  
una sonrisa de la patria mía,  
y el odio y el furor de los tiranos.

JOSE JOAQUIN DE PESADO

Mexicano

1801

1861

### LA LID DE GALLOS

Del pueblo en la opuesta parte  
tosco palenque aparece,  
cercado en torno con arte,  
que lid de gallos ofrece  
al vulgo, que a verle parte.

Y al punto que con presura  
la circunferencia llena,  
saltan, llenos de bravura,  
iguales en apostura,  
dos gallos sobre la arena.

Los cuellos tornasolados  
con erizado plumero,  
los penachos inflamados,  
los ojos de fuego hinchados,  
los pies armados de acero,

En torno primero giran  
bizarros, luego delante  
el uno al otro, se miran,  
y con ojo centelleante  
se acercan o se retiran.

Hasta que en un punto, luego,  
arrebatados de ciego  
enojo, parten furiosos,  
como centellas de fuego  
en nublados tempestosos.

Se acometen denodados,  
se atacan enfurecidos,  
cada vez más alentados,  
los pechos todos heridos,  
los flancos despedazados.

Cuando en el choque se allegan  
violentos, con iras sumas,  
cuando a la muerte se entregan,  
el suelo de sangre riegan,  
el aire llenan de plumas.

Vence a su rival odiado  
el que fortuna prefiere;  
en el polvo derribado  
queda aquél; éste a su lado  
canta la victoria y muere.

El concurso, a la armonía  
de la música sonora,  
rompe en vivas de alegría,  
renovando hora por hora  
los combates de aquel día.

De estas sangrientas escenas  
la vista a Elisa no halaga,  
que son de su gusto ajenas,  
y por las huertas amenas  
sola y divertida vaga.

## SITIOS Y ESCENAS DE ORIZABA Y CORFOBA

### LA FUENTE DE OJOZARCO

Sonora, limpia, transparente, oncosa,  
naces de antiguo bosque ¡oh, sacra fuente!  
En tus orillas canta dulcemente  
el ave enamorada y querrellosa.

Ora en el lirio azul, ora en la rosa  
que ciñen el raudal de tu corriente,  
se asientan y se mecen blandamente  
la abeja y la galana mariposa.

Bien te conoce Amor por tus señales,  
gloria de las pintadas praderías,  
hechizo de pastoras y zagales.

Mas, ¿qué son para mí tus alegrías?  
¿Qué tus claros y tersos manantiales,  
si sólo has de llevar lágrimas mías?

### EL MOLINO Y LLANO DE ESCAMELA

Tibia en invierno, en el verano fría,  
brota y corre la fuente; en su camino  
el puente pasa, toca la alquería,  
y mueve con sus ondas el molino:

Espumosa desciende, y se desvía  
después, en curso claro y cristalino,  
copiando a trechos la enramada umbría  
y el cedro añoso y el gallardo pino.

Mírase aquí selvosa la montaña:  
allí el ganado ledo, que sesteá  
parte en la cuesta y parte en la campaña.

Y en la tarde, al morir la luz febea,  
convida a descansar en la cabaña  
la campana sonora de la aldea.

## LOS AZTECAS

*Respuesta de un príncipe azteca a un embajador.*

Discreto embajador, seas bienvenido,  
para esplendor y luz de esta morada:  
ella con tu presencia queda honrada,  
y en su recinto tu discurso ha sido  
cual música acordada.

Fragantes son los ecos de tus labios.  
Como las olorosas clavellinas:  
tesoros viertes cual las ricas minas,  
y son preciosos tus consejos sabios  
como las piedras finas.

Rompe la fuente su canal estrecho,  
dulce el panal destila de la roca:  
así descienden, con verdad no poca,  
sentencias graves de tu noble pecho,  
dulzuras de tu boca.

Eres para el monarca que te envía  
intérprete feliz del pensamiento:  
su noble y elevado sentimiento  
añade glorias a la gloria mía,  
contento a mi contento.

No sé si a queste infante ora nacido  
(ofrenda preparada a la fortuna),  
como el sol reine sin mudanza alguna,  
o bien imite con vagar perdido  
los pasos de la luna.

No sé si en horas de pesar amargas  
lo implique el infortunio en sus rodeos,  
o si lleno de glorias y trofeos  
feliz exceda, por edades largas,  
su vida a mis deseos.

Que el numen de la muerte pavoroso,  
¡ay!, no respeta condición ni estado;  
a un tiempo mismo con su soplo helado  
postra al anciano, al luchador famoso,  
y al niño delicado.

Tu acento alegra el corazón de un padre,  
como al campo las gotas de rocío  
en la alborada de abrasado estío;  
ufana dejas a la nueva madre;  
honrado al hijo mío.

Páguete el cielo voluntad tan buena:  
con ella nuestros pechos aprisionas;  
el claro rey, cuya grandeza abonas,  
próspero extienda en su vejez serena  
imperios y coronas.

# JOSE MARIA DE HEREDIA

Cubano

1803            1839

## EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban  
los aztecas valientes! En su seno  
en una estrecha zona concentrados  
con asombro se ven todos los climas  
que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos  
cubren a par de las doradas mieses  
las cañas deliciosas, el naranjo  
y la piña y el plátano sonante,  
hijos del suelo equinoccial, se mezclan  
a la frondosa vid, al pino agreste,  
y de Minerva al árbol majestuoso.  
Nieve eternal corona las cabezas  
de Iztaccihual purísimo, Orizaba  
y Popocatepec; sin que el invierno  
toque jamás con destructora mano  
los campos fertilísimos, do ledo  
los mira el indio en púrpura ligera  
y oro teñirse, reflejando el brillo  
del sol en Occidente, que sereno  
en hielo eterno y perennial verdura  
a torrentes vertió su luz dorada,  
y vió a Naturaleza conmovida  
con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa  
las alas en silencio ya plegaba  
y entre la hierba y árboles dormía,  
mientras el ancho sol su disco hundía  
detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,

cual disuelta en mar de oro, semejaba  
temblar en torno de él; un arco inmenso  
que del empireo en el cenit finaba  
como espléndido pórtico del cielo  
de luz vestido y centelleante gloria,  
de sus últimos rayos recibía  
los colores riquísimos. Su brillo  
desfalleciendo fué: la blanca luna  
y de Venus la estrella solitaria  
en el cielo desierto se veían.  
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella  
que la alba noche y el brillante día,  
¡cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa  
Cholulteca pirámide. Tendido  
el llano inmenso que ante mí yacía,  
los ojos a espaciarse convidaba.  
¡Qué silencio! Qué paz! ¡Oh! ¿Quién diría  
que en estos bellos campos reina alzada  
la bárbara opresión, y que esta tierra  
brota mieses tan ricas, abonada  
con sangre de hombres, en que fué inundada  
por la superstición y por la guerra?...

Bajó la noche en tanto. De la esfera  
el leve azul, oscuro y más oscuro  
se fué tornando: la movable sombra  
de las nubes serenas, que volaban  
por el espacio en alas de la brisa,  
era visible en el tendido llano.  
Iztaccihual purísimo volvía  
del argentado rayo de la luna  
el plácido fulgor, y en el Oriente  
bien como puntos de oro centellaban

mil estrellas y mil... ¡Oh!, os saludo  
fuentes de luz, que de la noche umbría  
ilumináis el velo,  
y sois del firmamento poesía.

Al paso que la luna declinaba,  
y al ocaso fulgente descendía  
con lentitud, la sombra se extendía  
del Popocatepec, y semejaba  
fantasma colosal. El arco oscuro  
a mí llegó, cubrióme, y su grandeza  
fué mayor y mayor, hasta que al cabo  
en sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,  
que velado en vapores transparentes,  
sus inmensos contornos dibujaba  
de Occidente en el cielo.  
¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo  
de las edades rápidas no imprime  
alguna huella en tu nevada frente?  
Corre el tiempo veloz, arrebatando  
años y siglos, como el norte fiero  
precipita ante sí la muchedumbre  
de las olas del mar. Pueblos y reyes  
viste hervir a tus pies, que combatían  
cual hora combatimos, y llamaban  
eternas sus ciudades, y creían  
fatigar a la tierra con su gloria.  
Fueron: de ellos no resta ni memoria.  
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día  
de tus profundas bases desquiciado  
caerás; abrumará tu gran ruína  
al yermo Anáhuac; alzarase en ella  
nuevas generaciones, y orgullosas

que fuiste negarán...

Todo parece  
por ley universal. Aun este mundo  
tan bello y tan brillante que habitamos,  
es el cadáver pálido y deforme  
de otro mundo que fué...

En tal contemplación embebecido  
sorprendióme el sopor. Un largo sueño  
de glorias engolfadas y perdidas  
en la profunda noche de los tiempos  
descendió sobre mí. La agreste pompa  
de los reyes aztecas desplegóse  
a mis ojos atónitos. Veía,  
entre la muchedumbre silenciosa  
de emplumados caudillos, levantarse  
el déspota salvaje en rico trono  
de oro, perlas y plumas recamado;  
y al son de caracoles belicosos  
ir lentamente caminando al templo  
la vasta procesión, do la aguardaban  
sacerdotes horribles, salpicados  
con sangre humana rostros y vestidos.  
Con profundo estupor el pueblo esclavo  
las bajas frentes en el polvo hundía  
y ni mirar a su señor osaba,  
de cuyos ojos férvidos brotaba  
la saña del poder.

Tales ya fueron  
tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo:  
su vil superstición y tiranía  
en el abismo del no ser se hundieron.  
Sí, que la muerte, universal señora,  
hiriendo al par al déspota y esclavo,  
escribe la igualdad sobre la tumba.

Con su manto benéfico el olvido  
tu insensatez oculta y tus furores  
a la raza presente y la futura,  
Esta inmensa estructura  
vió a la superstición más inhumana  
en ella entronizarse. Oyó sus gritos  
de agonizantes víctimas, en tanto  
que el sacerdote, sin piedad ni espanto,  
les arrancaba el corazón sangriento:  
miró el vapor espeso de la sangre  
subir caliente al ofendido cielo  
y tender en el sol fúnebre velo,  
y escuchó los horrendos alaridos  
con que los sacerdotes sofocaban  
el grito del dolor.

Muda y desierta  
ahora te ves, pirámide. ¡Más vale  
que semanas de siglos yazcas yerma,  
y la superstición a quien serviste  
en el abismo del infierno duerma!  
A nuestros nietos últimos, empero,  
sé lección saludable; y hoy que el hombre  
al cielo, cual Titán, truena orgulloso,  
sé ejemplo ignominioso  
de la demencia y del furor humano.

## ATENAS Y PALMIRA

Al contemplar las áticas llanuras  
en la serena cumbre del Himeto,  
espectáculo espléndido se goza,  
Véanse grupos de palmas, que otro tiempo  
oyeron de Platón la voz divina,  
y entre masas brillantes de verdura

a'za el olivo su apacible frente,  
cubre la viña el ondulante suelo  
de esmeraldas y púrpura, y los valles  
en diluvio de luz el sol inunda.  
Entre tantas bellezas majestuosa  
con mármoleo esplendor domina Atenas.  
En sus dóricos templos y columnas  
juega la luz rosada,  
y con mágica tinta  
el contorno fugaz colora y pinta.  
¡Cuadro admirable y delicioso! Empero,  
goza placer más puro y más sublime  
el solitario y pensador viajero  
que a la luz del crepúsculo sombrío,  
entre un océano de caliente arena,  
contempla el esqueleto de Palmira,  
de alto silencio y soledad cercado.  
¡Desolación inmensa! El obelisco,  
cual noble anciano, se levanta al cielo  
con triste majestad, y el cardo infausto,  
brotando en grietas de mármoleo techo,  
al viento sirio silba. En los salones  
de la elegancia y el poder moraron,  
hoy la culebra solitaria gira,  
En el suelo de templos quebrantados  
crecen los pinos, y en las anchas calles,  
que antes hirvieron en rumor y vida,  
se mira ondear la hierba silenciosa.  
Doquier yacen columnas derribadas  
unas sobre otras, y en la gran llanura  
incontables parecen los despojos  
de la grandeza y del poder pasado.  
Arcos, palacios, templos, obeliscos  
forman un laberinto pavoroso  
en que inmóvil se asienta

el silencioso genio de las ruinas,  
y altas verdades, máximas divinas  
de su frente el dolor al sabio cuenta.

## VERSOS ESCRITOS EN UNA TEMPESTAD

Huracán, huracán, venir te siento,  
y en tu soplo abrasado  
respiro entusiasmado  
del señor de los aires el aliento.

En alas de los vientos suspendido  
vedle rodar por el espacio inmenso,  
silencioso, tremendo, irresistible,  
como una eternidad. La tierra en calma  
funesta, abrasadora,  
contempla con pavor su faz terrible.  
Al toro contemplad... La tierra escarban  
de un insufrible ardor sus pies heridos;  
la armada frente al cielo levantando  
y en la henchida nariz fuego aspirando,  
llama a la tempestad con sus bramidos.  
¡Qué nubes! ¡Qué furor!... El sol temblando  
vela en triste vapor su faz gloriosa,  
y entre sus negras sombras sólo vierte  
luz tenebre y sombría,  
que ni es noche ni día,  
y el mundo tiñe de color de muerte.  
Los pajarillos callan y se esconden,  
mientras el fiero huracán viene volando,  
y en los lejanos montes retumbando  
le oyen los bosques, y a su voz responden.

Ya llega... ¿No le veis?... ¡Cuál desenvuelve  
su manto aterrador y majestuoso!...

¡Gigante de los aires te saludo!  
Ved cómo en confusión vuelan en torno  
las orlas de su parda vestidura.  
¡Cómo en el horizonte  
sus brazos furibundos ya se enarcan,  
y tendidos abarcan  
cuanto alcanza a mirar, de monte a monte!

¡Oscuridad universal! Su soplo  
levanta en torbellinos  
el polvo de los campos agitado,  
¡Oíd!... Retumba en las nubes despeñado,  
el carro del Señor, y de sus ruedas  
brotó el rayo veloz, se precipita,  
hiere, y aterra el delincuente suelo,  
y en su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor?... ¿Es la lluvia?... Enfurecida  
cae a torrentes, y oscurece el mundo,  
y todo es confusión y horror profundo.  
Cielos, colinas, nubes, caro bosque,  
¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis? Os busco en vano,  
Desparecisteis... La tormenta umbria  
en los aires revuelve un Océano  
que todo lo sepulta...  
Al fin, mundo fatal, nos separamos;  
el huracán y yo solos estamos.  
¡Sublime tempestad! ¡Como en tu seno,  
de tu solemne inspiración henchido,  
al mundo vil y miserable olvido,  
y alzo la frente de delicia lleno!  
¿Dónde está el alma cobarde  
que teme tu rugir?... Yo en ti me elevo  
al trono del Señor; oigo en las nubes  
el eco de su voz: siento a la tierra

escucharle y temblar: ardiente lloro  
desciende por mis pálidas mejillas,  
y a su alta majestad tiemblo, y le adoro.

## N I A G A R A

Dadme mi lira, dádme la: que siento  
en mi alma estremecida y agitada  
arder la inspiración. ¡Oh! ¡Cuánto tiempo  
en tinieblas pasó, sin que mi frente  
brillase con su luz!... Niágara undoso,  
so'la tú faz sublime ya podría  
tornarme el don divino, que ensañada  
me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla  
tu trueno aterrador: disipa un tanto  
las tinieblas que en torno te circundan,  
y déjame mirar tu faz serena,  
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.  
Yo digno soy de contemplarte: siempre  
lo común y mezquino desdeñando,  
ansié por lo terrífico y sublime.  
Al despeñarse el huracán furioso,  
al retumbar sobre mi frente el rayo,  
palpitando gocé: vi al Océano  
azotado del austro proceloso,  
combatir mi bajel, y ante mis plantas  
sus abismos abrir, y amé el peligro,  
y sus iras amé: mas su fiereza  
en mi alma no dejara  
la profunda impresión que tu grandeza.

Corres sereno y majestuoso, y luego  
en ásperos peñascos quebrantado,

te abalanzas violento, arrebatado,  
como el destino irresistible y ciego.  
¿Qué voz humana describir podría  
de la sirte rugiente  
la aterradora faz? El alma mía  
en vagos pensamientos se contunde,  
al contemplar la férvida corriente,  
que en vano quiere la turbada vista  
en su vuelo seguir al borde oscuro  
del precipicio altísimo: mil olas,  
cual pensamiento rápidas pasando,  
chocan y se enfurecen,  
y otras mil y otras mil, ya las alcanzan,  
y entre espuma y fragor desaparecen.

Mas llegan... saltan... El abismo horrendo  
devora los torrentes despeñados;  
crúzanse en él mil iris, y asordados  
vuelven los bosques el fragor tremendo.  
Al golpe violentísimo en las peñas  
rómperse el agua, y salta, y una nube  
de revueltos vapores  
cubre el abismo en remolinos, sube,  
gira en torno, y al cielo  
cual pirámide inmensa se levanta,  
y por sobre los bosques que le cercan  
al solitario cazador espanta.

Mas, ¿qué en ti busca mi anhelante vista  
con inquieto afanar? ¿Por qué no miro  
alrededor de tu caverna inmensa  
las palmas, ¡ay!, las palmas deliciosas,  
que en las llanuras de mi ardiente patria  
nacen del sol a la sonrisa, crecen,

y al soplo de la brisa del Océano  
bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...  
Nada, ¡oh Niágara!, falta a tu destino,  
ni otra corona que el agreste pino  
a tu terrible majestad conviene.  
La palma y mirto, y delicada rosa,  
muelle placer inspiran y ocio blando  
en frívolo jardín: a ti la suerte  
guarda más digno objeto y más sublime.  
El alma libre, generosa y fuerte  
viene, te ve, se asombra,  
menosprecia los frívolos delcites,  
y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Dios, Dios de la verdad! En otros climas  
vi monstruos execrables  
blasfemando su nombre sacrosanto,  
sembrar error y fanatismo impío,  
los campos inundar con sangre y llanto,  
de hermanos atizar la infanda guerra  
y desolar frenéticos la tierra.  
Vilos, y el pecho se inflamó a su vista  
en grave indignación. Por otra parte  
vi mentidos filósofos que osaban  
escrutar tus misterios, ultrajarte  
y de impiedad al lamentable abismo  
a los míseros hombres arrastraban:

Por eso siempre te buscó mi mente  
en la sublime soledad: ahora  
entera se abre a ti; tu mano siente  
en esta inmensidad que me circunda,  
y tu profunda voz baja a mi seno  
de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!  
¡Cómo tu vista mi ánimo enajena  
y de terror y admiración me llena!  
¿Do tu origen está? ¿Quién fertiliza  
por tantos siglos tu inexhausta fuente?  
¿Qué poderosa mano  
hace que al recibirte  
no rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,  
cubrió tu faz de nubes agitadas,  
dió su voz a tus aguas despeñadas,  
y ornó con su arco tu terrible frente.

Miró tus aguas que incansables corren,  
como el largo torrente de los siglos,  
rueda en la eternidad: así del hombre  
pasan volando los floridos días,  
y despierta el dolor— ¡Ay! ya agotada  
siento mi juventud, mi faz marchita  
y la profunda pena que me agita  
ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día  
mi mísero aislamiento, mi abandono,  
mi lamentable desamor... ¿Podría  
una alma apasionada y borrascosa  
sin amor ser feliz?... ¡Oh! ¡Si una hermosa  
digna de mí me amase,  
y de este abismo al borde turbulento  
mi vago pensamiento  
y mi andar solitario acompañase!  
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse  
de leve palidez, y ser más bella  
en su dulce terror, y sonreírse

al sostenerla en mis amantes brazos...  
¡Delirios de virtud!... ¡Ay!, desterrado,  
sin patria, sin amores,  
sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!,  
oye mi última voz: en pocos años  
ya devorado habrá la tumba fría  
a tu débil cantor. ¡Duren mis versos  
cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso  
al contemplar tu faz algún viajero  
dar un suspiro a la memoria mía.  
Y yo al hundirse el sol en Occidente,  
vuele gozoso do el Criador me llama,  
y al escuchar los ecos de mi fama  
alce en las nubes la radiosa frente.

## ESTEBAN ECHEVERRIA

Argentino

1805

1851

### A V E L L A N E D A

#### CANTO PRIMERO

##### I

¿Conocéis esa tierra bendecida  
por la fecunda mano del Creador,  
de cuyo virgen seno sin medida  
fluye como el aroma de la flor  
la balsámica esencia de la vida,  
y se palpa su espíritu y su aliento  
en la tierra, en la atmósfera, en el viento,  
en el cielo, en la luz, en la hermosura  
de su varia y magnífica natura?

Tierra de los naranjos y las flores,  
de las selvas y pájaros cantores  
que el Inca poseyera, hermosa joya  
de su corona regia, donde crece  
el camote y la rica chirimoya,  
y el naranjero sin cesar florece,  
entre bosques de mirtos y de aromas,  
brindando al gusto sus doradas pomas.  
Donde el sacro laurel, ambicionando  
galardón del poeta y del soldado,  
al rayo desafía entre la nube  
a par del cedro que gallardo sube,  
y el "pacará", que al viajador asombra,  
cien jinetes cobija con su sombra.  
Donde el zorzal y ruiseñor, artistas  
de ingenua inspiración sin hondas vistas,  
en las serenas tardes de verano,  
cuando reina sin par melancolía  
en la natura, el premio soberano  
se disputan del canto y la armonía.

Sus casas son vergeles  
donde habitó la paz y la abundancia  
en tiempos más felices, cuando fieles  
a la costumbre y fe de sus mayores,  
o avenidos tal vez con su ignorancia,  
vivían sus tranquilos moradores.  
Pero hoy ya no es así; de esos hogares  
huyó la paz por la civil contienda,  
y quedaron el llanto y los pesares,  
de las pasiones viles triste ofrenda.

¡Cómo admirarla lograréis sin verla,  
ni por bosquejo alguno conocerla  
de pluma o de pincel! Cuando el invierno.

con el soplo glacial de sus montañas  
viene el raudal eterno  
de vida a amortiguar en sus entrañas,  
una virgen parece adormecida  
sobre cama de céspedes florida  
con las galas de ayer en torno suyo  
medio marchitas ya, pero olorosas,  
flamantes y vistosas;  
duerme y no duerme, sueña;  
oye soñando el plácido murmullo  
del festín y la danza, el alboroto  
del expansivo y hechicero gozo,  
y el recuerdo de todo en la sonrisa  
de su plácido rostro se diseña,  
como si el fresco animador volviera  
a respirar de perfumada brisa.  
Después la primavera,  
con su templado sol y sus rumores,  
su concierto de pájaros cantores,  
a electrizar sus miembros adormidos  
llega y baña sin lumbre sus sentidos;  
y la virgen despierta  
de su sueño fugaz, y se levanta  
radiante de alegría y de frescura,  
de gracia y de hermosura.  
y a engalanar empieza  
con coronas de mirtos y arrayanes  
su espléndida cabeza,  
y su seno con ramos de mil flores  
de distintos matices y colores,  
y a perfumarse con esencias puras,  
derramando por montes y llanuras  
de su eterna beldad los resplandores:  
hasta que el sol de la estación ardiente  
subir hace a su frente

todo el intenso ardor, toda la vida  
que entre su seno inmaculado anida,  
revistiendo de pompa y de grandeza  
su joven y magnífica belleza.

Tierra de promisión y de renombre,  
engendra en sus entrañas virginales  
cuanto apetece y necesita el hombre  
para vivir feliz: en animales,  
en frutas y productos tropicales,  
en colosal vegetación. En vano  
el adusto verano  
la quema con su sol; el Aconguija,  
que entre las nubes fija  
la nevada cerviz, de sus raudales  
el tesoro derrama y la fecunda,  
la baña con sus fríos alientos  
y sus campos sedientos  
de fresca lluvia y de vigor inunda.  
Entonces ella de lumbre  
y de brillantes galas revestida,  
bajo la azul techumbre,  
cual magnífico templo se presenta  
del infinito ser que la dió vida  
y su eternal espíritu alimenta.

¡Cuán bella entonces es! ¡Al pensamiento  
cuánto inspira de luz y arrobamiento!  
¡Cuánto de eterna nutrición le ofrece!  
La mirada de Dios bañar parece  
sus selvas virginales y sus montes,  
sus campiñas y claros horizontes,  
y a transformar con su inefable hechizo  
aquella tierra en otro paraíso,  
paraíso de gloria y de esperanza,  
de pura, inagotable bienandanza.

¡Cuán bella entonces es! ¡Cuánto de calma  
de aspiración sublime infunde al alma!  
Encantado jardín, valle florido  
del edén desprendido  
para adornar el argentino suelo.

Sus aires son aromas  
que parecen fluir entre azul velo  
del seno de redomas  
inmensas de azahar y de azucena,  
de "poleo", cedrón y hierbabuena;  
brisas que dulcemente  
los sentidos embriagan y la mente,  
y el corazón llenando de alegría  
dan alas a la inquieta fantasía.

## EL ANGEL CAIDO

(FRAGMENTO)

¡Quién pudiera, hermoso Plata,  
cabalgar sobre tus ondas,  
y de tus entrañas hondas  
los misterios descubrir,  
y en el raudal torbellino  
de la tormenta engolfarse,  
en su atmósfera bañarse  
y de su vida vivir!

Me place con el Pampero  
esa tu lidia gigante,  
y el incansable hervidero  
de tus olas a mis pies;  
y la espuma y los bramidos  
de tu cólera soberbia,

que atolondran mis sentidos,  
llevan a mi alma embriaguez.

Y me place verte en calma  
dormir, como suele a veces  
dormitar tranquila mi alma  
o mi vida material;  
cuando la luna barniza  
tu faz de plata, y jugando,  
el aura apenas te riza  
la melena de cristal.

Me places, como el Océano,  
tu rival en poderío,  
cuando lo surcaba ufano  
en mi albor de juventud;  
con el corazón de luto,  
pero con alma nutrida  
de savia fértil de vida,  
de fe y sueños de virtud.

Me places cual la llanura  
con su horizonte infinito,  
con su gala de verdura  
y su vaga ondulación;  
cuando en los lomos del bruto  
la cruzaba velozmente,  
para aturdir en mi mente  
la febril cavilación.

Y te quiero, oh Plata, tanto  
como te quise algún día  
porque tienes un encanto  
indecible para mí;

porque en tu orilla mi cuna  
feliz se meció, aunque el brillo  
del astro de mi fortuna  
jamás en tu cielo vi.

Te quiero como el recuerdo  
más dichoso de mi vida,  
como reliquia querida  
de lo que fué y ya no es ;  
como la tumba do yacen  
esperanzas, ambiciones,  
todo un mundo de ilusiones  
que vi en sueño alguna vez.

Oh Plata, al verte gigante,  
me agiganto, iluso siento  
la emoción y arrobamiento  
de un inefable placer,  
y mi vida incorporarse  
con la tuya turbulenta,  
y en inmortal transformarse  
mi perecedero ser.

Si algo pedirte pudiera,  
si me oyeses, en tus ondas  
sepulcro encontrar quisiera,  
mi cuerpo entregarte, sí ;  
para que no viese el hombre  
sobre lápida ninguna  
jamás escrito mi nombre  
ni preguntase quién fuí.

## CONTESTACION

¡Ah!, ya agostada  
siento mi juventud, mi faz marchita,  
y la profunda pena que me agita  
ruga mi frente, de dolor nublada.

*Heredia.*

Feliz tú, que de bellas ilusiones  
sin cesar halagado, a las visiones  
inefables del alma  
librar puedes tu ardiente fantasía,  
y de éxtasi embriagar y de armonía  
tu corazón en calma.

Feliz tú, que aspirando el aura pura  
del majestuoso Plata, la hermosura  
contemplas de la luna,  
que asoma melancólica su frente,  
como gentil beldad que de amor siente  
la congoja importuna.

Mecido allí por sueño delicioso,  
oyes sólo el susurro misterioso  
de las olas serenas,  
que al rayo de la luna resplandecen,  
y en cadencia armoniosa se adormecen  
sobre muelles arenas.

Allí tu alma inflamada en su desvelo  
hasta el trono de Dios levanta el vuelo  
y olvidada del mundo  
escucha la armonía soberana  
que de su eterna gloria eterna mana  
cual venero fecundo.

Allí anhela calmar su sed ardiente  
en esa viva, inagotable fuente  
que el universo anima,  
y con alas de fuego divagando  
el infinito abarca, y remontando  
más y más se sublima.

¡Quién como tú pudiera, el pecho lleno  
de esperanza y de fe, por el ameno  
camino de la vida  
espaciar sus miradas halagüeñas,  
y ver por todo imágenes risueñas,  
como en la edad florida!

¡Quién en su lira modular sonora  
dulce amor y amistad consoladora,  
tesoros celestiales;  
y al son de la hechicera melodía  
derramar esperanza y alegría  
en los pechos mortales!

¡Quién fuese como tú, que atrás dejando  
un pasado feliz, y contemplando  
el porvenir brillante,  
un mundo de esperanzas y delicias  
ante tus ojos ves, y no codicias  
nada al vulgo anhelante.

Mi juventud también tuvo visiones  
de ambición y de gloria, y mil pasiones  
terribles le agitaron;  
amor fué su delirio y su ventura,  
y en brazos apuró de la hermosura  
delicias que volaron.

Mas cual roble soberbio que derriba  
el feroz huracán de cumbre altiva,  
al impulso violento  
de fogosas pasiones, abatida  
cayó mi juventud, que sólo vida  
tiene para el tormento.

¡Oh si en himnos de excelsa poesía  
yo pudiera el torrente de armonía  
exhalar de mi pecho,  
o en tristes tonos modular süaves  
de mi fiero dolor las ansias graves,  
las dudas y el despecho!

El canto entonces de la musa mía  
al eco de la tuya se uniría  
en soberano coro,  
y esos pechos de bronce casi yertos  
latirían oyendo los conciertos  
de vuestra lira de oro.

Pero, vano delirio, mi destino  
es batallar con el dolor contino  
hasta que suene la hora;  
y consumirse en agonía lenta,  
como el ave inmortal que en sí alimenta  
fuego que la devora.

## LA AUSENCIA

Fuese el hechizo  
del alma mía,  
y mi alegría  
se fué también;

en un instante  
todo he perdido:  
¿dónde te has ido,  
mi amado bien?

Cubrióse todo  
de oscuro velo  
el bello cielo  
que me alumbró,  
y el astro hermoso  
de mi destino  
en su camino  
se oscureció.

Perdió su hechizo  
la melodía  
que apetece  
mi corazón.  
Fúnebre canto  
sólo serena  
la esquiva vena  
de mi pasión.

Doquiera llevo  
mis tristes ojos,  
hallo despojos  
del dulce amor;  
doquier vestigios  
de fugaz gloria,  
cuya memoria  
me da dolor.

Vuelve a mis brazos,  
querido dueño;  
sol halagüeño  
me alumbrará:

vuelve tu vista,  
que todo alegre;  
mi noche negra  
disipará.

## LA CAUTIVA

(PRIMERA PARTE)

### EL DESIERTO

Era la tarde, y la hora  
en que el sol la cresta dora  
de los Andes. El desierto  
incomensurable, abierto,  
y misterioso a sus pies  
se extiende, triste el semblante,  
solitario y taciturno,  
como el mar, cuando un instante,  
al crepúsculo nocturno,  
pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra  
su inmensidad, y no encuentra  
la vista, en su vivo anhelo,  
do fijar su fugaz vuelo,  
como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades,  
del ave y bruto guaridas,  
doquier cielo y soledades,  
de Dios sólo conocidas,  
que él solo puede sondar.

A veces la tribu errante  
sobre el potro rozagante,

cuyas crines altaneras  
flotan al viento ligeras,  
lo cruza cual torbellino  
y pasa; o su todería  
sobre la grama frondosa  
asienta, esperando el día...  
duerme... tranquila reposa...  
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas  
sublimes y a par sencillas,  
sembró la fecunda mano  
de Dios allí! ¡Cuánto arcano  
que no es dado al vulgo ver!  
La humilde hierba, el insecto,  
la aura aromática y pura,  
el silencio, el triste aspecto  
de la grandiosa llanura,  
el pálido anochecer,

las armonías del viento...  
dicen más al pensamiento,  
que todo cuanto a porfía  
la vana filosofía  
pretende altiva enseñar.  
¡Qué pincel podrá pintarlas  
sin deslucir su belleza!  
¡Qué lengua humana alabarlas!  
Sólo el genio su grandeza  
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente  
reclinaba en Occidente,  
derramando por la esfera  
de su rubia cabellera

el desmayado fulgor.  
Serenos y diáfanos el cielo.  
sobre la gala verdosa  
de la llanura, azul velo  
esparcía, misteriosa  
sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas  
sus alas de aroma llenas,  
entre la hierba bullía  
del campo, que parecía  
como un piélago ondear.  
Y la tierra contemplando  
del astro rey la partida,  
callaba, manifestando,  
como en una despedida,  
en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero,  
relinchaba un bruto fiero  
aquí o allá, en la campaña;  
bramaba un toro de saña,  
rugía un tigre feroz:  
o las nubes contemplando,  
como extático y gozoso  
el yajá de cuando en cuando  
turbaba el mudo reposo  
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
que el vasto horizonte ardía;  
la silenciosa llanura  
fué quedando más oscura,  
más pardo el cielo, y en él  
con luz trémula brillaba

una que otra estrella, y luego  
a los ojos se ocultaba,  
como vacilante fuego  
en soberbio chapitel.

El crepúsculo entre tanto,  
con su claroscuro manto,  
veló la tierra; una faja  
negra como una mortaja,  
el occidente cubrió  
mientras la noche bajando  
lenta venía. La calma  
que contempla suspirando,  
inquieta a veces el alma,  
con el silencio reinó.

Entonces, como el ruido  
que suele hacer el tronido  
cuando retumba lejano,  
se oyó en el tranquilo llano  
sordo y confuso clamor;  
se perdió... y luego violento,  
como baladro espantoso  
de turba inmensa, en el viento  
se dilató sonoro,  
dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
del ágil potro arrogante  
el duro suelo temblaba,  
y envuelto en polvo cruzaba  
como animado tropel,  
velozmente cabalgando;  
víanse lanzas agudas,  
cabezas, crines ondeando,

y como formas desnudas  
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba  
con su alarido perturba  
las calladas soledades  
de Dios, do las tempestades  
sólo se oyen resonar?  
¿Qué humana planta orgullosa  
se atreve a hollar el desierto  
cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
en sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando  
de salvajes, atronando  
todo el campo convecino.  
¡Mirad! Como torbellino  
hiende el espacio veloz.  
El fiero ímpetu no enfrena  
del bruto que arroja espuma:  
vaga al viento su melena,  
y con ligereza suma  
pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?  
¿De qué su gozo proviene?  
¿Por qué grita, corre, vuela,  
clavando al bruto la espuela,  
sin mirar alrededor?  
¡Ved! Que las puntas ufanas  
de sus lanzas, por despojos  
llevan cabezas humanas,  
cuyos inflamados ojos  
respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje  
al indomable coraje  
que abatió su alevosía;  
y su rencor todavía  
mira con torpe placer  
las cabezas que cortaron  
sus inhumanos cuchillos,  
exclamando: "Ya pagaron  
del cristiano los caudillos  
el feudo a nuestro poder.

"Ya los ranchos do vivieron  
presa de las llamas fueron,  
y muerde el polvo abatida  
su pujanza tan erguida.  
¿Dónde sus bravos están?  
Vengan hoy del vituperio,  
sus mujeres, sus infantes,  
que gimen en cautiverio,  
a libertar, y como antes  
nuestras lanzas probarán."

Tal decía; y bajo el callo  
del indómito caballo,  
crujiendo el suelo temblaba;  
hucco y sordo retumbaba  
su grito en la soledad.  
Mientras, la noche, cubierto  
el rostro en manto nubloso,  
echó en el vasto desierto  
su silencio pavoroso,  
su sombría majestad.

## D E S E O

Silencio, nada más, y no gemido,  
lágrimas o suspiros yo demando,  
en el instante lastimero cuando  
descienda helado a la mansión de olvido.

Jamás estéril llanto a la ternura  
debió mi pecho en sus acerbos males;  
sólo apuré los tragos más fatales  
que me brindó la impía desventura.

Dormir sin ser al mundo tributario,  
quiero en la noche tenebrosa y fría,  
sin que nadie interrumpa su alegría;  
morir, como he vivido, solitario.

Tú, nunca de infelices, Dios de olvido,  
que a la nada presides misterioso,  
encubre con tus alas silencioso  
el sepulcro de un ser desconocido.

## ANTONIO ROS DE OLANO

Venezolano

1808

1887

### S I N H I J O

Era la madre de un niño,  
de un niño que deliraba;  
eran sus ojos dos fuentes  
y los del hijo dos llamas.  
"No rías, hijo, no rías,  
¡que me partes las entrañas!

¡Llora para que se enjuguen,  
al verte llorar, mis lágrimas!...”  
“Aquel pajarito, madre,  
que tiene el pico de plata,  
el cuerpo de azul de cielo,  
y de oro fino las alas...”

Calló el niño, y quedó quieto,  
las pupilas apagadas:  
como quedan en el nido  
polluelos que el cierzo mata.

Y dudando si dormía,  
viendo que ya no lloraba,  
besó la madre la boca  
de un cuerpecito sin alma.

Desde entonces, cuando trinan  
las aves en la alborada,  
mientras que cantar las oye,  
ella ríe, llora y canta:

“Aquel pajarito, madre,  
que tiene el pico de plata,  
y el cuerpo de azul de cielo,  
y de oro fino las alas...”

## EN LA SOLEDAD

### III

Hay junto a la ventana de mi estancia  
un laurel de la sombra protegido,  
en donde guarda un ruiseñor su nido  
apenas de mi mano a la distancia:

Y entre el verde follaje y la fragancia,  
celoso, ufano, amante, requerido,  
dice su amor con lánguido quejido  
y dulce y elevada consonancia.

Las horas de la noche una tras una  
en sigilosa hilera huyendo el día,  
siguen el curso a la encantada luna...

Y en esta soledad, el alma mía  
goza sin envidiar cosa ninguna,  
de su quieta y feliz melancolía.

## MANSA LLUVIA

(Fragmento del poema  
*El lenguaje de las Estaciones.*)

Mansa lluvia, mansa lluvia,  
en aljófares cerniéndote  
del sol al último rayo,  
que el agua en diamantes vuelve:  
mansa lluvia en derramados  
prismas de cristal luciente,  
arco de triunfo erigido  
al vencedor de los débiles,  
iris de paz para el hombre,  
sin pacto que le conserve:  
mansa lluvia, engalanada  
de colores transparentes,  
amaranto y oro y púrpura  
que no imitan los pinceles:  
cariñosa, mansa lluvia,  
a medida que te ciernes  
sobre las flores del campo,  
hijas de matas silvestres,  
renace mi triste vida  
a la calma que apetece!  
¡ Vivir es amar, y miro  
el placer con que agradecen  
allá en el monte los árboles

y aquí las flores campestres;  
mansa lluvia cariñosa,  
los beneficios que viertes!  
y tú, de concordia iris,  
escala de luz, que asciendes  
a do reside el misterio  
de la vida y de la muerte,  
tú eres el santo camino  
por do libres van y vienen  
las bendiciones que parten,  
las esperanzas que vuelven.

## JUAN MARLA GUTIERREZ

Argentino

1809

1878

### A MI CABALLO

Rey de los llanos de la patria mía,  
mi tostado alazán, ¡quién me volviera  
tu fiel y generosa compañía  
y tu mirada inteligente y fiera!

¿Has llorado por mí? ¿Cuándo otra mano  
limpia el polvo a la crin de tus melenas,  
recibes las caricias siempre ufano,  
adviertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño, errante, vagabundo,  
tan sólo de recuerdos ha vivido,  
y en todos los caminos de este mundo  
la imagen de la patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,  
es el aliento de la vida humana,

la constante visión de la memoria,  
el sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado,  
la nativa llanura abandonaste  
y el lago cristalino y azulado  
en el rico pesebre recordaste.

¡Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos  
los astros que en el Plata se reflejan!  
¡Con renegridos ojos y cabellos  
esclavo el corazón sus hijos dejan!

Crecen allí las flores y las mieses  
sin el cansancio de la frente humana,  
y señala el camino de los meses  
fruto sabroso que perfume emana...

¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora  
cuando llegando a la ventana mía,  
hallaste mi cabeza indagadora  
ante el libro doblada que mentía?

Ya del oriente el resplandor velaba  
del lucero de amor la mustia lumbre,  
y la aromada brisa que reinaba  
el pecho me llenó de mansedumbre.

Un no sé qué sentí; como incompleto  
mi sér me pareció; tendí los brazos,  
y sólo sombras y silencio quieto  
halló mi corazón hecho pedazos.

Era el amor, la luz de la existencia,  
que en mi inocente corazón nacía,

y a mi joven, incauta inexperiencia,  
placeres y deleites prometía.

¡Placer... deleite! espinas y dolores  
sólo encontré cuando clavé los ojos  
en los de una mujer, tan seductores,  
que alfombra hizo a su pie de mis despojos.

¡Oh!, yo la amé cual se ama la primera,  
la vez primera que el amor sentimos,  
cuando está el corazón en primavera  
y al son de las pasiones nos abrimos.

La idolatré, y hasta la estampa leve  
besé de sus pisadas vagorosas  
sobre la hierba de la senda breve  
formada de jazmines y de rosas,

y en las arenas de mi patrio río,  
cuando ella, entre las bellas argentinas,  
en las auroras dulces del estío  
se bañaba en las ondas cristalinas.

Tú, mi alazán, amigo fiel ausente,  
más de una vez has inundado el seno  
de otro alazán fogoso y diligente  
con la argentada espuma de tu freno.

Tus huellas a las tuyas confundidas  
se vieron muchas veces en la arena,  
cuando en voces del alma desprendidas  
conversaba de amor con mi morena.

Tú conocías como yo el sendero  
por mi amada en los campos preferido,

y el paso redoblabas placentero,  
de mi impaciente látigo al chasquido.

Más de una vez desde tu inquieta espalda  
de flores desdoblé la enredadera,  
para adornar su sien de una guirnalda  
que jugase en su negra cabellera.

Tú entre las calles de mi patria hallabas,  
puesto ya el sol, su calle y su ventana,  
e inclinando la frente te parabas  
ante la que era el sol de mi mañana.

¡Todo pasó! Del pobre desterrado  
en el variable pecho de la bella  
no hay ni un recuerdo del amor pasado,  
ni en sus paternos campos una huella.

## RECUERDO

Del huracán las alas tenebrosas  
sobre el abismo enfurecidas van,  
cual fúnebres coronas deponiendo  
blancas espumas sobre el negro mar.

Vienen en tanto a la memoria mía  
las frescas horas de mi quieta edad;  
con la inquietud presente se confunden  
como la espuma y el horror del mar.

¡Visión de luz! ¡Amor primero y puro,  
cáliz de almíbar que arrojé desleal!  
En esta noche que entristece a mi alma,  
eres la espuma que ilumina el mar.

Perfumes llegan de mi patrio suelo  
del trébol, rosas, violas, azahar,  
y de esta flor del aire misteriosa  
que es como espuma blanca de la mar.

Siento en la playa del inmenso río  
correr veloz el férvido alazán,  
bañado el pecho en argentada espuma,  
como la espuma que levanta el mar,

Madre y hermanas que lloráis mi ausencia,  
yo pisaré vuestro desierto umbral:  
es el tirano odioso de mi patria  
espuma leve que se traga el mar.

RAFAEL M. BARALT

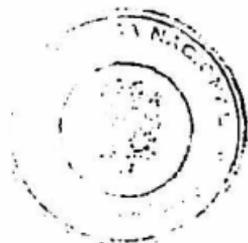
Venezolano

1810

1860

A UNA FLOR MARCHITA

Hija de la mañana,  
¿por qué abatida la graciosa frente  
no ha mucho tan ufana?  
¿Qué de tu honor y tu arrogancia queda?  
Hoy venturosa y leda  
sobre el flexible tallo columpiada  
te saludó la aurora  
en el rosado Oriente,  
cuando de su alma luz acariciada  
junto al arroyo en el vergel naciste;  
y hoy el arroyo con murmurio triste,  
al fenecer el día en Occidente,  
corre, te busca, y al mirarte llora  
de tu beldad lozana  
el efímero alarde y pompa vana.



Mas, ¡cuántos disfrutaste, cuántos diste  
bienes preciados, en tu gloria breve!  
Del sol enamorado  
los vívidos colores recibiste:  
ósculo regalado  
del céfiro sonante, cuando leve,  
tallo, ramas y pétalos movía,  
y en la húmeda corola vacilante  
al plácido murmullo se adormía:  
el pardo ruiñeñor con pico de oro  
tus néctares bebió: la susurrante  
solicita abejuela, dulce cuna  
y aún más dulce tesoro  
de miel y aromas alcanzó en tu seno:  
en tu cáliz sereno  
vertió sus rayos la argentada luna,  
sus nacaradas gotas el rocío;  
y al retratarte en su cristal el río,  
sus acentos süaves  
unió cantando a los del bosque umbrío,  
y al coro de los vientos y las aves.  
¿Ni qué voz generosa a tus loores  
el tributo negó? Con noble verso  
vistiendo tus colores,  
tu gloria al universo  
dijo la lira; y la campestre avena  
con dulce cantilena  
en el valle y la vega a los pastores.

En el sublime alcázar peregrino  
de mármoles labrado;  
en la ramosa gruta; en la cabaña  
de informes troncos de silvestre pino;  
en el cercado huerto; en la montaña,  
perfume regalado,

inefable dulzura, encanto y vida,  
con mano igual profusa derramaste:  
allí donde brillaste  
resplandeció la tierra ennoblecida;  
los tendidos desiertos se animaron:  
menos horrible pareció el abismo;  
y ante el sepulcro mismo,  
los ojos que miraron tu hermosura  
menos acerbas lágrimas lloraron,  
y con menos terror la muerte dura  
y sus tristes despojos contemplaron.  
... ..

Luciste una mañana, no sin gloria;  
nacer para el amor, y en corta vida  
de todos bendecida  
ser amada y amar: tal es su historia  
y morir como el niño que arrancado  
al seno de su madre, sube al cielo  
en ángel transformado.  
Flor también es el niño que prefiere  
el Edén inmortal al triste suelo.  
¡Cuán amado de Dios es el que muere  
en brazos del amor; puesto el oído  
al maternal acento; suspendido  
al casto pecho por el dulce labio;  
sin probar el agravio  
de perfidia cruel o duro olvido!

Bella en la vida y en la muerte fuiste:  
en la vida y la muerte blando aroma  
tus hojas exhalaban,  
y tus dulces alientos se mezclaron  
del aura leve al generoso aliento.  
Y si nada resiste

de la dura segur al movimiento  
que alzados muros con furor desploma,  
que alzadas cimas con fragor derrumba,  
tú no pruebas sus iras:  
con lánguido desmayo en paz expiras;  
y perfumada tumba  
que el poderoso príncipe envidiara,  
más que de oro preciada y de diamante,  
en su seno escondido te prepara  
sobre el fiel corazón virgen amante.  
... ..

Mas si debes morir, flor generosa,  
¡cuán noble todavía  
eres en tu agonía!  
en torno al corazón las hojas bellas,  
en actitud piadosa,  
para ocultar las huellas  
de la muerte se agrupan, y a porfía,  
como amigas fieles,  
tu seno cubren y sobre él expiran.  
Así cuando ya miran  
marchitos sus laureles  
las semidiosas que adoró la tierra,  
vencidas en la guerra  
del crudo tiempo que con leves alas  
marchitó su hermosura  
y en humo y polvo convirtió sus galas,  
la frente ocultan donde ya no brilla  
de la edad juvenil el dulce fuego;  
la rugosa vejez con mano dura  
cenizas esparciendo, en la mejilla  
que la rosa envidió, su sello imprime,  
sorda de la beldad al hondo ruego  
Y en vano, en vano gime

el ídolo deshecho en solitario  
altar sin cultos al amor propicios:  
las antiguas diademas son cilicios;  
y envuelto en el sudario  
de la implacable edad que le devora,  
recuerda, y pasa. y sin consuelo llora.

¡Oh, dulce flor! ¡Oh, reina destronada!  
¿Qué te valdrá el recato?  
¿Por el que antes te amó, céfiro ingrato,  
te verás de tu manto despojada  
con bárbara osadía;  
y el aura matinal, sin conocerte,  
sobre la tierra que adornaste un día,  
profanando tu muerte,  
entre escorias y abrojos  
esparcirá tus míseros despojos?

¡Si al menos retratarte  
mi rudo verso triunfador pudiera!  
¡Si pudiera llevarte  
de la inmortalidad a la alta esfera!:  
pero mi lira en breve  
desfallecida como tú, al quebranto  
se rendirá; ni leve  
memoria acaso quedará del canto.  
Pendiente del ciprés, hondo lamento  
en sus cuerdas sonando dará el viento.

## ADIOS A LA PATRIA

ODA

¡Tierra del sol amada,  
donde inundado de su luz fecunda,

en hora malhadada,  
y con la faz airada,  
me vió el lago nacer que te circunda!

¡Campo alegre y ameno,  
de mi primer amor mudo testigo,  
cuando virgen, sereno,  
de traiciones ajeno,  
era mi amor de la esperanza amigo!

¡Adiós, adiós te queda!,  
ya tu mar no veré cuando amorosa,  
mansa te ciñe y leda,  
como delgada seda  
breve cintura de mujer hermosa.

Ni tu cielo esplendente,  
de purísimo azul y oro vestido,  
do sospecha la mente  
si en mar de luz candente  
la gran masa del sol se ha derretido;

ni tus campos herbosos,  
do en perfumado ambiente me embriagaba,  
y, en juegos amorosos,  
de nardos olorosos  
la frente de mi madre coronaba;

ni la altiva palmera,  
cuando en tus apartados horizontes  
con majestad severa  
sacude su cimera  
gigante de las selvas y los montes;

ni tus montes erguidos,  
que en impío reto hasta los cielos subes,  
en vano combatidos

del rayo, y circuidos  
de canas nieves y sulfúreas nubes.

¡Adiós! El dulce acento  
de tus hijas hermosas; la armonía  
del suave concento  
de la mar y del viento  
que el eco de tus bosques repetía;

de la fuente el ruido;  
del hilo de agua el plácido murmullo,  
más amable a mi oído  
que en su cuna mecido  
es grato al niño el maternal arrullo;

y el mugido horroroso  
del huracán, cuando, a los pies postrado  
del Ande poderoso,  
se detiene sañoso  
y a la mar de Colón revuelve airado;

de la cóndor el vuelo,  
cuando desde las nubes señorea  
tu frutecido suelo  
y en el campo del cielo  
con los rayos del sol se colorea;

y de mi dulce hermano  
y de mi tierna hermana las caricias;  
y las que vuestra mano  
en el albor temprano  
de mi vida sembró, puras delicias,

¡Oh madre! ¡Oh padre mío!  
Y aquella en que pedisteis, mansión santa,  
con alborozo pío  
el celestial rocío  
para mí, débil niño, frágil planta;

y tantos, ¡ay me!, tantos  
caros objetos que, en mi triste historia  
de miserias y llantos,  
marcan a mis quebrantos  
breve tregua tal vez con su memoria.

Todos yacen perdidos;  
que ausente del hogar en tierra extraña,  
mis penates queridos  
lloran entristecidos  
en tu almo suelo al refugiarse, España.

Puedas grande y dichosa  
subir, ¡oh patria!, del saber al templo,  
y en tu marcha gloriosa  
al orbe, majestosa,  
¡dar de valor y de virtud ejemplo!

No te duela mi suerte,  
no maldigas mi nombre, no me olvides;  
que aun vecino a la muerte  
pediré con voz fuerte  
victoria a Dios para tus justas lides.

MANUEL JOSE CORTES

Boliviano

1811

1865

A LA NATURALEZA DEL ORIENTE  
DE BOLIVIA

Al rasgar con furor la mar su seno,  
he visto aparecer un negro abismo  
debajo de mi planta,  
y amenazando al cielo, turbulenta  
la he visto levantar en la alba espuma  
el robusto bajel cual leve pluma.

El Illimani y el Illampo he visto  
en nocturna tormenta,  
al rápido brillar del rayo horrendo,  
como inmensos fanales que colgara  
de Dios la mano en el celeste dombo.

Mas nada iguala al cuadro que contemplo,  
en éxtasis divino embellecido.  
Coronado de selvas tan antiguas,  
que de la creación los siglos cuentan:  
inmensurable el llano  
a lo lejos remeda el Océano.

En su torcido curso,  
como serpiente que los polos toca,  
el caudaloso río se presenta,  
raudo, arrastrando su onda turbulenta.

¡Hermosa poesía!  
No es la del hombre sin colores, fría,  
sucesiva sin luz, sin movimiento;  
sino viva, brillante, encantadora.  
Divina poesía,  
creación de admirable se nos muestra  
del poeta inmortal la fantasía.

Aquí colinas, llanos y florestas,  
en donde reina eterna primavera;  
allí, hondos valles, do en menuda lluvia  
el agua cristalina se desliza  
de la escarpada altura,  
por la verde y florida colgadura  
que la rosa entapiza.

Aquí la muda soledad impera;  
el aura no susurra  
en la selva callada y solitaria;

la canora avecilla  
en las franjadas flores no se posa  
de fresca pasionaria ;  
del volador insecto no se escucha  
el ronco y melancólico zumbido,  
ni el arrullar de la torcaz sentida.  
Aquí es todo silencio y todo sombra ;  
del astro rutilante  
no se siente la luz pura y brillante.  
Triste el cuadro retrata  
esos días sombríos en que gime  
el corazón en soledad ingrata.

Allí se muestra al ojo deslumbrado  
un cuadro diferente,  
magnífico, encantado panorama,  
en que su lumbre ardiente el sol derrama.  
Entre juncos, adelfas y jazmines  
murmurando, desata  
el limpio arroyo su raudal de plata.

El ruiseñor, el tordo y el jilguero,  
en notas melodiosas,  
al aura dan su no aprendido canto.  
Las pintadas y bellas mariposas,  
cual flores voladoras,  
en giro irregular el aire hienden,  
sus primorosas galas  
en el matiz mostrando de sus alas.

El naranjo, la ceiba, el cocotero  
su copa aérea hasta las nubes yerguen ;  
enlazados de plantas trepadoras,  
y ostentando su fresca lozanía,  
a las aves ofrecen  
grato retiro en la enramada umbría.

Aquí la selva secular, ornada  
de festones de varia enredadera  
de bellos y vivísimos colores,  
y la extensa pradera  
de fraganciosas flores alfombrada,  
forman el templo augusto que levanta  
la creación a Dios, a quien ofrece  
deliciosos perfumes por incienso,  
y por ofrenda el fruto delicado  
que el estival calor ha sazonado.

Como ardiente pasión, arrebatado  
el tronador torrente de la roca  
se lanza en el abismo, do fenece  
su impetuoso furor, como perece  
la ilusión que ha llegado  
del desengaño al terminar funesto.

Más lejos, corre manso el claro río,  
entre flores cruzando la espesura,  
como corre la vida sosegada  
cuando con mano pródiga el destino  
la copa del placer nos da colmada.  
Es bello contemplar bajo este cielo  
a la naturaleza, en la mañana  
teñida de oro y grana.

En el Oriente ved, engrandecido,  
del sol el disco ardiente,  
cual si en estas regiones no bastara  
la luz con que colora  
otros mezquinos climas, do aparece  
pálido, oscurecido.  
Aquí centro de luz hermosa y clara,  
domina en el espacio,  
de rubí engalanado y de topacio.

Quando brillante en el cenit se muestra,  
contra su rayo intenso el pajarillo  
busca la sombra grata.  
Sólo el cóndor y el águila resisten  
al esplendor del inflamado cielo.

En la serena y deliciosa tarde,  
lento lleva su carro  
al lejano confín del Occidente,  
donde oculta su frente.

El rutilante Véspero su rayo  
sustituye a la llama  
de la antorcha del día, en cuya ausencia  
el orbe desfallece en el desmayo.

Dulce melancolía  
se apodera del alma; el universo  
de una dicha falaz que ya no existe  
con muda voz nos habla:  
con lo pasado enlaza lo presente,  
y aun al oscuro porvenir se lanza,  
y nos promete mágica esperanza:  
su palabra postrera y elocuente,  
encaminada al hombre,  
es del Eterno Sér el santo nombre.

Teñida de carmín muestra la luna  
su refulgente esfera:  
su luz baña la sierra y la pradera.  
Las estrellas del Austro resplandecen;  
el mar azul del cielo  
cruza de Argoz la nube luminosa.  
Mas de improviso electrizadas nubes  
el éter oscurecen.

Descuélgase la lluvia estrepitosa;  
del trueno el estampido,  
el rugir del jaguar, el estallido  
del árbol que desgaja  
el huracán en su furioso embate,  
la voz de la tormenta, en un concierto  
infernial y sublime se combinan.

Sólo el brillar fosfórico del trueno  
y la luz del relámpago interrumpen  
del cielo y de la tierra la tiniebla.  
En medio de esta escena aterradora  
el corazón más fuerte  
tiembla al ver el aspecto de la muerte.  
El hombre... ¿Qué es el hombre aquí, delante  
de este grandioso cuadro?  
En el espacio, un punto imperceptible;  
en el tiempo, un instante;  
mas su razón, de Jehová presente,  
engrandece al mortal. Naturaleza,  
allá admira tu pompa, tu belleza;  
admira, mas no adora; porque sólo  
delante de su autor se postra muda,  
y en santo acatamiento le saluda.

JUAN DIEGUEZ

Guatemalteco

1813

1865

L A G A R Z A

(Fragmentos)

¡Oh tú, de la onda inmaculado lirio,  
melancólica reina del estanque,  
tan silenciosa, tan inmóvil y límpida,  
cual si te hubiesen cincelado en jaspe!

Ora te mire en la serena orilla,  
de mansedumbre y de dolor imagen,  
plegado al pecho el serpentino cuello,  
y el pico entre los lípidos cristales;

ora remando en compasado vuelo,  
cual blanca navicilla de los aires,  
al céfiro agitando con tus alas,  
como a la onda los remos de la nave;

ora en las ramas del ciprés oscuro  
a la hada entre las sombras semejante,  
vengas a oír en soledad sombría  
los últimos murmullos de la tarde.

Rival de la paloma sin mancha,  
más pura que la nieve deslumbrante,  
émula silenciosa de los cisnes,  
¡salve, garza gentil, mil veces salve!

Avara y caprichosa la armonía  
te cerró sus néctareos manantiales,  
que sacian a los tiernos ruiseñores  
y cisnes canos de argentinas fauces;

mas te infundió naturaleza artista  
en tu propia mudez bello lenguaje:  
de dolor te formó viviente estatua,  
como, a esculpirla no alcanzara el arte.

El dolor te inspiró, más dulce y manso,  
su elegíaca expresión tan penetrante;  
tu actitud modeló "melancolía",  
"inocencia" te dió tu albo ropaje.

¿Qué haces allí, cual nítida azucena,  
nieve sembrada en la anchurosa margen?  
¿Nuevo Narciso, en el cristal contemplas,  
por ventura, el albor de tu plumaje?

¿O en dolorosa soledad el duelo  
haces, tal vez, de tu perdido amante?  
¿O de la tierna devorada prole  
que en el robado nido ya no hallaste?

Asesino traidor de sutil planta,  
oculto se te acerca entre los sauces...  
¡Ay de ti!... ¡Ya te apunta..., ya la muerte  
miro en tu pecho cándido cebarse!

Brilla entre el humo pálido la llama,  
las ondas salpicando el plomo cae,  
vuelas tú, yo respiro y el estruendo  
aun se prolonga por el ancho valle.

La muerte apenas con sus alas roza  
tus blancas plumas que en el aura esparce,  
que un breve instante en el espacio giran  
y van cayendo y en el agua yacen.

Oyera el cielo con piedad mis votos:  
oígalos siempre así, siempre te guarde;  
pero, ¡ay!, mi dulce amiga, ¡quién dijera  
cuál de los dos primero de aquí falte!

Y yo, leve juguete del destino,  
cual la hoja de sañudos huracanes;  
yo, cuyo sueño la tormenta arrulla;  
yo, pobre alción en agitados mares;

yo, de tu lago vagabundo huésped,  
he de faltar también, tal vez más antes;  
la última sea acaso que mi planta  
huelle la florecilla de esas márgenes.

¿Y quién preguntará, lirio de la onda,  
dónde la suerte nos echó inconstante?  
¿Qué se hizo de la garza immaculada;  
qué de su errante y solitario vate,

que por la orilla del risueño lago  
vagaba un tiempo al declinar la tarde:  
que en las someras raíces se asentaba  
de este frondoso y corpulento amate;

o en lo más alto de las altas cumbres,  
por la ancha brecha que los montes parte,  
allá en el horizonte delineados,  
gustaba contemplar sus patrios Andes?

¿Tú y él qué fueron, sino arenas leves  
que la onda trajo y que los vientos barren?  
Tú y él borrados de la leda estancia,  
ella por siempre quedará inmutable;

con sus florestas de agradables sombras,  
sus auras puras, su fragancia suave,  
sus armonías, sus murmullos vagos,  
su dulce paz, su soledad amable;

con su torrente que espumantes masas  
bramando arroja por los vagos aires,  
a la profunda y peñascosa sima,  
donde las aguas con fragor se parten;

con sus inmensas calcinadas rocas,  
unas sobre otras, amagando el valle,  
hórridas, por allá, desnudas y áridas,  
del alma impía desolada imagen;

aquí de vida y de verdor cubiertas,  
con bosquecillos que en sus grietas nacen,  
aprisionados en floridos lazos  
que hacia el abismo suspendidos caen;

con su apacible y cristalino lago,  
donde se pinta encantador paisaje,  
en bella confusión, el llano, el monte,  
las blancas nubes ; el rebaño errante.

Aquí el nenúfar de rollizos tallos  
su blanca flor sobre las ondas abre,  
allí las algas el cristal matizan,  
y allí rebullen los silvestres ánades.

En esta orilla la cañuela humilde,  
abovedando sus flexibles haces,  
risueñas grutas de verdor ameno  
labra en el aire el cefirillo amante.

De entre la selva; por amor de la onda  
medrosos ciervos a la orilla salen,  
y en la frescura de las claras linfas  
la sed apagan sus ardientes fauces.

Entre el follaje deliciosas pasan  
la estiva siesta las charleras aves;  
y algún gemido solamente se oye  
que la paloma solitaria exhale.

Allá su barca el pescador desliza,  
a la faz rizando del sereno estanque,  
y al caer la tarde, a la ribera vuelve,  
donde la amarra con seguro cable,

bajo el abrigo del sabino añoso,  
que con sus ramas los cristales barre,  
custodio eterno de las linfas puras,  
en donde baña las desnudas raíces.

Allí una cruz, como a cincel grabada,  
ve el viajador desde la opuesta margen,  
y aquellos mustios solitarios sitios  
"Las playas de la cruz" oye nombrarles.

Allí verdosa y remansada la onda  
las negras peñas en silencio lame,  
bajo la triste sombra de una selva  
de impenetrable y lóbrego follaje.

Es tradición en la comarca crédula  
que allí una joven, infelice madre,  
soló por caso a su adorado niño,  
y al hondo abismo se arrojó al instante.

Cuentan que allí la desastrada peña  
aún manchas guarde de indeleble sangre;  
que en el silencio de la noche se oyen  
herir el viento lastimeros ayes;

que de la bella el gemebundo espíritu,  
cual blanca niebla sobre la onda errante,  
suele a la luz de las estrellas verse  
cruzar la faz del solitario estanque.

Yo en esas horas de silencio y calma,  
cuando a salir convida el aura suave,  
en las cálidas noches del estío,  
allí a la luna contemplar me place ;

y oigo no más que las ardientes quejas  
que al astro envían las nocturnas aves ;  
el incansable grillo melancólico  
que al bosque aduerme con rumor constante ;

el manso viento que en las altas cumbres  
murmullo blando entre los pinos hace,  
como corrientes de lejanas aguas  
que se oyen ir por ignorado cauce ;

la vaga orilla que al peñasco azota,  
la mansa res cuando la hierba paca,  
o el monótono golpe del torrente  
que alguna vez los céfiros me traen ;

vagos rumores de la triste noche,  
que en la dormida soledad se esparcen,  
encanto de las almas melancólicas,  
de los misterios de la noche amantes ;

eso no más oí, ni apariciones  
jamás he visto por ninguna parte,  
si no eres tú, que cual benigno genio  
del lago, siempre te encontré en sus márgenes.

Allí, oh amiga, bondadoso el hado  
largo vivir sin inquietud te guarde  
y un fin tranquilo entre tu nido de algas,  
y a mí en los brazos de mi dulce madre.

# JOSE JOAQUIN ORTIZ

Colombiano

1814

1892

## LOS COLONOS

No por florido otero o verde riba  
a la margen del río clamoroso,  
cuya onda fugitiva  
entre tupido bosque y fresca grama,  
como formando diálogo quejoso,  
de la urna espumosa se derrama ;  
mas envuelto en el denso torbellino  
de seco polvo, que alza galopando  
mi corcei generoso,  
a la ciudad distante me encamino.

¡Vedla! ¡Allá está! Sus blancas, altas torres  
entre espirales de humo se levantan  
sobre los rojos techos,  
y raros grupos de árboles a trechos  
alzan por cima su greñuda copa.  
Oíd: el murmurar del pueblo llega,  
al acercarnos más, cual voz de un río  
que despeñado de la sierra baja,  
y los peñascos con su espuma arropa  
y en altos tumbos fiero se desgaja.

De caballos el trote,  
y el chirriar de los carros en las guijas  
y el tráfago de gentes afanadas,  
sordamente resuena,  
y hierve la ciudad, como si fuese  
de los hombres anchísima colmena.

Mas no fué siempre así. Mi fantasía,  
a la pasada edad tornando el vuelo,

se place en contemplar la dulce Patria  
de su oriente pacífico en el día,  
Donde hoy, bajo la cúpula que al cielo  
se yergue de basílica suntuosa,  
y el altar santo queda,  
con el céfiro manso una arboleda  
de robles seculares se mecía;  
y aquel otero allá, de donde corre  
primero, rotas peñas quebrantando,  
de linfas claras resonante río;  
de cabañas de bálago cubiertas  
era entonces un pobre caserío.  
¿Y en qué lugar al aire abierto un día  
la redentora Cruz se alzó primero?  
El escuadrón conquistador la frente  
humillado inclinaba,  
mientras la muisca gente,  
viendo rendir el formidable acero  
que desquició su antigua monarquía,  
llena de mudo asombro se extasiaba.

¡Oh! ¡Ven conmigo, antigua amiga mía,  
Musa, que no quemaste un solo grano  
de incienso nunca ante ningún tirano!  
Tú, que arrojas coronas enlazadas  
con ramas de laurel que jamás muere,  
para ceñir la sien, no del guerrero  
que se alza, lidia y triunfa,  
y cual tormenta que pasando asuela  
dejando en pos de sí tristes despojos;  
mas la frente del útil ciudadano  
que primero este campo hizo fecundo  
sembrando en la era el extranjero grano;  
del cenobita impávido que al centro  
penetró del desierto más profundo,



y a la vida social al indio errante  
redujo del amor con suave mano;  
y del que pan y regalado lecho  
dió cariñoso al desvalido infante.

¡Oid cómo resuena  
adentro la montaña con los golpes  
del hacha! Ya en la loma más distante  
prende voraz el fuego,  
y el humo azul camina lentamente;  
mas se derrama luego  
por los collados todos;  
y el águila imperial, alipotente,  
fija la vista al sol, alza su vuelo,  
y se pierde en las nubes arrolladas,  
en la región espléndida del cielo.

Y mirad más acá, cuál va inclinado  
bajo el fecundo arado  
el toro, padre de la grey; el seno  
de la tierra, rompiéndose, negrea,  
y la que antes espada destructora  
resplandeció ominosa en la pelea,  
ora en reja cambiada,  
entre los grandes surcos centellea;  
y ése que hoy labrador, ayer guerrero,  
el mar cruzó trayendo el rubio grano  
que derramado en la era  
dará abundancia a la colonia entera;  
después verá doblándose a los soplos  
del favonio süave,  
la frágil caña con la espiga grave;  
otro la carga llevará al molino,  
y entre el fragor del agua despeñada,  
en el estrecho cauce atormentada

do se cambio en espuma cristalina.  
recogerá, saliendo en leves ondas,  
el blanco río de menuda harina.

Ya que musa servil loores canta  
al guerrero que al mundo en sangre tiñe  
y la corona, a la virtud debida,  
doblando la rodilla humilde ciñe,  
¡Musa mía!, levanta  
de éstos los nombres, sin culpable miedo,  
y mi Patria no ignore  
que el inmenso bien debe  
a Bricieño, y a Aguayo y a Acevedo.  
Y de prez no menor dignos se hicieron  
para ilustrar su nombre  
aquellos españoles que trajeron  
los animales útiles al hombre.  
Junto al hogar, medio apagado, yace  
adormido el lebre! de noble raza:  
mas oiga el eco gemebundo apenas  
de la armoniosa trompa de la caza,  
y verá!lo partir. La tierra roca  
el delicado muslo, alarga el cuello,  
y, cual la flecha que silbando rasa,  
con vivísimos saltos atraviesa  
tras la tímida corza o suelta liebre,  
el llano, el bosque, el río, el alta roca,  
hasta que al fin la presa  
vencida rinde y bárbaro apedaza.

¡Con qué estúpido pasmo no vería  
el indio inculto por la vez primera  
el altivo corcel! No de la trompa  
el ronco son espera;  
la leve oreja tiende

y el fácil cuello enarca  
al rumor de los céfiros de mayo,  
y fogoso, impaciente se enarmona,  
súbito fuego su pupila enciende,  
dejando ver de su ojo todo el blanco;  
atrás echa la crín en ondas sueltas  
sobre el trémulo flanco,  
y libre del ronزال que lo aprisiona,  
vuela en el campo abierto,  
traspasa el seco erial, solo y desierto,  
con duro casco el pedregal trillando,  
o para en alta loma  
y suelta su relincho sonoro  
si oteó la yeguada desde lejos;  
o a la orilla del río espacioso  
tranquilo al ruido va del agua mansa,  
con las brisas del monte jugueteando,  
por la alta grama de la fértil vega  
que nuestro patrio Sogamoso riega.

Mas ¿cuál fué la española  
(pues mujer debió ser, sensible y bella)  
que, cual triste recuerdo  
de patria ausente o fúnebres amores,  
pasando a la comarca  
de la extensa y feliz Cundinamarca,  
trajo consigo el germen de las flores?  
Débenla nuestros prados y pensiles  
verse alfombrados de las nuevas rosas  
cuando en el cielo ríen los abrites;  
y el clavel salpicado  
con el múrice tirio  
la altiva copa alzar en frágil ramo;  
y su manto ostentar más esplendente  
que los del mismo Salomón, el lirio;

y la albahaca, del hogar amiga,  
que crece sin fatiga,  
con su aroma empapar todo el ambiente.

Rasgando el aire mudo,  
cuando apunta la luz del nuevo día,  
no bajará quejoso el son agudo  
de la campana desde excelsa torre  
a celebrar las glorias de María;  
mas del pajizo altar de la cabaña  
saldrá el clangor cual de clarín sonoro  
del gallo vigilante,  
que salude al lucero de la aurora,  
que sube por el éter rutilante,  
tiñéndose del sol con la luz de oro;  
y verase después cómo la turba  
que su serrallo numeroso puebla,  
con voz amante llama  
a recoger el derramado grano,  
del rubio trigo entre la verde grama.  
Cómo después que el labrador recoge  
en la espaciosa troje  
los frutos que le dió pródigo el cielo,  
de las "chisgas" el pueblo numeroso,  
en alas de los céfiros traído,  
cual en un gran palacio prevenido  
por el Dios bondadoso,  
sobre un árbol copudo abate el vuelo.  
Debajo de la tribu desaparece  
de repente el follaje; el árbol brilla  
como una grande cúpula de oro,  
y de tanta avecilla  
no cesa un punto el gorjear sonoro:  
Así de la Misión todos los niños  
cuando oyen la sonora campanilla,

corren en torno de la cruz que arranca  
enhiesta al aire, y cercan al anciano,  
que entre tantas cabezas infantiles  
descuella allí con su cabeza blanca.  
¡Oh!, ni Platón, ni Sócrates, famosos  
en los anales del saber, supieron  
tras largos años de velar continuo  
lo que estos pobres niños candorosos,  
de los trémulos labios del anciano,  
al pie del leño rústico aprendieron.

No es bastante el ardor que el pecho inflama  
de los santos discípulos de Cristo,  
una sola región y solo clima.  
Ellos irán, de amor la pura llama  
a prender en el pecho del salvaje,  
a par las artes de la paz mostrando,  
al suelo donde Arauca se derrama,  
y el Meta, y Casanare y rauda Upía,  
la inmensa soledad fertilizando.  
Subirán a la cumbre siempre yerta,  
trono de la borrasca asordadora,  
y oirán por fin el cántico sonando  
en loor de la Cruz reparadora,  
en cuantas son las lenguas,  
por cuantas son las tribus que mi Patria  
pueblan del Occidente hasta la Aurora.

Y no desmayará su ardiente celo,  
porque después de alzar templos suntuosos  
a nuestro Padre Dios que está en el Cielo,  
al enfermo abrirán quietos asilos,  
darán madre a los huérfanos  
y bendecido lecho a los ancianos,  
donde al fin puedan expirar tranquilos.

¡Y es poco aún!... En su incansable anhelo  
por anunciar la vida a las naciones,  
quieren centuplicar la voz divina  
fijando su fugaz e instable vuelo;  
y el árbol de la ciencia,  
que es bien a un tiempo y mal, y vida y muerte,  
que encontró Gutenberg. ellos plantaron,  
antes que otro, en la tierra granadina.

¡Oh! ¡Dadme frescas palmas  
con que tejer coronas  
que ornén la sien del vencedor! ¡Oh! ¡Dadme  
la lira de grandilocuos concertos,  
para cantar sus ignorados nombres;  
y en alas de los céfiros llevados,  
de la tierra a los climas apartados,  
sean amor y orgullo de los hombres!  
¡A todo bien tributo de alabanza!  
¡A toda noble inspiración un canto!  
Lo mismo al que confiando su fortuna  
a frágil tabla y a delgado lino,  
al Océano férvido se lanza,  
hallando de la América el camino;  
que al que rasgando el florecido manto  
de la tierra, el arado usó primero.  
¡A todo bien tributo de alabanza!  
¡A toda noble inspiración un canto!

## VASCO NUÑEZ DE BALBOA

(Fragmentos)

Hay un íntimo gozo y un contento  
en vagar por las selvas primitivas,

o con la luz de perla de la aurora,  
o por la tarde cuando el sol declina.  
Gime el desierto con su voz augusta ;  
entre el cañaveral suena la brisa,  
y se oye lejos el mugido ronco  
del toro, padre de la grey tardía,  
que al redil se recoge lentamente  
a la hora vespertina.

Desde niño gustóme ver la luna  
lentamente cruzar el firmamento,  
como una nave cándida, impelida  
sobre urnas de nácar por el cierzo.  
¡Cuántas veces, pasada la tormenta,  
desde elevada torre, vi los cielos  
recobrar su esplendor, mientras alzaban  
los árboles doblados por el viento  
sus ramos empapados con la lluvia  
y de fragancia llenos!

Recorrí las sabanas solitarias  
sobre corcel indómito y fogoso,  
veloz como el relámpago, revuelto  
en densa nube de menudo polvo.  
Desalado salvaba los torrentes,  
que rebramaban con acento ronco,  
y trepaba a la cumbre de los montes,  
y miraba ocultarse poco a poco  
el bello sol del trópico en su tumba  
de púrpura y de oro.

Y también me he sentado pensativo  
a par de melancólico sepulcro,  
y he visto a la abubilla solitaria  
volar sobre las cruces de los túmulos.

He sentido rodar las secas hojas  
con sordo y melancólico murmullo,  
-y ví la espina alzar sus corvos ramos  
abrazando las tumbas, y del buho  
escuché, que se queja entre la sombra,  
el eco gembundo.

Me he sentado a la margen de un gran lago,  
siguiendo el curso vario de las ondas,  
que, acompañadas, baten en la orilla  
la suelta arena y las silvestres ovas.  
Y he mirado en silencio y distraído,  
en la opuesta ribera, alzar la corza  
su enramada cabeza, y a las garzas  
atravesar el lago majestuosas,  
olvidando las penas de mi vida,  
en tu margen, ¡oh Tota!

Y al borde de tu horrible precipicio  
me he sentado también, ¡oh, Tequendama!,  
y escuché con delicia el gran estruendo  
que hacen en la vorágine las aguas:  
imagen de la vida de los hombres,  
que a hundirse van en tumba solitaria  
para volar después a otras regiones,  
cual las fugaces nubes que se alzan,  
y brillar, como brillan por tu frente,  
¡Iris de corvas alas!

Mas si Naturaleza en tantas formas  
su original belleza nos ofrece,  
ya entre los bosques al caer la tarde,  
ya en las quejas del rápido torrente,  
ya en la luz de la luna solitaria  
que en los antiguos árboles se cierne,

¡cuán terrífica y grande no se muestra  
dentro del corazón del hombre débil!  
¡Qué cuadros en sus páginas la Historia  
nos hace ver presentes!

.....

Ved a Núñez Balboa abrirse campo,  
a pesar de la suerte y de los hombres,  
hasta subir al templo de la fama  
y grabar triunfador en él su nombre.  
De en medio de las filas populares  
se alzó intrépido; así desde los montes  
se lanza a la región de las tormentas  
el águila con vuelos vencedores,  
dejando atrás la nube en cuyas alas  
airado el rayo corre.

Su valor es su alcurnia esclarecida,  
su espada es el blasón de su nobleza:  
de unos pocos soldados rodeado,  
confiando sólo en su feliz estrella,  
puesto el oído al canto de la fama,  
que a rematar lo impeler la alta empresa,  
en los bosques del Istmo, donde nunca  
hombre civilizado puso huella,  
a abrir paso al comercio y a las artes,  
impávido penetra.

¿Qué eran ante su pecho de diamante  
sierras bravías, soledad temible,  
naturaleza virgen en que sacan  
en confusión a la región sublime  
sus elegantes copas las palmeras,  
los corpulentos cauchos y los dindes;  
mientras entre el jaral inextricable

tienden sus brazos los silvestres mimbres,  
formando una muralla que los rayos  
del sol nunca recibe?

¿Ni qué mella en su pecho berroqueño  
pueden hacer los desiguales saltos  
del chacal carnicero, ni el aspecto  
de la serpiente rápida, ni el dardo  
del salvaje, habitante de los bosques?  
Tal parece que el cielo le ha formado  
de otra naturaleza, dándole alma  
dura como el acero o como el mármol,  
criándolo en la escuela de las penas  
y los duros trabajos.

¡Vedlo! Impávido trepa el agrio monte  
que sirve de barrera a entrambos mares,  
abriéndose camino victorioso  
por medio de la selva inextricable.  
Ya no se oye el murmullo de las olas,  
ya no se siente el céfiro süave,  
ya no se ven las purpurinas flores  
sus perfumadas copas dar al aire,  
ya no se ve a los pájaros cantores  
dar sus vuelos fugaces.

Una naturaleza más augusta  
grandes cuadros presenta ante los ojos.  
Barre fuerte huracán aquellas sierras,  
zumbando airado en los desnudos troncos;  
saltan en blanca espuma de las rocas  
puros y cristalinos los arroyos:  
allí crecen el musgo y los helechos  
y la espelecia de amarillos copos;  
y el gavián que habita entre las peñas  
pasa volando solo.

Pero el color del cielo es exquisito,  
puro y azul, sereno y transparente,  
como brillantes son los sueños gratos  
en que su alma magnánima se mece.  
Delante va del escuadrón pequeño  
con paso firme, con serena frente,  
cual el bridón lozano en la yeguada  
primero a los obstáculos se ofrece,  
y alzando airoso la cabeza, corre  
y a un lado y a otro vuelve.

Subió al fin a la cumbre de los Andes,  
y a bajar empezó la alegre tropa;  
y a internarse volvieron en los montes,  
y a caminar bajo la espesa sombra  
de árboles seculares; y volvieron  
el arrullo a escuchar de las palomas,  
y a romper con la espada las lianas,  
y a oír de lejos el ruido de las ondas,  
mas ondas de otro mar que iba buscando  
Vasco Núñez Balboa.

Y sube a alto peñón, a cuya planta  
murmura con amor la onda marina,  
y de repente con asombro y gozo  
el "mar del Sur" por vez primera mira.  
Desplomáronse lánguidos sus brazos;  
dobló ante tanta gloria la rodilla,  
y mojaron su faz regocijada  
lágrimas inefables de alegría,  
y su pecho, formado por la gloria,  
con la gloria palpita.

# GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

Cubana

1814      1873

## PASEO POR EL BETIS

Ya del Betis  
por la orilla,  
mi barquilla  
libre va,  
y las auras  
dulcemente,  
por mi frente  
soplan ya.  
¡Boga, boga,  
buen remero,  
que el lucero  
va a salir,  
y a Occidente,  
ledo, sube  
en su nube  
de zafir!  
De la tarde,  
que ya expira,  
se retira,  
lento, el sol,  
y, a medida  
que se aleja,  
huellas deja  
de arrebol.  
Y a ocultarse  
va, sereno,  
en el seno  
de la mar,  
y del cielo



cae, en tanto,  
leve llanto,  
sin cesar.  
Con su riego  
mil olores  
dan las flores  
del pensil,  
halagadas  
por la brisa,  
blanda risa  
del abril.  
Busca el nido  
do se mece,  
y adormece  
luego, al fin,  
en las ramas  
del granado,  
el pintado  
colorín;  
y allá—lejos  
de la orilla—  
ve a Sevilla  
reposar,  
de cien torres  
coronada,  
perfumada  
de azahar.  
¡Sorprendente  
panorama,  
do derrama  
su fulgor,  
de la noche  
mensajero,  
el lucero  
brillador!

¡Oh!, no esperes  
a que muera  
la postrera  
claridad;  
boga, boga,  
buen remero,  
más ligero,  
por piedad!

A.....

No existe lazo ya: todo está roto:  
plúgole al cielo así: ¡bendito sea!  
Amargo cáliz con placer agoto:  
mi alma reposa al fin: nada desea.

Te amé, no te amo ya: piénsalo al menos:  
¡Nunca, si fuere error, la verdad mire!  
¡Que tantos años de amargura llenos  
trague el olvido, el corazón respire!

Lo has destrozado sin piedad: mi orgullo  
una vez y otra vez pisaste insano;  
mas nunca el labio exhalará un murmullo  
para acusar tu proceder tirano.

De grandes faltas vengador terrible  
dócil llenaste tu misión: ¿lo ignoras?  
No era tuyo el poder que irresistible  
postró ante tí mis fuerzas vencedoras.

Quísole Dios y fué: gloria a su nombre:  
todo se terminó: recobro aliento.  
¡ángel de las venganzas! Ya eres hombre;  
ni amor ni miedo al contemplarte sienta.

Cayó tu cetro; se embotó tu espada...  
Mas, ¡ay! ¡Cuán triste libertad respiro!  
Hice un mundo de ti, que hoy se anonada,  
y en honda y vasta soledad me miro.

¡Vive dichoso tú! Si en algún día  
ves este adiós que te dirijo eterno,  
sabe que aun tienes en el alma mía  
generoso perdón, cariño tierno.

## A LA POESIA

(Fragmento)

¡Oh tú, del alto cielo  
precioso don, al hombre concedido!  
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,  
de mis placeres manantial querido!  
¡Alma del orbe, ardiente Poesía,  
dicta el acento de la lira mía!

Díctalo, sí; que enciende  
tu amor mi seno, y sin cesar ansío  
la poderosa voz—que espacios hiende—  
para aclamar tu excelso poderío;  
y en la naturaleza augusta y bella  
buscar, seguir y señalar tu huella.

¿Mil veces desgraciado  
quien—al fulgor de tu hermosura ciego—  
en su alma inerte y corazón helado  
no abriga un rayo de tu dulce fuego?  
Que es el mundo, sin ti, templo vacío,  
ciclos sin claridad, cadáver frío.

Mas yo doquier te miro:  
doquier el alma, estremecida, siente  
tu influjo inspirador. El grave giro  
de la pálida luna, el refulgente  
trono del sol, la tarde, la alborada...  
Todo me habla de ti con voz callada.

En cuanto ama y admira  
te halla mi mente. Si huracán violento  
zumba, y levanta al mar, bramando de ira;  
si con rumor responde soñoliento  
plácido arroyo al aura que suspira...  
Tú alargas para mí cada sonido  
y me explicas su místico sentido.

Al férvido verano,  
a la apacible y dulce primavera,  
al grave otoño y al invierno cano  
embellece tu mano lisonjera:  
que alcanzan, si los pintan tus colores,  
calor al hielo, eternidad las flores.

¿Que a tu dominio inmenso  
no sujetó el Señor? En cuanto existe  
hallar tu ley y tus misterios pienso:  
el universo tu ropaje viste,  
y en su conjunto armónico demuestra  
que tú guiaste la hacedora diestra.

A EL

(Fragmento)

En la aurora lisonjera  
de mi juventud florida,

en aquella edad primera  
—breve y dulce primavera,  
de tantas flores vestida—.

Recuerdo que cierto día  
vagaba con lento paso  
por una floresta umbría,  
mientras que el sol descendía  
melancólico a su ocaso.

Mi alma—que el campo enajena—  
se agitaba en vago anhelo,  
y en aquella hora serena  
—de místico encanto llena  
bajo del tórrido cielo—

me pareció que el sinsonte  
que sobre el nido piaba ;  
y la luz que acariciaba  
la parda cresta del monte,  
cuando apacible expiraba ;

y el céfiro, que al capullo  
suspiros daba fugaz ;  
y del arroyo el murmullo,  
que acompañaba el arrullo  
de la paloma torcaz ;

y de la oveja el balido,  
y el cántico del pastor,  
y el soñoliento rumor  
del ramaje estremecido...  
¡ Todo me hablaba de amor !

Yo—temblando de emoción—  
escuché concepto tal,

y en cada palpitación  
comprendí que el corazón  
llamaba a un ser ideal.

Entonces, ¡ah!, de repente,  
—no como sombra de un sueño,  
sino vivo, amante, ardiente—  
se presentó ante mi mente  
el que era su ignoto dueño.

Reflejaba su mirada  
el azul del cielo hermoso;  
no cual brilla en la alborada,  
sino en la tarde, esmaltada  
por tornasol misterioso.

De Hércules talla tenía;  
más esbelto—cual la palma—  
su altiva cabeza erguía,  
que alumbrada parecía  
por resplandores del alma.

Yo en profundo arrobamiento,  
de su hálito los olores  
cogí en las alas del viento,  
mezclado con el aliento  
de las balsámicas flores;

y hasta su voz percibía  
—llena de extraña dulzura—  
en toda aquella armonía  
con que el campo despedía  
del astro rey la luz pura.

## AMOR Y ORGULLO

(Fragmento)

Un tiempo, hollaba por alfombras rosas,  
y nobles vates de mentidas diosas  
prodigábanme nombres;

mas yo, altanera, con orgullo vano,  
cual águila real al vil gusano,  
contemplaba a los hombres.

Mi pensamiento—en temerario vuelo—,  
ardiente, osaba demandar al Cielo  
objeto a mis amores;

y, si a la tierra con desdén volvía  
triste mirada, mi soberbia impía  
marchitaba sus flores.

Tal vez por un momento, caprichosa,  
entre ellas revolé, cual mariposa;  
sin fijarme en ninguna;

pues de místico bien siempre anhelante,  
clamaba en vano, como tierno infante  
quiero abrazar la luna.

Hoy, despeñada de la excelsa cumbre,  
do osé mirar del sol la ardiente lumbre  
que fascinó mis ojos;

cual hoja seca al raudó torbellino,  
cedo al poder del áspero destino...  
¡Me entrego a sus antojos!

Cobarde corazón, que el nudo estrecho  
gimiendo, sufres, dime: ¿qué se ha hecho  
tu presunción altiva?

¿Qué mágico poder, en tal baja  
trocando ya tu indómita fiereza,  
de libertad te priva?

¡Miserable esclavo de tirano dueño,  
tu gloria fué cual mentiroso sueño,  
que con las sombras huye!

Di, ¿qué se hicieron ilusiones tantas  
de necia vanidad, débiles plantas  
que el aquilón destruye?

En hora infausta a mi feliz reposo  
¿no dijiste, soberbio y orgulloso:  
"quién domará mi brío?"

¡Con mi solo poder haré, si quiero,  
mudar de rumbo al céfiro ligero  
y arder al mármol frío!"

¡Funesta ceguera! ¡Delirio insano!,  
te gritó la razón... Mas ¡cuán en vano  
te advirtió tu locura!...

Tú mismo te forjaste la cadena,  
que a servidumbre eterna te condena,  
y a duelo y amargura.

Los lazos caprichosos, que otros días  
—por pasatiempo—a tu placer tejías  
fueron de seda y oro:

los que ahora rinden tu valor primero  
son eslabones de pesado acero,  
templados con tu lloro.

¿Qué esperaste, ¡ay de ti!, de un pecho helado,  
de inmenso orgullo y presunción hinchado,  
de víboras nutrido?

Tú—que anhelabas tan sublime objeto—,  
¿como el capricho de un mortal sujeto  
te arrastras abatido?

¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos,  
que por flores tomé duros abrojos  
y por oro la arcilla?...

¡Del torpe engaño mis rivales rien,

y mis amantes, ¡ay!, tal vez engríen  
 del yugo que me humilla!  
 ¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?  
 ¿Y, de tu servidumbre haciendo alarde,  
 quieres ver en mi frente  
 el sello del amor que te devora?...  
 ¡Ah! Vélo, pues, y búrlese en buen hora  
 de mi baldón la gente.  
 ¡Salga del pecho—requemando el labio—  
 el caro nombre, de mi orgullo agravio,  
 de mi dolor sustento!...  
 ¿Escrito no le ves en las estrellas  
 y en la luna apacible, que con ellas  
 alumbra el firmamento?  
 ¿No le oyes, de las auras al murmullo?  
 ¿No le pronuncia—en gemidor arrullo—  
 la tórtola amorosa?  
 ¿No resuena en los árboles, que el viento  
 halaga con pausado movimiento  
 en esa selva hojosa?  
 De aquella fuente entre las claras linfas,  
 ¿no le articulan invisibles ninfas,  
 con eco lisonjero?...  
 ¿Por qué callar el nombre que te inflama,  
 si aun el silencio tiene voz, que aclama  
 ese nombre que quiero?...  
 Nombre que un alma lleva por despojo;  
 nombre que excita, con placer, enojo,  
 y con ira ternura;  
 nombre más dulce que el primer cariño  
 de joven madre al inocente niño,  
 copia de su hermosura;  
 y más amargo que el adiós postrero  
 que al suelo damos donde el sol primero  
 alumbró nuestra vida;

nombre que halaga y halagando mata;  
nombre que hiere—como sierpe ingrata—  
al pecho que le anida...  
¡No, no lo envíes, corazón, al labio!...  
¡Guarda tu mengua con silencio sabio!  
¡Guarda, guarda tu mengua!  
¡Callad también vosotras, auras, fuente,  
trémulas hojas, tórtola doliente,  
como calla mi lengua!

JOSE EUSEBIO CARO

Colombiano

1817

1853

### EL CIPRES

¡Arbol sagrado, que la oscura frente,  
inmóvil, majestuoso,  
sobre el sepulcro humilde y silencioso  
despliegas hacia el cielo tristemente!  
Tú, sí, tú solamente  
al tiempo en que se duerme el rey del mundo  
tras las altas montañas de Occidente,  
me ves triste vagando  
entre las negras tumbas,  
con los ojos en llanto humedecidos,  
mi orfandad y miseria lamentando.  
Y cuando ya de la apacible luna  
la luz de perla en tu verdor se acoge,  
sólo tu tronco escucha mis gemidos,  
sólo tu pie mis lágrimas recoge.

¡Ay! Hubo un tiempo en que feliz y ufano  
al seno paternal me abandonaba;

en que con blanda mano  
una madre amorosa  
de mi niñez las lágrimas secaba...  
¡Y hoy, huérfano, del mundo desechado,  
aquí en mi patria misma  
solitario viajero,  
desde lejos contemplo acongojado  
sobre los techos de mi hogar primero  
el humo blanquear del extranjero!  
Entre el bullicio de los pueblos busco  
mis tiernos padres para mí perdidos ;  
¡vanamente!... Los rostros de los hombres  
me son desconocidos.  
Y sus manes, empero, noche y día  
presentes a mis ojos afligidos  
contino están ; contino sus acentos  
vienen a resonar en mis oídos.

¡Sí, funeral ciprés! Cuando la noche  
con su callada sombra te rodea,  
cuando escondido el solitario buho  
en tus oscuros ramos aletea ;  
la sombra de mi padre por tus hojas  
vagando me parece,  
que a velar por los días de su hijo  
del reino de los muertos se aparece.  
Y si el viento sacude impetuoso  
tu elevada cabeza,  
y a su furor con susurrar medroso  
respondes pavoroso ;  
en los tristes silbidos  
que en torno de ti giran,  
a los paternos manes  
escucho, que dulcísimos suspiran.

¡Arbol augusto de la muerte! ¡Nunca  
tus verdes abata el boreas ronco!  
¡Nunca enemiga, venenosa sierpe  
se enrosque en torno de tu pardo tronco!  
¡Jamás el rayo ardiente  
abrase tu alta frente!  
¡Siempre inmoble y sereno  
por las cóncavas nubes  
oigas rodar el impotente trueno!  
Vive, sí, vive; cuando ya mis ojos  
cerrar el dedo de la muerte quiera;  
cuando esconderse mire en occidente  
al sol por vez postrera,  
moriré sosegado  
a tu tronco abrazado.  
Tú mi sepulcro ampararás piadoso  
de las roncadas tormentas;  
y mi ceniza entonces agradecida,  
en restaurantes jugos convertida,  
por tus delgadas venas penetrando,  
te hará reverdecer, te dará vida.

Quizá sabiendo el infeliz destino  
que oprimió mi existencia desdichada,  
sobre mi pobre tumba abandonada  
una lágrima vierta el peregrino.

#### EN BOCA DEL ULTIMO INCA

Ya de los blancos el cañón huyendo,  
hoy a la falda del Pichincha vine,  
como el sol vago, como el sol ardiente,  
como el sol libre.

¡Padre Sol, oye! Por el polvo yace  
de Manco el trono; profanadas gimen  
tus santas aras; yo te ensa'zo solo,  
¡solo, más libre!

¡Padre Sol, oye! Sobre mí la marca  
de los esclavos señalar no quise  
a las naciones; a matarme vengo,  
¡a morir libre!

Hoy podrás verme desde el mar lejano,  
cuando comiences en ocaso a hundirte,  
sobre la cima del volcán tus himnos  
cantando libre,

Mañana, solo, cuando ya de nuevo  
por el Oriente tu corona brille,  
tu primer rayo dorará mi tumba,  
¡mi tumba libre!

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;  
sobre ella el cóndor que en las cumbres vive,  
pondrá sus huevos y armará su nido  
ignoto y libre.

## E N A L T A M A R

¡Céfiro, rápido lánzate, rápido empújame y vivo!  
más redondas mis velas pon; del proscrito a los lados,  
haz que tus silbos susurren dulces y dulces suspiren,  
haz que pronto del patrio suelo se aleje mi barco.

¡Mar eterno, por fin te miro, te oigo, te tengo!  
antes de verte hoy, te había ya adivinado.  
¡Hoy en torno mío tu cerco por fin desenvuelves!  
Cerco fatal, maravilla en que centro siempre yo hago!

¡Ah, que esta gran maravilla conmigo forma armonía!  
¡Yo proscrito, prófugo, pobre, infeliz desterrado,  
lejos voy a morir del caro techo paterno,  
lejos, ¡ay!, de aquellas prendas que amé, que me amaron!

Tanto infortunio sólo debe llorarse en tu seno;  
quien, de su amor arrancado, y de patria y de hogar y de her-  
[manos,  
solo en el mundo se mira, debe, primero que muera,  
darte su adiós, y por última vez, contemplarte, Océano!

Yo, por la tarde así, y en pie, de mi nave en la popa,  
alzo los ojos; miro: ¡sólo tú y el espacio!  
miro al sol que, rojo, ya medio hundido en tus aguas,  
tiende, rozando tus crespas olas, el último rayo.

Y un pensamiento de luz entonces llena mi mente:  
¡pienso que tú, tan largo, y tan ancho, y tan hondo y tan vasto.  
eres, con toda tu mole, tus playas, tu inmenso horizonte,  
sólo una gota de agua, que rueda de Dios en la mano.

Luego, cuando en hosca noche, al son de la lluvia  
poco a poco me voy durmiendo, en mi Patria pensando,  
sueño correr en el campo en que niño corrí tantas veces,  
ver a mi madre que llora a su hijo, lanzarse a sus brazos...

¡Y oigo junto entonces bramar tu voz incesante!  
¡Oigo bramar tu voz, de muerte vago presagio...  
Oigo las lonas que crujen, siento el barco que vuela!  
Dejo entonces mis dulces sueños y a morir me preparo.

¡Oh, morir en el mar! ¡Morir terrible y solemne,  
digno del hombre! Por tumba el abismo; el cielo por palio;  
¡Nadie sepa dónde nuestro cadáver se halla!  
¡Que eche encima el mar sus olas y el tiempo sus años!

# JULIO ARBOLEDA

Colombiano

1817

1862

## LA NUEVA PATRIA

Del poema *Gonzalo de Oyón* (cuadro segundo).

Voy, por el campo que agostó el olvido,  
recogiendo con mano reverente  
las hojas secas del laurel perdido.  
Diré tus hechos, infeliz, valiente  
Gonzalo, amante, amado, perseguido;  
pero los busco entre el voraz torrente  
de los siglos, que ruedan, se confunden,  
y en la infinita eternidad se hunden.

Así, cuando por prados de esmeralda  
el ardiente volcán su lava arroja,  
mírase al ciervo por la ardida falda,  
lentamente paseando su congoja,  
escarbar y buscar la seca jalda  
hierba, y la rota y solitaria hoja,  
tristes reliquias del nativo prado  
en negra lava y en ceniza ahogado.

Como vasta pirámide, arrojada  
de Norte a Sur en medio al Océano  
la cúspide, en el choque, despuntada,  
derruidos los lados por la mano  
del tiempo, en la obra perennal cansada,  
mírase al continente colombiano;  
y, cual del cuerpo astillas desprendidas,  
se ven sus islas por el mar tendidas.

Andes, en forma de melena densa,  
sus altas sierras sobre el Norte extiende;  
luego reduce su expansión inmensa,  
y en larga línea para el Sur descende;  
deja al Oriente la llanura extensa  
que hasta el remoto Atlántico se tiende,  
y, la frente imperial en fuego ardiendo,  
ve los dos mares a sus pies rugiendo.

Esa es la cordillera a cuya cumbre  
no alcanza del condor el raudo vuelo:  
la fábrica de enorme pesadumbre  
donde, entre algas y témpanos de hielo,  
nace la pura y limpia muchedumbre  
de aguas que riegan nuestro fértil suelo,  
brotando, entre el misterio, tras la niebla  
vertiginosa que el abismo puebla.

Al Norte, al Sur, y en curvas, al Oriente  
de las gélidas fuentes desprendidos,  
arroyos mil, con pródiga corriente,  
enriquecen la tierra: entretejidos,  
cual vasta red, por todo el continente  
discurren; luego, en masas recogidos,  
van a pedir al piélago profundo  
para su tierra paz, comercio al mundo.

Y arrastran al Atlántico sonoro  
sus ondas, y al Pacífico suave,  
corriendo por las selvas sobre el oro  
que brilla terso entre la arena grave.  
Y son prendas de unión, mas su tesoro  
no está en el oro vil: está en la nave  
que surcando sus útiles raudales  
da industria y libertad a los mortales.

De Granada, la Nueva, el Virreinato  
departe el Marañón de sus vecinos;  
interno y noble mar, donde el allato  
no alcanza de los recios torbellinos,  
y de futura unión vínculo grato  
entre los industriosos granadinos,  
aorta de este mundo colombiano,  
y río de los ríos soberano.

Y de Granada en la región do gira,  
sin jamás apartarse, el sol amante,  
y con sūave hálito respira,  
arrullada entre palmas, la aura errante,  
y el tagüjjo monótono suspira,  
del marjal melancólico habitante;  
entre el Ande y el mar, que la mejilla  
recuesta en paz a la escarpada orilla;

hay un valle feliz: su tierra ondula  
en continuas y plácidas colinas,  
que la brisa al pasar besa y adula:  
por ese valle en ondas cristalinas  
el agua precipítase y circula  
serpeando entre flores purpurinas;  
y al fin de aquel edén verde y riente  
la ilustre Popayán alza la frente.

De sus colinas altas amparada,  
como la tigre que asechanza teme  
y espera el can al árbol recostada,  
detrás del corvo cerro de la Eme  
se la mira de lejos engastada:  
desde el Cauca, a la luz del sol que treme  
sobre la alba ciudad, en grupos varios  
se ven surgir sus pardos campanarios.

Al Oriente Belén, donde el devoto  
pueblo va a celebrar el nacimiento  
de Jesús, su Señor, y cumple el voto  
año por año en santo arrobamiento;  
en la blanca capilla mudo, inmoto,  
contempla aquel buen pueblo el gran portento,  
y en silencio solemne recogido,  
adora al Salvador recién nacido.

Alumbra la capilla el sol naciente  
dando en el monte verde y escarpado,  
do un camino en figura de serpiente  
gira, y le va subiendo por un lado;  
y a este camino agólpase la gente,  
y de vivos colores matizado,  
como una sierpe enorme se estremece  
y en gayas ondas sus anillos mece.

Y más allá, como inmortal gigante,  
alza la frente el Puracé sublime;  
a veces terso, cándido, brillante,  
sus anchas bases en silencio oprime;  
otras, envuelto en nubes, retumbante,  
arroja el fuego que en sus antros gime,  
y en sus esfuerzos, o estremece el suelo,  
o incendia en llamas la extensión del cielo.

Al Sur se encrespa en rocas y montañas,  
y ora se encumbra el desigual terreno,  
ora se mecen las silvestres cañas  
de contrapuestos riscos en el seno;  
y nacen del calor plantas extrañas,  
que guardan de la víbora el veneno,  
cabe el torrente bramador estrecho  
que ha cavado por siglos su hondo lecho.

En los montes, que ya suavemente  
hasta besar la linfa, enamorados  
descienden, o ya suben de repente  
en riscos pintorescos, escarpados,  
sus frutos cada zona diferente  
ve con los de otra zona entrelazados;  
todos iguales, todos juntos crecen  
y a un tiempo se maduran y florecen.

Tal es la tierra. El cielo encapotado  
pierde por tiempos el azul sereno:  
entonces, de relámpagos preñado,  
recorre el horizonte el ronco trueno;  
por el ímpetu eléctrico turbado,  
brota el aire huracanes de su seno;  
cae la lluvia, crujen las montañas,  
se eclipsa el sol, se inundan las campañas;

mas la negra tormenta que oscurece  
y asorda en torno al mundo y le conturba,  
y del cielo la bóveda estremece  
lanzando rayos por su inmensa curva,  
a la vuelta del sol desaparece,  
pasa de nubes la apiñada turba,  
y ante la luz pacífica y tranquila,  
ni se mece la flor, ni el aire oscila...

Aquí la vasta cordillera empina  
en fantásticos riscos su cadena;  
allí en vaivén elástica se inclina  
sobre el tallo gentil de la azucena  
la flor, ante la brisa matutina;  
acá el arroyo por la selva sueña;  
y vese el llano y su pintada alfombra  
que interceptan los montes con su sombra;

y la fruta silvestre, donde toma  
su grato olor la brisa pasajera  
para mezclar al de la flor su aroma;  
y el canto de la tórtola agorera,  
cuando la noche en el Oriente asoma;  
y el variado matiz de la pradera,  
que gusto, olfato, oído, vista halagan,  
y, deleitando el cuerpo, el alma embriagan;

y el Cauca, que entre enormes pedrejonas  
sus ondas bramadoras alborota,  
o preso por altísimos peñones,  
en vano el dique de granito azota;  
y del ronco volcán las convulsiones,  
y el muelle junco que en el lago brota,  
la calva roca, la aromosa planta,  
todo, en contraste seductor, encanta.

No es este el clima delicioso, blando,  
que al ocio sólo y al placer convida;  
ni su habitante gozará, pasando  
en pereza monótona la vida.  
Para quien nace en su redor mirando  
la gigante natura estremecida  
en contraste magnífico y eterno,  
la quietud, la inacción, es el infierno.

En la vasta extensión que el Cauca baña,  
desde que asoma la modesta frente  
entre el musgo glacial de su montaña,  
hasta que, unido con su hermano, siente  
del bramador Atlántico la saña  
oponerse al poder de su corriente,  
si, cuanto riega su raudal bendito  
es alto y gigantesco: ¡hasta el delito!

Así como él, extraño en su carrera,  
crece y retumba amenazando estrago,  
o besa manso la feraz pradera  
mecido en hondo y cristalino lago,  
o desciende en magnífica chorrera,  
tendiendo el iris por el aire vago;  
o sus olas espléndidas de plata,  
ruedan de catarata en catarata.

Así su hijo entusiasta, en las regiones  
que él con sus ondas ácidas satura,  
creciendo entre las recias convulsiones  
de la inquieta y terrífica natura;  
en medio de contrastes y emociones,  
pasa la vida borrascosa, dura;  
y es héroe, santo, mártir, delincuente;  
¡Todo, menos cobarde, indiferente!

¡Yo te saludo, Popayán insigne!  
¡Salve! ¡Cuna de mártires y sabios!  
¡Haz que el genio a mi canto se resigne!  
¡Inspira un son armónico a mis labios!  
¡Y que tu historia algún lugar asigne  
al infeliz cantor de tus agravios!  
¡Que Dios tu nombre, en su piedad, enalbe!  
¡Salve! ¡Payán, tres veces, salve! ¡Salve!

¡Y salve, tú, mi patria granadina,  
querida al corazón, grata a la mente!  
¡Si en exilio tu bardo peregrina,  
no se ha secado del amor la fuente  
en su pecho filial; y aunque él inclina  
al extranjero la humillada frente,  
aún no ha mellado tu injusticia inmensa  
el fierro que blandiera en tu defensa!

¡Yo te amo, aunque tu mano me arrojara,  
madre, como a reptil, de tu regazo!  
Si más me persiguieras, más te amara,  
y bien por mal volviérate mi brazo.  
¡Ah! ¡Quisiera tener voz alta y clara  
sólo para ensalzarte; y que ese lazo  
cuando yo pase, cual pasó tu gloria,  
nos uniese en la muerte y en la historia!

¡Y viera el mundo al hijo maldecido  
honorando a la madre con su llanto,  
arrancarle su féretro al olvido  
con el viril esfuerzo de su canto;  
y al mirar sobre el tiempo remecido,  
redentor de tu gloria, mi himno santo,  
a mi ferviente súplica propicia  
perdonara la historia tu injusticia!

No sé por qué, de mi existencia dueño,  
si velo, siempre asaltas mi memoria;  
si duermo, siempre con tu imagen sueño;  
si pienso, siempre afligeme la historia  
de esos tus ambiciosos, cuyo empeño  
es devorarte sin honor, sin gloria,  
gusanos de un cadáver, que se gozan,  
aunque mueran después, mientras destrozan.

JOSE MARMOL

Argentino

1818

1871

LOS TROPICOS

(FRAGMENTO.)

(Fragmentos de un poema  
manuscrito: *El peregrino.*)

... ..

¡Los trópicos! ¡Radiante palacio del crucero,  
foco de luz que vierte torrentes por doquier!  
Entre vosotros toda la creación rebosa  
de gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creación tercera  
y le arrojó el diluvio la mano de Dios,  
naturaleza llena de timidez y frío  
huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: ¡"Basta!", volviéndola sus ojos,  
y decretando al mundo su nuevo porvenir,  
el aire de su boca los trópicos sintieron  
y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces como premio del hospedaje santo  
naturaleza en ellos su trono levantó,  
dorado con las luces de la primer mirada,  
bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas; las cristalinas fuentes,  
los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán;  
las aves que la arrullan en melodía eterna,  
y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas  
se visten, con las nubes, de la cintura al pie:  
las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan  
se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno engalanado de primavera eterna  
no habita ese bandido del Andes morador,  
que de las duras placas de sempiterna nieve  
se escapa entre las nubes a desafiar al sol.

Habitan confundidos la tigre y el jilguero,  
tocanos, guacamayos, el león y la torcaz,  
y todos, cuando tiende su oscuridad la noche,  
se duermen bajo el dátíl en lechos de azahar.

La tierra de sus poros vegetación exhala,  
formando pabellones para burlar el sol,  
ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,  
del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante  
no emana sino vida y amor y brillantez:  
donde cayó una gota del llanto de la aurora,  
sin ver pintadas flores no muere el astro rey.

Así como la niña de quince primaveras,  
de gracias rebosando, de virginal amor,  
no bien recibe el soplo de enamorado aliento  
cuando a su rostro brotan las rosas del rubor...

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde  
resbala como tibio suspiro de mujer,  
y en voluptuosos giros besándonos la frente  
se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas, ¡ay!, otra increíble sublime maravilla  
los trópicos encierran, magnífica: "la luz",  
la luz ardiente, roja; cual sangre de quince años,  
en ondas se derrama por el espacio azul.

¿Adónde está el acento que describir pudiera  
el alba, el mediodía, la tarde tropical;  
un rayo solamente del sol en el ocaso,  
o del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes  
se toca, se resiste, se siente difundir:  
es una catarata de fuego despenada  
en olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,  
que cual si reflectase de placas de metal,  
traspasa como flecha de imperceptible punta  
la cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos espléndidos, radiantes,  
que en torbellino brota la frente de Jehová  
parado en las alturas del Ecuador, mirando  
los ejes de la tierra por si a doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa vivifica  
la tierra que recibe los rayos de su sien,  
e hidrópica de vida revienta por los poros,  
vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,  
partidas las montañas fluctuando entre vapor,  
las luces son entonces vivientes inflamados  
que en grupos se amontonan a despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses  
caracoleando giran en derredor a él,  
y azules mariposas en bosques de rosales  
coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes de nitido plumaje  
nadando sobre lagos con lindes de coral,  
saludan al postrero lucero de la tarde  
que vaga como pardo perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas  
que muestran indecisas escuálido color;  
así como las hijas en torno de la madre  
cuando reciba su alma la mano de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos  
las fantasías bellas de los poetas van,  
son ellas las que brillan en rutilantes mares,  
allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma;  
allí se poetiza la voz del corazón:  
allí es poeta el hombre; allí los pensamientos  
discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más... y el mustio color de las estrellas  
al paso de la noche se aviva en el cenit,  
hasta quedar el cielo bordado de diamantes  
que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas  
parecen las ideas del infinito ser  
que vagan en el éter en glóbulos de lumbre  
no bien que de su labio se escapan una vez.

Y en medio de ellas, rubia, cercana, transparente,  
con iris y aureolas magníficas de luz,  
la luna se presenta como la Virgen-madre  
que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

## L A S N U B E S

(Fragmento de *El peregrino.*)

(Fragmentos.)

Gloria a vosotros, vaporosos velos  
que flotáis en la frente de los cielos  
como alientos perdidos  
del que arrojó los astros encendidos,  
o cual leves encajes  
que velan de su rostro la hermosura,  
enseñando al través de los celajes  
de sus azules ojos la dulzura,  
el alabastro de su frente hermosa,  
su labio de corales,  
y en bellas espirales  
su cabellera de oro luminosa.

¿O sois, decidme, acaso los reflejos  
del alma de mi Dios? ¿Bendice al mundo  
cuando de oro y azul pintáis la esfera  
y derramáis colores  
ricos en fantasías y en amores  
como los años de la edad primera?

¿Contempla el orbe y de placer sonríe  
cuando a la frente cándida del alba  
asomáis con el tinte de la rosa,  
cual el rubor al pálido semblante  
de virgen candorosa  
al primer beso de su tierno amante?

¿Al contemplar el mundo  
se acuerda de su bello paraíso,  
y que el hombre infeliz cambiarlo quiso  
por el que habita lodazal inmundo;  
y por el hombre siente,  
y se le anubla de pesar la frente  
cuando quedáis en la tranquila tarde  
con esa luz fantástica, sombría,  
entre el ser y el no ser del tibio día?

¿Sois el imán, entonces, misterioso  
que arrastra a meditar el pensamiento  
y agita silencioso  
dentro del corazón el sufrimiento?  
¿Quién en vosotras, húmedos los ojos,  
no clavó alguna vez, cuando del día  
va muriendo la luz, cual va muriendo  
del alma con los años la alegría,  
y en la enlutada noche hasta el ocaso  
llega, cual la vejez, paso tras paso?  
... ..

Allí exhala Jesús el postrimero  
dolorido suspiro en el madero;  
allí también, oh nubes misteriosas,  
pálidas os contemplo y silenciosas,  
cubrir la luz del luminar del cielo  
y por el Hombre-Dios vestir de duelo.  
Decid, nubes, decid, ¿sois el reflejo  
del alma de mi Dios? ¿Son sus enojos  
y el eco de su acento,  
y el fuego de sus ojos  
terrible centelleando,  
cuando en montes trepáis al firmamento  
la recia y ruda tempestad rodando?

¿Ése trueno es su voz? Esa serpiente  
de fugitiva luz, ¿es la mirada  
que lanza de repente  
al volar su carroza de topacios  
chispeando estrepitosa en los espacios?  
¡Salud, nubes, salud!... Sí, sois las bellas  
luces de un rico y eternal espejo,  
donde el Dios que conserva las estrellas  
de su alta voluntad muestra el reflejo!

Y por eso de amor nos extasiamos  
cuando azuláis los cielos,  
bellas cual los primeros dulces años;  
y tímidos temblamos  
cuando os tornáis encapotados velos,  
tristes como los tristes desengaños.  
Y en la tarde tranquila  
por eso el corazón medita y flota  
en la mar de recuerdos dilatada,  
y del cáliz del alma tibia gota  
empaña la pupila,  
fija en el horizonte la mirada  
por vuestro imán fatídico arrastrada.  
¡Ay! ¡Cuántas veces de la verde orilla  
del río cuyas ondas arrullaron  
mis sueños al nacer, húmeda en llanto  
la pálida mejilla,  
mis ojos en vosotras se clavaron!  
... ..

¡Pero ya un no sé qué de misterioso  
en el fondo de mi alma se escondía,  
y os procuraba inquieto y silencioso  
entre el ser y el no ser del tibio día!  
Así la joven que inexperta siente

la primera impresión dentro del alma,  
sin saber el por qué de sus sonrojos  
teme y evita los extraños ojos,  
y el corazón sin calma,  
por el jardín, perdida,  
en las flores se fija distraída.  
¡Cuántas veces proscrito y peregrino,  
sin amor, sin hogar, sin esperanza,  
desde extranjera roca  
os contemplé llorando mi destino,  
y con esa expresión que nunca alcanza  
el labio a repetir, el alma mía  
os contó sus pesares,  
triste como el crepúsculo del día,  
desde el arena de extranjeros mares!...

Hay momentos, oh nubes,  
que misterioso eléctrico flúido  
el alma con vosotras armoniza,  
y el hombre con el polvo confundido  
ángel segunda vez lo diviniza.

Os he visto cubrir los horizontes  
del ciclo tropical, y eraís, oh nubes,  
de oro y rubíes movedizos montes.  
Si tiene el Hacedor trono y querubes,  
ni el trono es más espléndido de galas,  
ni las pequeñas alas  
de los querubes bellos  
más bordadas de fúlgidos destellos.  
Allí mi fantasía  
ahogaba los recuerdos con deseos,  
y en dulces devaneos  
menos os daba mi alma que os pedía.  
Allí el amor de mi adorada hermosa

era un perfume emanación de vida:  
Allí era la mujer purpúrea rosa  
de la guirnalda del Señor caída.

Mas, ¡ay!, también del aterido polo  
cubris los cielos como pardo manto;  
y yo desde un bajel perdido y solo  
donde nadie cantó, nubes, os canto.

Despeñadas cruzáis el firmamento  
rápidas como herido pensamiento,  
y atónita os contempla  
mi alma, como el enojo soberano  
lanzado en derredor de este Océano,  
que encarcelado y solo  
entre el linde de América y del mundo,  
maldice de su cárcel los confines,  
y en rudos parasismos  
sacudiendo sus crines  
salta de los abismos  
para invadir los cielos furibundo.

Y desde el frágil tembloroso leño,  
Dios y la Humanidad en mi memoria,  
la Humanidad con su doliente ceño,  
Dios con su poderío y con su gloria.  
Decid, nubes, decid, ¿quién un tributo  
no os rindió alguna vez? En el contento,  
o con el alma en luto,  
¿qué mortal no os ha dado un pensamiento?

En las noches serenas,  
cuando flotáis en torno de la luna  
cual ondas de humo de encendida pasta,  
que sostenidas en el aire apenas

soplo sutil a deshacerlas basta,  
el corazón dolido,  
¿qué madre no ha llorado con vosotras  
el dulce fruto de su amor perdido;  
o amorosa y prolija,  
no imaginó entre flores  
el porvenir de su inocente hija?...

¿Qué virgen no os ha dicho sus amores,  
o la tardía ausencia  
del ídolo feliz de su existencia?  
En la noche sombría,  
cuando voláis en densa muchedumbre  
como inquietas ideas  
de recóndita negra incertidumbre,  
¿Adónde el alma impía  
que miró sin temor el cielo airado?  
¿Qué genio no ha volado  
en alas de su ardiente fantasía?  
¿Qué desterrado, acaso,  
en las velas de nácar y zafiro  
que bajáis al ocaso,  
no ha mandado a su patria algún suspiro?...

Pasad, nubes, pasad. Pasad serenas  
para aliviar las escondidas penas  
de mis tristes hermanos en el Plata.  
Y del proscrito bardo  
que vaga peregrino  
y os canta, oh nubes, desde el frágil pino,  
revelad a su dulce patria bella  
cuánto suspira el corazón por ella:  
que por ella en el mundo errante llora,  
y cuanto más padece, más la adora.

## A ROSAS, EL 25 DE MAYO

(FRAGMENTOS.)

"Al triunfo, la agonía siguió del moribundo;  
al viva del combate, de servidumbre el ¡ay!

... ..  
Yo sé que vendrá un tiempo para la patria mía  
de paz y de ventura, de gloria y hermandad."

*Juan Carlos Gómez.*

### I

Miradlo, sí, miradlo. ¿No veis en el Oriente  
tiñéndose los cielos con oro y arrebol?

Alzad, americanos, la coronada frente;  
ya viene a nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,  
que nuestros viejos padres desde la tumba ven:  
aquellos que la enseña de Mayo con su brazo  
clavaron victoriosos en su nevada sien.

¡Veneración! Las olas del Plata le proclaman,  
y al Ecuador el eco dilátase veloz;  
los hijos de los héroes "¡Veneración!", exclaman,  
y abiertos los sepulcros responden a su voz.

### II

¡Sus hijos! ¿Por qué huyeron de sus paternos lares  
cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?  
¿Por qué corren proscritos sin patria y sin hogares  
a tierras extranjeras a mendigar el pan?

Y al vislumbrar de Mayo las luces divinales,  
¿por qué no les embriaga la salva del cañón,  
los vivos de los libres, los cánticos triunfales  
y el ruido de las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la emperatriz del Plata,  
¿por qué está de rodillas sin vitorearte, oh sol?  
¿Por qué como otros días sus ecos no dilata  
cuando los cielos tiñen con oro y arrebol?

### III

Emboza, oh sol de Mayo, tus rayos en la esfera  
que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló;  
suspende, sí, suspende tu espléndida carrera:  
no es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que a mis ojos brillas,  
para evitar su mengua sepúltala, ¡por Dios!  
¡¡La emperatriz del Plata te espera de rodillas,  
ahogada entre gemidos su dolorida voz!!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,  
robando de tus hijos la herencia de laurel;  
salvaje de la Pampa que vomitó el infierno  
para vengar, acaso, su maldición con él.

### IV

¡Ah, Rosas! No se puede reverenciar a Mayo  
sin arrojarte eterna, terrible maldición;  
sin demandar de hinojos un justiciero rayo  
que, súbito y ardiente, te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento  
que has hecho de la patria que te guardaba en sí;  
contempla lo que viene cruzando el firmamento,  
y dinos de sus glorias lo que te debe a ti.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,  
porque la tierra en sangre la convertiste ya,  
contempla, y un instante responde sin engaños:  
¡¡Quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!!

## V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento  
con luces que recuerdos iluminando van,  
y dinos si conservan memoria de tu aliento  
los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes  
o acaso en Chabuco o en Maipo o en Junín;  
o si marcando hazañas más célebres y grandes  
habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos, siquiera, la herida que te abruma,  
pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,  
y dinos que lidiando la hubistes en Ayuma  
o acaso en Vilcapujio, Torata o Moqueguá.

## VI

¡Ah, Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo  
sublime juramento que Mayo pronunció;  
por eso vilipendias y lo abominas tanto,  
y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó.

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente  
bordando de victorias el mundo de Colón,  
salvaje, tú dormías tranquilo solamente  
sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo  
sus altaneras sienas vestían de laurel,  
al viento la melena, jugando con tu lazo,  
por la desierta Pampa llevabas tu corcel.

## VII

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada;  
sino miseria, sangre, desolación sin fin;

jamás en las batallas se divisó tu espada;  
peró mostraste pronto la daga de Caín.

Quando a tu patria viste debilitado el brazo,  
dejaste satisfecho la sombra del ombú,  
y al viento la melena, jugando con tu lazo  
las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,  
fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,  
y atar ante tus hordas al pie de tu caballo  
sus cóoigos, sus palmas y el rico pabellón.

... ..

## XI

Por ti esa Buenos Aires, que soportar sabía  
sobre su espalda un mundo, bajo su planta un león,  
hoy, débil y postrada, no puede en su agonía  
ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por ti esa Buenos Aires más crímenes ha visto  
que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;  
pues de los hombres hartos, para ofender a Cristo,  
tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por ti sus buenos hijos, acongojado el pecho,  
la frente dobleganos bajo glacial dolor,  
y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo  
nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor...

## XII

Mas, ¡ay!, de la tormenta, los enlutados velos  
se cambian en celajes de nácar y zafir,  
y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos  
que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

“Hay más allá”, es el lema de su divina frente  
grabado por la mano purísima de Dios;  
y el Chimborazo al verlo lucir por el Oriente:  
“Hay más allá”, responde con su gigante voz.

“Hay más allá”, los héroes al expirar clamaron,  
poblando con su grito de América el confín,  
y entre vapor de sangre: “Hay más allá”, exhalaron  
los campos de Ayacucho, de Mayo y de Junín.

### XIII

Sí, Rosas; vilipendia con su mirar siniestro  
el sol de las victorias que iluminando está;  
disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,  
y entonces ni tus huesos la América tendrá.  
... ..

## GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDES (PLACIDO)

Cubano

1818      1844

### LA LUNA DE ENERO

#### LETRILLA

Resuene el pandero  
al monte, a la loma  
vegueros, que asoma  
la luna de enero.

No la estén buscando  
sobre el firmamento,  
que viene cual viento  
las flores hollando.  
¡Si al ver el safero

de mi guajirilla  
y el rostro hechicero,  
parece que brilla  
la luna de enero!

Abrense las flores  
aromas vertiendo.  
¡Qué hermosa es riendo!  
Miradla, cantores;  
y los ruseñores  
con trino parlero,  
la cercan volando,  
como saludando  
la luna de enero.

¿La veís entre galas  
cómo aves sencillas  
sobre sus rodillas  
sacuden las alas?  
Cantando el jilguero  
junto a su hermosura  
dice el lisonjero:  
“No luce tan pura  
la luna de enero.”

El céfiro blando  
y amorcitos bellos  
rizan sus cabellos  
las hebras soltando:  
y con grato esmero  
salpican su sayo,  
porque es mi lucero  
la rosa de mayo,  
la luna de enero.

## LA FLOR DEL CAFE

Prendado estoy de una hermosura  
por quien la vida daré  
si me acoge cariñosa ;  
porque es cándida y hermosa  
como la flor del café.

Son sus ojos refulgentes,  
grana en sus labios se ve,  
y son sus menudos dientes,  
blancos, parejos, lucentes,  
como la flor del café.

Una sola vez la hablé  
y la dije: "¿Me amas, Flora,  
y más cantares te haré  
que perlas llueve la aurora  
sobre la flor del café?"

"Ser fino y constante juro,  
de cumplirlo estoy seguro,  
hasta morir te amaré;  
porque mi pecho es tan puro  
como la flor del café."

Ella contestó al momento:  
"De un poeta el juramento  
en mi vida creeré,  
porque se va con el viento,  
como la flor del café.

"Cuando sus almas fogosas  
ofrecen eterna fe,  
nos llaman ninfas y diosas,  
más frágantes que las rosas  
y las flores del café.

"Mas cuando ya han conseguido,  
cual céfiro que embebido  
en el valle de Tempé,  
pliega sus alas dormido  
sobre la flor del café,

"Entonces abandonada  
en soledad desgraciada  
dejan la que amante fué,  
como en el polvo agostada  
yace la flor del café."

Yo repuse: "Tanta queja  
suspende, Flora, porque  
también la mujer se deja  
picar de cualquier abeja  
como la flor del café.

"Quiéreme, trigueña mía,  
y hasta el postrimero día  
no dudes que fiel seré;  
tú serás mi poesía  
y yo tu flor del café.

"A tu vista cantaré,  
y lucirá el arrebol  
que a mis dulces trovas dé,  
como a los rayos del sol  
brilla la flor del café."

Suspiró con emoción,  
miróme, calló y se fué;  
y desde tal ocasión  
siempre sobre el corazón  
traigo la flor del café.

## PLEGARIA A DIOS

Ser de inmensa bondad, Dios poderoso,  
a vos acudo en mi dolor vehemente;  
extended vuestro brazo omnipotente,  
rasgad de la calumnia el velo odioso  
y arrancad este sello ignominioso  
con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes. Dios de mis abuelos,  
vos sólo sois mi defensor, Dios mío;  
todo lo puede quien al mar sombrío  
olas y peces dió, luz a los cielos,  
fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,  
vida a las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos, todo fenecer  
o se reanima a vuestra voz sagrada:  
Fuera de vos, Señor, el todo es nada,  
que en la insondable eternidad perece,  
y aun esa misma nada os obedece  
pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,  
y pues vuestra eternal sabiduría  
ve al través de mi cuerpo el alma mía  
cual del aire a la clara transparencia,  
estorbad que humillada la inocencia  
bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra a tu suma omnipotencia  
que yo perezca cual malvado impío,  
y que los hombres mi cadáver frío  
ultrajen con maligna complacencia,  
sueñe tu voz, y acabe mi existencia...  
cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío.

# HERMOGENES DE IRISARRI

Chileno

1819      1886

## HIMNO A MARIA

Madre de gozos y de amores madre,  
hija y esposa del Señor, que albergue,  
halla en tu seno inmaculado y puro,  
Virgen María.

¿Cuál es más dulce que tu dulce nombre?  
el tenue ruido que las hojas forman  
allá en el bosque solitario y quieto,  
menos es blando.

Céfiro errante que el pensil halaga  
y que columpia las dormidas flores  
es de tu nombre en musical susurro,  
débil remedo.

Tuyo es el nombre que el infante aprende  
del casto labio de la madre amante,  
grata palabra que repite ansioso  
todo el que sufre.

Que ansias y penas en la vida un día  
harto amargaron tu sensible pecho,  
harto la espina del dolor conoces,  
del te apiadas.

Tú la conoces y por eso alzas  
sobre tu trono de esplendentes nubes,  
tú la demanda del favor acoges,  
ruegas y alcanzas.

Tal poderío sólo a ti te es dado,  
tanta ventura sólo tú la obtienes;  
porque la madre de aquel Dios hecho hombre  
fuiste tú sola.

Tuyo era el seno que exprimiera el niño,  
néctar y vida recibiendo a un tiempo;  
tú de su andar y balbuciente labio,  
báculo y guía.

Lágrimas saltan de tus bellos ojos  
sueñas perdido al inexperto Infante;  
lo hallas, y encuentras que en Sión conquista  
públicos triunfos.

Brama más tarde el populacho airado...  
no es el infante quien te apena ahora,  
pero es el Hombre que a morir condenan  
y ése es tu hijo.

Por cada gota de divina sangre,  
por cada espina que su frente clava,  
tu alma en el duelo se consume y lloran  
sangre tus ojos.

Y a ti se vuelve tu Jesús amado,  
y a su discípulo adorado dice:  
"Tú por mi madre celarás, Juan mío,  
que ella es tu madre."

Madre de Cristo y de los hombres madre,  
tú la esperanza del perdido humano,  
tú que lo llevas al deseado puerto  
faro luciente:

dulce consuelo de indigencia triste,  
tú que en el alma del dormido niño  
castos deliquios de ventura envuelves,  
sueños y glorias;

tú eres el lirio del oculto valle  
que nace y crece en ignorado sitio,  
y que más blanco que la nieve andina  
alza la frente.

Tú eres la palma del desierto estivo;  
bajo tu sombra el caminante duerme;  
tú de esta tierra abrasadora y seca,  
puro rocío.

Son también tuyos los honores, tuyos  
templos y ritos, y el incienso sacro  
que en varios giros de olorosas ondas  
sube a encontrarte.

Tuyo es el trino de canoras aves,  
tuyas las flores que los campos crían,  
que de tus aras el camino, todas,  
todas lo saben.

Huella tu planta a la serpiente el cuello,  
el mal se acaba y nuestra paz renace,  
y al despertarte de esta vida, en otra  
hallas un trono.

Hallas un trono do del sol vestida,  
calza tus plantas la creciente luna,  
y el claro manto de estrelladas luces  
tiendes al globo.

El me cobije sí a cantar me atrevo  
tus alabanzas, y mi canto, ¡oh Virgen!,  
has que a ti suba como al sol se encumbra  
águila altiva.

Vuelve hacia mí tus divinales ojos.  
Un pensamiento de perdón me envía  
y haz que en la altura tu potente diestra  
brille en mi amparo.

## JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO

Venezolano

1819            1871

### LA POBRE MADRE

Es la noche tenebrosa,  
fría cual noche de enero,  
y un espantoso aguacero  
viene a aumentar su rigor;  
y en el umbral de un palacio,  
sobre la enlodada acera,  
hay una familia entera,  
presa infeliz del dolor.

No lloran ya los cuitados:  
sus pechos enronquecidos  
exhalan roncós gemidos,  
y con lastimera voz,  
en coro repiten,  
con lúgubre son:  
"¡Dad una limosna,  
por amor de Dios!"

Una mujer y dos niños;  
dos hijos son con su madre;  
una familia sin padre,

y en la más cruda orfandad.  
Allá dentro, los sonidos  
se escuchan de alegre orquesta,  
que es ostentosa la fiesta;  
la mansión, casi real.  
Adentro, las fuentes todas  
de la terrestre ventura:  
oro, talento, hermosura,  
vense en confuso montón...

De afuera responde  
la siniestra voz:

"¡Dad a vuestro hermano,  
por amor de Dios!"

Y entran damas fascinantes,  
aun más que por su riqueza,  
por la espléndida belleza  
de su rostro y actitud;  
cándidas pieles de armiño  
cubren sus tersas espaldas,  
y rubies y esmeraldas  
realzan su juventud.  
Vienen detrás, muy galanes,  
con varonil apostura,  
hidalgos de raza pura  
y otros que nobles son;  
mas ninguna atiende  
a la triste voz:

"¡Dad limosna, hermano,  
por amor de Dios!"

Entran al regio sarao  
y de allí, al salón de juego,  
do se apiña enjambre ciego,  
con el ansia de ganar.  
Y rueda en la mesa el oro  
a diez fortunas bastante,

mientras la turba, anhelante,  
ni aun se atreve a respirar.  
Cada cual su carta espera;  
no hay amigo para amigo;  
que es todo el mundo enemigo,  
ante el metal corruptor:  
y en tanto, prosigue  
en la calle el son:  
"¡Dad una limosna,  
por amor de Dios!"

Y la mudable fortuna  
a éste sume en la pobreza,  
a aquél colma de riqueza,  
pero corrompe a los dos.  
¡Que no hay virtud que resista  
a la codicia del oro,  
y hay quien por corto tesoro  
vende ley, y patria y Dios!  
¿Qué importa a la noche turbia  
lo que pasa por de fuera?  
Qué importa que, lastimera,  
suené en la calle la voz:  
"¡Por piedad, señora,  
caballero, vos,  
dad a una infelice,  
por amor de Dios!"

A impulsos del hambre y frío,  
el corazón en pedazos,  
ve la madre entre sus brazos  
su hijo menor expirar:  
pierde el juicio la cuitada,  
a tan suprema amargura,  
y a la yerta criatura  
se esfuerza por calentar.  
Con sus harapos la cubre,

contra su seno la oprime,  
y, más bien que canta, gime  
sentidísima canción;

mientras el otro niño,  
con trémula voz:

"¡Dad limosna—clama—,  
por amor de Dios!"

"¡Duerme—canta la insensata—,  
duerme, del alma hijo mío,  
que así del hambre y del frío  
menos, mi bien, sufrirás;  
duerme, hijo mío, hasta el alba,  
que es la noche muy oscura;  
duerme, que el hambre es muy dura  
y es horrible el despertar!  
; Cuando el nuevo sol, que al mundo  
trae el calor y alegría,  
al pobre trae nuevo día  
de angustias, hambre y dolor!"

Y en tanto, no cesa  
del niño la voz:

"¡Dad una limosna,  
por amor de Dios!"

Ya despunta en el Oriente,  
pura, la límpida aurora,  
y la turba atronadora  
se retira del festín;  
a la puerta se atropellan  
de los nobles orgullosos  
los trenes esplendorosos,  
ciento a ciento y mil a mil.  
Y en tanto, la pobre loca,  
con torvo mirar, incierto,  
les presenta el niño muerto,  
cantando con ronca voz:

"¡ Vedle, entre mis brazos,  
de hambre se durmió!  
¡ Dad pan, para el niño,  
por amor de Dios!"

## SONETO

Improvisado ante el sepulcro del condestable D. Alvaro de  
Luna, existente en la catedral de Toledo.

Ejemplo triste del orgullo humano  
es al mundo tu nombre y tu memoria;  
altísima lección que da la Historia  
al que en sumo dosel se mire, ufano.

Largo tiempo rigió tu fuerte mano  
el patrio suelo, con insigne gloria,  
y cien veces marchaste a la victoria,  
el pendón tremolando castellano.

Caíste, empero, del sublime asiento  
do el brío te elevó y saber profundo,  
para ser de validos escarmiento.

Y de cuanto tuvistes en el mundo,  
sólo dejó estas letras la fortuna:  
"Aquí yace Don Alvaro de Luna."

## ¡A ITALIA!

### ODA

Como en la azul atmósfera  
desde la cumbre alpina,  
rauda se lanza el águila,  
hasta que al sol vecina

un punto el vasto Océano  
y el mundo ve a sus pies;  
mas si flechero impávido  
tiro mortal le asesta,  
herida el ave ciérnese,  
y luego en la alta cresta  
ya moribunda abátese  
rendida su altivez;

Así caíste, ¡oh mísera!  
de la sublime cumbre;  
y ora so el yugo férreo  
de odiosa servidumbre  
inclinada mustia y pálida  
la antes soberbia faz;  
te humillas ante el bárbaro  
tirano que te asuela,  
sin que haya un ser magnánimo  
que de tu mal se duela,  
¡ni un campeón intrépido  
que ose por ti lidiar!

¿Que sólo esclavos tímidos  
se nutren en tu seno?  
¿La raza de los héroes  
de Munda y Trasimeno,  
ni un solo ilustre vástago  
dejó detrás de sí?  
Tú, patria de los Césares,  
Camilos y Escipiones;  
tú, madre de los Régulos,  
los Brutos, los Catores,  
¿no tienes ya ni mártires  
que osen morir por ti?

¡ Cuánta en el alma inspírame  
honda piedad tu llanto!  
¡ Cuánto, oh matrona, el lúgubre  
gemir de tu quebranto,  
dolor infunde al férvido  
ansioso corazón!  
¿ Y a quién no mueve a lástima,  
¡ oh, Italia!, tu amargura?  
¡ Ay! Tus arroyos límpidos,  
tus campos de verdura,  
¿ mas qué?... ¡ Tus mismas lágrimas  
libres tampoco son!

Raza de esclavos trémulos,  
nación degenerada,  
de tus anhelos ínclitos  
osa empuñar la espada...  
¿ Qué esperas ya? ¡ Levántate!  
¡ No más esclavitud!  
El sacrosanto lábaro  
de libertad tremola...  
¿ Hay en tus campos fértiles,  
hay una piedra sola,  
que no recuerde altísimas  
memorias de virtud?

¡ Sus! ¡ Al combate! El ánimo  
no os faltará, guerreros;  
brillen al aire fúlgidos  
desnudos los aceros!  
Pueble el espacio el hórrido  
bramido del cañón;  
llene la trompa bélica  
los ámbitos del mundo,

y a la ardua lid arrójense  
con brío sin segundo,  
mil y mil dignos émulos  
de Bruto y de Catón.

Ya se oye el ronco estrépito  
de la feroz batalla;  
ya en ambas partes mézclanse  
la sangre y la metralla...  
¡Supremo Dios! ¡Ayúdales  
en la revuelta lid!  
¡Sus! ¡Mis valientes ítalos,  
ilustres ciudadanos!  
¡La Italia, sus Termópilas  
tendrá y sus Espartanos!  
¡Ya so la regia púrpura  
tiembla el tirano vil!

¡Y si al romper impávidos  
vuestra servil coyunda,  
morís, nunca del héroe  
la sangre fué infecunda;  
que es el morir dulcísimo  
por patria y libertad!  
¡Sabed, nuevos Leónidas,  
morir con frente altiva!  
¡Dará a los sacros túmulos  
honor la siempreviva,  
y al llanto de las vírgenes  
el lauro crecerá!

Mas, ¡ay!, el estro olimpico,  
el fuego sacrosanto  
del genio sumo fáltame  
a tan sublime canto;

pobre mi lira y rústica,  
mi acento débil es...  
¿Qué importa? El fuego eléctrico  
que abraza mis entrañas  
en manantial clarísimo  
de insólitas hazañas,  
para ese pueblo indómito  
se trocará tal vez!

Tal vez la humilde cítara  
indigna de memoria,  
mejor entone el épico  
cantar de la victoria.  
¡Tal vez el eco escúchese  
en la remota edad!  
Y si su gloria efímera  
con el cantor perece,  
¿qué importa? Al vate bástele,  
como a la flor que crece,  
el sol, el aura plácida  
de amor y de amistad.

¡Sus! Mis valientes ítalos,  
responda al rudo cántico  
del extranjero vate.  
¡Sus! ¡Al feroz combate!  
¡Responda al grito altisono  
de libertad y honor!  
Y cuando la vorágine  
del tiempo, en lo futuro,  
con mi cadáver lívido  
trague mi nombre oscuro,  
sólo una amiga lágrima  
os pedirá el cantor.

MARIA JOSEFA MUJIA  
Boliviana

EL ARBOL DE LA ESPERANZA

Arbol de esperanza hermoso,  
en copa y ramas frondoso  
y elevado yo te vi;  
ora en el suelo tendido,  
destrozado y abatido  
te miro, ¡triste de mí!

Sin hojas y sin ramaje,  
marchito y seco el ropaje  
de tu frescura y verdor;  
¡cuán corta tu vida ha sido!,  
contigo todo he perdido  
de la fortuna al rigor.

En tu tronco yo apoyaba  
mi porvenir, y esperaba  
recoger tu fruto y flor;  
bajo tu sombra solía  
recrear mi fantasía  
y adormecer mi dolor.

Siendo de edad aún temprana,  
en tu corteza yo ufana  
catorce letras grabé;  
no eran dichas ilusorias,  
ni de amores ni de glorias  
las palabras que tracé.

Contigo se ha derribado  
todo el bien imaginado  
que el pensamiento creó;

cual exhalación ligera  
toda ilusión hechicera  
contigo ya se extinguió.

Era tierna tu corteza,  
tus raíces sin firmeza,  
débil tu tronco también;  
y así resistir no pudo  
del fuerte huracán sañudo  
el recio soplo y vaivén.

Muerta mi dulce esperanza,  
todo ha sido ya mudanza  
de la dicha a la aflicción;  
sólo viven la amargura,  
el pesar y desventura  
dentro de mi corazón.

## JOSE PARDO Y ALIAGA

Peruano

1820

1873

### A LA INDEPENDENCIA DE AMERICA

(Fragmento.)

Pródiga derramó naturaleza  
sus más preciados dones;  
engalanó de espléndida belleza  
las índicas regiones.

Sus dilatados campos entapizan  
las flores de ambas zonas;  
sus extensas llanuras fecundizan  
Mamoré y Amazonas.

Entre montes torrente se desata  
Apurimac umbrío;  
y superficie de bruñida plata  
presenta el Bío-bío.

Eterna nieve en la empinada cumbre  
de los Andes altivos;  
en sus espejos la celeste lumbre  
hiela sus rayos vivos.

Y con los mismos rayos en la falda  
acaricia y abriga  
entre valles cuajados de esmeralda,  
inagotable espiga.

Aquí la catarata despeñada  
abre profundos cauces;  
y no lejos la brisa embalsamada  
susurra entre los sauces.

Brota de entre las peñas manso arroyo  
y en sus cristales baña  
plátano, cocotero, chirimoyo  
y dulcísima caña.

Su indomable altivez el potro aplaca  
cuando sus aguas bebe;  
mientras que a la vicuña y a la alpaca  
solaz presta la nieve.

En tropel espesísimo agrupados  
circundan las colinas  
los nogales, los robles, los granados,  
los cedros, las encinas.

De tupidas montañas el ramaje  
sacuden de continuo  
pájaros mil de espléndido plumaje  
y de armonioso trino.

Los árboles, las flores y los frutos  
que más el hombre estima;  
las pintorescas aves, y los brutos  
del más contrario clima.

De América al inmenso continente  
en sus espacios cierra...  
La mano del Señor omnipotente  
posó sobre la tierra;

red caprichosa de enredadas vetas  
revela su tesoro;  
entre los rudos cortes de sus grietas  
brillan la plata y oro.

Soberbio el mar la temeraria quilla  
despedaza y se traga;  
mas al llegar a la feraz orilla  
se sosiega y la halaga.

Un cielo azul, diáfano, esplendente,  
áureo disco abrillanta,  
y cual fanal inmenso, transparente,  
guarda riqueza tanta.

Pródiga derramó naturaleza  
sus más preciados dones;  
engalanó de espléndida belleza  
las índicas regiones.

# RICARDO JOSE BUSTAMANTE

Boliviano

1821

1884

## PRELUDIO AL MAMORE

(Fragmento.)

Tú aquí, en regiones ignoradas giras,  
serpiente nacarada, bajo un cielo  
palio de lumbre por do tiende el vuelo  
la garza colosal;  
río argentado que onduloso ciñes  
vírgenes bosques, o en variadas tintas  
sobre tu espejo con sus nubes pintas  
el éter tropical.

Al fin respiro tus fragantes auras;  
tus palmas miro que columpia el viento;  
oigo en tus selvas armonioso acento,  
y admiro tu quietud:  
oh, tú, a quien siempre en ilusión lejana  
vi cual portento que a la patria mía  
las puertas abras a su gloria un día,  
¡Gran Mamoré! ¡Salud!

De región fría y apartada vengo,  
donde el monarca de los Andes brilla  
con su manto de armiño, maravilla  
de ingénito poder.  
De allí al empuje de infortunio infando  
yo vengo, sí, cansado peregrino,  
y al verte aparecer en mi camino  
ya aliento de placer.

Placer que inspira al corazón patriota  
alegre canto y de solaz lo llena;  
así el proscrito ya olvidó su pena  
al verte, Mamoré.  
Si no es mi canto como el dulce canto  
de los bardos que pueblan tus regiones,  
preludia sobre ti las bendiciones  
del porvenir, con fe.

En el seno feraz de los desiertos  
genio escondido en soledad murmuras  
al blando soplo de las auras puras  
con plácido reír;  
mientras la patria tu existencia ignora,  
cual ignoras que en ella los humanos  
se agitan por correr tras los arcanos  
de un grande porvenir.

Sobre tu manto líquido, ondulante,  
refleja el cielo diamantina estrella  
que suerte anuncia venturosa y bella  
al patrio pabellón;  
cumplir se debe tan brillante ensueño,  
urioso río que hacia el mar te lanzas  
mecido por futuras esperanzas  
de gloria y de ambición.

Corres hoy arrastrando añosos troncos  
que aun ostentan ropaje de esmeralda,  
o ya a los juncos de la verde falda  
arrancas tierna flor;  
tu majestuosa soledad recrean  
parleras aves de pintadas plumas  
que en ti retratan su elegancia suma  
girando en derredor.

Caimán que invade la arenosa orilla,  
blanco bufeo que rasgando el agua  
el rumbo sigue de veloz piragua,  
a la hoja que cayó,  
o ya algún tigre que a la opuesta margen  
se lanza a nado con tranquila frente,  
perturban la quietud de tu corriente  
que el hombre aun no turbó.

Tendido al pie de la floresta virgen,  
cual amante a los pies de la que adora,  
cuando el último rayo del sol dora  
tus ondas de cristal,  
te deleitas feliz con los perfumes  
que en alas de la brisa pasajera  
te arroja de su ondeante cabellera  
tu amada virginal.

Es solemne el concierto de tus bosques  
en el silencio de la noche, cuando  
con grito melancólico turbando  
la angusta soledad,  
el pájaro gemífero y el viento  
en bonanza te aduermen deliciosa,  
mientras el rayo de la luna hermosa  
te da su claridad.

## RAFAEL MARIA DE MENDIVE

Cubano

1821      1886

### LA FLOR DEL AGUA

En urna de azules ondas  
vives, ¡oh flor!, encerrada,

sin que el sol te dé sus rayos,  
ni sus perfumes el aura,  
ni su lumbré las estrellas,  
ni su música las palmas;  
sin que vierta en tu corola  
sus breves perlas el alba,  
ni las aves te enamoren,  
ni te riegue con sus lágrimas,  
Filomena de los bosques,  
algún alma desgraciada  
que buscando va entre sombras  
la estrella de su esperanza.  
Es de espuma el blanco lecho  
donde erguida te levantas  
como ilusión de otra vida,  
como estrella solitaria,  
como sueño de otros mundos  
que el poeta sólo alcanza,  
cuando, inspirado, desplega  
del pensamiento las alas.  
Sueños, ¡ay!, que el alma adora  
si tras ellos ve entusiasta,  
ávida de amor, las formas  
poéticas y gallardas  
de una flor que peregrina  
nace y crece sosegada,  
como tú, bajo la sombra  
de las corrientes más claras.

¡Entonces se ve la imagen  
del bello ideal que el alma  
en sus delirios se finge,  
cuando sueña enamorada  
con la angélica ternura  
de la mujer que nos ama!

Porque eterna en nuestra mente  
vive su efigie grabada,  
como vives tú, sujeta  
al imperio de las aguas;  
porque mora en el silencio  
de tu mansión encantada  
la dulce melancolía  
que en ecos de amor se exhala,  
y es perfume de los cielos  
que de los ángeles baja  
a inundar el corazón  
de suspiros y de lágrimas.

Así nacen misteriosas,  
así viven ignoradas  
las primeras impresiones  
que sentimos en el alma;  
viven, como tú, tranquilas,  
esperando la alborada  
de algún día placentero  
que paso a la luz les abra,  
y la niebla oscura y triste  
en que están aprisionadas,  
como sueño se disipe,  
como sombra se deshaga;  
para entonces alzar el vuelo  
impetuosas como el águila,  
y animar la fantasía,  
como tú las tersas aguas,  
por la brisa columpiada,  
con tus pétalos describes  
con misteriosas palabras  
el arcano de tu vida.

Mas, ¿qué digo? ¡Oh flor gallarda!  
¡Si en mí la ilusión ha muerto,

si fuego no tiene el alma,  
como en más risueños días,  
para ofrecerte, inspirada,  
ternezas del corazón  
en cada acento del arpa!  
Mas recuerda que un poeta  
que nació entre hermosas palmas,  
que sencillo amó las flores,  
los campos, el sol y el aura,  
la caída de las hojas  
y el murmullo de las aguas,  
aquí te deja, sensible  
al hechizo de tus gracias,  
si no bellos pensamientos,  
ni dulcísimas plegarias,  
del pecho la flor más pura  
en cada estrofa encerrada,  
y en cada verso un suspiro,  
y en cada suspiro el alma.

### A UN ARROYO

¡Cuán lento vas, arroyo cristalino,  
con expresión sencilla  
rizando en tu camino  
la verde alfombra de flotante jino,  
que blando crece en tu espumosa orilla!...

¡Cuán bellas corren, removiendo arenas,  
ceñidas amapolas  
y blancas azucenas,  
en breves giros las modestas olas  
que acarician tus márgenes serenas!

Cantando amor las aves melodiosas  
se miran dulcemente,  
cual visiones hermosas,  
en el espejo claro y transparente  
de tus humildes aguas silenciosas:

la verde selva y la feraz llanura  
te ofrecen regaladas  
su plácida verdura;  
y en grato son, las brisas perfumadas  
tranquilas besan tu corriente pura.

Suaves te dan los bosques sus aromas,  
los valles sus primores,  
las selvas sus palomas,  
su sombra grata las enhiestas lomas,  
y el cielo mismo su dosel de amores:

y en las de mayo hermosas alboradas,  
flotando en tus espumas,  
te arrullan sosegadas  
del blanco cisne las brillantes plumas  
las hojas por los céfiros llevadas...

Hijo, tal vez, de agreste peña dura,  
tu manantial de plata  
por la inmensa llanura,  
como una cinta blanca se dilata,  
ceñida de riquísima verdura:

y ajeno de ansiedad y de pesares,  
por selvas y palmares,  
sin suspirar congojas,  
tranquilo vas al seno de los mares  
cubierto siempre de fragantes hojas.

Niño también me deslicé inocente,  
con paso indiferente,  
sin soñar en amores,  
tras el vivo matiz de hermosas flores  
y el límpido cristal de mansa fuente.

Y libre como garza voladora,  
con infantil decoro  
y gracia encantadora,  
besando fui tus arenillas de oro  
al tibio rayo de la blanca aurora.

Entonces, ¡ay!, ¡con cuán brillante arreo  
agitaba mis alas  
en loco devaneo,  
cercado siempre de celestes galas,  
por los eternos campos del deseo!...

Mas de entonces ahora... ¡cuántos daños  
han causado a mi vida  
los tristes desengaños!...  
¡Una tras otra la ilusión perdida  
bajo el peso terrible de los años!...

Yo soy aquel infante candoroso  
de las guedejas blondas  
y mirar cariñoso,  
que tantas veces se agitó en tus ondas  
como entre flores el sunsún hermoso:

Yo soy el mismo; pero el alma mía  
tristemente ha perdido  
su infable alegría,  
y en vano busca en tu corriente fría  
la imagen bella de su abril florido,

Sigamos, ¡ay!, sigamos la jornada,  
llorando yo mis penas  
con alma resignada,  
y tú besando el manto de azucenas  
que se mece en tu margen sosegada.

Tal vez mañana, triste y abatido  
por los placeres vanos,  
aquí vendré perdido,  
de horrible tedio el corazón herido,  
mustia la frente y los cabellos canos:

y sentado en tu margen fresca y grata,  
con fatima alegría,  
veré cual se retrata  
sobre tus ondas de color de plata  
la imagen, ¡ay!, de mi vejez sombría...

Perdigue, pues, arroyo tu carrera  
mientras voy aspirando,  
de hermosa primavera,  
el celestial aroma en tu ribera,  
tus ondas con mis lágrimas mezclando:

que iguales en la vida y en la suerte,  
uno será el destino  
inexorable y fuerte,  
que a los dos nos sorprenda en el camino,  
y nos lleve al abismo de la muerte.

# ABIGAIL LOZANO

(Venezolano)

1821

1866

## D I O S

*A mi querido José Antonio Calaña.*

¡ Señor! En el murmullo lejano de los mares  
vibrar oí tu acento con noble majestad;  
oílo susurrando del monte en los pinares;  
oílo en el desierto cual ronca tempestad.

Tu voz cruza en las brisas, y en el perfume leve  
que brota a los columpios de la silvestre flor;  
tu sombra entre las aguas magnífica se mueve;  
tu sombra, que es tan sólo la inmensidad, Señor.

Tú diste a la esperanza las formas de una fada;  
purísima inocencia le diste a la niñez;  
si diste sed al hombre, le diste la cascada;  
si hambre, dulces frutos de grata madurez.

Tú diste a la montaña su soledad augusta,  
su sombra gigantesca, su religiosa paz;  
el estampido al trueno, que al corazón asusta;  
su brillo a las estrellas reflejo de tu faz.

Tú distes a esas bellas, dulcísimas sirenas  
(visiones de tus sueños, con formas de mujer),  
las brisas por suspiros, las flores por melenas,  
corales para el labio de hermoso rosicler.

Y diste al hombre acentos para cantar tu Hosanna  
cuando la negra noche le pide una oración;  
mas calla el hombre entonces; por eso en la montaña  
los pájaros te ofrecen universal canción.

Tú hiciste esas playas que ciñen los contornos  
del mar, que en vano intenta salir de su nivel;  
y diste al Cotopaxí sus inflamados hornos,  
que imitan los horrores del antro de Luzbel.

Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas  
con cifras misteriosas que el hombre no leyó,  
porque jamás supieron ni sabios ni profetas  
el inmortal arcano que en ellas se ocultó.

¡Jehová!, dicen las brisas; ¡Jehová!, dice el torrente;  
¡Jehová, dicen los Andes, y el huracán, ¡Jehová!  
Y todas las criaturas te llevan en su mente,  
porque doquier impreso tu santo nombre está.

Yo sé que tú inflamaste los soles del vacío;  
que sólo el derramado, sonoro y ancho mar,  
con sus gigantes voces podrá, no yo, ¡Dios mío!  
al son de las borrascas tu gloria celebrar.

¡ Señor! Cuando en mis horas de soledad y duelo,  
se bañe en sus tristezas mi pobre corazón,  
aleja tú las nubes, mientras remonta el vuelo,  
hacia tu santo alcázar mi férvida oración.

## A LA NOCHE

El Ángel de la tarde en la pradera  
con un beso de paz durmió las flores,  
y del bosque los dulces trovadores  
le entonaron su cántiga postrera.

Huyó la luz... Las sílfides nocturnas  
rápidas cruzan el dormido viento,  
y vierten sobre el mundo soñoliento  
el opio blando de sus negras urnas.

Huyó la luz... Sobre sus blancas huellas  
el Angel de la noche se adelanta,  
y sobre el éter diáfano levanta  
su toldo azul de pálidas estrellas.

El mar, la fuente, el pájaro salvaje,  
la blanda brisa, el ronco torbellino,  
cuando empiezas, ¡oh noche!, tu camino,  
a su modo te rinden homenaje.

No es por guardar el sueño de la tierra,  
que se apaga al bullicio entre la sombra;  
es porque envuelto en su gigante alfombra,  
desciende al Dios que su misterio encierra.

Y esa inefable paz que nos regala  
la inercia nocturnal de los sentidos;  
ese coro de mágicos sonidos  
que en la callada atmósfera resbala.

Son un don celestial, un don querido,  
que encontramos los hombres en la cuna  
para endulzar las horas sin fortuna  
que atosigan el pecho dolorido.

Entonces en el cáliz de los lirios  
las almas de las vírgenes se mecen,  
y aspirando su aroma, se adormecen  
en celestes y púdicos delirios.

Tal vez en sus ensueños vaporosos  
el recuerdo del mundo las despierta,  
y oyen un Angel que les dice "¡Alerta!"  
y vuelven a sus nichos misteriosos.

Esas gotas de límpido rocío  
que ornán del valle el manto de esmeralda,  
lágrimas son que derramó en su falda  
un espíritu errante en el vacío.

Tal vez al levantarse en el Oriente  
el alba de su lecho de jazmines,  
alumbra de sus blancos serafines  
la fugitiva nube transparente.

Tal vez murmura entre la brisa mansa  
el eco de las arpas celestiales,  
cuando el bando de genios inmortales  
a su mansión beatífica se avanza.

Yo sé tan sólo, ¡oh noche!, que es tu imperio  
la soledad augusta y religiosa;  
que eres la virgen pura y misteriosa  
que llora de la luz el cautiverio.

Yo sé que los quejidos que derrama  
la vieja ceiba al despedir sus hojas,  
el eco errante son de tus congojas  
que resbala fugaz de rama en rama.

Y sé también que el pájaro salvaje,  
la fresca brisa, el ronco torbellino,  
cuando emprendes tu lóbrego camino,  
a su modo te rinden homenaje.

Mas yo el arpa tomé... Tal vez mi canto  
interrumpió tu majestuosa calma...  
Noche..., ¡perdón!, si en su delirio el alma  
profanó tu silencio augusto y santo.

## JOSE RAMON YEPES

Venezolano

1822            1881

### NIEBLA

Cogiendo flores en la campiña,  
más vaporosa que el aura leve,  
aquella dulce, risueña niña  
    vió una mañana  
dos nubecitas color de nieve  
que se tiñeron color de grana.

—Quiero ser nube, dijo la niña,  
más vaporosa que el aura leve—.  
Y con las flores de la campiña,  
    cintas y galas,  
y con sus velos color de nieve,  
la dulce niña formó sus alas.

Cuando en los huertos de la campiña,  
y al viento leve de la mañana,  
la pobre madre buscó a su niña,  
    ¡ay!..., en su anhelo,  
vió que entre nubes color de grana  
la dulce niña volaba al cielo.

### HIMNO EPITALAMICO

(Escrito para Ignacio Plaza.)

No en esa estancia penetréis divina;  
    sobre el ara de aromas,  
pálida de pasión, llevó Ericina  
    sus risueñas palomas.  
¡Atrás! ¿No véis que hasta el dorado plinto  
    cae el flotante velo?  
La diosa ha descendido a ese recinto  
    en un rayo del cielo.

Velad tanto esplendor: oculte Apolo  
la luz de sus mañanas;  
que a la estancia nupcial penetren solo  
las flores por galanas.  
La Madre del Amor descíñe estrecho  
el ceñidor de oro,  
roja la boca y palpitante el pecho  
del oculto tesoro.  
Suelte temblando, al seductor desvío,  
la crencha perfumada...  
¡Cuán divina estarás, rosa de Chío,  
así medio velada!  
Fortunado amador, la diosa esbelta  
ya besa al dulce niño;  
mirad cómo el rapaz sonriendo suelta  
su túnica de armiño.  
¡Silencio! Ni un suspiro en el imperio  
de los castos amores;  
no temáis que una flor rompa el misterio;  
que mudas son las flores.

## EUSEBIO LILLO

Chileno

1826

1910

### EL IMPERIAL

Río, en cuya corriente las estrellas  
vienen enamoradas su reflejo,  
dime por qué tus cristalinas huellas  
arrastras a la mar tardo y perplejo!

Del verde bosque que a tu orilla crece  
con pesadumbre al parecer te alejas  
y el aire que en tus aguas se humedece  
te arranca sordas y sentidas quejas.

Acaso al acercarte al mar bravío  
das el postrer adiós a tus arenas  
y el eco de tus ondas, manso río,  
es el último acento de tus penas.

Y sientes, ¡ay!, al arrastrar sereno  
el agua de tu cauce limpia y pura,  
ir a mezclarla en el amargo seno  
que el destino te da por sepultura.

Acaso al contemplar el mar vecino  
lloras tus gratas sombras y tus flores  
y sigues silencioso tu camino  
con la expresión que imprimen los dolores.

Por eso se desliza tu corriente  
con paso tardo, con fugaz gemido,  
como el que sufre en el dolor presente  
con los recuerdos del placer perdido.

Yo sé que, en vez del perfumado viento  
que juega entre tus ondas y arrayanes,  
tendrás en la extensión del mar violento  
roncos y revoltosos huracanes.

Yo sé que entre las algas del Océano  
no tendrás las frondosas arboledas  
por donde te abres, rápido y ufano,  
caprichosas y fáciles veredas.

¿Sientes perder tu majestuosa pompa?  
¿Sientes hallar en tu salobre tumba  
la dura peña que tus aguas rompa  
y el rudo viento que en los mares zumba?

No: tus orillas, sosegado río,  
del pasado esplendor guardan memoria:  
tú lamentas tu espléndido atavío,  
tus días de grandezas y tu gloria.

Aquí, sobre las flores de ese llano  
que trae sus arboledas a tu orilla,  
alzóse la ciudad del Castellano  
bajo el pendón glorioso de Castilla.

Sobre la verde, florecida alfombra  
que hoy manso fertilizas y recorres,  
se alzaban bellos y te daban sombra  
ligeros techos y pesadas torres.

En tu ribera espléndida y sombría,  
en donde hoy gime al expirar la ola,  
ligero en otro tiempo se imprimía  
el delicado pie de la española.

El aire de tus aguas, fugitivo,  
que hoy besa silencioso tus riberas,  
enamorado entonces y festivo  
jugaba entre las sueltas cabelleras.

De tus aguas ondinas vaporosas,  
en los calores del ardiente estío,  
de la Imperial las hijas voluptuosas  
frescor buscaban en tu lecho frío.

Y tus ondas tranquilas y serenas,  
de amor y de placer se conmovían  
cuando sobre tus húmedas arenas  
las delicadas plantas se imprimían.

¡Cuántas veces tus plácidas riberas,  
de la luna a los suaves resplandores,  
mil parejas cruzaban hechiceras  
hablando de placeres y de amores;

y de tus bosques en la sombra oscura  
volaban amorosas y perdidas  
dulcísimas palabras de ternura  
con el rumor de tu agua confundidas!

De aquesos días de placer y fiesta  
tan sólo queda la memoria triste,  
que, en una noche trágica y funesta,  
sangre y destrozo desolado viste.

Y la noble ciudad que fué tu orgullo,  
al choque del intrépido Araucano  
destrozada cayó, como el capullo  
que rompe y arrebató el viento ufano.

Como rudo huracán que en negra noche  
rompe y devasta con furor salvaje  
la flor que ostenta delicado broche  
y el árbol de espesísimo ramaje.

Así, el libre, el indómito Araucano,  
sediento de venganzas y de ruina,  
al derramarse por tu fértil llano  
a su festín de sangre le destina.

¡Noche terrible! Con tu linfa pura  
durante el día a la Imperial besaste;  
mas al pasar aquella noche oscura,  
ruina y desolación tan sólo hallaste.

Y hoy todavía tu fugaz corriente,  
de la que fué Imperial siempre vecina,  
ya que no puede reflejar su frente,  
murmura triste al contemplar su ruina.

### A LA VIOLETA

Flor humilde que envuelta entre la bruma  
del invierno glacial alzas la frente,  
y en cuyo débil seno se perfuma  
el bullicioso juguetón ambiente.

¿Por qué, dime, te ostenta la pradera  
tan sólo del invierno en los rigores,  
y huyes de la risueña primavera,  
madre gentil de las hermosas flores?

Al mirarte perdida entre tus hojas,  
como sufriendo por haber nacido,  
pienso, modesta flor, que las congojas  
el delicado seno te han herido.

Eres hermosa y tienes perfumados  
aromas que te envidian otras flores;  
¿por qué, pues, apareces en los prados  
en la triste actitud de los dolores?

Acaso, flor querida, suerte acerba  
te hace sufrir intensas desventuras,  
acaso con brotar entre la yerba  
algún fiero dolor ahogar procuras.

Tal vez tu seno virginal encierra  
algún tenaz, punzante pensamiento,  
y al asomar entre la fiera tierra  
naces ya destinada al sufrimiento.

Siempre para nacer buscas, violeta,  
las solitarias sombras del bosque,  
y en las orillas de la fuente inquieta  
extiendes con más pompa tu follaje.

¿Te place, acaso, contemplar tu frente  
en el agua fugaz que te refleja,  
o el aire humedecido de la fuente  
más dulces besos en tu cáliz deja?

¿Acaso por orgullo, flor hermosa,  
naces cuando no nacen otras flores,  
porque el aura que buscáste amorosa,  
no confunda con otros tus olores?

Dime si ese orgulloso sentimiento  
te hace nacer aislada y escondida,  
o si fiero y oculto sentimiento  
se encierra en el misterio de tu vida.

Dime si sufres al pensar que breves  
pasarán tu perfume y tu existencia,  
y que las auras que hoy te halagan leves  
te arrastrarán mañana sin clemencia.

O dime si en tu seno perfumado  
arde la llama del amor constante,  
y si al brotar, violeta, sobre el prado  
naciste al mismo tiempo flor y amante,

Yo al contemplarte tan hermosa, creo  
que un afecto amoroso te avasalla,  
y que por eso florecer te veo  
en las praderas donde el junco se halla.

En los desnudos campos del invierno  
cercana al junco, bella flor, te miro;  
que el afecto de amor sencillo y tierno  
busca siempre el misterio y el retiro.

Y pienso que floreces combatida  
por los soplos de recios vendavales,  
por no encontrar en tu amorosa vida  
ni flores envidiosas, ni rivales.

Débil violeta, si las bellas flores  
viven con el calor del sentimiento,  
si en su seno de vívidos colores  
encierra amor su bienhechor aliento;

feliz serás, si al asomar perdida  
en la extensión de la húmeda pradera,  
hallas para el encanto de tu vida,  
una amorosa flor por compañera.

Sólo para ella el tímido capullo  
entreabrirás al despuntar la aurora,  
y el suave aroma que te inspira orgullo  
le enviarás con el aura, encantadora.

Por ella cuando el soplo del ambiente  
sacuda tu gentil y fresco manto,  
elearás la pudorosa frente  
de los goces de amor bajo el encanto.

Flores dichosas, el fatal destino  
que nos lleva al morir desde la cuna,  
os traza, con piedad, sólo un camino,  
y vuestras vidas confundís en una.

La madre tierra unidas os sustenta,  
el sol os dora, el aire os entrelaza,  
unidas os sorprende la tormenta  
y enlazadas también os despedaza.

Y así, violeta, con tu amante vives,  
y tu existir en su existir concentras:  
cuna común para nacer recibes,  
tumba común para morir encuentras.

Amar desde el nacer hasta la muerte  
y amar con un amor correspondido,  
es ser feliz. Envidio, ¡oh flor!, tu suerte,  
yo, que por tanto amar tanto he sufrido.

## GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ

Colombiano

1827

1872

### A U R E S

.....

Los helechos y juncos de su orilla,  
temblosos condensan el vapor,  
y en sus columpios, trémulas vacilan  
los gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,  
entretejido el verde carrizal,  
como de un cofre en el oscuro fondo  
los hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arcos de esmeralda  
forman grutas do no penetra el sol,  
como el toldo de nimbres y de palmas  
que Lucina tejió para Endimión.

- Reclinado a su sombra, ¡cuántas veces  
vi mi casa a lo lejos blanquear,  
paloma oculta entre el ramaje verde,  
oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba  
el humo tenue en espiral azul...  
La dicha que forjaba entonces el alma  
fresca la guarda la memoria aún.

Allí, a la sombra de esos verdes bosques,  
correr los años de mi infancia vi;  
los poblé de ilusiones cuando joven,  
y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...  
¡Basta! Las penas tienen su pudor,  
y nombres hay que nunca se pronuncian  
sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de este techo se levanta,  
blanco-azulado, el humo del hogar;  
ya ese fuego lo enciende mano extraña,  
ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja  
ve, de la tarde a la rosada luz,  
la amarilla vereda, que serpea  
de su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestar  
al pasado su mágico color;  
al través de la lluvia son más bellas  
esas colinas que ilumina el sol.

... ..

## “DE LA MEMORIA SOBRE EL CULTIVO DEL MAIZ EN ANTIOQUIA”

### CAPÍTULO III

(Método sencillo para regar las sembraderas, y provechosas advertencias para espantar los animales que hacen daño a los granos.)

Hoy es domingo. En el vecino pueblo  
las campanas con júbilo repican;  
del mercado en la plaza ya hormiguean  
los campesinos al salir de misa.

Hoy han resuelto los vecinos todos  
hacer a la Patrona rogativa,  
para pedirle que el verano cese,  
pues lluvia ya las rozas necesitan.

De golpe el gran rumor calla en la plaza,  
el sombrero, a una vez, todos se quitan...  
Es que a la puerta de la iglesia asoma  
la procesión en prolongada fila.

Va detrás de la cruz y los ciriales  
una imagen llevada en andas limpias,  
de la que siempre, aun en imagen tosca,  
llena de gracia y de pureza brilla.

Todo el pueblo la sigue, y en voz baja  
sus oraciones cada cual recita,  
suplicando a los cielos que derramen  
fecunda lluvia que la tierra ansía.

Hay algo de sublime, algo de tierno  
en aquella oración pura y sencilla,  
inocente paráfrasis del pueblo  
del “danos hoy el pan de cada día”.

.....

Brotaron del maíz en cada hoyo  
tres o cuatro maticas amarillas,  
que con dos hojas anchas y redondas  
la tierna mata de frisol abriga.

Salpicada de estrellas de esmeralda  
desde lejos la roza se divisa;  
manto real de terciopelo negro  
que las espaldas de un titán cobija.

Aborlonados sus airosos pliegues,  
formados de cañadas y colinas;  
con el humo argentado de su rancho;  
de sus quebradas con la blanca cinta.

El maíz con las lluvias va creciendo  
henchido de verdor y lozanía,  
y en torno dél, entapizando el suelo,  
va naciendo la hierba entretejida.

Por doquiera se prenden los bejucos  
que la silvestre enredadera estira;  
y en florida espiral trepando, envuelve  
las cañas del maíz la batatilla.

Sobre esa alfombra de amarillo y verde  
los primeros retoños se divisan.  
que en grupos brotan del cortado tronco  
a quien su savia exuberante quitan.

Ya llegó la deshierba; la ancha roza  
de peones invade la cuadrilla,  
y armados de azadón y calabozo  
la hierba toda y la maleza limpian.

Queda el maíz en toda su belleza,  
mostrando su verdor en largas filas,  
en las cuales se ve la frisolera  
con lujo tropical entretejida.

¡Qué bello es el maíz! Mas la costumbre  
no nos deja admirar su bizarría,

ni agradecer al cielo ese presente,  
sólo porque le da todos los días.

El don primero que "con mano larga"  
al Nuevo Mundo el Hacedor destina;  
el más vistoso pabellón que ondula  
de la virgen América en las cimas.

Contemplad una mata: A cada lado  
de su caña robusta y amarilla,  
penden sus tiernas hojas arqueadas,  
por el ambiente juguetón mecidas.

Su pie desnudo los anillos muestra  
que a trecho igual sobre sus nudos brillan,  
y racimos de dedos elegantes,  
en los cuales parece que se empina.

Más distantes las hojas hacia abajo,  
más rectas y agrupadas hacia arriba,  
donde empieza a mostrar timidamente  
sus blancos tilos la primera espiga,

semejante a una joven de quince años,  
de esbeltas formas y de frente erguida,  
rodeada de alegres compañeras,  
rebotando salud y ansiando dicha.

Forma el viento al mover sus largas hojas,  
el rumor de dulzura indefinida  
de los trajes de seda que se rozan  
en el baile de bodas de una niña,

Se despliegan al sol y se levantan  
ya doradas, temblando, las espigas  
que sobresalen cual penachos jaldes  
de un escuadrón en las revueltas filas.

Brota el blondo cabello del filote  
que muellemente al despuntar se inclina;  
el manso viento con sus hebras juega  
y cariñoso el sol las tuesta y riza.

La mata el seno suavemente abulta  
donde la tusa aprisionada cría,  
y allí los granos como blancas perlas,  
cuajan envueltos en sus hojas finas.

Los chócolos se ven a cada lado,  
como rubios gemelos que reclinan  
en los costados de su joven madre  
sus doradas y tiernas cabecitas.

El pajarero, niño de diez años,  
desde su andamio sin cesar vigila  
las bandadas de pájaros diversos  
que hambrientos vienen a ese mar de espigas.

En el extremo de una vara larga  
coloca su sombrero y su camisa,  
y silbando, y cantando y dando gritos  
días enteros el sembrado cuida.

Con su churreta de flexibles guascas  
que fuertemente al agitar rechina,  
desbandadas las aves se dispersan,  
y fugitivas corren las ardillas.

Los pericos en círculo volando  
en caprichosas espirales giran,  
dando al sol su plumaje de esmeralda  
y al aire su salvaje algarabía.

Y sobre el verde manto de la roza  
el amarillo de los toches brilla,  
cual onzas de oro en la carpeta verde  
de una mesa de juego repartidas.

Meciéndose galán y enamorado,  
gentil turpial en la flexible espiga,  
rubí con alas de azabache, ostenta  
su bella pluma y su canción divina.

... ..

# CARLOS GUIDO SPANO

Argentino

1827

1918

## M A R M O R E A

¡Marmórea, triste, enferma...! Desmayada  
como el sauce llorón que en la laguna  
mira su verde faz desconsolada,  
en neblina se viste, en luz de luna.

Ya apenas se sonríe, ya sus ojos  
irradian sólo un vago y tierno anhelo,  
y cual si orase ante el altar de hinojos,  
dulces los vuelve, sin querer, al cielo.

En éxtasis quizás escucha un canto  
divino, melancólica plegaria,  
himno tal vez de amor o eco de llanto  
de alguna alma doliente y solitaria.

Acaso envuelta en armoniosas brumas,  
del aire los espíritus alados,  
con tenues abanicos de albas plumas  
la olean los cabellos perfumados.

¡Languidez de torcaz! ¡Qué alabastrina  
blancura! ¡Qué fulgor de la mirada  
soñando el ideal! Cuando camina  
parece por los céfiros llevada.

Rep'egando sus alas como un ave,  
en ella el sentimiento se ha dormido;  
sólo aspira a la paz, serena y grave,  
a la paz de la ausencia y del olvido.

¡La vierais, candidísima camelia,  
con su vestido blanco de amplia falda,  
semejante a Desdémona o a Ofelia  
deshojando en las ondas su guirnalda!

Si toca el piano, el instrumento gime;  
si canta, es murmurando una elegía  
con expresión patética, sublime:  
mas ella siempre indiferente y fría.

¿Cómo extinguióse la celeste llama  
que alimentó su seno? ¿Qué honda pena  
en su angélico espíritu derrama  
el opio que la calma y la envenena...?

¡Enferma, casi exánime...! Traidora  
la fiebre lentamente la consume,  
y a su ardor su existencia se evapora  
cual de alba rosa mística el perfume.

... ..

¡Brisas del mar, del campo auras vitales,  
esluvios de la selva y del torrente,  
vivas exhalaciones matinales,  
raudas venid y refrescad su frente!

De su hermosura el esplendor rosado  
volvedla, y la salud que en ella expira,  
porque torne a latir su pecho helado  
y a vibrar de su ser la interna lira.

Está en la edad en que el amor florece.  
Protégela el amor. Su blanca estrella  
en sus divinos ojos resplandece.  
¡Jamás se apague al reflejarse en ella!

## N E N I A

En idioma guaraní  
una joven paraguaya,  
tiernas endechas ensaya  
cantando en el arpa así,  
en idioma guaraní:

Llora, llora, "urutaú";  
en las ramas del "yatay"  
ya no existe el Paraguay  
donde nací como tú:  
llora, llora, "urutaú".

¡En la dulce Lambaré  
feliz era mi cabaña:  
vino la guerra, y su saña  
no ha dejado nada en pie,  
en la dulce Lambaré!

¡Padre, madre!, hermanos, ¡ay!,  
todo en el mundo he perdido;  
en mi corazón partido  
sólo amargas penas hay;  
padre, madre, hermanos, ¡ay!

De un verde "ubirapitá"  
mi novio que combatió  
como un héroe en el Timbó  
al pie sepultado está,  
de un verde "ubirapitá".

Rasgado el blanco "tipoy",  
tengo en señal de mi duelo,  
y en aquel sagrado suelo  
de rodillas siempre estoy,  
rasgado el blanco "tipoy".

Lo mataron los cambá  
no pudiéndolo rendir;  
él fué el último en salir

de Curuzu y Humaitá;  
¡lo mataron los cambá!  
¿Por qué, cielos, no morí,  
cuando me estrechó triunfante  
entre sus brazos mi amante  
después de Curupaytí?  
¿Por qué, cielos no morí?  
Llora, llora, "urutaú";  
en las ramas del "yatay"  
ya no existe el Paraguay  
donde nací como tú;  
llora, llora, "urutaú".

### A M I R A

¿Conocéis a la rubia y tierna Amira?  
¡Qué belleza, qué flor, qué luz, qué fuego!  
Su andar se ajusta al ritmo de la lira,  
hay en su voz la suavidad del ruego.

El flamenco nadando en la laguna,  
entre el verde juncal, no es más gallardo;  
espira un vago resplandor de luna,  
tiene la fresca palidez del nardo.

Hace soñar; la mente se colora  
de su candor al virginal destello;  
se sueña con las rosas, con la aurora,  
con las hebras de luz de su cabello.

Parece que un espíritu celeste,  
siguiéndola invisible la perfuma,  
y que su blanca y ondulante veste,  
por el aire agitada, hiciese espuma.

Ayer la ví pasar en lontananza,  
e imaginó mi alma entristecida,

era el ángel de la última esperanza,  
que buscaba el sepulcro de mi vida.

## GUILLERMO BLEST GANA

Chileno

1829                      1904

### SONETO

Si a veces silencioso y pensativo  
a tu lado me ves, querida mía,  
es porque hallo en tus ojos la armonía  
de un lenguaje tan dulce y expresivo.

Y eres tan mía entonces, que me privo  
hasta de oír tu voz, porque creería  
que rompiendo el silencio, desunía  
mi ser del tuyo, cuando en tu alma vivo.

¡Y estás tan bella; mi placer es tanto,  
es tan completo cuando así te miro;  
siento en mi corazón tan dulce encanto,

que me parece, a veces, que en ti admiro  
una visión celeste, un sueño santo  
que va a desvanecerse si respiro!

## CARLOS AUGUSTO SALAVERRY

Peruano

1831                      1890

### MI POEMA

Tengo, como Colón, un nuevo mundo  
de seres que mi espíritu ha soñado;  
un bosque virgen que ninguno ha hollado,  
en el seno de América fecundo:

Es la gruta escondida en lo profundo  
de un piélago de flores ignorado;  
con toda mi existencia la he creado,  
¡y para darla a luz basta un segundo!

¡Ah! ¡Si creyera en ti, póstuma gloria,  
diérate el mundo que mi frente quema  
por un solo suspiro a mi memoria!

¡Tú eres un sueño!... Y cuando yo sucumba,  
bajo el peso mortal de mi poema  
escrito en mi alma bajará a la tumba.

### ACUERDATE DE MI

¡Oh, cuánto tiempo silenciosa el alma  
mira en redor su soledad que aumenta!  
Como un péndulo inmóvil, ya no cuenta  
las horas que se van,  
ni siente los minutos cadenciosos  
al golpe igual del corazón que adora,  
aspirando la magia embriagadora  
de tu amoroso afán.

Ya no late, ni siente, ni aun respira  
petrificada el alma allá en lo interno:  
tu cifra en mármol con buril eterno  
queda grabada en mí.  
No hay queja al labio ni a los ojos llanto;  
muerto para el amor y la ventura,  
está en tu corazón mi sepultura,  
y el cadáver aquí.

En este corazón ya enmudecido  
cual la ruina de un templo silencioso,  
vacío, abandonado, pavoroso,  
sin luz y sin rumor;

embalsamadas ondas de armonía  
elevábanse a un tiempo en sus altares,  
y vibraban melódicos cantares  
los ecos de tu amor.

¡ Parece ayer!... De nuestros labios mudos  
el suspiro de ¡adiós! volado al cielo,  
y escondías la faz en tu pañuelo  
para mejor llorar!  
¡ Hoy!... Nos apartan los profundos senos  
de dos inmensidades que has querido,  
y es más triste y más hondo el de tu olvido  
que el abismo del mar!

Pero ¿qué es este mar? ¿Qué es el espacio?  
¿Qué la distancia, ni los altos montes?  
¿Ni qué son esos turbios horizontes  
que miro desde aquí,  
si al través del espacio y de las cumbres,  
de ese ancho mar y de ese firmamento,  
vuela por el azul mi pensamiento  
y vive junto a ti?

¡ Si yo tus alas invisibles veo,  
te llevo dentro el alma, estás conmigo,  
tu sombra soy y donde vas te sigo  
de tus huellas en pos!  
Y en vano intentan que mi nombre olvides;  
nacieron nuestras almas enlazadas,  
y en el mismo crisol purificadas  
por la mano de Dios!

Tú eres la misma aún: cual otros días  
suspéndense tus brazos de mi cuello;  
veo tu rostro apasionado y bello  
mirarme y sonreír;

aspiro de tus labios el aliento  
como el perfume de claveles rojos,  
y brilla siempre en tus azules ojos  
mi sol, mi porvenir.

    Mi recuerdo es más fuerte que tu olvido;  
mi nombre está en la atmósfera, en la brisa,  
y ocultas al través de tu sonrisa  
lágrimas de dolor;  
pues mi recuerdo tu memoria asalta,  
y a pesar tuyo por mi amor suspiras,  
y hasta el ambiente mismo que respiras  
te repite mi amor.

    ¡Oh! Cuando vea en la desierta playa,  
con mi tristeza y mi dolor a solas,  
el vaivén incesante de las olas,  
me acordaré de ti;  
cuando veas que una ave solitaria  
cruza el espacio en moribundo vuelo,  
buscando un nido entre la mar y el cielo,  
¡acuérdate de mi!

## JULIO ZALDUMBIDE

Ecuatoriano

1833

1887

### LA TARDE

    Con majestad sublime el sol se aleja,  
y el extendido cielo  
a las arrebozadas sombras deja,  
que ya le cubren con umbroso velo.  
¡Qué solemne misterio! ¡Qué profunda  
de paz y de oración grave tristeza!

Ya el sol llega al ocaso,  
y la noche le sigue a lento paso.  
En duelo universal Naturaleza  
se despide de aquel que la fecunda;  
triste el cielo se enluta, gime el viento,  
el mundo eleva unisono lamento.

Ya el rumiador ganado lentamente  
desciende por la húmeda colina;  
cansado el labrador deja la era,  
y a su rústica choza se encamina.  
¡Qué misterios el aura pasajera  
suspira y pasa! El ave en sordo vuelo  
por las ramas se mete y busca el nido.  
Sólo se oye el zumbido  
de los insectos, que quizás lamentan  
desde la hierba del humilde suelo  
la partida del claro rey del cielo.

¡Adiós, sol refulgente!  
Yo también uniré mi voz humilde  
a la voz elocuente  
en que un doliente adiós te envía el mundo.  
Tú no puedes parar, ni más despacio  
puedes seguir tu arrebatado giro;  
la mano omnipotente  
a recorrer te impulsa sin reposo  
las vastas soledades del espacio,  
esos serenos campos de zafiro;  
pero mañana volverás glorioso  
a darnos vida y luz, astro fecundo...

De la meditación la voz me llama  
a vagar solitario en la arboleda:  
agreste soledad, mudo silencio...

Triste sombra deseo. El aura leda  
duerme en las flores, y la blanda grama  
el ruido apaga de mis pasos lentos.  
Como las sombras cunden de la umbría  
noche en el cielo, así en el alma mía  
cunden ya dolorosos pensamientos;  
y una hoja que descende,  
algún eco fugaz, una avecilla  
que errante y solitaria el aire hiende,  
la leve nubecilla  
que viaja a reclinarse allá en el monte  
o a perderse lejana  
en el vago horizonte:  
todo me causa una emoción profunda,  
me aprieta el alma una indecible pena,  
y de improviso mi mejilla inunda  
de inesperado llanto amarga vena.

¡Melancólica tarde, tarde umbría!  
Desde que pude amar me unió contigo  
irresistible y dulce simpatía.  
Tú fuiste siempre confidente mía;  
tú fuiste, tú, testigo  
de mis secretos e íntimos deseos  
y locos devaneos;  
tú de mi corazón, tú de mi alma  
el seno más recóndito conoces:  
¿Qué lágrima vertí que tú no vieras?  
¿Exhalé alguna vez triste suspiro  
que vagando en tus auras no le oyeras?  
¿Qué secreto agitó nunca mi seno  
que yo a tus mudas sombras ocultara?  
¡Qué de sueños de amor y de ventura,  
qué de ilusiones halagüeñas viste  
en mi pecho formarse,

con esperanzas halagarme el alma,  
y para siempre en humo disiparse!...

Todo esto, ¡ay, infelice!, me recuerda  
esa tu sombra triste,  
y sin poder valerme huye la calma  
del centro de mi espíritu agitado,  
y el dique rompe en férvido torrente  
el llanto de imprevisto desatado...

¡Es preciso olvidar! Córrase el velo  
del olvido sobre ese de amargura  
pasado tiempo. A mi dolor consuelo  
sola tú puedes dar, alma Natura:  
yo por ti el mundo abandoné engañoso,  
para buscar en ti dulce reposo...

¡Oh, tarde! Estas heridas mal cerradas  
que se abren y remueven mi tormento,  
pasará el tiempo, y las verás curadas.  
Nunca de hoy más halagará mi oído  
de pérfida ilusión el dulce acento,  
ni buscaré la flor do está la espina.  
Quiero vivir contento  
en esta dulce estancia campesina;  
aquí cavaré tumba a mis dolores;  
y ajeno de ambición, de envidia ajeno,  
aquí (si tanto diérame la suerte),  
como tu sombra espero cada día,  
esperara sereno  
esa de la existencia tarde umbría,  
anunciadora de la oscura muerte.

## AL SUEÑO

En otro tiempo huías  
de mis llorosos ojos, sueño blando,  
y tus alas sombrías  
lejos de mí batías,  
el vuelo en otros lechos reposando.

A aquel lecho volabas  
en que guardan la paz las mudas horas  
y el mío abandonabas,  
porque en él encontrabas  
en vigilia a las penas veladoras.

Donde quiera que miras  
lecho revuelto en ansias de beleño,  
en torno dél no giras ;  
antes bien te retiras,  
pues de las penas te amedrenta el ceño :

Y así huyes la morada  
soberbia de los reyes opresores,  
y envuelto en la callada  
sombra, con planta alada  
a la chozuela vas de los pastores.

Del infeliz te alejas ;  
con su dolor en lucha tormentosa  
solitario le dejas :  
no atiendes a las quejas,  
y sólo atiendes a la voz dichosa.

Enemigo implacable  
de cruel dolor y criminal conciencia,  
de voz inexorable,  
y compañero amable,  
y amigo de la paz y la inocencia...

Si en otro tiempo huías  
de mis cansados ojos, sueño blando,  
y las alas sombrías  
lejos de mí batías,  
el vuelo en otros lechos reposando,

ahora al mío te llegas  
solicito, sin fuerza y sin ruido;  
ya a mis ojos no niegas  
tu beleño, y entregas  
mis sentidos a un breve y dulce olvido.

Las que no se apartaban  
penas insomnes de mi lado, ¡oh, sueño!  
las que siempre velaban,  
ésas que te ahuyentaban  
con su torvo, severo y triste ceño,

volaron ya: despierta  
miras en su lugar la paz ansiada:  
libre quedó mi puerta,  
y ya no ves cubierta  
de espinas dolorosas mi almohada.

Mi conciencia no grita  
para ahuyentar tu asustadizo vuelo,  
ni la ambición me irrita,  
ni mi pecho palpita  
en pos de alguna vanidad del suelo.

Desde este mi sereno  
retiro escucho el rebullir del mundo,  
a su tumulto ajeno,  
como si oyese el trueno  
que retumba en remoto mar profundo;

Y digo: ya agitaron  
las ondas de esa mar mi barco incierto:  
los vientos le asaltaron,  
sus velas se rasgaron,  
mas llegó salvo a este abrigado puerto.

## DIEGO FALLON

Colombiano

1834

1905

### LA LUNA

(Fragmentos.)

Ya del Oriente en el confín profundo  
la luna aparta el nebuloso velo,  
y leve sienta en el dormido mundo  
su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad satuda,  
su faz humilde al cielo levantada,  
y el hondo azul con elocuencia muda  
orbes sin fin ofrece a su mirada.

Un lucero no más lleva por guía.  
por himno funeral, silencio santo,  
por sólo rumbo, la extensión vacía,  
y la insondable soledad por manto.

¡ Cuán bella, oh Luna, a lo alto del espacio  
por el turquí del éter lenta subes,  
con ricas tintas de ópalo y topacio  
franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso  
de rizos copos, que tu lumbre tiñe;



y de la Noche el iris vaporoso  
la regia pompa de tu trono ciñe.

De allí descende tu callada lumbre,  
y en argentinas gasas se despliega,  
de la nevada sierra por la cumbre  
y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda oscura  
a largos trechos el follaje tocas,  
y tu albo resplandor sobre la altura  
en mármol torna las desnudas rocas;

o al pie del cerro do la roza humea,  
con el matiz de la azucena bañas  
la blanca torre de vecina aldea  
en su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,  
vense a tu luz las fuentes y los ríos,  
en sus brillantes roscas envolviendo  
prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, oh Luna,  
vuelo al través de solitarias breñas,  
a los lejanos valles, do en su cuna  
de umbrosos bosques y encumbradas peñas,

el lago del Desierto reverbera,  
adormecido, nítido, sereno,  
sus montañas pintando en su ribera,  
y el lujo de los cielos en su seno.

.....

En la masión oculta de las Ninfas  
hendiendo el bosque a penetrar alcanza,  
y alumbra, al pie de despeñadas linfas,  
de las Ondinas la nocturna danza.

A tu mirada, suspendido el viento,  
ni árbol ni flor en el Desierto agita:  
no hay en los seres voz ni movimiento:  
el corazón del mundo no palpita...

... ..

El que vistió de nieve la alta sierra,  
de oscuridad las selvas seculares,  
de hielo el polo, de verdor la tierra,  
de blando azul los cielos y los mares:

echó también sobre tu faz un velo,  
templando tu fulgor, para que el hombre  
pueda los orbes numerar del cielo,  
tiemble ante Dios, y su poder le asombre.

Cruzo perdido el vasto firmamento,  
a sumergirme torno entre mí mismo,  
¡y se pierde otra vez mi pensamiento,  
de mi propia existencia en el abismo!

Delirios siento que mi mente aterran...  
los Andes, a lo lejos enlutados,  
pienso que son las tumbas do se encierran  
las cenizas de mundos ya juzgados...

El último lucero en el Levante  
asoma, y triste tu partida llora:  
cayó de tu diadema ese diamante  
y adornará la frente de la Aurora.

¡Oh Luna, adiós! Quisiera en mi despecho  
el vil lenguaje maldecir del hombre,  
que tantas emociones, en su pecho  
deja que broten, y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,  
sintiéndose en la carne prisionera;  
recuerda, al verte, su misión sublime,  
y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara  
ésta que siento, imagen de Dios mismo,  
para tender su vuelo no bastara  
del firmamento el infinito abismo.

Porque esos astros, cuya luz desmaya  
ante el brillo del alma, hija del cielo,  
no son siquiera arenas de la playa  
del mar que se abre a su futuro vuelo.

## JUAN CLEMENTE ZENEA

Cutano

1834

1871

### FIDELIA

Et dans chaque feuille qui tombe  
Je vois un presage de mort.

MILLEVOYE

... ..

Estábamos en un bosque,  
sentados sobre una piedra,  
mirando a orillas de un río  
cómo temblaban las hierbas.

¡Yo no soy el que era entonces,  
corazón en primavera,  
llama que sube a los cielos,  
alma sin culpa ni penas!

¡Tú tampoco eres la misma,  
no eres ya lo que tú eras:  
los destinos han cambiado:  
yo estoy triste y tú estás muerta!

Le hablé al oído en secreto  
y ella inclinó la cabeza,  
rompió a llorar como un niño,  
y yo amé por vez primera.

Nos juramos fe constante,  
dulce gozo y paz eterna,  
y llevar al otro mundo  
un amor y una creencia.

Tomamos, ¡ay!, por testigos  
de esta entrevista suprema  
unas aguas que se agotan  
y unas plantas que se secan...

Nubes que pasan fugaces,  
auras que rápidas vuelan,  
la música de las hojas,  
y el perfume de las selvas.

No consultamos entonces  
nuestra suerte venidera,  
y en alas de la esperanza  
lanzamos finas promesas;  
no vimos que en torno nuestro  
se doblegaban enfermas  
sobre los débiles tallos  
las flores amarillentas...

.....

Pero su arcángel custodio  
bajó a cuidar su pureza,  
y protegió con sus alas  
las ilusiones primeras:  
conservó sus ricos sueños,  
y para gloria más cierta,  
en el vaso de su alma  
guardó el olor de las seivas;  
guardó el recuerdo apacible  
de aquella tarde serena;  
mirra de santos consuelos,  
áloe de la inocencia...

... ..

Yo no sé por qué motivo  
se enlutaron mis ideas;  
sentí un dolor misterioso,  
torné los ojos a ella,  
presentí lo venidero,  
¡me vi triste y la vi muerta!

Con estos temores vagos  
partí a lejanas riberas,  
Y allá bañé mis memorias  
con una lágrima acerba...

... ..

Pero al volver a mis playas,  
¿Qué cosa Dios me reserva?...

... ..

Baja Arturo al Occidente  
bañado en púrpura regia,  
y al soplar del manso Alisio  
las colias arpas sueñan;  
gime el ave sobre un sauce

perezosa y soñolienta ;  
se respira un fresco ambiente,  
huele el campo a flores nuevas ;  
las campanas de la tarde  
saludan a las tinieblas,  
y en los brazos del reposo  
se tiende naturaleza...  
¡ Y tus ojos se han cerrado !  
¡ Y llegó tu noche eterna !  
¡ Y he venido a acompañarte,  
Y y a estás bajo la tierra !...

.....

## ENTONCES

¡ Oh ! ¡ Qué grato sería  
libre y feliz, sin pesadumbre alguna,  
con la adorada mía  
por la floresta umbría  
vagar al rayo de esta blanca luna !

Y a orillas de la fuente  
ver la niña soltar sus trenzas blondas  
al aromado ambiente,  
y al agua transparente  
con su imagen jugar sobre las ondas.

Y no con tanto anhelo,  
harto el herido corazón de quejas  
y amargo desconsuelo,  
un perlazo de cielo  
ponerme a mendigar desde estas rejas.

¡Oh! ¡Cuantas, dueño amado,  
noches tan llenas de esplendor, tan bellas  
en tiempo afortunado  
los dos hemos pasado  
al trémulo brillar de las estrellas!

Del espacio señora  
con sus dardos de plata perseguía,  
eterna viajadora,  
la Diana cazadora  
nube tras nube en la región vacía.

Contaba sus dolores  
el ruiseñor a los favonios leves;  
nos daban sus olores  
las tempraneras flores  
y un fresco soplo las postreras nieves.

Y la suerte entre tanto  
tramaba convertir en un lamento  
el amoroso canto,  
trocar la risa en llanto  
y el gozo puro en sin igual tormento.

¡Quién entonces creyera  
que tan pronto, mi bien, gimiendo a solas  
de tí, fiel compañera,  
separado me viera  
por dura cárcel y profundas olas!

¿Y quién pensar podría  
que la ilusión del porvenir risueño,  
en no lejano día  
volando pasaría  
como una sombra en fugitivo sueño?

¿Y éstas son las hermosas  
albas del porvenir? ¡Delirio insano!  
¡Ay, mis lirios y rosas!  
¡Oh dichas engañosas!  
¡Oh breves goces del amor humano!

## EN DIAS DE ESCLAVITUD

¡Señor! ¡Señor! El pájaro perdido  
puedé hallar en los bosques el sustento,  
en cualquier árbol fabricar su nido  
y a cualquier hora atravesar el viento.

Y el hombre, el dueño que a la tierra envías  
armado para entrar en la contienda,  
no sabe al despertar todos los días  
en qué desierto plantará su tienda.

Dejas que el blanco cisne en la laguna  
los dulces besos del terral aguarde,  
jugando con el brillo de la luna  
nadando entre el reflejo de la tarde.

Y a mí, Señor, a mí no se me alcanza,  
en medio de la mar embravecida,  
jugar con la ilusión y la esperanza  
en esta triste noche de la vida...

Esparece su perfume la azucena  
sin lastimar su cáliz delicado,  
y si yo llego a descubrir mi pena,  
me queda el corazón despedazado...

La estrella de mi siglo se ha eclipsado,  
y en medio del dolor y el desconsuelo,

el lirio de la fe se ha marchitado:  
ya no hay escala que conduzca al cielo.

Van los pueblos a orar al templo santo  
y llevan una lámpara mezquina,  
y el Cristo allí, sobre la cruz, en tanto,  
abre los brazos y la frente inclina...

Tengo el alma, ¡ Señor!, adolorida  
por unas penas que no tienen nombres;  
y no me culpes, no, porque te pida  
otra patria, otro siglo y otros hombres.

Que aquella edad con que soñé no asoma,  
con mi país de promisión no acierto,  
mis tiempos son los de la antigua Roma  
y mis hermanos con la Grecia han muerto.

JOSE ROSAS MORENO

Mexicano

1838            1883

EL ZENTZONTLE

¡ Cuán dulce es la armonía  
de tus cantos de amor! ¡ Cuánta ternura,  
cuánta melancolía,  
qué extraño sentimiento  
hay en tu triste acento,  
bardo alado de Anáhuac, bardo errante,  
morador de sus bosques silenciosos,  
trovador de sus lagos rumorosos!

Cuando su luz brillante  
vierte la primavera en los jardines,

tiendes al viento tú las pardas alas,  
cruzas el valle umbrío,  
y alegres himnos amoroso exhales.  
entre los sauces del tranquilo río.

En el ardiente Estío,  
cuando el sol en el cielo apenas arde,  
el himno de la tarde  
cantas en las praderas  
al rumor de las brisas lisonjeras.

Y en la noche callada,  
cuando la luna pálida fulgura,  
como virgen que vela enamorada,  
y la naturaleza desmayada  
en grata, inmóvil languidez reposa,  
y la nocturna diosa  
vierte doquier su plácido beleño,  
en el sereno ambiente  
suspiras tiernamente  
la tímida canción de un dulce sueño.

En esas tristes horas  
tu cadenciosa voz llega al oído,  
el silencio turbando,  
como el eco fugaz de un bien perdido;  
como el vago gemido  
de un alma ardiente, que en ardiente anhelo  
la tierra va cruzando,  
solitaria y doliente suspirando,  
sin cesar suspirando por el cielo.

Al levantarse un día  
entre las olas de la mar hirvientes

la adorada y hermosa Patria mía,  
quiso amoroso Dios que independientes  
los "sinsontes" su atmósfera cruzaran  
a la luz de sus astros refulgentes;  
que allí su dulce amor tiernos buscaran,  
y, orgullosos volando en las alturas,  
su juventud espléndida cantaran  
en la selva, en el monte, en las llanuras.

Tus hermanos de entonces, en raudo vuelo,  
cruzan su hermoso suelo,  
sus soberbias montañas, sus vergeles,  
sus floridos y extensos limonares,  
sus magníficos bosques de laureles;  
y suspiran dulcísimos cantares,  
impregnados de amor y sentimiento,  
y el ambiente respiran de sus mares,  
y orgullosos se mecen en el viento,  
que sacude sus anchos platanares.

Cuando altiva otro tiempo y vencedora  
la reina de Occidente,  
ornada en jaspes de vistosas plumas  
alzaba al cielo la serena frente,  
y Axayacatl, valiente,  
humillando a sus pies a las naciones,  
sus gloriosas conquistas extendía,  
y doquier la victoria sonreía  
a la sombra feliz de sus pendones,  
en la risueña margen de los lagos,  
los "sinsontes" con notas celestiales  
del guerrero imitaban la querella,  
el discordo vibrar de los timbales,  
la enamorada voz de la doncella  
y el clamor de los himnos nacionales;

otras veces, volando en la espesura,  
de la fuente imitaban los rumores;  
el lamento del mirio entre las flores;  
la querrellosa voz de la paloma,  
de hondos suspiros llena;  
del tardo buey el trémulo bramido,  
y el hórrido silbido  
del reptil que se arrastra entre la arena.

Así, cual del Anáhuac contemplando  
la majestad divina,  
que un sol de fuego espléndido ilumina  
mustia y triste la Europa nos parece,  
y su antigua hermosura palidece;  
así cuando el "sinsonte" enamorado  
feliz se oculta en el risueño prado  
y canta entre las palmas y las flores,  
deben enmudecer los ruiseñores.

Tú; inimitable artista,  
en mil revueltos giros  
volando caprichoso,  
imitas cadenciosos  
ecos, cantos, murmullos y suspiros.

Siempre hallas una voz y una armonía  
para expresar tu duelo,  
y traduces en tierna melodía  
del amor el dulcísimo consuelo  
y el ardiente placer de la alegría.  
Tienes siempre al mecerte por el viento  
para todos los goces un acento;  
a todo prestas inefable encanto  
y ora el dolor te agite, ora el contento,  
no hay dicha, no hay afán, no hay sentimiento

que tú no expreses con tu tierno canto,  
¡ Cuál conmueve tu voz el alma mía!  
¡ Bendita la armonía  
de tu suspiro amante,  
bardo alado de Anáhuac, bardo errante,  
morador de sus bosques silenciosos,  
trovador de sus lagos rumorosos!  
¡ Plegue al piadoso cielo  
que en estrecha prisión nunca suspires  
triste canción de duelo;  
que en orgulloso vuelo  
cruzando las inmensas cordilleras,  
a nuestra patria mires  
bendita por la historia;  
y que repitas siempre en tus cantares  
el himno de su gloria,  
al gemir de sus anchos platanares  
y al rumor de las olas de sus mares!

## MANUEL MARIA FLORES

Mexicano

1840

1885

E V A

Era la sexta aurora. Todavía  
el ámbito profundo  
del éter, el "Fiat lux" estremecía;  
era el sereno despertar del mundo  
del tiempo en la niñez.

Amanecía,  
y del Criador la mano soberana  
ceñía con gasas de topacio y rosa,  
como la casta frente de una esposa,  
la frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera  
las olas de oro de la luz primera,  
y, levantando púdica su velo,  
primavera gentil, rica de galas,  
iba en los campos vírgenes del suelo  
regando flores al batir sus alas.

El monte azul, su cumbre de granito,  
dejando acariciar por los celajes  
dispersos en el éter infinito,  
en campos desplegaba de esmeralda  
la exuberante falda  
de sus bosques tranquilos y salvajes  
y cortinas de móviles follajes,  
cascadas de verdura  
cayendo en los barrancos,  
daban sombra y frescura  
a grutas que fragantes tapizaban  
rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque, presintiendo el día,  
poblaba su arboleda de rumores;  
el agua, alegre y juguetona, huía  
entre cañas y juncos tembladores;  
el ángel de la niebla sacudía  
las gotas de sus alas en las flores,  
y flotaba la aurora en el espacio  
envuelta en sus cendales de topacio.

¡Era la hora nupcial! Dormía la tierra  
como una virgen bajo el casto velo,  
y el regío sol, al sorprenderla amante,  
para besarla, iluminaba el cielo.  
¡Era la hora nupcial! Todas las olas  
de los ríos, las fuentes y los mares

en un coro inefable preludiaban  
un ritmo del Cantar de los Cantares.  
El incienso sagrado del perfume  
exhalado de todas las corolas,  
flotaba derramado en los cefiros  
que al rumor de sus alas ensayaban  
un concierto de besos y suspiros ;  
y cuantas aves de canoro acento  
se pierden en las diáfanas regiones,  
inundaban de músicas el viento  
desatando el raudal de sus canciones.

¡Era la hora nupcial! Naturaleza,  
de salir del caos aun deslumbrada,  
ebria de juventud y de belleza,  
virginal y sagrada,  
velándose en misterio y poesía,  
sobre el tálamo en rosas de la tierra  
al Hombre se ofrecía.

¡El Hombre!... Allá en el fondo  
más secreto del bosque, do la sombra  
era más tibia del gentil palmero,  
y más mullida de musgosa alfombra  
y más rico y fragante el limonero ;  
donde más lindas se tupían las flores  
y llevaba la brisa más aromas,  
la fuente más rumores,  
y trinaban mejor los ruiseñores,  
y lloraban más dulces las palomas :  
do más bellos tendía  
sus velos el crepúsculo indeciso,  
allí el Hombre dormía,  
aquél era su hogar, el Paraíso.

El mundo immaculado  
se mostraba al nacer grande y sereno,  
Dios miraba lo criado  
y veía que era bueno.  
Bañado en esplendor, lleno de aurora,  
de aquel instante en la sagrada calma,  
a la sombra dormida de la palma,  
y del césped florido en el regazo  
estaba Adán, la varonil cabeza  
en el robusto brazo;  
y esparcida a la brisa juguetona  
la melena gentil; pero la altiva  
frente predestinada a la corona,  
la noble faz augusta de belleza  
en medio de su sueño, revelaban  
serena y melancólica tristeza.  
El aura matinal en blando giro  
su frente acariciaba, y suavemente  
su pecho respiraba.  
Pero algo como el soplo de un suspiro  
por su labio entreabierto resbalaba.  
¿Sufría?... En aquel retiro  
sólo el Criador con él dormido estaba.

Era el hombre primer, era el momento  
primero de su vida, y ya su labio  
bosquejaba la voz del sufrimiento.  
La inmensa vida palpitaba en torno,  
pero él estaba solo. El aislamiento  
transformaba en proscrito al soberano...  
Entonces el Criador tendió su mano  
y el costado de Adán tocó un instante.

.....

Suave, indecisa, sideral, flotante,  
como el leve vapor de las espumas,

cual blanco rayo de la luna, errante  
en un jirón de tenebrosas brumas;  
emanación castísima y serena  
del cáliz virginal de la azucena;  
perla viviente de la aurora hermosa,  
ampo de luz del venidero día  
condensado en la forma voluptuosa  
de un nuevo ser que vida recibía,  
una blanca figura luminosa  
alzóse junto a Adán... Adán dormía.

¡La primera mujer! Fúlgido cielo,  
que bañó con su lumbre  
la mañana primer de las mañanas.  
¿Viste luego en la vasta muchedumbre  
de las hijas humanas  
alguna más gentil, más hechicera,  
más ideal que la mujer primera?

La misma mano que vistió la tierra  
de azules horizontes,  
los campos de esmeralda,  
y de nieve la cumbre de los montes  
y de verde oscurísimo su falda;  
la que en las olas de la mar sombría  
alza penachos de brillante espuma,  
y corona de arco iris y de bruma  
la catarata rápida y bravía;  
la que tiñe con mágicos colores  
las plumas de las aves y las flores.  
La que tan bellos pinta esos celajes  
de oro y ópalo y púrpura, que forman  
del cielo de la tarde los paisajes;  
la que cuelga en el éter cristalino  
el globo opaco de la luna fría,

en el cenit espléndido levanta  
la corona de sol que lanza el día ;  
la que al tender el transparente velo  
del ancho firmamento, como rastros  
de sus dedos de luz dejó en el cielo  
el polvo fulgoroso de los astros ;  
la mano que en la gran naturaleza  
pródiga vierte perennal hechizo,  
la del Eterno Dios de la belleza.  
¡oh primera mujer... ésa te hizo!

La dulce palidez de la azucena  
que se abre con la aurora  
y el casto rayo de la luna llena,  
dejaron en su faz encantadora  
la pureza y la luz. Los frescos labios,  
como la rosa purpurina, rojos,  
esa mirada en que fulgura el alma  
en los rasgados y brillantes ojos,  
y por el albo cuello,  
voluptuoso crespón de sus hechizos,  
la opulenta cascada del cabello  
cayendo en olas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,  
su labio sonreía,  
su aliento perfumaba,  
y el mirar de sus ojos encendía  
una inefable luz, que se mezclaba  
del albor al crepúsculo indeciso...  
Eva era el alma en flor del Paraíso,

Y de ella en derredor, rica la vida  
se agitaba dichosa ;  
naturaleza toda palpitante,

como a la virgen trémula el amante  
la envolvía cariñosa.

Las brisas y las hojas le cantaban  
la canción del susurro melodioso  
al compás de las fuentes que rodaban  
su raudal cristalino y sonoro;  
en torno cefirillos voladores  
su cabello empapaban con aromas,  
suspiraban pasando los rumores,  
y trinaban mejor los ruseñores,  
y lloraban más dulce las palomas;  
en tanto que las rosas, extasiadas,  
húmedas ya con el celeste riego,  
temblando de cariño a su presencia  
su pie bañaban de fragante esencia  
y se inclinaban a besarle luego.

Iba a salir el sol, amanecía,  
y a la plácida sombra del palmero  
tranquilo Adán dormía;  
su frente majestuosa acariciaba  
el ala de la brisa que pasaba,  
y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba  
sobre el inquieto corazón las manos,  
húmedos y cargados de ternura  
los ya lánguidos ojos soberanos;  
y poco a poco, trémula, agitada,  
sintiendo dentro el seno, comprimido  
del corazón el férvido latido,  
sintiendo que potente, irresistible,  
algo inefable que en su ser había,  
sobre los labios del gentil dormido  
los suyos atraía;

inclinóse sobre él... y de improviso  
se oyó el ruido de un beso palpitante,  
se estremeció de amor el Paraíso...  
¡Y alzó su frente el sol en ese instante!

## OLEGARIO VICTOR ANDRADE

Argentino

1841

1882

### A T L A N T I D A

*Canto al porvenir de la raza latina  
en América*

(Fragmentos.)

¡Wake!

Hamlet.

... ..

Allá en el fondo oscuro  
del Valle que a los pies del Apenino  
se extiende como alfombra de esmeralda  
—palenque misterioso del destino  
do el Tiber serpentea  
del monte Albano en la risueña falda—,  
vago rumor se siente...  
El rumor de una raza despertada  
con el sello de Dios sobre la frente.  
Y en el confín lejano  
del mar, que muere en la desierta playa  
del Asia envejecida,  
con eterno lamento,  
hondo clamor hasta los cielos sube,  
que, en son medroso, el viento

esparece por la tierra estremecida,  
¡La raza que despierta,  
como enjambre irritado, en las sombrías  
hondonadas del Lacio,  
es la raza latina, destinada  
a inaugurar la historia  
y a abarcar el espacio,  
llevando por esclava a la victoria!

... ..

Así como al salir de su desmayo,  
la tierra, estremecida,  
del sol primaveral al primer rayo,  
parece que sintiera  
en el aire, en el monte, en la pradera,  
en ondas tibias circular la vida;  
España despertó con fuerza nueva,  
y unidas en eterno maridaje,  
la pasada romana fortaleza  
y la savia salvaje  
del hijo del Pirene, diestro en lides,  
engendraron la raza destinada  
a suceder a la cesárea stirpe,  
la raza soberana de los Cides.

Llenó el mundo su nombre. Las naciones,  
del monte Calpe hasta el peñón marino  
en que vela el britano,  
creyeron que se alzaba en lontananza  
la sombra augusta del poder latino,  
que de nuevo volvía  
a ser el dueño del destino humano.  
¡Y España, como Roma, poseída  
de vago afán, de misterioso anhelo,  
soñaba con batallas, cuando un día,  
al tender la mirada por el cielo,

desde las altas cumbres de Granada,  
vió surgir en lejanos horizontes  
la visión de la América encantada!

... ..  
Tú eres el mismo mar que alzaste un día,  
bajo arcañas fantásticas de brumas,  
al vaivén de las olas adornido  
y envuelto dulcemente  
en pañales de espumas,  
jirones de la túnica de armiño  
de tus playas bravías,  
huérfano de la historia, un mundo niño.  
¡Con cuánto amor velabas  
su cuna, y qué sombrías  
nieblas sobre tu frente desplegabas  
para que el aire errante, el viento inquieto  
y el astro vagabundo  
no fuesen a contarle tu secreto  
a la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,  
el labio mudo palpitante el seno,  
a interrogar el horizonte oscuro  
de vagas sombras y rumores lleno,  
cuando el alba indecisa aparecía  
mensajera de Dios en el Oriente,  
trayéndote perfumes de los cielos  
para mojar tu frente!

... ..

Y cuando fué la hora,  
Colón apareció sobre la nave  
del destino del mundo portadora.  
Y la nave avanzó. ¡Y el Oceano,  
huraño y turbulento,  
lanzó al encuentro del bajel latino

les negros aquilones,  
y a su frente rugiendo el torbellino,  
jinete en el relámpago sangriento!  
¡Pero la nave fué y el hondo arcano  
cayó roto en pedazos,  
y despertó la Atlántida soñava  
de un pobre visionario entre los brazos!

... ..

¡Campo inmenso a su afán! Allá dormidas,  
bajo el arco triunfal de mil colores  
del trópico esplendente,  
las Antillas levantan la cabeza  
de la naciente luz a los albores,  
como bandadas de aves fugitivas  
que arrullaron al mar con sus extrañas  
canciones plañideras,  
y que secan al sol las blancas alas  
para emprender el vuelo a otras riberas.

¡Allá Méjico está!, sobre dos mares  
alzada cual granítica atalaya,  
parece que aún espía  
la castellana flota que se acerca  
del golfo azteca a la arenosa playa.  
Y más allá Colombia, adormecida  
del Tequendama al retemblar profundo,  
Colombia la opulenta,  
que parece llevar en las entrañas  
la inagotable juventud del mundo.

¡Salve, zona feliz, región querida  
del almo sol que tus encantos ceda,  
inmenso hogar de animación y vida,  
cuna del gran Bolívar, Venezuela!  
Todo en tu suelo es grande:

los astros que te alumbran desde arriba  
con eterno, sangriento centelleo,  
el genio, el heroísmo,  
volcán que hizo erupción con ronco estruendo  
en la cumbre inmortal de San Mateo.

Tendida al pie del Ande,  
viuda infeliz sobre entreabierta huesa,  
yace la Roma de los Incas, rota  
la vieja espada en la contienda grande,  
la frente hundida en la tiniebla oscura.  
Mas no ha muerto el Perú, que la derrota  
germen es en los pueblos varoniles  
de redención futura.  
Y entonces, cuando llegue  
para su suelo la estación propicia  
del trabajo, que cura y regenera,  
y brille al fin el sol de la justicia,  
tras largos días de vergüenza y lloro,  
el rojo manto que a su espalda flota  
las mieses bordarán con flores de oro.

¡ Bolivia, la heredera del gigante  
nacido al pie del Avila,  
su genio inquieto y su valor constante  
tiene para las luchas de la vida!  
... ..  
¡ Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,  
pero más fuerte en el trabajo, vuelve  
a colgar en el techo  
las vengadoras armas, convencido  
de que es estéril siempre la victoria  
de la fuerza brutal sobre el derecho!  
El Uruguay, que combatiendo entrega  
su seno a las caricias del progreso;

el Brasil, que recibe  
del mar Atlante el estruendoso beso,  
y a quien sólo le falta  
el ser más libre para ser más grande;  
y la región bendita,  
¡sublime desposada de la gloria,  
que baña el Plata y que limita el Ande!

¡De pie para cantarla!, que es la patria,  
¡la patria bendecida,  
siempre en pos de sublimes ideales,  
el pueblo joven que arrulló en la cuna  
el rumor de los himnos inmortales!  
Y que hoy llama al festín de su opulencia  
a cuantos rinden culto  
a la sagrada libertad, hermana  
del arte, del progreso y de la ciencia.  
¡La patria que ensanchó sus horizontes  
rompiendo las barreras  
que en otrora su espíritu aterraron,  
y a cuyo paso en los nevados montes  
del Génesis los ecos despertaron.  
¡La patria!, que olvidada  
de la civil querella, arrojó lejos  
el fratricida acero,  
y que lleva orgullosa  
la corona de espigas en la frente,  
menos pesada que el laurel guerrero.  
¡La patria!, en ella cabe  
cuanto de grande el pensamiento alcanza,  
en ella el sol de redención se enciende,  
ella al encuentro del futuro avanza,  
y su mano del Plata desbordante  
la inmensa copa a las naciones tiende.

¡Ambito inmenso, abierto  
de la latina raza al hondo anhelo!  
El mar, el mar gigante, la montaña,  
el eterno coloquio con el cielo...  
Y más allá, desierto.  
Acá, ríos que corren desbordados;  
allí, valles que ondean  
como ríos eternos de verdura;  
los bosques a los bosques enlazados;  
doquier la libertad, doquier la vida  
palpitando en el aire, en la pradera  
y en explosión magnífica encendida.

¡Atlántida encantada,  
que Platón presintió! Promesa de oro  
del porvenir humano. Reservado  
a la raza fecunda  
cuyo seno engendró para la Historia  
los Césares del genio y de la espada.

## MANUEL GONZALEZ PRADA

Peruano

1844            1918

### TRIOLET

Los bienes y las glorias de la vida  
o nunca vienen o nos llegan tarde.  
Lucen de cerca, pasan de corrida,  
los bienes y las glorias de la vida.  
¡Triste del hombre que en la edad florida  
coger las flores del vivir aguarde!  
Los bienes y las glorias de la vida  
o nunca vienen o nos llegan tarde.

## PLACERES DE LA SOLEDAD

Pláceme, huyendo el mundanal ruido,  
tender al bosque mi ligero paso  
y en la negra espesura errar perdido  
al fallecer del sol en el ocaso;

pláceme agreste monte y escondido,  
luna que brilla en el etéreo raso,  
volcán de eterna nieve revestido,  
fuente sonora y arroyuelo escaso.

Que en tu recinto, soledad secreta,  
duerme el dolor que al inteliz oprime  
y es todo paz y venturanza quieta:

habla el silencio en tu solemne calma;  
adormecido el universo gíme  
y ábrense a Dios el corazón y el alma.

## VIVIR Y MORIR

Humo y nada el soplo de ser:  
mueren hombre, pájaro y flor,  
corre a mar de olvido el amor,  
huye a breve tumba el placer.

¿Dónde están las luces de ayer?  
Tiene ocaso todo esplendor,  
hiel esconde todo licor,  
todo expía el mal de nacer.

¿Quién rió sin nunca genir,  
siendo el goce un dulce penar?  
¡Loco y vano ardor el sentir!

¡Vano y loco anhelo el pensar!  
¿Qué es vivir? Soñar sin dormir.  
¿Qué es morir? Dormir sin soñar.

## RITMO SOÑADO

(Reproducción bárbara del metro alkmanico.)

Sueño con ritmos domados al ritmo del rígido acento,  
libres del rudo carcán de la rima.

Ritmos sedosos que efloran la idea, cual plumas de cisne  
rozan el agua tranquila de un lago.

Ritmos que arrullen con fuentes y ríos y en sol de apoteosis  
vuelen con alas de nube y alondra.

Ritmos que encierren dulzor de panales, susurro de abejas,  
fuego de auroras y nieve de ocasos.

Ritmos que en griego crisol atesoren sonrojos de virgen,  
leche de lirios y sangre de rosas.

Ritmos, oh Amada, que envuelvan tu pecho, cual lianas tupidas  
cúren de verdes cadenas el árbol.

## TRIOLET

Suspira, oh corazón, tan silencioso,  
que nadie sienta el eco del suspiro.  
Por no turbar los sueños del dichoso,  
suspira, oh corazón, tan silencioso.  
Fingiendo la alegría y el reposo,  
en la quietud y sombra de un retiro,  
suspira, oh corazón, tan silencioso,  
que nadie sienta el eco de un suspiro.

# JUAN ANTONIO PEREZ BONALDE

Venezolano

1846

1892

## VUELTA A LA PATRIA

¡Tierra!, grita en la proa el navegante,  
y confusa y distante  
una línea indecisa  
entre brumas y ondas se divisa.

Poco a poco, del seno  
destacándose va del horizonte,  
sobre el éter sereno  
la cumbre azul de un monte.

Y así como el bajel se va acercando  
va extendiéndose el cerro  
y unas formas extrañas va tomando;  
formas que he visto cuando  
soñaba con la dicha en mi destierro.

Ya la vista columbra  
las riberas bordadas de palmares,  
y una brisa cargada con la esencia  
de violetas silvestres y azahares,  
en mi memoria alumbra  
el recuerdo feliz de mi inocencia,  
cuando pobre de años y pesares  
y rico de ilusiones y alegría,  
bajo las palmas retozar solía  
oyendo el arrullar de las palomas,  
bebiendo luz y respirando aromas.

Hay algo en esos rayos brilladores  
que juegan por la atmósfera azulada,

que me habla de ternuras y de auras  
de una dicha pasada ;  
y el viento, al suspirar entre las cuerdas,  
parece que me dice: ¿no te acuerdas?...

Ese cielo, ese mar, esos cocales ;  
ese monte que dora  
el sol de las regiones tropicales...  
¡Luz ! ¡Luz al fin !—los reconozco ahora :  
Son ellos, son los mismos de mi infancia,  
y esas playas que al sol del mediodía  
brillan a la distancia,  
¡oh inefable alegría !  
¡Son las riberas de la patria mía !

Ya muerde el fondo de la mar hirviente  
del ancla el férreo diente ;  
ya se acercan los botes desplegando  
al aire puro y blando  
la enseña tricolor del pueblo mío !  
¡A tierra ! ¡A tierra !, o la emoción me ahoga,  
o se adueña de mi alma el desvarío !

Llevado en alas de mi ardiente anhelo  
me lanzo presuroso al barquichuelo,  
que a las riberas del hogar me invita.  
Todo es grata memoria ; los suspiros  
de la onda de zafir que el remo agita ;  
de las marinas aves  
los caprichosos giros,  
y las notas suaves,  
y el timbre lisonjero,  
y la magia que toma,  
hasta en labios del tosco marinero,  
el dulce son de mi nativo idioma.

¡ Volad, volad veloces,  
ondas, aves y voces!  
Id a la tierra donde el alma tengo  
y decidle que vengo  
a reposar, cansado caminante,  
del hogar a la sombra un solo instante;  
decidle que en mi anhelo, en mi delirio  
por llegar a la orilla, el pecho siente  
dulcísimo martirio;  
decidle, en fin, que mientras estuve ausente  
ni un día, ni un instante he la olvidado,  
y llevadle este beso que os confío,  
tributo adelantado  
que desde el fondo de mi ser le envío.

¡ Boga, boga, remero! Así... ¡ Llegamos!  
¡ Oh, emoción hasta ahora no sentida!  
Ya piso el santo suelo en que probamos  
el almíbar primero de la vida!

Tras ese monte azul, cuya alta cumbre  
lanza reto de orgullo  
al zafir de los cielos,  
está el pueb'o gentil, donde, al arrullo  
del maternal amor, rasgué los velos  
que me ocultaban la primera lumbre.  
¡ En marcha, en marcha, postillón, agita  
el látigo inclemente!  
Ya más audaz, el carro diligente  
por la orilla del mar se precipita.

No hay peña ni ensenada que en mi mente  
no venga a despertar una memoria,  
ni hay ola que en la arena humedecida  
no escriba con espuma alguna historia

de los alegres tiempos de mi vida;  
todo me habia de sueños y cantares,  
de paz, de amor y de tranquilos bienes,  
y el aura fugitiva de los mares  
que viene leda a acariciar mis sienas,  
me susurra al oído  
con misterioso acento: ¡ Bienvenido!

Allá van los humildes pescadores  
las redes a tender sobre la arena;  
dichosos, que no sienten los dolores  
ni la punzante pena  
de los que lejos de la patria lloran;  
infelices, que ignoran  
la insondable alegría  
de los que, tristes, del hogar se fueron,  
y luego, ansiosos, al lugar volvieron.

Son los mismos que un día,  
siendo niño, admiraba yo en la playa,  
pensando en mi inocencia  
que era la humana ciencia  
la ciencia de pescar con la atarraya.

Bien os recuerdo, humildes pescadores,  
aunque no a mí vosotros, que en la ausencia  
los años me han cambiado y los dolores.

Ya ocultándose va tras un recodo  
que hace el camino, el mar, hasta que todo  
al fin desaparece;  
ya no hay más que montañas y horizontes,  
y el pecho se estremece  
al respirar, cargado de recuerdos,  
el aire puro de los patrios montes.

De los frescos y lípidos raudales,  
el murmurio apacible;  
de sus canoras aves tropicales,  
el melodioso trino que resbala  
por las ondas del éter invisible:  
los perfumados hálitos que exhala  
el cáliz áureo y blanco  
de las humildes flores del barranco;  
todo a soñar convida,  
y con empeño suave  
se apodera del alma enternecida  
la indefinible vaguedad de un sueño.

Y rueda el coche, y detrás déj las horas  
sin yo sentir que el pensamiento mío  
viaja por el país de las quimeras,  
y sólo hallan mis ojos, sin mirada,  
los incoloros senos del vacío...

De pronto, al descender de una hondonada,  
"¡Caracas!, allí está", dice el auriga;  
y súbito el espíritu despierta  
ante la dicha cierta  
de ver la tierra amiga.

Caracas, allí está; sus techos rojos,  
sus blancas torres, sus azules lomas  
y su bandas de tímidas palomas  
hacen nublar de lágrimas mis ojos

¡Caracas, allí está! Vedla tend: b  
a las faldas del Avila empinado,  
odalisca rendida  
a los pies del sultán enamorado.

Hay fiesta en el espacio y la campaña;  
fiesta de paz y amores;

acarician los vientos la montaña;  
del bosque los alados trovadores  
su dulce cantar  
dejan oír en la alameda umbría;  
los menudos insectos de las flores  
a los dorados pistilos se abrazan;  
besa el aura amorosa el manso Guaire,  
y con los rayos de la luz se enlazan  
'os impalpables átomos del aire.

¡Apura, apura, postillón! ¡Agita  
el látigo inclemente!  
¡Al hogar, al hogar! Que ya palpita  
por él mi corazón...

Mas no, ¡detente!  
¡Oh, infinita aflicción! ¡Oh, desgraciado  
de mí, que en mí soñar hube olvidado  
que ya no tengo hogar!

Para, cochero;  
tomemos cada cual nuestro camino,  
tú al techo lisonjero,  
do te aguarda la madre, el ser divino,  
que es de la vida centro y alegría,  
y yo..., yo al cementerio,  
¡donde tengo la mía!

¡Oh, insondable misterio,  
que trueca el gozo en lágrimas ardientes!  
¿En dónde está, Señor, esa tu santa  
infinita bondad, que así consiente,  
junto a tanto placer, tristeza tanta?

Ya no hay fiesta en los aires; ya no alegra  
la luz que el campo dora;  
ya no hay sino la negra  
pena cruel que el pecho me devora.

¡Valor, firmeza, corazón! No brotes  
todo tu llanto ahora—no lo agotes,  
que mucho, mucho que sufrir aun falta;  
ya no lejos resalta  
de la llanura sobre el verde manto  
la ciudad de las tumbas y del llanto;  
ya me acerco, ya piso  
los callados umbrales de la muerte;  
ya la modesta láp.da diviso  
del angélico ser que el alma llora;  
ven, corazón, y vierte  
tus lágrimas ahora.

## JOSE GAUTIER BENITEZ

Portorriqueño

1848

1880

### ¡ PUERTO RICO!

(FRAGMENTOS.)

¡ Borinquen!, nombre al pensamiento grato  
como el recuerdo de un amor profundo;  
bello jardín de América el ornato,  
siendo el jardín América del mundo.  
Perla que el mar de entre su concha arranca  
al agitar sus ondas placenteras;  
garza dormida entre la espuma blanca  
del níveo cinturón de tus riberas.  
Tú, que das a la brisa de los mares,  
al recibir el beso de su aliento,  
la garzota gentil de tus palmares;  
que pareces, en medio de la bruma,  
al que lleva a tus playas peregrinas,  
una ciudad fantástica de espuma  
que formaron, jugando, las ondinas;

un jardín encantado  
sobre las aguas de la mar que domas;  
un búcaro de flores columpiado  
entre espuma y coral, perlas y aromas.  
Tú, que en las tardes sobre el mar derramas,  
con los colores que tu ocaso viste,  
otro oceano de flotantes llamas;  
tú, que me das el aire que respiro,  
y vida al canto que espontáneo brota,  
cuando la inspiración en raudo giro  
con sus alas flamígeras azota  
la frente del cantor; ¡oye mi acento!

... ..

Tres siglos ha que el hombre  
encerrado en el viejo continente,  
ni en tí soñaba, ni soñó tu nombre;  
tu ser fué una bellissima quimera  
a los que oían el confín del mundo  
de Thule en la fantástica ribera;  
pero sonó una hora en el gigante  
reló que marca su existencia al orbe,  
y abrió sus ondas el airado Atlante.  
El dedo del destino  
tocó de un hombre en la ardecida frente  
y entre las ondas le mostró un camino;  
él tan sólo quería,  
cruzando las regiones de Occidente,  
volver al sitio donde nace el día;  
al viento del azar tendió sus velas  
desde el confín del turbido Océano,  
y la suerte llevó sus carabelas  
a chocar con el mundo americano.

Tienes... la caña en la feraz sabana,  
lago de miel que con la brisa ondea,

mientras su espuma, la gentil guajana,  
como blanco plumón se balancea.  
Y la palma, que mece en el ambiente,  
encerrada en el ánfora colgante,  
la linfa pura de su aérea fuente.  
Y de tus montes en el ancha falda,  
donde el cedro y la péndola dominan,  
luce el cafeto la gentil guirnalda  
del combo ramo que a la tierra inclinan  
las bayas de carmín y de esmeralda.  
Tú tienes, sí, sus noches voluptuosas,  
que amor feliz al corazón auguran,  
y en un vergel de lirios y de rosas  
manantiales de plata que murmuran;  
tórtolas que se quejan en los montes,  
remedando suspiros lastimeros;  
palomas y turpiales y sinsontes,  
que anidan en floridos limoneros.  
Todo es en tí voluptuoso y leve,  
dulce, apacible, halagador y tierno,  
y tu mundo moral su encanto debe  
al dulce influjo de tu mundo externo.  
Por eso, en aquel día  
que abordaron las naves castellanas  
a tus bellas riberas, patria mía,  
tus tribus aborígenes,  
dominado el temor que las llevara  
al seno oscuro de tus selvas vírgenes,  
tranquilas contemplaron,  
regresando apacibles a tu orilla,  
como los brazos de la cruz se alzaron  
bajo el rojo estandarte de Castilla.  
Pura amistad, vehemente,  
unió los hombres que apartó el abismo:  
del indio rudo, en la tostada frente.

cayó el onda sagrado del bautismo,  
Después, ya roto del temor el dique,  
la llama del amor lució esplendente:  
la dulce hermana del primer cacique  
llamó su esposo al paladín de Oriente,  
y tú fuiste el joyel que traspasaba  
el casto beso de su amor primero,  
del señorial cintillo de Agueynaba  
a la corona del monarca ibero.

Ya no eres, patria, un átomo perdido  
que al ver su propia pequeñez se aterra;  
ni un jardín escondido  
en un pliegue del monte de la tierra.  
Eres el pueblo que su voz levanta  
si la justicia y la razón le abona,  
que las exequias del pasado canta  
y el himno santo del progreso entona.  
Tú no serás la nave prepotente  
que, armada en guerra, al huracán retando,  
conquista el puerto impávida y valiente,  
las ondas y los hombres dominando;  
pero serás la plácida barquilla  
que al impulso de brisa perfumada  
llegue al remanso de la blanca orilla;  
que ése es, patria, tu sino,  
libertad, conquistar, ciencia y ventura,  
sin dejar en las zarzas del camino  
ni un jirón de tu blanca vestidura.  
Y, patria..., si me engaño,  
si me reserva mi destino impío  
llorar tu ruina y contemplar tu dueño;  
si he de escuchar tus ecos,  
devolvedme entre lágrimas y horrores  
el ronco acento de tus bronce huecos;

si fuera mi laúd el destinado  
para cantar tu pena y tu agonía,  
¡ah, que le mire pronto destrozado  
en mis trémulas manos, patria mía!  
Y antes que el mal en tu recinto nazca  
y contemplarlo con espanto pueda,  
¡que disponga el Señor, cuando le plazca,  
de este resto de vida que me queda!

## MANUEL DE ACUÑA

Mexicano

1849                      1873

### NOCTURNO

*A Rosario.*

#### I

¡Pues bien! Yo necesito  
   decirte que te adoro,  
decirte que te quiero  
   con todo el corazón;  
que es mucho lo que sufro,  
   que es mucho lo que lloro;  
que ya no puedo tanto,  
   y al grito en que te imploro,  
te imploro y te hablo en nombre  
   de mi última ilusión.

#### II

Yo quiero que tú sepas  
   que ya hace muchos días  
estoy enfermo y pálido  
   de tanto no dormir;  
que ya se han muerto todas  
   las esperanzas mías,



mas si es en vano todo  
y el alma no te olvida,  
¿qué quieres tú que yo haga,  
pedazo de mi vida?  
¿Qué quieres tú que yo haga  
con este corazón?

## VI

Y luego que ya estaba  
concluido su santuario,  
la lámpara encendida,  
tu velo en el altar,  
el sol de la mañana  
detrás del campanario,  
chispeando las antorchas,  
humcando el incensario,  
y abierta allá a lo lejos  
la puerta del hogar...

## VII

¡Qué hermoso hubiera sido  
vivir bajo aquel techo  
los dos unidos siempre,  
y amándonos los dos,  
tú siempre enamorada,  
yo siempre satisfecho,  
los dos una sola alma,  
los dos un solo pecho,  
y en medio de nosotros  
mi madre como un Dios!  
*un hijo bendecido por Dios*

## VIII

¡Figúrate qué hermosas  
las horas de esa vida!

¡Qué dulce y bello el viaje  
                                  por una tierra así!  
Y yo soñaba en eso,  
                                  mi santa prometida;  
y al delirar en ello,  
                                  con la alma estremecida,  
pensaba yo en ser bueno  
                                  por ti, no más por ti.

## IX

¡Bien sabe Dios que ése era  
                                  mi más hermoso sueño,  
mi afán y mi esperanza,  
                                  mi dicha y mi placer;  
bien sabe Dios que en nada  
                                  cifraba yo mi empeño,  
sino en amarte mucho  
                                  bajo el hogar risueño  
que me envolvió en sus besos  
                                  cuando me vió nacer!

## X

Ésa era mi esperanza;  
                                  mas ya que a sus fulgores  
se opone el hondo abismo  
                                  que existe entre los dos,  
¡adiós por la vez última,  
                                  amor de mis amores,  
la luz de mis tinieblas,  
                                  la esencia de mis flores,  
la lira del poeta,  
                                  mi juventud, adiós!

# RAFAEL OBLIGADO

Argentino

1851                      1920

## SANTOS VEGA

Santos Vega, el payador,  
aquel de la larga fama,  
murió cantando su amor,  
como el pájaro en la rama.

*(Cantar popular.)*

### I

#### EL ALMA DEL PAYADOR

Cuando la tarde se inclina,  
sollozando, al Occidente,  
corre una sombra doliente  
sobre la Pampa argentina.  
Y cuando el sol ilumina,  
con luz brillante y serena,  
del ancho campo la escena,  
la melancólica sombra  
huye besando su alfombra  
con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo  
que en tibia noche de luna,  
en solitaria laguna  
para la sombra su vuelo;  
que allí se ensancha, y un velo  
va sobre el agua formando,  
mientras se goza escuchando,  
por singular beneficio,  
el incesante bullicio  
que hacen las olas rodando,

Dicen que en noche nublada,  
si su guitarra algún mozo,  
en el crucero del pozo  
deja de intento colgada,  
llega la sombra callada,  
y, al envolverla en su manto,  
suena el pre'udio de un canto  
entre las cuerdas dormidas,  
cuerdas que vibran heridas  
como por gotas de llanto.

Cuentan que en noche de aquellas  
en que la Pampa se abisma  
en la extensión de sí misma  
sin su corona de estrellas,  
sobre las lomas más bellas,  
donde hay más trébol risueño,  
luce una antorcha sin dueño  
entre una niebla indecisa,  
para que temple la brisa  
las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo  
en tempestad de su seno,  
estalla el cóncavo trueno,  
que es la palabra del rayo,  
hiere al ombú, de soslayo,  
rojiza sierpe de llamas,  
que, calcinando sus ramas,  
serpea, corre y asciende,  
y en la a'ta copa desprende  
brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de estío,  
las brillazones remedan

vastos oleajes que ruedan  
sobre fantástico río,  
mudo, abismado y sombrío,  
baja un jinete la falda  
tinta de bella esmeralda,  
llega a las márgenes solas...,  
y hunde su potro en las olas,  
con la guitarra a la espalda.

Si entonces cruza a lo lejos,  
galopando sobre el llano  
solitario, algún paisano,  
viendo al otro en los reflejos  
de aquel abismo de espejos,  
siente indecibles quebrantos,  
y, alzando, en vez de sus cantos,  
una oración de ternura,  
al persignarse murmura:  
"—¡El alma del viejo Santos!"

Yo, que en la tierra he nacido  
donde ese genio ha cantado,  
y el pampero he respirado  
que al payador ha nutrido,  
beso este suelo querido  
que a mis caricias se entrega,  
mientras de orgullo se anega  
la convicción de que es mía  
la patria de Echevarría,  
la tierra de Santos Vega!

## II

### LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta; inflamado  
el horizonte fulgura,

y se extiende en la llanura  
ligero estambre dorado.  
Sopla el viento sosegado,  
y del inmenso circuito  
no llega al alma otro grito  
ni al corazón otro arrullo  
que un monótono murmullo,  
que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,  
alta el ala del sombrero,  
levantada del pampero  
al impulso soberano.  
Viste poncho americano,  
suelto en ondas de su cuello,  
y chispeando en su cabello  
y en el bronce de su frente,  
lo cincela el sol poniente  
con el último destello.

¿Dónde va? Vese distante  
de un ombú la copa erguida,  
como espando la partida  
de la luz agonizante.  
Bajo la sombra gigante  
de aquel árbol bienhechor,  
su techo, que es un primor  
de reluciente totora,  
alza el rancho donde mora  
la prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,  
meditabunda le espera,  
y en su negra cabellera  
hunde la mano rosada.  
Le ve venir: su mirada,

más que la tarde, serena,  
se cierra entonces sin pena,  
porque es todo su embeleso  
que él la despierte de un beso  
dado en su frente morena.

No bien llega, el labio ama-  
toca la frente querida,  
y vuela un soplo de vida  
por el ramaje callado...  
Un ¡ay! apenas lanzado,  
como susurro de palma,  
gira en la atmósfera en calma;  
y ella, fingiéndole enojos,  
alza a su dueño unos ojos  
que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momen-  
quedó la Pampa en reposo,  
cuando un rasgueo armonioso  
pobló de notas el viento.  
Luego, en el dulce instrument  
vibró una endecha de amor,  
y, en el hombro del cantor,  
llena de amante tristeza,  
ella dobló la cabeza  
para escucharlo mejor.

“—Yo soy la nube lejana  
(Vega en su canto decía),  
que con la noche sombría  
huye al venir la mañana;  
soy la luz que en tu ventana  
filtra en manojos la luna;  
la que de niña, en la cuna,  
abrió tus ojos risueños;

la que dibuja tus sueños  
en la desierta laguna.

“Yo soy la música vaga  
que en los confines se escucha,  
esa armonía que lucha  
con el silencio y se apaga;  
el aire tibio que ha'aga  
con su incesante volar,  
que del ombú vacilar  
hace la copa bizarra;  
y la doliente guitarra  
que suele hacerte llorar...!”

Leve rumor de un gemido,  
de una caricia llorosa,  
hendió la sombra medrosa,  
crujió en el árbol dormido.  
Después, el ronco estallido  
de rotas cuerdas se oyó;  
un remolino pasó  
batiendo el rancho cercano,  
y en el circuito del llano  
todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,  
se levantó la alborada,  
con esa blanca mirada  
que hace chispear el rocío.  
Y cuando el sol en el río  
vertió su lumbré primera,  
se vió una sombra ligera  
en Occidente ocultarse,  
y el alto ombú balancearse  
sobre una antigua tapera.

### III

#### EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada  
ya por los campos rutila  
del sol la grande, tranquila  
y victoriosa mirada.  
Sobre la curva lomada  
que asalta el cardo bravío,  
y allá, en el bajo sombrío  
donde el arroyo serpea,  
de cada hierba gotea  
la viva luz del rocío.

De los opuestos confines  
de la Pampa, uno tras otro,  
sobre el indómito potro  
que vuelca y bate las crines,  
abandonando fortines,  
estancias, rancho, mujer,  
vienen mil gauchos a ver  
si en otro pago distante  
hay quien se ponga delante  
cuando se grita: ¡A vencer!

Sobre el inmenso escenario  
vanse formando en dos alas,  
y el sol reluce en las galas  
de cada bando contrario.  
Puéblase el aire del vario  
rumor que en torno desata  
la brillante cabalgata,  
que hace sonar, de luz llenas,  
las espuelas nazarenas  
y las virolas de plata.

De entre ellos, el más anciano  
divide el campo después,  
señalando de través  
larga huella por el llano;  
y alzando luego en su mano  
una pelota de cuero  
con dos manijas, certero  
la arroja al aire, gritando:  
"¡Vuela *el pato*...! ¡Va buscando  
un valiente verdadero!"

Y cada bando a correr  
suelta el potro vigoroso,  
y aquel sale victorioso  
que logra asirlo al caer.  
Puesto el que supo vencer  
en medio, la turba calla,  
y a ambos lados de la valla  
de nuevo parten al llano,  
esperando del anciano  
la alta señal de batalla.

Dala, al fin, Hondo clamor  
ronco truena en el circuito,  
y el caballo salta al grito  
de su impávido señor;  
y vencido y vencedor,  
del noble triunfo sedientos,  
se atropellan turbulentos  
en largas filas cerradas,  
cual dos olas encrespadas  
que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea  
su feliz conquistador,

y su bando en derredor  
lo defiende y clamorea.  
Uno y otro agujonea  
el ágil bruto, y chocando  
entre sí, corren, dejando  
por los inciertos caminos  
polvorosos remolinos  
sobre las Pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego  
por el campo arrebatado,  
de los unos conquistado,  
de los otros presa luego;  
vense, entre hálitos de fuego,  
varios jinetes rodar;  
otros, súbito avanzar  
pisoteando a los caídos;  
y en el aire sacudidos,  
rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas,  
de las lagunas vecinas,  
como vivientes neblinas,  
estrepitosas bandadas;  
las grandes plumas cansadas  
tiende el chaja corpulento;  
y con veloz movimiento  
y con silbido de balas,  
bate el carancho las a'as  
hiriendo a hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita  
robusto joven la prenda,  
y tendido a toda rienda;  
"—¡Yo solo me basto!", grita.

En pos de él se precipita,  
y tierra y cielos asorda,  
lanzada a escape la horda  
tras el audaz desafío,  
con la pujanza de un río  
que anchuroso se desborda.

Y allá van todos unidos,  
y él los azuza y provoca  
golpeándose la boca.  
Danle caza, y confundidos  
con salvajes alaridos.  
todos, el cuerpo inclinado  
sobre el arzón del recado,  
temen que el triunfo les roben,  
cuando, volviéndose, el joven  
echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente  
abatía, y silencioso  
su abanico luminoso  
desplegaba en Occidente,  
cuando un grito, de repente,  
llenó el campo, y al clamor  
cesó la lucha, en honor  
de un solo nombre bendito,  
que aquel grito era este grito:  
"—¡ Santos Vega, el payador!"

Mudos ante él se volvieron,  
y, ya la rienda sujeta  
en derredor del poeta,  
un vasto círculo hicieron.  
Todos el alma pusieron  
en los atentos oídos,

porque los labios queridos  
de Santos Vega cantaban,  
y en su guitarra zumbaban  
estos vibrantes sonidos:

"—¡Los que tengan corazón;  
los que el alma libre tengan;  
los valientes, esos vengan  
a escuchar esta canción!  
Nuestro dueño es la nación  
que en el mar vence a la ola,  
que en los montes reina sola,  
que en los campos nos domina,  
y que en la tierra argentina  
clavó la enseña española.

"Hoy mi guitarra, en los llanos,  
cuerda por cuerda, así vibre:  
¡Hasta el chimango es más libre  
en nuestra tierra, paisanos!  
Mujeres, niños, ancianos,  
el rancho aquel que primero  
llenó con sólo un ¡te quiero!  
la dulce prenda querida,  
¡todo..., el amor y la vida,  
es de un monarca extranjero!

"Ya Buenos Aires, que encierra,  
como las nubes, el rayo,  
el Veinticinco de Mayo  
clamó de súbito: "¡Guerra!"  
Hijos del llano y la sierra,  
pueblo argentino, ¿qué haremos?  
¿Menos valientes seremos  
que los que libres se aclaman?

¡De Buenos Aires nos llaman,  
a Buenos Aires volemos!

"¡Ah! Si es mi voz impotente  
para arrojar, con vosotros,  
nuestra lanza y nuestros potros  
por el vasto continente;  
si jamás independiente  
veo el suelo en que he cantado,  
no me entierren en sagrado  
donde una cruz me recuerde:  
entiérrenme en campo verde,  
donde me pise el ganado!"

Cuando cesó esta armonía,  
que los conmueve y asombra,  
era ya Vega una sombra  
que allá en la noche se hundía...  
¡Patria! a sus almas decia  
el cielo, de astros cubierto,  
¡Patria! El sonoro concierto  
de las lagunas de plata.  
¡Patria! La trémula mata  
del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,  
y el himno audaz repitieron,  
cuando a Belgrano siguieron,  
cuando con Güemes lucharon;  
cuando, por fin, se lanzaron  
tras el Andes colosal,  
hasta aquel día inmortal  
en que un grande americano  
batió al sol ecuatoriano  
nuestra enseña nacional.

## IV

### LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento,  
de las tórtolas amado,  
porque su nido han labrado  
allí al amparo del viento;  
en el amplísimo asiento  
que la raíz desparrama,  
donde en las siestas la llama  
de nuestro sol no se allega,  
dormido está Santos Vega,  
aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos  
ha colgado, silenciosa,  
la guitarra melodiosa  
de los cantos argentinos.  
Al pasar, los campesinos  
ante Vega se detienen,  
en silencio se convienen  
a guardarle allí dormido;  
y hacen señas no hagan ruido  
los que están a los que vienen.

El más viejo se adelanta  
del grupo inmóvil, y llega  
a palpar a Santos Vega,  
moviendo apenas la planta.  
Una morocha que encanta,  
por su aire suelto y travieso,  
causa eléctrico embeleso,  
porque, gentil y bizarra,  
se aproxima a la guitarra  
y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado  
silencio que a Vega cerca  
un jinete que se acerca  
a la carrera lanzado.  
Retumba el desierto hollado  
por el casco volador;  
y aunque el grupo, en su estupor,  
contenerlo pretendía,  
llega, salta, lo desvía  
y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío  
de aquel hombre mudos vieron,  
horrorizados, sintieron  
temblar las carnes de frío.  
Miró en torno con bravío  
y desenvuelto ademán,  
y dijo: "—Entre los que están  
no tengo ningún amigo;  
pero, al fin, para testigo,  
lo mismo es Pedro que Juan."

Alzó Vega la alta frente,  
y le contempló un instante,  
enseñando en el semblante  
cierto hastío indiferente.  
"—Por fin—dijo friamente  
el recién llegado—estamos  
juntos los dos, y encontramos  
la ocasión, que éstos provocan,  
de saber cómo se chocan  
las canciones que cantamos."

Así diciendo, enseñó  
una guitarra en sus manos,

y en los raigones cercanos  
preludiando se sentó.  
Vega entonces sonrió,  
y al volverse al instrumento,  
la morocha, hasta su asiento.  
ya su guitarra traía,  
con un gesto que decía:  
"—La he besado hace un momento."

Juan Sin Ropa (se llamaba  
Juan Sin Ropa el forastero)  
comenzó por un ligero  
dulce acorde que encantaba,  
Y con voz que modulaba  
blandamente los sonidos,  
cantó "tristes" nunca oídos,  
cantó "cielos" no escuchados,  
que llevaban, derramados,  
la embriaguez a los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso  
al cantor; y, toda inquieta,  
sintió su alma de poeta  
como un aleteo inmenso.  
Luego, en un prelude intenso,  
hirió las cuerdas sonoras,  
y cantó de las auroras  
y las tardes pampeanas  
endechas americanas  
más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,  
ya una triste noche oscura  
desplegaba en la llanura  
las tinieblas de su manto.

Juan Sin Ropa se alzó en tanto;  
bajo el árbol se empinó,  
un verde gajo tocó,  
y tembló la muchedumbre,  
porque, echando roja lumbre,  
aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,  
y torciendo el talle esbelto,  
fué a sentarse, medio envuelto  
por las rojas llamaradas.  
¡Oh, qué voces levantadas  
las que entonces se escucharon!  
¡Cuántos ecos despertaron  
en la Pampa misteriosa,  
a esa música grandiosa  
que los vientos se llevaron!

Era aquélla esa canción  
que en el alma sólo vibra,  
modulada en cada fibra  
secreta del corazón;  
el orgullo, la ambición,  
los más íntimos anhelos,  
los desmayos y los vuelos  
del espíritu genial,  
que va en pos del ideal  
como el cóndor de los cielos.

Era el grito poderoso  
del progreso, dado al viento;  
el solemne llamamiento  
al combate más glorioso.  
Era, en medio del reposo  
de la Pampa ayer dormida,

la visión ennoblecida  
del trabajo, antes no honrado;  
la promesa del arado  
que abre cauces a la vida.

Como en mágico espejismo,  
al compás de ese concierto,  
mil ciudades el desierto  
levantaba de sí mismo.  
Y a la par que en el abismo  
una edad se desmorona,  
al conjuro, en la ancha zona  
derramábase la Europa,  
que, sin duda, Juan Sin Ropa  
era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido  
aquel himno prodigioso,  
e inclinando el rostro hermoso,  
dijo: "Sé que me has vencido."  
El semblante humedecido  
por nobles gotas de llanto  
volvió a la joven su encanto,  
y en los ojos de su amada  
clavó una larga mirada  
y entonó su postrer canto:

"—¡Adiós, luz del alma mía;  
adiós, flor de mis llanuras,  
manantial de las dulzuras  
que mi espíritu bebía;  
adiós, mi única alegría,  
dulce afán de mi existir;  
Santos Vega se va a hundir  
en lo inmenso de esos llanos...

¡Lo han vencido! Llegó, hermanos,  
el momento de morir!"

Aun sus lágrimas cayeron  
en la guitarra, copiosas,  
y las cuerdas, temblorosas,  
a cada gota gimieron;  
pero súbito cundieron  
del gajo ardiente las llamas,  
y trocado entre las ramas  
en serpiente, Juan Sin Ropa  
arrojó de la alta copa  
brillante lluvia de escamas.

Ni aun cenizas en el suelo  
de Santos Vega quedaron,  
y los años dispersaron  
los testigos de aquel duelo.  
Pero un viejo y noble abuelo  
así el cuento terminó:  
"—Y si cantando murió  
aquel que vivió cantando,  
fué—decía suspirando—  
porque el Diablo lo venció."

## JUAN DE DIOS PEZA

Mejicano

1852

1910

### EN MI BARRIO

Sobre la rota ventana antigua,  
con toco alféizar, con puerta exigua,  
que hacia la oscura calleja da,  
pasmando al vulgo como estantigua  
tallada en piedra, la santa está.

Borró la lluvia los mil colores  
que hubo en su manto y en su dosel;  
y recordando tiempos mejores,  
guarda amarillas y secas flores  
de las verbenas del tiempo aquél.  
El polvo cubre sus aureolas,  
las telarañas visten su faz,  
nadie a sus plantas riega amapolas,  
y ve la santa las calles solas,  
la casa triste, la gente en paz.  
Por muchos años allí prendido,  
único adorno del tosco altar,  
flota un guiñapo descolorido,  
piadosa ofrenda que no ha caído  
de las desgracias al hondo mar.  
A arrebatarlo nadie se atreve,  
símbolo antiguo de gran piedad,  
mira del tiempo la marcha breve;  
y cuando el aire lo empuja y mueve,  
dice a los años: pasad, pasad.  
¡Pobre guiñapo que el aire enreda!  
¡Qué amarga y muda lección me da;  
la vida pasa, y el mundo rueda,  
y siempre hay algo que se nos queda  
de tanto y tanto que se nos va!  
Tras esa virgen de oscura piedra,  
que a nadie inspira santo fervor,  
todo el pasado surge y me arredra;  
escombros míos, yo soy la hiedra;  
¡nidos desiertos, yo fui el amor!  
Altas paredes desportilladas,  
cuyos sillares sin musgo vi,  
¡cuántas memorias tenéis guardadas!  
niveas cortinas, jaulas doradas,  
tiestos azules..., ¡no estáis aquí!

En mi azarosa vida revuelta  
fui de esta casa dueño y señor:  
¿Do está la ninfa, de crencha suelta,  
de grandes ojos, blanca y esbelta,  
que fué mi encanto, mi fe, mi amor?  
¡Oh, Mundo ingrato, cuántos reveses  
en ti he sufrido! La tempestad,  
todos mis campos dejó sin mieses...  
La niña duerme bajo cipreses;  
su sueño arrulla la eternidad,  
¡Todo ha pasado! ¡Todo ha caído!  
Sólo en mi pecho queda la fe,  
como el guiñapo descolorido  
que a la escultura flota prendido...  
¡todo se ha muerto!, ¡todo se fué!  
Pero, ¡qué amarga, profunda huella,  
llevo en mi pecho!... ¡Cuán triste estoy!...  
La fe radiante como una estrella,  
la casa alegre, la niña bella,  
el perro amigo... ¿Dónde están hoy?  
¡Oh!, calle sola, vetusta casa,  
angostas puertas de aquel balcón,  
si todo muere, si todo pasa,  
¿por qué esta fiebre que el pecho abrasa  
no ha consumido mi corazón?  
Ya no hay macetas llenas de flores  
que convirtieran en un pënsil  
azotehuelas y corredores...  
Ya no se escuchan frases de amores,  
ni hay golondrinas del mes de abril.  
Frente la casa, la cruz cristiana  
del mismo templo donde rezó,  
las mismas misas de la mañana,  
la misma torre con la campana  
que entre mis brazos la despertó

# JOSE MARTI

Cubano

1853      1895

## MI VERSO

Si ves un monte de espumas,  
es mi verso lo que ves:  
mi verso es un monte y es  
un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal  
que por el puño echa flor:  
mi verso es un surtidor  
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro  
y de un carmín encendido  
mi verso es un ciervo herido  
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:  
mi verso breve y sincero,  
es del vigor del acero  
con que se funde la espada.

## PARA ARAGON

Para Aragón, en España,  
tengo yo en mi corazón  
un lugar todo Aragón,  
franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber  
por qué lo tengo, le digo  
que allí tuve un buen amigo,  
que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,  
la de la heroica defensa,  
por mantener lo que piensa  
juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta  
o lo enoja un rey cazurro,  
calza la manta el baturro,  
y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla  
que baña el Ebro lodoso:  
quiero el Pi'ar azuloso  
de Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés  
echa por tierra a un tirano:  
lo estimo si es un cubano;  
lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos  
con escaleras bordadas;  
amo las naves calladas  
y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,  
musulmana o española,  
donde rompió su corola  
la poca flor de mi vida.

#### DE CARA AL SOL

Yo quiero salir del mundo  
por la puerta natural:  
en un carro de hojas verdes  
a morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro  
a morir como un traidor:  
¡yo soy bueno, y como bueno  
moriré de cara al Sol!

## LOS HOMBRES DE MÁRMOL

Sueño con claustros de mármol  
donde en silencio divino  
los héroes, de pie, reposan:  
¡De noche, a la luz del alma,  
habío con ellos: de noche!  
Están en fila: paseo  
entre las filas: las manos  
de piedra les beso: abren  
los ojos de piedra: mueven  
los labios de piedra: tiemblan  
las barbas de piedra: empuñan  
la espada de piedra: lloran:  
¡Vibra la espada en la vaina!  
Mudo, les beso las manos.

¡Hablo con ellos, de noche!  
están en fila; paseo  
entre las filas: lloroso  
me abrazo a un mármol: "¡Oh mármol!  
dicen que beben tus hijos  
su propia sangre en las copas  
venenosas de sus dueños!  
¡Que hablan la lengua podrida  
de sus rufianes! ¡Que comen  
juntos el pan del oprobio,  
en la mesa ensangrentada!  
¡Que pierden en lengua inútil  
el último fuego! ¡Dicen

—oh mármol, mármol dormido—  
ue ya se ha muerto tu raza!”

Echame tierra de un bote  
el héroe que abrazo: me ase  
del cuello: barre la tierra  
con mi cabeza: levanta  
el brazo, ¡el brazo le luce  
lo mismo que un sol!: resuena  
la piedra; buscan el cinto  
las manos blancas: ¡del soclo  
saltan los hombres de mármol!

### AMOR DE CIUDAD GRANDE

De gorja son y rapidez los tiempos.  
Corre cual luz la voz; en alta aguja,  
cual nave despeñada en sirte horrenda,  
húndese el rayo, y en ligera barca  
el hombre, como alado, el aire hiende.  
¡Así el amor, sin pompa ni misterio  
muere, apenas nacido, de saciado!  
¡Jaula es la villa de palomas muertas  
y ávidos cazadores! ¡Si los pechos  
se rompen de los hombres, y las carnes  
rotas por tierra ruedan, no han de verse  
dentro más que frutillas estrujadas!  
Se ama de pie, en las calles, entre el polvo  
de los salones y las plazas; muere  
la flor el día en que nace. Aquella virgen  
trémula que antes a la muerte daba  
la mano pura que a ignorado mozo;  
el goce de temer; aquel salirse  
del pecho el corazón; el inefable  
placer de merecer; el grato susto

de caminar de prisa en derechura  
del hogar de la amada, y a sus puertas  
como un niño feliz romper en llanto;  
y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,  
irse tiñendo de color las rosas  
¡ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene  
tiempo de ser hidalgo? ¡Bien que sienta,  
cual áurco vaso o lienzo suntuoso,  
dama gentil en casa de magnate!  
¡O si se tiene sed, se alarga el brazo  
y a la copa que pasa se la apura!  
¡Luego, la copa turbia al polvo rueda,  
y el hábil catador—manchado el pecho  
de una sangre invisible—sigue alegre  
coronado de mirtos, su camino!  
¡No son los cuerpos ya sino desechos,  
y fosas, y jirones! ¡Y las almas  
no son como en el árbol fruta rica  
en cuya blanda piel la almíbar dulce  
en su sazón de madurez rebosa.  
sino fruta de plaza que a brutales  
golpes el rudo labrador madura!

¡La edad es ésta de los labios secos!  
¡De las noches sin sueño! ¡De la vida  
estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta  
que la ventura falta? Como liebre  
azorada, el espíritu se esconde,  
trémulo huyendo al cazador que ríe,  
cual en soto selvoso, en nuestro pecho;  
y el deseo, de brazo de la fiebre,  
cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! ¡Toda está llena  
de copas por vaciar, o huecas copas!

¡Tengo miedo, ¡ay de mí!, de que este vino  
tósigo sea, y en mis venas luego  
cual duende vengador los dientes clave!  
¡Tengo sed; mas de un vino que en la tierra  
no se sabe beber! ¡No he padecido  
bastante aún, para romper el muro  
que me aparta, ¡oh dolor!, de mi viñedo!  
Tomad vosotros, catadores ruines  
de vinillos humanos, esos vasos  
donde el jugo de lirio a grandes sorbos  
sin compasión y sin temor se bebe!  
¡Tomad! ¡Yo soy honrado, y tengo miedo!

## VERSOS SENCILLOS

### I

Yo soy un hombre sincero  
de donde crece la palma,  
y antes de morirme quiero  
echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,  
y hacia todas partes voy:  
arte soy entre las artes;  
en los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños  
de las hierbas y las flores.  
Y de mortales engaños,  
y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura  
llover sobre mi cabeza  
los rayos de lumbre pura  
de la divina belleza.

Alas nacer vi en los hombros  
de las mujeres hermosas :  
y salir de los escombros,  
volando las mariposas.

He visto vivir a un hombre  
con el puñal al costado,  
sin decir jamás el nombre  
de aquella que lo ha matado.

Rápida como un reflejo,  
dos veces vi el alma, dos :  
cuando murió el pobre viejo,  
cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez—en la reja,  
a la entrada de la viña—  
cuando la bárbara abeja  
picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez de tal suerte  
que gocé cual nunca : cuando  
la sentencia de mi muerte  
leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través  
de las tierras y la mar,  
y no es un suspiro, es  
que mi hijo va despertar.

Si dicen que del joyero  
tome la joya mejor,  
tomo a un amigo sincero  
y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida  
volar al azul sereno,  
y morir en su guarida  
la víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo  
cede, lívido, al descanso,  
sobre el silencio profundo  
murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,  
de horror y júbilo yerta,  
sobre la estrella apagada  
que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo  
la pena que me lo hiere:  
el hijo de un pueblo esclavo  
vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,  
todo es música y razón,  
y todo, como el diamante,  
antes que luz es carbón.

Yo sé que al necio se entierra  
con gran lujo y con gran llanto,  
y que no hay fruta en la tierra  
como la del camposanto.

Calló, y entiendo, y me quito  
la pompa del rimador:  
cuelgo de un árbol marchito  
mi muceta de doctor.

## VI

Yo tengo un amigo muerto  
que suele venirme a ver:  
mi amigo se sienta, y canta;  
canta en voz que ha de doler:

"En un ave de dos alas  
"bogo por el cielo azul:  
"un ala del ave es negra  
"otra de oro Caribú.

"El corazón es un loco  
"que no sabe de un color:  
"o es su amor de dos colores,  
"o dice que no es amor.

"Hay una loca más fiera  
"que el corazón infeliz:  
"la que le chupó la sangre  
"y se echó luego a reír.

"Corazón que lleva rota  
"el ancla fiel del hogar,  
"va como barca perdida,  
"que no sabe adónde va."

En cuanto llega a esta angustia  
rompe el muerto a maldecir:  
le amanso el cráneo: lo acuesto:  
acuesto al muerto a dormir.

## VII

Quiero, a la sombra de un ala,  
contar este cuento en flor:  
la niña de Guatemala,  
la que se murió de amor.

Eran dos lirios los ramos,  
y las orlas de reseda  
y de jazmín: la enterramos  
en una caja de seda.

... Ella dió al desmemoriado  
una almohadilla de olor:  
él volvió, volvió casado;  
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas  
obispos y embajadores:  
detrás iba el pueblo en tandas,  
todo cargado de flores.

... Ella, por volverlo a ver,  
salió a verlo al mirador:  
él volvió con su mujer:  
ella se murió de amor.

Como de bronce candente  
al beso de despedida  
era su frente—¡la frente  
que más he amado en mi vida!

... Se entró de tarde en el río,  
la sacó muerta el doctor:  
dicen que murió de frío:  
yo sé que murió de amor.

Allí en la bóveda helada,  
la pusieron en dos bancos:  
besé su mano afilada,  
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,  
me llamó el enterrador:  
¡nunca más he vuelto a ver  
a la que murió de amor!

## VIII

El alma trémula y sola  
padece al anochecer:  
hay baile; vamos a ver  
la bailarina española.

Han hecho bien en quitar  
el banderón de la acera;  
porque si está la bandera,  
no sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina:  
soberbia y pálida llega:  
¿Cómo dicen que es gallega?  
Pues dicen mal: es divina.

Lleva un sombrero torero  
y una capa carmesí:  
¡Lo mismo que un alelí  
que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,  
ceja de mora traidora:  
y la mirada, de mora:  
y como nieve la oreja.

Preludian, bajan la luz,  
y sale en bata y mantón,  
la virgen de la Asunción  
bailando un baile andaluz.

Alza, retando, la frente;  
crúzase al hombro la manta:  
en arco el brazo levanta:  
mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones  
el tablado zalamera,  
como si la tabla fuera  
tablado de corazones.

Y va el convite creciendo  
en las llamas de los ojos,  
y el manto de flecos rojos  
se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca:  
húrtase, se quiebra, gira:  
abre en dos la cachemira,  
ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea;  
la boca abierta provoca;  
es una rosa la boca:  
lentamente taconea.

Recoge, de un débil giro,  
el manto de flecos rojos:  
se va, cerrando los ojos,  
se va como en un suspiro...

Baila muy bien la española,  
es blanco y rojo el mantón:  
¡Vuelve, fosca, a su rincón  
el alma trémula y sola!

## XX

Estoy en el baile extraño  
de polaina y casaquín  
que dan, del año hacia el fin,  
los cazadores del año.

Una duquesa violeta  
va con un frac colorado:  
marca un vizconde pintado  
el tiempo en la pandereta.

Y pasan las chupas rojas,  
pasan los tules de fuego,  
como delante de un ciego  
pasan volando las hojas.

## XXI

Sé de un pintor atrevido  
que sale a pintar contento  
sobre la tela del viento  
y la espuma del olvido.

Yo sé de un pintor gigante,  
el de divinos colores,  
puesto a pintarle las flores  
a una corbeta mercante.

Yo sé de un pobre pintor  
que mira el agua al pintar  
—el agua ronca del mar—  
con un entrañable amor.

## XXV

Aquí está el pecho, mujer,  
que ya sé que lo herirás:  
¡más grande debiera ser,  
para que lo hirieses más!

Porque noto, alma torcida,  
que en mi pecho milagroso,  
mientras más honda la herida,  
es mi canto más hermoso.

## XXVII

Cultivo una rosa blanca,  
en julio como en enero,  
para el amigo sincero  
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca  
el corazón con que vivo,  
cardo ni ortiga cultivo:  
cultivo la rosa blanca.

## XXXI

Mucho, señora, daría  
por tender sobre tu espalda  
tu cabellera bravía,  
tu cabellera de gualda:  
    despacio la tendería,  
    callado la besaría.

Por sobre la oreja fina  
baja lujoso el cabello,  
lo mismo que una cortina  
que se levanta hacia el cuello.  
    La oreja es obra divina  
    de porcelana de China.

Mucho, señora, te diera  
por desenredar el nudo  
de tu roja cabellera  
sobre tu cuello desnudo:  
    Muy despacio la esparciera,  
    hilo por hilo la abriera.

## ARBOL DEL ALMA

Como un aire que cruza el aire claro,  
siento hacia mí venir tu pensamiento  
y acá en mi corazón hacer su nido.  
Abrese el alma en flor; tiemblan sus ramas  
como los labios frescos de un mancebo  
en su primer abrazo a una hermosura;  
cuchichean las hojas; tal parecen  
lenguaraces obreras y envidiosas,  
a la doncella de la casa rica  
en preparar el tálamo ocupadas.  
Ancho es mi corazón, y es todo tuyo.

¡Todo lo triste cabe en él, y todo  
cuanto en el mundo llora, y sufre, y muere!  
De hojas secas, y polvo, y derruidas  
ramas lo limpio; bruño con cuidado  
cada hoja, y los tallos; de las flores  
los gusanos y el pétalo comido  
separo; oreo el césped en contorno  
y a recibirte, ¡oh pájaro sin mancha!,  
apresto el corazón enajenado.

## SALVADOR DIAZ MIRON

Mexicano

1853                  1928

### BEATUS ILLE...

¡Oh paz agreste! ¡Cuánto  
a quien se acoge a ti brindas provecho!  
¡Con qué divino encanto  
llenas de olvido el pecho,  
¡ay!, a torturas y a furores hecho!

De la cándida oveja  
que a sombra trisca de hondonada bruna,  
o la cabra bermeja  
que asoma en alta duna  
su hocico rojo de carmín de tuna,

ubre sana y henchida  
regala el apetito, aquí no escaso,  
con leche que, bebida,  
vale a dormir al raso  
y deja untado y azuloso el vaso.

¡Mesa digna de un justo,  
¡oh Gay!, la tuya, que de carne y vino  
te guarda exento el gusto,  
y a no perder el tino  
es ocasión, ni a víctimas destino!

Egloga virgiliana  
abre y radica en tu heredad el seno,  
y de tu boca mana  
en trasunto sereno  
y con almibar oloroso a heno.

Antigua prez no humilla  
claro vestigio a torpe muchedumbre:  
él en tu ingenio brilla  
como postrera lumbre  
de occiduo sol, en levantada cumbre.

¡Plácidos los que orean  
mi frente que a baldón opone orgullo,  
hálitos que menean  
las frondas, con murmullo  
grato al reposo, cual materno arrullo!

Mas no Favonio engríe  
el délfico laurel. Zozobras calma,  
y susurrando ríe  
de la ceñida palma,  
con un desprecio que perfuma el alma.

¡Oh paz agréste! ¡Cuánto  
a quien se acoge a ti brindas provecho!  
¡Con qué divino encanto  
llenas de olvido el pecho,  
¡ay!, a torturas y a furores hecho!

A la culta o salvaje  
corriente del vivir marcas y ahondas  
recto y seguro encaje,  
que por arenas blondas  
al mar la lleva en sosegadas ondas.

Sobre anónima huesa  
árbol piadoso y tétrico derrumba  
"guirnalda que le pesa",  
pompa que treme y zumba  
y caricia y plañido es a la tumba.

La madre tierra es leve  
al cadáver que allí se desmorona,  
que sólo a un sauce debe,  
en los palmos que abona,  
copioso llanto y liberal corona.

## A GLORIA

No intentes convencerme de torpeza  
con los delirios de tu mente loca:  
mi razón es al par luz y firmeza,  
firmeza y luz como el cristal de roca.

Semejante al nocturno peregrino,  
mi esperanza inmortal no mira al suelo;  
no viendo más que sombra en el camino,  
sólo contempla el esplendor del cielo.

Vanas son las imágenes que entraña  
tu espíritu infantil, santuario oscuro.  
Tu numen, como el oro en la montaña,  
es virginal y, por lo mismo, impuro.

A través de este vértice que crispa,  
y ávido de brillar, vuelo o me arrastro,  
oruga enamorada de una chispa,  
o águila seducida por un astro.

Inútil es que con tenaz murmullo  
exageres el lance en que me enredo;  
yo soy altivo, y el que alienta orgullo  
lleva un broquel impenetrable al miedo.

Fiado en el instinto que me empuja,  
desprecio los peligros que señalas.  
"El ave canta aunque la rama cruja:  
como que sabe lo que son sus alas."

Erguido bajo el golpe en la porfía,  
me siento superior a la victoria.  
Tengo fe en mí: la adversidad podría  
quitar-me el triunfo, pero no la gloria.

¡Deja que me persigan los abyectos!  
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrumen!  
La flor en que se posan los insectos  
es rica de matiz y de perfume.

El mal es el teatro en cuyo foro  
la virtud, esa trágica, descuella;  
es la sibila de palabra de oro,  
la sombra que hace resaltar la estrella.

¡Alumbrar es arder! ¡Estro encendido  
será el fuego voraz que me consuma!  
La perla brota del molusco herido,  
y Venus nace de la amarga espuma.

Los claros timbres de que estoy ufano  
han de salir de la calumnia ilesos.  
Hay plumajes que cruzan el pantano  
y no se manchan... ¡Mí plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión! La palma  
crece en la orilla que el oleaje azota.  
El mérito es el náufrago del alma:  
vivo, se hunde; pero muerto, flota.

¡Depón el ceño y que tu voz me arrulle!  
¡Consuela el corazón del que te ama!  
Dios dijo al agua del torrente: "¡Bulle!",  
y al lirio de la margen: "¡Embalsama!"

¡Confórmate, mujer! Hemos venido  
a este valle de lágrimas que abate,  
tú, como la paloma, para el nido,  
y yo, como el león, para el combate.

(*Poesías*, 1886.)

## A ELLA

Semejas esculpida en el más fino  
hielo de cumbre sonrojado al beso

del Sol, y tienes ánimo travieso  
y eres embriagadora como el vino.

Y mientes: no imitaste al peregrino  
que cruza un monte de penoso acceso  
y párase a escuchar con embeleso  
un pájaro que canta en el camino.

Obrando tú como rapaz avieso,  
correspondiste con la trampa el trino,  
por ver mi pluma y torturarme preso.

No así el viandante que se vuelve a un pino  
y párase a escuchar con embeleso  
un pájaro que canta en el camino.

#### EL FANTASMA

Blancas y finas, y en el manto apenas  
visibles, y con aire de azucenas,  
las manos—que no rompen mis cadenas—.

Azules y con oro enarenados,  
como las noches limpias de nublados,  
los ojos—que contemplan mis pecados—.

Como albo pecho de paloma el cuello;  
y como crin de sol barba y cabello,  
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste zarca.  
Así, del mal sobre la inmensa charca,  
Jesús vino a mi unción, como a la barca.

Y abrigó a mi espíritu la cumbre,  
con fugaz cuanto rica certidumbre,  
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar; y me reintegra  
la fe que salva y la ilusión que alegra;  
y un relámpago enciende mi alma negra.

Cárcel de Veracruz, 14 de diciembre de 1893.

## DENTRO DE UNA ESMERALDA

Junto al plátano sueltas, en congoja  
de doncella insegura, el broche al sayo.  
La fuente ríe, y en el borde gayo  
atisbo el tumbo de la veste floja.

Y allá, por cima de tus crenchas, hoja  
que de vidrio parece al sol de mayo,  
torna verde la luz del vivo rayo,  
y en una gema colosal te aloja.

Recatos de la virgen son escudos;  
y echas en tus encantos, por desnudos  
cauto y rico llover de resplandores.

Despeñas rizos desatando nudos:  
y melena sin par cubre primores,  
y acaricia con puntas pies cual flores.

## EJEMPLO

En la rama el expuesto cadáver se pudría,  
como un horrible fruto colgante junto al tallo,  
rindiendo testimonio de inverosímil fallo  
y con ritmo de péndola oscilando en la vía.

La desnudez impúdica, la lengua que salía,  
y alto mechón en forma de una cresta de gallo,  
dábanle aspecto bufo; y al pie de mi caballo  
un grupo de arrapiezos holgábase y reía.

Y el fúnebre despojo, con la cabeza gacha,  
escandaloso y tímido en el verde patíbulo,  
desparramaba hedores en brisa como racha,

mecido con solemnes compases de turíbulo.  
Y el Sol iba en ascenso por un azul sin tacha,  
y el campo era figura de una canción de Tíbulo.

## IDILIO

A tres leguas de un puerto bullente  
que a desbordes y grescas anima,  
y al que un tiempo la gloria y el clima  
adornan de palmas la frente,  
hay un agrío breñal, y en la cima  
de un alcor un casucho acubado,  
que de lejos diviso a menudo,  
y rindiéndose apoya un costado  
en el tronco de un mango copudo.

Distante, la choza resulta montera  
con borla y al sesgo sobre una mollera.

El sitio es ingrato, por fétido y hosco.  
El cardón, el nopal y la ortiga  
prosperan; y el aire trasciende a boñiga,  
a marisco y a cieno; y el mosco  
pulula y hostiga.

La flora es enérgica para  
que indemne y pujante soporte  
la furia del soplo del Norte,  
que de octubre a febrero no es rara,  
y la pródiga lumbre febea,  
que de marzo a septiembre caldea.

El Oriente se inflama y colora,  
como un ópalo inmenso en un lampo,  
y difunde sus tintes de aurora  
por piélago y campo.  
Y en la magia que irisa y corusca,  
una perla de plata se ofusca.

Un prestigio rebelde a la letra,  
un misterio inviolable al idioma,  
un encanto circula y penetra,  
y en el alma es edénico aroma.  
Con el juego cromático gira,  
en los pocos instantes que dura;  
y hasta el pecho infernado respira  
un olor de inocencia y ventura.  
¡Al través de la trágica Historia,  
un esfluvio de antigua bonanza  
viene al hombre, como una memoria,  
y acaso como una esperanza!

El ponto es de azogue y apenas palpita.  
Un pesado alcatraz ejercita  
su instinto de caza en la fresca.  
Grave y lento, discurre al soslayo,  
escudriña con calma grotesca,  
se derrumba cual muerto de un rayo,  
sumérgese y pesca.

Y al trotar de un rocín flaco y mocho,  
un moreno, que ciñe "moruna",  
transita cantando cadente tontuna  
de baile "jarocho".

Monótono y acre gangueo,  
que un pájaro acalla soltando un gorjeo.  
Cuanto es mudo y selecto en la hora,  
con el vasto esplendor matutino,  
halla voz en el ave canora,  
vibra y suena en el chorro del trino.

Y como un monolito pagano,  
un buey gris en un yermo altozano  
mira fijo, paasmado y absorto,  
la pompa del orto.

\* \* \*

Y a la puerta del viejo bohío  
que oblicuando su ruina en la loma  
se recuesta en el árbol sombrío,  
una rústica grácil asoma,  
como una paloma,  
Infantil por edad y estatura,  
sorprende ostentando sazón prematura;  
elásticos bultos de tetas opimas;  
y a juzgar por la equívoca traza,  
no semeja sino una rapaza  
que reserva en el seno dos limas.

Blondo y grifo e inculto el cabello,  
y los labios turgentes y rojos,  
y de tórtola el garbo del cuello,  
y el azul del zafiro en los ojos.

Dientes albos, parejos, enanos,  
que apagado coral prende y liga,  
que recuerdan, en curvas de granos,  
el maíz cuando tierno en la espiga.  
La nariz es impura, y atesta  
una carne sensual e impetuosa;  
y en la faz, a rigores expuesta,  
la nieve da en ámbar, la púrpura en rosa,  
y el júbilo es gracia sin velo,  
y en cada carrillo produce un hoyuelo.

La payita se llama Sidonia;  
llegó a México en una barriga:  
en el vientre de infecta mendiga  
que, del fango sacada en Bolonia,  
formó parte de cierta colonia,  
y acabó de miseria y fatiga.

La huérfana ignara y creyente  
busca sólo en los cielos el rastro;  
y de noche imagina que siente  
besos, ¡ay!, en los hilos de un astro.  
¿Qué ilusión es tan dulce y hermosa?  
Dios le ha dicho: "sé plácida y bella;  
y en el duelo que marque una fosa  
pon la fe que contemple una estrella".  
¿Quién no cede al consuelo que olvida?  
La piedad es un santo remedio;  
y después, el ardor de la vida  
urge y clama en la pena y el tedio,  
y al tumulto y al goce convida.  
De la zafia el pesar se distrae,  
desplome de polvo y ascenso de nube.  
¡Del tizón la ceniza que cae  
y el humo que sube!

La madre reposa con sueño de piedra,  
La muchacha medra.

Y por siembras y apriscos divaga  
con su padre, que duda de serlo;  
y el infame la injuria y estraga,  
y la triste se obstina en quererlo.  
Llena está de pasión y de bruma;  
tiene ley en un torpe atavismo,  
y es al cierzo del mal una pluma...  
¡Oh pobreza! ¡Oh incuria! ¡Oh abismo!

\* \* \*

Vestida con sucios jirones de paño,  
descalza y un lirio en la greña,  
la pastora gentil y risueña  
camina detrás del rebaño.

Radioso y jovial firmamento.  
Zarcos fondos, con blancos celajes  
como espumas y nieves al viento  
esparcidas en copos y encajes.

Y en la excelsa y magnífica fiesta,  
y cual mácula errante y funesta,  
un vil zopilote resbala,  
tendida e inmóvil el ala.

El Sol meridiano fulgura,  
suspense en el Toro;  
y el paisaje, con varia verdura,  
parece artificio de talla y pintura,  
según está quieto en el oro.

El fausto del orbe sublime  
rutila en urente sosiego,  
y un derribo de paz y de fuego  
baja y cunde y escuece y oprime.

Ni céfiro blando que aliente, que rase,  
que corra, que pase.

Entre dunas aurinas que otean,  
tapetes de grana serpean,  
cortados a trechos por brozas hostiles,  
que muestran espinas y ocultan reptiles.

Y en hojas y tallos un brillo de aceite  
simula un afeite.

La luz torna las aguas espejos;  
y en el mar sin arrugas ni ruidos  
reverbera con tales reflejos,  
que ciega, causando vahídos.

El ambiente sofoca y escalda;  
y encendida y sudando, la chica  
se despega y sacude la falda,  
y así se abanica.

Los guiñapos revuelan en hondas...  
La grey pace y trisca y holgando se tarda...  
y al amparo de umbráticas frondas  
la palurda se acoge y resguarda.

Y un borrego con gran cornamenta  
y pardos mechones de lana mugrienta,  
y una oveja con bucles de armiño  
—la mejor en figura y aliño—  
se copulan con ansia que tie...

La zagala se turba y empina...  
y alocada en la fiebre del cielo,  
lanza un grito de gusto y de anhelo...  
¡Un cambujo patán se avecina!

Y en la excelsa y magnífica fiesta,  
y cual mácula errante y funesta,  
un vil zopilote resbala  
tendido e inmóvil el ala.

## PEDRO B. PALACIOS ("ALMAFUERTE")

Argentino

1854

1917

### PARALÉLA

#### I

Bajo la curva de la noche fúnebre,  
sobre la arena del desierto, cálida,  
se conturba la mente del proscrito,  
su pie desnudo vacilante marcha.  
¡Allá en la curva fúnebre del cielo  
la estrella solitaria!  
¡Y allá sobre las cálidas arenas  
el oasis y el agua!

#### II

Bajo la curva del dolor, fatídica,  
sobre el desierto de mi vida trágica,  
mi acongojada mente se conturba,  
mi vacilante pie se despedaza.  
¡Y allá en la curva del dolor, fatídica  
la luz de la esperanza!  
¡Y allá sobre el desierto de mi vida,  
la resonante multitud de mi alma!

## A TUS PIES

(Paralelas.)

### I

Nocturno canto de amor  
que ondulas en mis pesares.  
como en los negros pinares  
las notas del ruiseñor ;

### II

Albo jazmín entre tules  
y carnes blancas prendido,  
por mi pasión circuido  
de pensamientos azules ;

### III

Coloración singular  
que mi tristeza ilumina,  
como el desierto y las ruinas  
la claridad estelar ;

### IV

Nube que cruzas callada  
la extensión indefinida,  
dulcemente perseguida  
por la luz de mi mirada ;

### V

Ideal deslumbrador  
en el espíritu mío,  
como el nimbo de rocío  
con que amanece la flor ;

## VI

Sumisa paloma tiel  
que en mi pecho te has dormido  
lo mismo que sobre un nido  
de mirtos y de laurel;

## VII

Música, nube, ideal,  
ave, estrella, blanca flor,  
preludio, esbozo, fulgor  
de otro mundo espiritual;

## VIII

¡Aquí vengo, aquí me ves,  
aquí me postro, aquí estoy,  
como tu esclavo que soy,  
abandonado a tus pies!

## CANTAR DE LOS CANTARES

Niveo cáliz de magnolia  
decorando los retoños de la rama,  
¡cual un ánfora de sueños es tu frente!  
Si, tu frente,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
es el gótico remate de la rama,  
su divino corolario:  
¡es el grave, pausadísimo incensario,  
cuya mirra de sapiencia por mi templo se derrama!,  
radiaciones de las mieses,  
rubias ondas encrespadas y brillantes  
y crujientes de los trigos: ¡tus cabellos!  
Tus cabellos

cuando sueltas la cascada de tus rizos :  
 son las hebras rubicundas y brillantes  
     de la testa de las diosas,  
 de las diosas imperiosas y graciosas,  
 con el casco de sus crines enrizadas y flotantes.  
     Como sellos de turquesas,  
 de turquesas bien profundas, bien extrañas,  
 bien azules, como el aire, ¡son tus ojos!  
     Grandes ojos,  
 vagamente sorprendidos al mirarme :  
 ¡son dos sellos de turquesas bien extrañas,  
     que pusieron los querubes  
 que sumergen a los astros en las nubes,  
 bajo el arco y en el fleco de tus cejas y pestañas!  
     Florecitas de durazno,  
 que la veste de las auras amontona  
     bajo el cielo de tus ojos,  
 por los valles de sonrisas y sonrojos,  
 ¡que divide tu severa naricita de matrona!  
     Cicatrices de caricias,  
 cicatrices de dos besos fraternales  
 de las almas de dos lirios : ¡tus hoyuelos!  
     Tus hoyuelos,  
 indelebles, inestables, intangibles :  
 ¡son las huellas de los besos fraternales  
     que te dieron al venirme,  
 que te dieron al salir a despedirme,  
 los dos ángeles más puros de los coros celestiales!  
     Como pétalos de rosa,  
 como pétalos de rosa purpurada,  
 purpurada como sangre, ¡son tus labios!  
     Esos labios,  
 que predicán afectuosos evangelios :  
 ¡son dos pétalos de rosa purpurada  
     que cayeron en la nieve!

Son el borde que resuena, que se mueve,  
¡de aquel vaso de Sajonia de tu barba nacarada!

Blanco polvo sacarino

que decora rojos néctares de fresas,  
tamarindos y granadas, ¡son tus dientes!

Bellos dientes,

cual hermanos amorosos que se juntan:  
¡son azúcar en la cratera de fresas

de tu boca cuando ríes!

Son diamantes de Solconda, que deslies  
en el bálsamo bendito de tus besos, cuando besa

caracoles nacarados,

nacarados caracoles pequeñitos  
de la playa de los mares: ¡tus orejas!

Tus orejas,

yo no sé por qué rubor enrojecidas,  
son dos bellos caracoles pequeñitos,

que te llevan el augurio,

que le llevan a tu espíritu el murmurio  
de las cosas venideras, ¡de los tiempos infinitos!

Minarete de alabastro,

torrecilla de alabastro, cimbradora,  
cual pedúnculo vibrátil: ¡es tu cuello!

Largo cuello,

como aquel de la Gioconda, insuperable:  
¡es la blanca columnita cimbradora

que se yergue y balancea;

que se yergue, columpiando la presea  
de tus rizos, de tus ojos, de tu faz encantadora!

Como bloques de azucenas,

como bloques de azucenas de la aurora,  
tras la gasa de la niebla: ¡son tus pechos!

Sacros pechos

por el ángel de tu guarda sólo vistos:

¡son dos ramos de azucenas de la aurora

que pusieron las vestales,  
que pusieron, bajo tules virginales,  
en el trono de Carrara de la Virgen, mi Señora!,  
ramilletes maternos

ἄ στυῆνῶσσι καὶ σῆλαρῶ ἀπ' ἡλῆϊας,  
rodeados de cedrones: ¡son tus manos!

Nobles manos,  
vaieras y sabientes y prolijas:  
son tisanas maternas de alélies  
para todos los dolores:  
¡Triunfadoras del azúcar y las flores,  
de vendajes y brocados, de utensilios y rubíes!

Mecanismos de diamantes,  
de diamantes en espumas incrustados,  
¡tus graciosos, adorables piececitos!  
Piececitos,  
como aquellos de los ángeles de Reni:  
¡son diamantes en aljófara incrustados,  
son motores cadenciosos  
que golpean, cadenciosos y orgullosos  
de sentirse con la gloria de tu cuerpo coronados!

Arreboles matinales,  
matinales arreboles como velos  
recamados de oro puro: ¡son tus ropas!

Largas ropas,  
que la curva de tu cuerpo transparentan:  
son celajes recamados como velos  
por la luz de la mañana,  
con la luz que va filtrando soberana,  
por el tul abullonado del ropaje de los cielos.

Bella página de un libro,  
bella página de un libro de oraciones  
con estampas bizantinas: ¡tus afectos!

¡Tus afectos  
transparentes y profundos como el éter:

son la página del libro de oraciones  
donde rezan los nenitos,  
donde buscan los nenitos, ¡pobrecitos!,  
las Madonas y los Cristos de radiantes corazones!  
¡Como cítaras angélicas,  
como notas inefables de ocarinas  
que bajaran de lo alto: sus acentos!  
¡Tus acentos,  
cuando paras, cuando lloras, cuando ríes:  
ora típles, ora graves!  
¡Son escalas fugitivas de los claves,  
y brillantes pizzicatos de las tiernas mandolinas!  
¡Como lámpara votiva  
que llenase de fulgores el santuario  
de algún pálido Ecce Homo: tu gran alma!  
¡Sí, tu alma  
de una grande femenina fortaleza:  
es la lámpara votiva del santuario  
que fulgura dulcemente, santamente,  
sus bondades luminosas, en la Cruz de mi calvario!  
¡Como el bíblico Poeta,  
como el Rey de los proverbios seculares,  
que no pasan, que no mueren, yo te canto!  
¡Sí, te canto,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
con palabras que retumben seculares,  
que no pasen, que no mueran,  
que los hombres para siempre las profieran,  
como el cántico sublime del Cantar de los Cantares.

# JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Uruguayo

1855 ?

## TABARE

(Fragmentos.)

### INTRODUCCIÓN

Levantaré la losa de una tumba ;  
e internándome en ella,  
encenderé en el fondo el pensamiento  
que alumbrará la soledad inmensa.

Dadme la lira, y vamos: la de hierro,  
la más pesada y negra ;  
ésa, la de apoyarse en las rodillas,  
y sostenerse con la mano trémula.

Mientras la azota el viento temeroso  
que silba en las tormentas,  
y, al golpe del granizo restallando,  
sus acordes difunde en las tinieblas ;

la de cantar sentado entre las ruinas  
como el ave agorera ;  
la que, arrojada al fondo del abismo,  
del fondo del abismo nos contesta.

Al desgranarse las potentes notas<sup>o</sup>  
de sus heridas cuerdas,  
despertarán los ecos que han dormido  
sueño de siglos en la oscura huesa ;

y forjarán la estrofa que revele  
lo que la muerte piensa ;  
resurrección de voces extinguidas,  
extraño acorde que en mi mente sueña.

... ..

Vosotros, los que amáis los imposibles,  
los que vivís la vida de la idea;  
los que sabéis de ignotas muchedumbres  
que los espacios infinitos pueblan;

... ..

los que escucháis quejidos y palabras  
en el triste rumor de la hoja seca,  
y algo más que la idea del invierno  
próximo y frío a vuestra mente llega,

al mirar que los vientos otoñales  
los árboles desnudan, y los dejan  
ateridos, inmóviles, deformes,  
como esqueletos de hermosuras muertas;

seguidme hasta saber de esas historias  
que el mar y el cielo y el dolor nos cuentan;  
que narran el ombú de nuestras lomas,  
el verde cancelón de las riberas.

... ..

Seguidme juntos a escuchar las notas  
de una elegía que en la patria nuestra  
el bosque entona cuando queda solo,  
y todo duerme entre sus ramas quietas;

crecen laureles, hijos de la noche,  
que esperan lirás para asirse a ellas,  
allá en la oscuridad en que aun palpita  
el grito del desierto y de la selva.

... ..

Allí cuajó en mi mente, obedeciendo  
a una atracción secreta,  
y entre risas, y llantos, y alaridos,  
se alzó la sombra de la raza muerta:

de aquella raza que pasó desnuda  
y errante por mi tierra,  
como el eco de un ruego no escuchado  
que, camino del cielo, el viento lleva.

... ..

¡Ah, no!; no pasarás, como la nube  
que el agua inmóvil en su faz refleja;  
como esos sueños de la media noche  
que en la mañana ya no se recuerdan:

Yo te ofrezco, ¡oh ensueño de mis días!,  
la vida de mis cantos, que en la tierra  
vivirán más que yo... ¡Palpita y anda,  
forma imposible de la estirpe muerta!

## LIBRO PRIMERO

### *Canto I*

*El Uruguay y el Plata*  
vivían su salvaje primavera;  
la sonrisa de Dios de que nacieron  
aun palpita en las aguas y en las selvas;  
... ..  
aun alienta en el viento  
que cimbra blandamente las palmeras,  
que remece los juncos de la orilla  
y las hebras del sauce balancea;

y hasta el río dormido  
baja, en el rayo de las lunas llenas,  
para enhebrar diamantes en las olas  
y resbalar o retorcerse en ellas.

... ..

El himno de sus olas  
resbala melodioso en sus arenas,

mezclando sus solemnes pensamientos  
con el del blando acorde de la selva ;

y al grito temeroso  
que lanzan en los aires sus tormentas,  
contesta el grito de una raza humana  
que aparece desnuda en las riberas.

## LIBRO SEGUNDO

### *Canto V*

Desleída en las tintas de la aurora,  
la luz se disolvió de las estrellas ;  
la risa de los cielos  
ha despertado el himno de la tierra.

El ombú, solitario de las lomas,  
la copa verde apenas balancea ;  
el sauce besa al río,  
y el talle esbelto cimbran las palmeras.

Su carnoso ropaje verdinegro  
sacude el canelón de las riberas ;  
la flor del camalote,  
morada y blanca, en la corriente juega.

Como gotas de sangre que sonríen,  
las margaritas rojas se despiertan ;  
despiertan las azules  
y esas hijas sin nombre de la hierba,

de un amarillo y blanco deslumbrantes,  
que en el campo se cuentan  
como en las claras noches de diciembre  
se cuentan en el cielo las estrellas.

Todas las hojas brillan; una savia  
    joven y turbulenta  
circula por las cañas y los juncos,  
da ternura a los brazos de la hiedra,  
... ..

y cual ropas tendidas por la noche  
    a secar en la arena,  
desparramados vense entre espadañas  
flamencos y gaviotas y cigüñas.

## LIBRO TERCERO

### *Canto I*

... ..  
    Virgenes transparentes  
que os colgáis en las ramas de los molles,  
y os columpiáis, con vuestros pies trazando  
rayas de luz sobre la linfa inmóvil,

    y en esas lacias hebreas  
con que acaricia el sauce al camalote  
subís y descendéis, llevando al río  
rayos de luna en haces brilladores;

    o hundidas en un lecho de espadañas  
os reclináis en los desiertos bordes,  
a escuchar el secreto de las olas  
que transformáis en trémulas canciones;

    Pobladores del aire  
    leves y multiformes,  
hijos de los crepúsculos azules  
que con las alas embozáis los montes.

... ..

Almas de los murmullos,  
espíritus errantes de las flores  
que, al murmurar, hacéis más perceptible  
el solemne silencio de los orbes,

... ..

Infundid en ese indio  
que ahora penetra en el callado bosque  
los latidos postreros de una raza  
que a vuestro acento viven y responden;

latidos de esperanzas imposibles,  
rudo y último acorde  
de las arpas malditas que sonaron  
pulsadas por la muerte y los dolores.

... ..

Es Tabaré: Penetra nuevamente  
a su nativo bosque,  
cuyos añosos árboles lo miran  
y a su paso sus troncos interponen.

Y le tienden los brazos descarnados  
con raras contorsiones,  
como fantasmas que en inmóvil danza  
cruzan y se retuercen por el monte.

Y en torno de él se agrupan a mirarlo,  
y así que lo conocen,  
después de herirlo con los brazos negros,  
se dispersan en todas direcciones.

Y los duros lagartos, al sentirlo,  
hacia sus cuevas corren,

y asoman las cabezas puntiagudas,  
y el largo cuerpo sin calor encogen.

Y las ranas se callan un instante  
mientras pasa, y sus voces,  
como largos quejidos, a su espalda  
cuando ha pasado, nuevamente se oyen.

Y los nocturnos pájaros lo siguen  
en negras procesiones:  
el chajá dando saltos por el suelo,  
chirriando esos murciélagos enormes,

que, como manchas de la misma sombra,  
la oscuridad recorren,  
persiguiendo los átomos o huyendo,  
atolondrados, de invisible azote.

Detrás de cada tronco, acurrucada,  
parece que se esconde  
alguna cosa que, al pasar el indio,  
sigue tras él con movimiento torpe.

El siente a sus espaldas ese mundo  
que su alma sobrecoje;  
mas no se vuelve y apresura el paso  
y sigue, y sigue sin saber a dónde.

¿Cuánto anduvo? El indio no lo sabe.  
Era la media noche  
quizá, cuando, rendido por la fiebre,  
detúvose entre rudas convulsiones,

pues la luna, en lo alto de los cielos,  
los transparentes bordes

de las nubes plumizas encendía  
franjeándolas de tenues resplandores,

de las que ante su disco se atraviesan,  
parecen los jirones  
las siluetas de negros cocodrilos  
que la infinita soledad recorren;

palidecen lejanas las estrellas  
que, desde lo alto, vuelan hacia el Norte;  
la cruz del Sur se inclina esplendorosa  
con los brazos tocando el horizonte.

Tabaré escucha: En el profundo hueco  
de sus ojos inmóviles  
introduce sus dedos el delirio  
que atruena su cabeza con sus voces;

y ora fugaces, ora persistentes,  
comenzaron entonces  
a hablar y cobrar vida los espacios,  
la tierra, el aire, el corazón del bosque.

... ..

## LIBRO TERCERO

### *Canto V*

... ..

Quejidos de palomas invisibles,  
y voces de calandrias,  
y notas como golpes sonoros  
de los dormidos sauces se desgranán,

y pueblan el silencio de los aires,  
mezclados con las ráfagas

de aromas puros, hálito del campo,  
y de perdidas flores ignoradas,

a grave paso y lento, la cigüeña  
recorre las cañadas,  
o rozando los juncos al alzarse  
los abanica con sus alas blancas,

y, vagando a compás firme y solemne,  
tranquila se adelanta,  
y se aleja y se aleja hasta perderse  
diluida en el aire y la distancia.

En las aguas inmóviles  
se reflejan las garzas,  
que dormitan o cruzan cadenciosas,  
como formas de espuma, entre las cañas;

los insectos se cuelgan  
en sus hilos de plata,  
o trepan por sus redes, que parecen  
hebras de sol o cristalinas arpas;

y con Blanca en los brazos  
sigue el indio su marcha,  
despertando a su paso en la maleza  
los venados, que huyendo se levantan;

y en la lejana cumbre de la loma  
a mirarlo se paran,  
proyectando en el cielo la silueta  
del cuerpo esbelto y enramadas astas.

... ..

# CALIXTO OYUELA

Argentino

1857

1935

## ENSUEÑO

Siempre grata a mi oído  
sonó tu dulce voz. y la armonía  
de tu gentil semb'ante, otra más honda  
y vibradora por mí ser difunde.  
Cuando llegas a mí, siento que vuela  
el polvo que en el alma  
va la vida sin tregua acumu'ando,  
y todo en ella fresco reverdece  
con vigor juvenil, como la tierra  
húmeda aun tras la fecunda lluvia  
y sonreída por el sol. ¡Qué lumbres  
de amor despiden tus radiantes ojos!  
¡Y qué tenaz enjambre de deseos  
de tu redondo cuello en torno vuela  
y el ritmo sigue de su andar! Ascienes,  
astro de amor, inmenso y solitario,  
por el sombrío espacio de mi alma,  
y abriendo a trechos sus flotantes nubes,  
con tu esplendor sereno la iluminas.  
Y tú este afecto ignorarás por siempre,  
y esa secreta conmoción profunda  
en que mi triste corazón se agita  
al mirarte pasar, cuando inflamado  
en amor, en tormentos y delicias,  
en lo infinito del sentir se pierde.

# MANUEL JOSE OTHON

Mexicano

1858            1906

## EN EL DESIERTO

*A Alfonso Toro.*

A fuerza de pensar en tus historias  
y sentir con tu propio sentimiento,  
han venido a agolparse al pensamiento  
rancios recuerdos de perdidas glorias.

Y evocando tristísimas memorias,  
porque siempre lo ido es triste, siento  
amalgamar el oro de tu cuento  
de mi viejo Román con las escorias.

¿He interpretado tu pasión? Lo ignoro;  
que me apropio, al narrar, algunas veces  
el goce extraño y el ajeno lloro.

Sólo sé que, si tú los encareces  
con tu ardiente pincel, serán de oro  
mis versos, y esplendor sus lobregueces.

### I

¿Por qué a mi helada soledad viniste  
cubierta con el último celaje  
de un crepúsculo gris?... Mira el paisaje,  
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste  
tu corazón, bien vengas al salvaje

desierto, donde apenas un miraje  
de lo que fué mi juventud existe,

Mas si acaso no vienes de tan lejos,  
y en tu alma aun del placer quedan los dejos,  
puedes tornar a tu revuelto mundo.

Si no, ven a lavar tu cyprio manto  
en el mar amarguísimo y profundo  
de un triste amor o de un inmenso llanto.

## II

Mira el paisaje: inmensidad abajo;  
inmensidad, inmensidad arriba;  
en el hondo perfil la sierra altiva  
al pie minada por horrendo tajo.

Bloques gigantes que arrancó de cuajo  
el terremoto de la roca viva;  
y en aquella sabana pensativa  
y adusta, ni una senda, ni un atajo.

Asoladora atmósfera candente,  
do se incrustan las águilas serenas,  
como clavos que se hunden lentamente.

Silencio, lobreguez, pavor tremendos  
que viene sólo a interrumpir apenas  
el galope triunfal de los berreídos.

## III

En la estepa maldita, bajo el peso  
de sibilante brisa que asesina,

yergues tu talla escultural y fina,  
como un relieve en el confín impreso.

El viento entre los médanos opreso,  
canta cual una música divina,  
y finge bajo la húmeda neblina  
un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos  
un dardo negro de pasión y enojos  
que en mi carne y mi espíritu se clava;

y, destacada contra el sol muriente,  
como un airón flotando inmensamente  
tu bruna cabellera de india brava.

#### IV

La llanura amarguísima y salobre,  
enjuta cuenca de océano muerto,  
y en la gris lontananza, como puerto,  
el peñascal, desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto  
aterradora lobreguez, y sobre  
tu piel tostada por el sol, el cobre  
y el sepia de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna  
del peñascal bajo la enorme arruga  
es para nuestro amor nido y caverna,

las lianas de tu cuerpo retorcidas  
en el torso viril que te subyuga,  
con una gran palpitación de vida.

## V

¡Qué enferma y dolorida lontananza!  
¡Qué inexorable y hosca la llanura!  
Flota en todo el paisaje tal pavura  
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza..., avanza..., avanza,  
parece con su trágica envoltura  
el alma ingente, plena de amargura,  
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros oprimidos  
por la angustia de todas las pasiones,  
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo el sol ya muerto;  
¡y en nuestros desgarrados corazones,  
el desierto, el desierto... y el desierto!

## VI

¡Es mi adiós!... Allá vas, bruna y austera,  
por las planicies que el bochorno escalda,  
al verberar tu ardiente cabellera  
como una maldición sobre tu espalda.

En mis desolaciones, ¿qué me espera?...  
(ya apenas veo tu arrastrante falda)  
una deshojazón de primavera  
y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruido  
mi corazón, y todo en el expira.  
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!

Aun te columbro, y ya olvidé tu frente;  
sólo, ¡ay!, tu espalda miro, cual se mira  
lo que huye y se aleja eternamente.

## ENVIO

En tus aras quemé mi último incienso  
y deshojé mis postrimeras rosas.  
Do se alzaban los templos de mis diosas  
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso,  
qué andar por entre ruinas y entre fosas!  
¡A fuerza de pensar en tales cosas,  
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó!... ¿Qué resta ya de tanto y tanto  
deliquio? En ti ni la moral dolencia  
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo!  
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia,  
y qué horrible disgusto de mí mismo!

## SONETO

En los collados y en la selva inculta  
del maternal amor se muestra el celo:  
oye el ave el reclamo, deja el cielo  
y acude al nido que el ramaje oculta.

Entre las hojas de la encina adulta  
se siente el ensayar del primer vuelo,  
y en el pico de rosa del polluelo  
su pico de ámbar la torcaz sepulta.

Muge la vaca en tanto que se aleja  
la cría por las quebradas del camino  
y al blando son de la amorosa queja,

tiembla cual amapola sobre el lino,  
la roja lengüecilla de la oveja  
del cordero en el blanco vellocino.

## O C A S O

He aquí, pintor, tu espléndido paisaje:  
en lago oscuro, ráfagas marinas  
empapadas en tintas cremesinas  
y en el azul profundo del celaje;

un tronco que columpia su ramaje  
al soplo de las auras vespertinas  
y manchadas de verde las colinas  
y de amarillo el fondo del bosque;

un peñasco de líquenes cubierto;  
una faja de tierra iluminada  
por el último rayo del sol muerto;

y, de la tarde al resplandor escaso,  
una vela a lo lejos, anegada  
en la divina calma del ocaso.

# MANUEL GUTIERREZ NAJERA

Mexicano

1859

1895

## LA DUQUESA JOB

En dulce charla de sobremesa,  
mientras devoro fresa tras fresa  
y abajo ronca tu perro Bob,  
te haré el retrato de la duquesa  
que adora a veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana  
caricatura, ni la poblana  
de enagua roja que Prieto amó;  
no es la criadita de pies nudosos,  
ni la que sueña con los gomosos  
y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,  
no tiene humos de gran señora:  
es la griseta de Paul de Kock.  
No baila "boston", y desconoce  
de las carreras el alto goce  
y los placeres del "five o'clock".

Pero ni el sueño de algún poeta,  
ni los querubes que vió Jacob,  
fueron tan bellos cual la coqueta  
de ojitos verdes, rubia griseta  
que adora a veces el duque Job.

Si pisa alfombra no es en su casa,  
si por Plateros alegre pasa

y la saluda Madame Marnat,  
no es, sin disputa, porque la vista,  
si porque a casa de otra modista  
desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,  
pero es tan guapa y es tan bonita,  
y tiene un cuerpo tan "v'lan", tan "pschutt",  
de tal manera trasciende a Francia,  
que no le igualan en elegancia  
ni las clientes de Helene Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa  
hasta la esquina del Jockey Club,  
no hay española, yankee o francesa  
ni más bonita ni más traviesa  
que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo  
en las baldosas! ¡Con qué meneo  
luce su talle de tentación!  
¡Con qué atractivo de aristocracia  
mira a los hombres, y con qué gracia  
frunce los labios —¡Mimi Pinsón!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,  
ella, ligera como una cebra,  
sigue camino del almacén;  
pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!  
Nadie le salva del sombrillazo  
que le descarga sobre la sien.

¡No hay en el mundo mujer más linda!  
¡Pie de andaluza, boca de guinda,

“esprit” rociado de Veuve Clicot ;  
talle de avispa, cutis de ala,  
ojos traviosos de colegiala  
como los ojos de Louise Theo !

Agil, nerviosa, blanca, delgada,  
media de seda bien estirada,  
gola de encaje, corsé de ¡ crac !,  
nariz pequeña, garbosa, cuca,  
y palpitantes sobre la nuca  
rizos tan rubios como el coñac.

Sus ojos verdes bailan el tango ;  
nada hay más bello que el arremango  
provocativo de su nariz.  
Por ser tan joven y tan bonita,  
cual mi sedosa blanca gatita,  
diera sus pajes la emperatriz.

¡ Ah ! Tú no has visto cuando se peina,  
sobre sus hombros de rosa reina  
caer los rizos en profusión.  
¡ Tú no has oído que alegre canta,  
mientras sus brazos y su garganta  
de fresca espuma cubre el jabón !

¡ Y los domingos !... ¡ Con qué alegría  
oye en su lecho bullir el día  
y hasta las nueve quieta se está !  
¡ Cuál se acurruca la perezosa,  
bajo la colcha color de rosa,  
mientras a misa la criada va !

La breve cofia de blanco encaje  
cubre sus rizos, el limpio traje

aguarda encima del canapé;  
altas, lustrosas y pequeñitas  
sus puntas muestran las dos botitas,  
abandonadas del catre al pie.

Después, ligera, del lecho brinca;  
¡oh, quién la viera cuando se hinca  
blanca y esbelta sobre el colchón!  
¿Qué vale junto de tanta gracia  
las niñas ricas, la aristocracia,  
ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;  
con apetito los dos tomamos  
un par de huevos y un buen "beefsteak".  
media botella de rico vino,  
y en coche, juntos, vamos camino  
del pintoresco Chapultepec.

Desde las puertas de la Sorpresa  
hasta la esquina del Jockey Club,  
no hay española, yankee o francesa,  
ni más bonita ni más traviesa  
que la duquesa del duque Job.

### PARA ENTONCES

Quiero morir cuando decline el día,  
en alta mar y con la cara al cielo;  
donde parezca sueño la agonía,  
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,  
ya con el cielo y con el mar a solas,  
más voces ni plegarias sollozantes  
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz triste retira  
sus áureas redes de la onda verde,  
y ser como ese sol que lento expira:  
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven: antes que destruya  
el tiempo aleve la gentil corona;  
cuando la vida dice aún: soy tuya,  
aunque sepamos bien que nos traiciona!

## DE BLANCO

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?  
¿Qué cosa más pura que místico cirio?  
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?  
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?  
¿Qué cosa más santa que el ara divina  
de gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla;  
con túnica blanca, tejida de niebla,  
se envuelve a lo lejos feudal torreón;  
erguida en el huerto la trémula acacia,  
al soplo del viento sacude con gracia  
su níveo pompón.

¿No ves en el monte la nieve que albea?  
La torre muy blanca domina la aldea,  
las tiernas ovejas triscando se van;  
de cisnes intactos el lago se llena,  
columpia su copa la enhiesta azucena  
y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura,  
de nieve parecen las canas del cura,  
vestido con alba de lino sutil;

cien niñas hermosas ocupan las bancas,  
y todas vestidas con túnicas blancas  
en ramos ofrecen las flores de abril.

Subamos al coro: la virgen propicia  
escucha los rezos de casta novicia  
y el Cristo de mármol expira en la cruz;  
sin mancha, se yerguen las velas de cera,  
de encaje es la tenue cortina ligera  
que ya transparente del alba la luz.

Bajemos al campo: tumultos de plumas  
parece el arroyo de blancas espumas  
que quieren, cantando, correr y saltar;  
su airosa mantilla de fresca neblina  
terció la montaña; la vela latina  
de barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa  
y el agua refresca sus hombros de Diosa,  
sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;  
cantando y risueña se ciñe la enagua,  
y trémulas brillan las gotas del agua  
en su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieve! ¡Oh inmensa blancura  
que esparces doquiera tu casta hermosura!  
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!  
Tú estás en la estatua de eterna belleza;  
de tu hábito blanco nació la pureza,  
¡al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega a la vida;  
coronas las sienes de fiel prometida,  
al paje revistes de rico tisú.

¡Qué blancos son, reina, los mantos de armiño!  
¡Qué blanca es, ¡oh madres!, la cuna del niño!  
¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

En sueños ufanos de amores contemplo  
alzarse muy blancas las torres de un templo  
y oculto entre lirios abrirse un hogar;  
el velo de novia se prende a tu frente,  
cual nube de gasa cayó lentamente  
y viene en tus hombros su encaje a posar.

### DESPUES...

¡Sombra, la sombra sin orillas, esa  
que no ve, que no acaba!...  
La sombra en que se ahogan los luceros...  
¡esa es la que busco para mi alma!  
Esa sombra es mi madre, buena madre,  
¡pobre madre enlutada!  
Esa me deja que en su seno lllore  
y nunca de su seno me rechaza...  
¡Dejadme ir con ella, amigos míos,  
es mi madre, es mi patria!

¿Que mar me arroja? ¿De qué abismo vengo?  
¿Qué tremenda borrasca  
con mi vida jugó? ¿Qué ola clemente  
me ha dejado en la playa?  
¿En qué desierto suena mi alarido?  
¿En qué noche infinita va mi alma?  
¿Por qué, prófugo, huyó mi pensamiento?  
¿Quién se fué? ¿Quién me llama?  
¡Todo sombra! ¡Mejor! ¡Que nadie mire!  
¡Estoy desnudo! ¡Ya no tengo nada!

Poco a poco rasgando la tiniebla,  
como puntas de dagas,  
asoman a mi mente los recuerdos  
y oigo voces confusas que me hablan.  
No sé a qué mar cayeron mis ideas...  
con las olas luchaban...  
¡Yo vi cómo convulsas se acogían  
a las flotantes tablas!  
La noche era muy negra..., el mar muy hondo...  
¡y se ahogaban..., se ahogaban!  
¿Cuántas murieron? ¿Cuántas regresaron,  
náufragos desvalidos, a la playa?  
... ¡Sombra la sombra sin orillas, ésa,  
ésa es la que busco para mi alma!

Muy alto era el peñón cortado a pico,  
¡sí, muy alto, muy alto!  
Agua iracunda hervía  
en el oscuro fondo del barranco.  
¿Quién me arrojó? Yo estaba en esa cumbre...  
¡Y ahora estoy abajo!  
Caí, como la roca descuajada  
por titánico brazo.  
Fuí águila tal vez y tuve alas...  
¡Ya me las arrancaron!  
Busco mi sangre, pero sólo miro  
agua negra brotando;  
y vivo, sí, mas con la vida inmóvil  
del abrupto peñasco...  
¡Cae sobre mí; sacúdeme, torrente!  
¡Fúndeme con tu fuego, ardiente rayo!  
¡Quiero ser onda y desgarrar mi espuma  
en las piedras del tajo!...  
Correr..., correr..., al fin de la carrera  
perderme en la extensión del Océano.

El templo colosal, de nave inmensa,  
está mudo y sombrío;  
sin llores el altar, negro, muy negro;  
¡apagados los cirios!  
Señor, ¿en dónde estás? ¡Te busco en vano!...  
¿En dónde estás, oh, Cristo?  
¡Te llamo con pavor porque estoy solo,  
como llama a su padre el pobre niño!  
¡Y nadie en el altar! ¡Nadie en la nave!  
¡Todo en tinieblas sepulcra! hundido!  
¡Habla! ¡Que suene el órgano! ¡Que vea  
en el desnudo altar arder los cirios!...  
¡Ya me ahogo en la sombra..., ya me ahogo!  
¡Resucita, Dios mío!

¡Una luz! ¡Un relámpago!... Fué acaso  
que despertó una lámpara!  
¡Ya miro, sí! ¡Ya miro que estoy solo!...  
¡Ya puedo ver mi alma!  
Ya vi que de la cruz te desclavaste  
y que en la cruz no hay nada...  
Como ésas son las cruces de los muertos...,  
los pomos de las dagas...  
¡Y es puñal, sí, porque su hoja aguda  
en mi pecho se encaja!  
Ya ardieron de repente mis recuerdos,  
ya brillaron las velas apagadas...  
Vuelven al coro, tétricos, los monjes,  
y vestidos de luto se adelantan...  
Traen un cadáver..., rezan..., ¡oh, Dios mío,  
todos los cirios con tu soplo apaga!...  
¡Sombra, la sombra sin orillas, ésa,  
ésa es la que busco para mi alma!

## PAX ANIMAE

*(Después de leer a dos poetas)*

¡Ni una palabra de dolor blasfemo!  
Sé altivo, sé gallardo en la caída,  
¡y ve, poeta, con desdén supremo  
todas las injusticias de la vida!

No busques la constancia en los amores,  
no pidas nada eterno a los mortales,  
y haz, artista, con todos tus dolores  
excelsos monumentos sepulcrales.

En mármol blanco tus estatuas labra,  
castas en la actitud, aunque desnudas,  
y que duerma en sus labios la palabra...  
y se muestren muy tristes..., ¡pero mudas!

¡El nombre!... ¡Débil vibración sonora  
que dura apenas un instante! ¡El nombre! ..  
¡Idolo torpe que el iluso adora!  
¡Última y triste vanidad del hombre!

¿A qué pedir justicia ni clemencia  
—si las niegan los propios compañeros—  
a la glacial y muda indiferencia  
de los desconocidos venideros?

¿A qué pedir la compasión tardía  
de los extraños que la sombra esconde?  
¡Duermen los ecos de la selva umbría,  
y nadie, nadie a nuestra voz responde!

En esta vida el único consuelo  
es acordarse de las horas bellas,  
y alzar los ojos para ver el cielo...  
cuando el cielo está azul o tiene estrellas.

Huir del mar, y en el dormido lago  
disfrutar de las ondas el reposo...  
Dormir... soñar... El Sueño, nuestro mago,  
¡es un sublime y santo mentiroso!

...¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho  
pide venganza la reciente herida...;  
pero... ¡perdona el mal que te hayan hecho!,  
¡todos están enfermos de la vida!

Los mismos que de flores se coronan  
para el dolor, para la muerte nacen...  
Si los que tú más amas te traicionan,  
¡perdónalos, no saben lo que hacen!

Acaso esos instintos heredaron  
y son los inconscientes vengadores  
de razas o de estirpes que pasaron  
acumulando todos los rencores.

¿Eres, acaso, el juez? ¿El impecable?  
¿Tú la justicia y la piedad reúnes?  
...¿Quién no es fugitivo responsable  
de alguno o muchos crímenes impunes?

¿Quién no ha mentido amor y ha profanado  
de un alma virgen el sagrario augusto?  
¿Quién está cierto de no haber matado?  
¿Quién puede ser el justiciero, el justo?

¡Lágrimas y perdón para los vivos!  
Y así, de amor y mansedumbre llenos,  
seremos cariñosos, compasivos...  
Y alguna vez acaso, acaso, buenos.

¿Padeces? Busca a la gentil amante,  
a la impasible e inmortal belleza,  
y ve apoyado, como Lear errante,  
en tu joven Cordelia: la tristeza.

Mira: se aleja perezoso el día...  
¡Qué bueno es descansar! El bosque oscuro  
nos arrulla con lánguida armonía.  
El agua es virgen. El ambiente es puro.

La luz, cansada, sus pupilas cierra;  
se escuchan melancólicos rumores,  
y la noche, al bajar, dice a la tierra:  
"¡Vamos, ya está... ya duérmete... no llores!"  
.....

Recordar... perdonar... Haber amado...  
Ser dichoso un instante, haber creído...  
Y luego... reclinarse fatigado  
en el hombro de nieve del olvido.

Sentir eternamente la ternura  
que en nuestros pechos jóvenes palpita  
y recibir, si llega, la ventura  
como a hermosa que viene de visita.

Siempre escondido lo que más amamos:  
¡siempre en los labios el perdón risueño;  
hasta que, al fin, ¡oh tierra!, a ti vayamos  
con la invencible laxitud del sueño!



Esa ha de ser la vida del que piensa  
en lo fugaz de todo lo que mira,  
y se detiene, sabio, ante la inmensa  
extensión de tus mares. ¡oh mentira!

Corta las flores, mientras haya flores;  
perdona las espinas a las rosas...  
¡También se van y vuelan los dolores  
como turbas de negras mariposas!

Ama y perdona. Con valor resiste  
lo injusto, lo villano, lo cobarde...  
¡Hermosamente pensativa y triste  
está al caer la silenciosa tarde!  
... ..

Quando el dolor mi espíritu sombrea  
busco en las cimas claridad y calma,  
¡y una infinita compasión albea  
en las heladas cumbres de mi alma!

(*Poesías*, 1896.)

## LA SERENATA DE SCHUBERT

### I

¡Oh, qué dulce canción! Límpida brota  
esparciendo sus blancas armonías,  
y parece que lleva en cada nota  
¡muchas tristezas y ternuras mías!

¡Así hablara mi alma, si pudiera!  
¡Así dentro del seno,  
se quejan, nunca oídos, mis dolores!  
Así en mis luchas, de congoja lleno,  
digo a la vida: —Déjame ser bueno.  
¡Así sollozan todos mis amores!

¿De quién es esa voz? Parece alzarse  
junto del lago azul, en noche quieta,  
subir por el espacio, y desgranarse  
al tocar el cristal de la ventana  
que entrecubre la novia del poeta.  
¿No lo oís cómo dice: "Hasta mañana"?

¡Hasta mañana; amor! El bosque espeso  
cruza, cantando, el venturoso amante,  
y el eco vago de su voz distante  
decir parece: "¡Hasta mañana, beso!"

¿Por qué es preciso que la dicha acabe?  
¿Por qué la novia queda en la ventana,  
y a la nota que dice: "¡Hasta mañana!"  
el corazón responde: "¿Quién lo sabe?"

¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!  
¡Qué azules brincan las traviesas olas!  
En el sereno ambiente, ¡cuánta luna!  
Mas las almas, ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata  
de la atmósfera tibia y transparente,  
como una Ofelia náufraga y doliente,  
¡va flotando la tierna serenata!...

Hay ternura y dolor en ese canto,  
y tiene esa amorosa despedida  
la transparencia nítida del llanto,  
¡y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿Por qué lloran?  
Parecen ilusiones que se alejan;  
sueños amantes que piedad imploran,  
y como niños huérfanos se quejan.

Bien sabe el trovador cuán inhumana  
para todos los buenos es la suerte,  
que la dicha es de ayer... y que "mañana"  
es el dolor, la oscuridad, ¡la muerte!

## II

El alma se compunge y estremece  
al oír estas notas sollozadas...  
¡Sentimos, recordamos, y parece  
que surgen muchas cosas olvidadas!  
... ..

¡Un peinador muy blanco y un piano!  
Noche de luna y de silencio afuera...  
Un volumen de versos en mi mano,  
y en el aire ¡y en todo! primavera.

¡Qué olor de rosas frescas! en la alfombra;  
¡qué claridad de luna; qué reflejos!  
¡Cuántos besos dormidos en la sombra,  
y la muerte, la pálida, qué lejos!

En torno al velador, niños jugando...  
La anciana que en silencio nos veía...  
Schubert en tu piano sollozando,  
y en mi libro, Musset con su *Lucía*.

¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!  
¡Cuántos hermosos versos! ¡Cuántas flores!  
En tu hogar apacible, ¡cuán'ta calma!  
Y en mi pecho, ¡qué inmensa sed de amores!

Y todo ya muy lejos. Todo ido.  
¿En dónde está la rubia soñadora?

Hay muchas aves muertas en el nido,  
y vierte muchas lágrimas la aurora.

---

Todo lo vuelvo a ver... ¡Pero no existe!  
Todo ha pasado ahora... ¡Y no lo creo!  
Todo está silencioso, todo triste...  
y todo alegre, como entonces, veo.

Esta es la casa... ¡Su ventana, aquélla!  
Ese, el sillón en que bordar solía...  
La reja verde... y la apacible estrella  
que mis nocturnas pláticas oía!

Bajo el cedro robusto y arrogante,  
que allí domina la calleja oscura,  
por la primera vez y palpitante  
estreché con mis brazos su cintura.

Todo presente en mi memoria queda.  
La casa blanca y el follaje espeso...  
El lago azul... El huerto... La arboleda,  
donde nos dimos, sin pensarlo, un beso.

---

Y te busco cual antes te buscaba,  
y me parece oírte entre las flores,  
cuando la arena del jardín rozaba  
el percal de tus blancos peinadores.

Y nada existe ya. Calló el piano...  
Cerraste, virgencita, la ventana...  
y oprimiendo mi mano con tu mano,  
me dijiste también: "Hasta mañana".

¡Hasta mañana! Y el amor risueño  
no pudo en tu camino detenerte...  
Y lo que tú pensaste que era el sueño,  
fué sueño, ¡pero inmenso! ¡El de la muerte!

### III

¡Ya nunca volveréis, noches de plata!  
Ni unirán en mi alma su armonía,  
Schubert con su doliente serenata  
y el pálido Musset con su *Lucía*.

### LA CENA DE NOCHEBUENA

Acercaos a la mesa,  
mis recuerdos, porque os llamo,  
id saliendo de la huesa,  
muertecitos que yo amo.  
Cosas idas, cosas muertas,  
ilusiones ya perdidas,  
acercaos a mis puertas,  
cosas muertas, cosas idas.  
De la cena preparada,  
el salón está vacío,  
cae muy triste la nevada,  
tengo miedo, tengo frío,  
Convidados a mi cena,  
muertecitos que yo amo,  
acudid a mi reclamo,  
que esta noche es Nochebuena.  
Está abierta mi ventana  
y la lluvia la salpica,  
mientras oigo la campana

que repica,  
Buen amigo, pobre hermana,  
de mi casa los ausentes,  
venid todos tan aprisa,  
como a esta hora van a misa  
los creyentes.  
Pobre hermana que te fuiste,  
si vivieras todavía,  
cuando siento mi alma triste  
¡cuántas cosas te diría!  
Ven, y pronto, ven ahora.  
Cuando llegue la mañana  
y a la misa de la aurora  
llame lenta la campana,  
terminada ya la cena,  
podrás irte, podrás irte,  
y tendremos que decirte:  
¡Hasta la otra Nochebuena!  
Pero ahora, mi hermanita,  
reina aún la noche oscura,  
deja, pues, ¡oh muertecita!  
tu callada sepultura.

---

Son las doce. Jesús nace...  
Vuelvo el rostro al Nacimiento,  
y la cera se deshace  
combatida por el viento.  
Nadie cuida a los pastores,  
nadie canta villancicos,  
ni a la Virgen llevan flores  
los ancianos y los chicos.  
En el heno blanco y yerto  
está el Dios recién nacido,  
y al mirarlo allí dormido

me parece que está muerto.  
¡Fe de niño, ven al punto!  
Que tu voz me purifique...  
Y no viene, y me pregunto:  
¿Por qué dobla ese repique?

---

Del árbol en las ramas,  
mil velas arden,  
¡que no tarden los niños,  
que no se tarden!  
¿Por qué no vienen,  
si aquí tantos juguetes  
y dulces tienen?

Esta espada de acero  
para el más grande,  
y soldados de plomo  
a quienes mande.

Y esta muñeca rubia  
tan bien vestida,  
para la niña blanca,  
bien de mi vida.

Ya veréis cómo gritan  
los muy traviosos,  
y cómo los devora  
su madre a besos.

Pero el árbol se apaga,  
¡ninguno llega!  
Y en la desierta alcoba  
¡ni un niño juega!

---

Seres que venís de lejos,  
ansían vuestros cariños

los que tienen padres viejos ,  
y no tienen hijos niños.  
¡ Con qué impaciencia os imploro  
para mezclar con mis manos  
vuestros ricitos de oro  
entre sus cabellos canos !  
¡ Amor que ennoblece y salva,  
ven pronto a mi hogar estrecho,  
que ya a la misa del alba  
están tocando en mi pecho !

---

Mis viajeros pequeñitos  
mis ausentes adorados,  
los humildes muertecitos  
a mi cena convidados ;  
ya regresan de la misa  
los devotos, los creyentes...  
¡ Mis amigos, mis ausentes,  
daos prisa, daos prisa !  
Dejad ya, con planta breve,  
vuestro místico palacio ;  
caminando tan despacio  
vendréis yertos por la nieve !

---

Mi esperanza, que os desea  
como niña pobrecilla,  
en la blanca chimenea  
puso ya la zapatilla.  
Oír pienso vuestro paso,  
quiero ver y no me atrevo.  
¡ dejad pronto sobre el raso  
mi regalo de año nuevo !

¡No doblan las campanas,  
no, que repican!  
¡Plumas de alondra llueven,  
no nieve fría!  
Dios ha nacido.  
¡Jesús no yace muerto,  
que está dormido!

---

Casta ilusión que me alientas  
sueño de dicha sereno,  
si a mi cena te presentas,  
seré bueno, seré bueno.  
Ya no vacilo ni dudo;  
no miro mi hogar desierto,  
ni viendo al niño desnudo  
me imagino que está muerto.

Vive; con dulce sonrisa  
entre sencillos pastores,  
ve a los que vuelven de misa  
trayéndole muchas flores,  
No pienso con desconsuelo  
en los seres ya perdidos...  
¡Mis muertecitos queridos  
están cantando en el cielo!  
¡El alba tibia clarea,  
Venus en Oriente brilla!  
¡Dejemos la zapatilla  
en la blanca chimenea!

### EN ALTA NOCHE

¡Señor, Señor! Los mares de la idea  
tienen también sus rudas tempestades:

mi espíritu en la sombra titubea,  
como Pedro en el mar de Tiberiades.

Hierven las aguas en que yo navego,  
mi pobre esquife a perecer avanza...  
Tú, que la luz le devolviste al ciego,  
devuélvela a mi fe y a mi esperanza.

Surge, surge, Jesús, porque la vida  
ágil se escapa de mis brazos flojos;  
y el alma sin calor desfallecida,  
muy lentamente cierra ya los ojos.

Aparece en la inmensa noche oscura;  
las conciencias te llaman..., están solas,  
y pasa con tu blanca vestidura  
serenando el tumulto de las olas.

## JOSE ASUNCION SILVA

Colombiano

1860

1896

### CREPUSCULO

Junto de la cuna aun no está encendida  
la lámpara tibia que alegre y reposa,  
y se filtra opaca, por entre cortinas,  
de la tarde triste la luz azulosa.

Los niños, cansados, suspenden sus juegos;  
de la calle vienen extraños ruidos;  
en estos momentos, en todos los cuartos,  
se van despertando los duendes dormidos.

La sombra que sube por los cortinajes,  
para los hermosos oyentes pueriles,

se puebla y se llena con los personajes  
de los tenebrosos cuentos infantiles.

Flota en ella el pobre Rin Rin Renacuajo,  
corre y huye el triste Ratoncito Pérez,  
y la entenebrece la forma del trágico  
Barba Azul, que mata sus siete mujeres.

En unas distancias enormes e ignotas  
que por los rincones oscuros suscita,  
andan por los prados el Gato con Botas,  
y el Lobo que marcha con Caperucita.

Y, ágil caballero, cruzando la selva,  
do vibra el ladrido fúnebre de un gozque,  
a escape tendido va el Príncipe Rubio  
a ver a la Hermosa Durmiente del Bosque.

---

Del infantil grupo se levanta leve,  
argentada y pura una vocecilla  
que comienza: "Entonces se fueron al baile  
y dejaron sola a Cenicientilla;

se quedó la pobre triste en la cocina,  
de llanto, de pena nublados los ojos,  
mirando los juegos extraños que hacían  
en las sombras negras los carbones rojos.

Pero vino el hada, que era su madrina,  
le trajo un vestido de encaje y crespones,  
le hizo un coche de oro de una calabaza,  
convirtió en caballos unos seis ratones,

le dió un ramo enorme de magnolias húmedas,  
unos zapatitos de vidrio, brillantes,

y de un solo golpe de la vara mágica  
las cenizas grises convirtió en diamantes."

---

Con atento oído las niñas la escuchan;  
las muñecas duermen en la blanca alfombra,  
medio abandonadas, y en el aposento  
la luz disminuye, se aumenta la sombra.

---

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas,  
llenos de paisajes y de sugerencias,  
que abris a lo lejos amplias perspectivas  
a las infantiles imaginaciones!

¡Cuentos que nacisteis en ignotos tiempos  
y que vais volando por entre lo oscuro,  
desde los potentes arios primitivos  
hasta las enclenques razas del futuro!

¡Cuentos que repiten sencillas nodrizas  
muy paso a los niños cuando no se duermen,  
y que en sí atesoran del sueño poético  
el íntimo encanto, la esencia y el germen!

¡Cuentos más durables que las convicciones  
de graves filósofos y sabias escuelas,  
y que rodeasteis con vuestras ficciones  
las cunas doradas de las bisabuelas!

¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas,  
que pobláis los sueños confusos del niño,  
el tiempo os sepulta por siempre en el alma  
y el hombre os evoca con hondo cariño!

## LOS MADEROS DE SAN JUAN

... Y aserrín  
aserrán,  
los maderos  
de San Juan  
piden queso,  
piden pan;  
los de Roque,  
Alfandoque;  
los de Rique,  
Alfeñique;  
los de Trique,  
Triquitrán,  
¡ Triqui, triqui, triqui, tran!  
¡ Triqui, triqui, triqui, tran!...

Y en las rodillas duras y firmes de la abuela  
con movimiento rítmico se balancea el niño,  
y entrambos agitados y trémulos están...  
La abuela se sonríe con maternal cariño,  
mas cruza por su espíritu como un temor extraño  
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,  
los días ignorados del nieto guardarán...

Los maderos  
de San Juan  
piden queso,  
piden pan;  
¡ triqui, triqui, triqui, tran!

¡ Esas arrugas hondas recuerdan una historia  
de largos sufrimientos y silenciosa angustia!,  
y sus cabellos blancos como la nieve están;  
... de un gran dolor el sello marcó la frente mustia,

y son sus ojos turbios espejos que empañaron  
los años, y que a tiempo las formas reflejaron  
de seres y de cosas que nunca volverán...

... Los de Roque,  
Alfandoque...  
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Mañana, cuando duerma la abuela, yerta y muda,  
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,  
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están,  
del nieto a la memoria, con grave voz que encierra  
todo el poema triste de la remota infancia,  
pasando por las sombras del tiempo y la distancia,  
de aquella voz querida las notas volverán...

... Los de Rique, -  
Alfeñique...  
¡Triqui, triqui, triqui, tran!...

En tanto en las rodillas cansadas de la abuela  
con movimiento rítmico se balancea el niño,  
y entrambos agitados y trémulos están...  
La abuela se sonríe con maternal cariño,  
mas cruza por su espíritu como un temor extraño  
por lo que en el futuro, de angustia y desencanto,  
los días ignorados del nieto guardarán...

... Los maderos  
de San Juan  
piden queso,  
piden pan,  
los de Roque,  
Alfandoque;  
los de Rique,

Alfeñique;  
los de Trique,  
Triquitrán,  
¡Triqui, triqui, triqui, tran!  
(*Poesías*, 1908.)

### PRIMERA COMUNION

Todo en esos momentos respiraba  
una pureza mística;  
las luces matinales que alumbraban  
la ignorada capilla,  
los cantos religiosos que pausados  
hasta el cielo subían,  
el aroma suave del incienso  
al perderse en espiras,  
las voces ulteriores de otro mundo  
sonoras y tranquilas,  
los dulces niños colocados junto  
al altar de rodillas  
y hasta los viejos santos en los lienzos  
de oscura vaga tinta,  
bajo el polvo de siglos que los cubre  
mudos se sonreían.

### NOCTURNOS

#### I

#### ( R O N D A )

Poeta, di paso  
los furtivos besos...

La ronda... Los recuerdos... La luna no vertía  
allí ni un solo rayo; temblabas y eras mía;

el aire estaba tibio bajo el follaje espeso.  
Una errante luciérnaga alumbró nuestro beso...  
El contacto amoroso de tus labios de seda...  
La selva oscura y mística fué la alcoba sombría;  
el musgo en ese sitio tiene olor de reseda.  
... ..  
Filtró luz por las ramas, cual si llegara el día;  
entre las nieblas pálidas la luna aparecía.

Poeta, di paso  
los íntimos besos...

¿De las noches más dulces te acuerdas todavía?  
En señorial alcoba, do la tapicería  
amortiguaba el ruido con sus hilos espesos,  
palpitante en mis brazos, fueron míos tus besos,  
tus labios perfumados como una roja seda,  
tus cabellos dorados y tu melancolía,  
tus caricias de virgen y tu olor de reseda...  
Un crucifijo pálido los brazos extendía,  
y estaba helada y cárdena tu boca, que fué mía,

Poeta, a las sombras  
temblando me vuelvo.

### III

Una noche,  
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas  
[de alas;  
una noche  
en que ardian en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas  
[fantásticas,  
a mi lado lentamente, contra mí ceñida toda, muda y pálida,

como si un presentimiento de amarguras infinitas  
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,  
por la senda florecida que atraviesa la llanura,  
caminabas;  
y la luna llena  
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz  
[blanca;

y tu sombra  
fina y lánguida,  
y mi sombra  
por los rayos de la luna proyectadas,  
sobre las arenas tristes  
de la senda se juntaban,  
y eran una,  
y eran una,  
y eran una sola sombra larga,  
y eran una sola sombra larga,  
y eran una sola sombra larga...

Esta noche  
solo; el alma  
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,  
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,  
por el infinito negro  
donde nuestra voz no alcanza,  
mudo y solo  
por la senda caminaba...  
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,  
a la luna pálida.  
y el chirrido de las ranas...  
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba  
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,  
entre las blancuras níveas  
de las mortuorias sábanas.  
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,

era el frío de la nada.  
Y mi sombra  
por los rayos de la luna proyectada,  
iba sola,  
iba sola,  
iba sola por la estepa solitaria;  
y tu sombra esbelta y ágil,  
fina y lánguida,  
como en esa noche tibia de la muerta primavera,  
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas  
[de alas,  
se acercó y marchó con ella,  
se acercó y marchó con ella,  
se acercó y marchó con ella... ¡Oh, las sombras enlazadas!  
¡Oh, las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras  
[de las almas!  
¡Oh, las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de  
[lágrimas!

## A R S

El verso es vaso santo; poned en él tan sólo  
un pensamiento puro,  
en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes  
como burbujas de oro de un viejo vino oscuro.

Allí verted las flores que en la continua lucha  
ajó del mundo frío,  
recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven,  
y nardos empapados en gotas de rocío.

Para que la existencia mísera se embalsame  
cual de una ciencia ignota,  
quemándose en el fuego del alma enternecida  
de aquel supremo bálsamo, ¡basta una sola gota!

## VEJECES

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,  
sin voz y sin color, saben secretos  
de las épocas muertas, de las vidas  
que ya nadie conserva en la memoria,  
y a veces a los hombres, cuando inquietos  
las miran y las palpan, con extrañas  
voces de agonizante dicen, paso,  
casi al oído, alguna rara historia  
que tiene oscuridad de telarañas,  
son de laúd y suavidad de raso.

¡Colores de anticuada miniatura,  
hoy de algún mueble en el cajón dormida;  
cincelado puñal; carta borrosa;  
tabla en que se deshace la pintura,  
por el tiempo y el polvo ennegrecida;  
histórico blasón, donde se pierde  
la divisa latina, presuntuosa,  
medio borrada por el líquen verde;  
misales de las viejas sacristías;  
de otros siglos fantásticos espejos  
que en el azogue de las lunas frías  
guardáis de lo pasado los reflejos;  
arca, en un tiempo de ducados llena;  
crucifijo que tanto moribundo  
humedeció con lágrimas de pena  
y besó con amor grave y profundo;  
negro sillón de Córdoba; alacena  
que guardaba un tesoro peregrino  
y donde anida la polilla sola;  
sortija que adornaste el dedo fino  
de algún hidalgo de espadín y gola;  
mayúsculas del viejo pergamino;

batista tenue que a vainilla hueles;  
seda que te deshaces en la trama  
confusa de los ricos brocateles;  
arpa olvidada, que al sonar te quejas;  
barrotes que formáis un monograma  
incomprensible en las antiguas rejias:  
el vulgo os huye, el soñador os ama  
y en vuestra muda sociedad reclama  
las confianzas de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños  
con esencias fantásticas y añejas,  
y nos lleva a lugares halagüeños  
en épocas distantes y mejores;  
¡por eso a los poetas soñadores  
les son dulces, gratisimas y caras,  
las crónicas, historias y consejas,  
las formas, los estilos, los colores,  
las sugerencias místicas y raras  
y los perfumes de las cosas viejas!

¿ . . . ?

Estrellas que entre lo sombrío  
de lo ignorado y de lo inmenso  
asemejáis en el vacío  
jirones pálidos de incienso;  
nebulosas que ardéis tan lejos  
en el infinito que aterrera,  
que sólo alcanzan los reflejos  
de vuestra luz hasta la tierra;  
astros que en abismos ignotos  
derramáis resplandores vagos,  
constelaciones que en remotos

tiempos adoraron los magos ;  
millones de mundos lejanos,  
flores de fantástico broche,  
islas claras en los océanos  
sin fin ni fondo de la noche ;  
¡ estrellas, luces pensativas !,  
¡ estrellas, pupilas inciertas !,  
¿ por qué os calláis si estáis vivas,  
y por qué alumbráis si estáis muertas ?

### UN POEMA

Soñaba en ese entonces con forjar un poema  
de arte nervioso y nuevo, obra audaz y suprema.

Escogí entre un asunto grotesco y otro trágico,  
llamé a todos los ritmos con un conjuro mágico,

y los ritmos indóciles vinieron acercándose,  
juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose:

ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves,  
unos cual choque de armas, otros cual canto de aves,

de Oriente hasta Occidente, desde el Sur hasta el Norte,  
de metros y de formas se presentó la corte.

Tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles  
cruzaron los tercetos, como corceles ágiles ;

abriéndose ancho paso por entre aquella grey,  
vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey.

Y allí cantaron todos... Entre la algarabía  
me fascinó el espíritu por su coquetería

alguna estrofa aguda, que excitó mi deseo,  
con el retintín claro de su campanilleo.

Y la escogí entre todas... Por regalo nupcial  
le di unas rimas ricas, de plata y de cristal.

En ella conté un cuento, que, huyendo lo servil,  
tomó un carácter trágico, fantástico y sutil;

era la historia triste, desprestigiada y cierta  
de una mujer hermosa, idolatrada y muerta;

y para que sintieran la amargura, ex profeso,  
junté sílabas dulces, como el sabor de un beso,

bordé las frases de oro, les di música extraña,  
como de mandolinas que un laúd acompaña;

dejé en una luz vaga las hondas lejanías  
llenas de nieblas húmedas y de melancolías,

y por el fondo oscuro, como en mundana fiesta,  
cruzan ágiles máscaras al compás de la orquesta.

envueltas en palabras que ocultan como un velo,  
y con caretas negras de raso y terciopelo

cruzar hice en el fondo las vagas sugerencias...  
de sentimientos místicos y humanas tentaciones...

Complacido en mis versos, con orgullo de artista,  
les di olor de heliotropos y color de amatista...

Le mostré mi poema a un crítico estupendo...  
y lo leyó seis veces y me dijo... "¡No entiendo!"

## ORACION

En el aposento estrecho,  
en la blanca pared fijo,  
tiene muy cerca del lecho  
donde duerme, un crucifijo

que como a dulces abrazos  
llamando al ánima vil,  
tiende los rígidos brazos  
sobre una cruz de marfil.

Y de espinas coronada  
dobla la cabeza inerte,  
de noble expresión, helada  
por el beso de la muerte.

En este sitio, amorosa,  
la oración de ritmo breve  
va de sus labios de rosa  
hacia los brazos de nieve.

## PAISAJE TROPICAL

Magia adormecedora vierte el río  
en la calma monótona del viaje,  
cuando borra los lejos del paisaje  
la sombra que se extiende en el vacío.

Oculto en sus negruras al bohío  
la maraña tupida, y el follaje  
semeja los calados de un encaje,  
al caer del crepúsculo sombrío.

Venus se enciende en el espacio puro.  
La corriente dormida, una piragua  
rompe en su viaje rápido y seguro,

y con sus nubes el Poniente fragua  
otro cielo rosado y verdeoscuro  
en los espejos húmedos del agua.

## DIA DE DIFUNTOS

La luz vaga..., opaco el día...,  
la llovizna cae y moja  
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría;  
por el aire, tenebrosa, ignorada mano arroja  
un oscuro velo opaco, de letal melancolía,  
y no hay nadie que en lo íntimo no se aquiete y se recoja  
al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,  
y al oír en las alturas  
melancólicas y oscuras  
los acentos dejativos  
y tristísimos e inciertos  
con que suenan las campanas,  
las campanas plañideras,  
que les hablan a los vivos  
de los muertos.

Y hay algo de angustioso y de incierto  
que mezcla a ese sonido su sonido,  
e inarmónico vibra en el concierto  
que alzan los bronces al tocar a muerto  
por todos los que han sido.  
Es la voz de la campana  
que va marcando la hora

hoy lo mismo que mañana,  
rítmica igual y sonora;  
y la otra campana llora;  
ésta tiene voz de vieja  
y ésa de niña que ora.

Las campanas más grandes que dan un golpe recio  
suenan con acento de místico desprecio;  
mas la campana que da la hora  
ríe, no llora;  
tiene en su timbre seco sutiles armonías;  
su voz parece que habla de fiestas y alegrías,  
de citas, de placeres, de cantos y de bailes,  
de las preocupaciones que llenan nuestros días;  
es una voz del siglo entre un coro de frailes,  
y con sus notas se ríe  
escéptica y burladora  
de la campana que gime,  
de la campana que implora  
y de cuanto aquel coro conmemora;  
y es que con su retintín  
ella midió el dolor humano  
y marcó del dolor el fin.

Por eso se ríe del grave esquilón  
que suena allá arriba con fúnebre son;  
por eso interrumpe los tristes conciertos  
con que el bronce santo llora por los muertos.  
No le oigáis, ¡oh bronce!, no le oigáis, campanas,  
que con la voz grave de ese clamoreo  
rogáis por los seres que duermen ahora  
lejos de la vida, libres del deseo,  
lejos de las rudas batallas humanas;  
seguid en el aire vuestro bamboleo,  
¡no le oigáis, campanas!  
Contra lo imposible, ¿qué puede el deseo?

Allá arriba suena, rítmica y sonora,  
esa voz de oro,  
y sin que lo impidan sus graves hermanas  
que rezan en coro,  
la campana del reloj  
suena, suena, suena ahora,  
y dice que ella marcó,  
con su vibración sonora,  
de los olvidos la hora ;  
que después de la velada  
que pasó cada difunto  
en una sala enlutada  
y con la familia junto  
en dolorosa actitud,  
mientras la luz de los cirios  
alumbraba el ataúd  
y las coronas de lirios ;  
que después de la tristura,  
de los gritos de dolor,  
de las frases de amargura,  
del llanto conmovedor,  
marcó ella misma el momento  
en que, con la languidez  
del luto, huyó el pensamiento  
del muerto, y el sentimiento  
seis meses más tarde... o diez.

Y hoy, día de los muertos..., ahora que flota  
en las nieblas grises la melancolía,  
en que la llovizna cae gota a gota  
y con sus tristezas los nervios embota,  
y envuelve en un manto la ciudad sombría ;  
ella, que ha marcado la hora y el día  
en que a cada casa lúgubre y vacía  
tras el luto breve volvió la alegría ;

ella, que ha marcado la hora del baile  
en que al año justo un vestido aéreo  
estrena la niña, cuya madre duerme  
olvidada y sola en el cementerio;  
suena indiferente a la voz del fraile  
del esquilón grave a su canto serio;  
ella, que ha marcado la hora precisa  
en que a cada boca que el dolor sellaba  
como por encanto volvió la sonrisa,  
esa precursora de la carcajada;  
ella, que ha marcado la hora en que el viudo  
habló de suicidio y pidió el arsénico,  
cuando aún en la alcoba recién perfumada  
flotaba el aroma del ácido fénico;  
y ha marcado luego la hora en que mudo  
por las emociones con que el gozo agobia,  
para que lo unieran con sagrado nudo,  
a la misma iglesia fué con otra novia;  
ella no comprende nada del misterio  
de aquellas pejumbres que pueblan el aire,  
y lo ve en la vida todo jocoserio;  
y sigue marcando con el mismo modo,  
el mismo entusiasmo y el mismo desgaire  
la huída del tiempo que lo borra todo!

Y eso es lo angustioso y lo incierto  
que flota en el sonido;  
esa es la nota irónica que vibra en el concierto  
que alzan los bronces al tocar a muerto  
por todos los que han sido.  
Es la voz fina y sutil  
de vibraciones de cristal  
que con acento juvenil,  
indiferente al bien y al mal,  
mide lo mismo la hora vil  
que la sublime y fatal,

y resuena en las alturas  
melancólicas y oscuras,  
sin tener en su tañido  
claro, rítmico y sonoro,  
los acentos dejativos  
y tristísimos e inciertos  
de aquel misterioso coro  
con que suenan las campanas...  
¡las campanas plañideras,  
que les hablan a los vivos  
de los muertos!...

## LEOPOLDO DIAZ

Argentino

1862

### LOS CONQUISTADORES

Libre el indio, vagando a su albedrío,  
sorprende en el juncal ágiles pumas;  
y tras el ave de irisadas plumas,  
vuela su flecha en bucaral sombrío.

Meandros sigue de tortuoso río;  
cruza el raudal de diáfanas espumas,  
y al hondo valle de azuladas brumas  
desciende en los crepúsculos de estío.

Acecha entre macizos de manglares,  
las furtivas parejas de jaguares  
que bajan a beber en la laguna;

y su silbante dardo, en la imprecisa  
noche atraviesa con rumor de brisa  
los boscajes bañados por la luna.

## SIMBOLO

Dijo a la blanca luna el asfodelo:  
"¡Oh, reina del azul solemne y triste!  
¿Qué misteriosa palidez te viste,  
Ofelia vagabunda por el cielo?"

Cándido cisne de color de hielo:  
¿En qué profundo Flegetón caíste?  
¿A qué brumoso páramo tendiste  
las plumas albas, con silente vuelo?"

Calló la flor..., y doblgó en la urna  
su fúnebre corola taciturna  
cual simbólica imagen de lo inerte;

mientras el astro, como esquife indiano  
de vela de ámbar, se perdió en lo arcano,  
con rumbo a las riberas de la muerte.

### LA TUMBA DE ANACREON

En la tumba del lírico cantor de los amores  
el cincel inspirado grabó un bajorrelieve:  
una danza de ninfas coronadas de flores,  
con los senos erguidos, como lotos de nieve.

Rosales florecidos mezclaban sus rumores  
a la callada ronda, sutilísima y leve,  
y dos sátiros, llenos de lúbricos ardores,  
miraban de las ninfas el pie ligero y breve.

Y cuando misteriosa, la noche, descendía,  
un genio de las selvas, con lánguida armonía,  
su dulce flauta rústica iba a tocar en ella.

Y el caminante, absorto, creyendo que soñaba,  
al escuchar el canto crepuscular, dudaba  
si era la voz de Apolo o el himno de una estrella.

*(Las sombras de Hellas, 1902.)*

## EL ANFORA

Cincela, orfebre amigo, una ánfora de oro  
para encerrar la roja púrpura de la viña,  
que posea la gracia de un dácilo sonoro.  
y que el alegre pámpano de Anacreonte ciña.

Una ánfora que tenga las curvas de una niña  
y evoque del ensueño el singular tesoro:  
cincela, orfebre, el ánfora con la doble asa de oro,  
para encerrar la roja sangre que da la viña...

Despertará la flauta viejas mitologías,  
y bajo los laureles, en blancas teorías,  
desfilarán las vírgenes de la tierra de Paros;

¡y junto al mar de Myrtos, bajo el azul del cielo,  
como un alción, el himno levantará su vuelo  
en alas de los versos magníficos y raros!

## PROFESION DE FE

El puro y alto amor de la Belleza,  
de la Virtud y la Verdad me inflama,  
y devorado por la triple llama  
inclino en sus altares la cabeza.

Adorando la gran Naturaleza  
como todo lo excelso y noble se ama,  
sordo a las vanidades de la fama,  
vivo en la torre azul de mi tristeza.

Cincelo el mármol de la estrofa; el duro  
bronce de las estatuas del futuro;  
a las cumbres dirijo el Pensamiento;

embriágome de luz y de armonía,  
y decoro misales cada día  
como los monjes del Renacimiento.

## EL AMAZONAS

Padre Río, que avanzas al Oriente;  
opulento, magnífico Amazonas,  
que de vírgenes lianas te coronas  
y el sol del Ecuador besa en la frente:

¿Cantas al porvenir con voz rugiente?  
¿Ser libre, como América, ambicionas?  
Monarca augusto de invioladas zonas,  
¿qué Dios nos habla en tu rumor potente?

Atraviesas florestas tropicales,  
y del Andes ceñidos por las brumas  
se desploman tus férvidos raudales.

Cunde en los bosques tu tronar lejano,  
y arrojando a su frente tus espumas  
haces retroceder al Oceano.

## LA QUENA

En la noche del Trópico serena,  
sobre sus alas muelles alza el viento  
las fatigadas notas de un lamento,  
que allá en el fondo de los valles sueña.

Es la canción doliente de la "Quena";  
de las vencidas razas el acento;  
la voz con que el rústico instrumento  
traduce el indio su insondada pena...

Y esa voz narra la extinguida gloria  
del Inca, hijo del Sol, y la victoria  
implacable y sangrienta del hispano.

Esa voz resucita el dulce coro  
de las Vestales indias y el tesoro  
del Templo, hundido en el confín lejano...

## NYDIA

Cubierta con su túnica de lino,  
soñadora gentil, enamorada,  
resplandece en su faz algo divino,  
y, la noche en sus ojos, el camino  
sigue como una reina destronada.

Agitaban de paso sus cabellos  
las brisas rumorosas de los mares,  
y la tarde, al partir, dejaba en ellos,  
matizando de bronce sus destellos,  
ígneos ampos de luz crepusculares.

Si el sol de Grecia iluminó su cuna,  
abrióse su cariño al sol de Italia,  
y a su pasión el sufrimiento aduna...

Por eso brilla con fulgor de luna  
aquel pálido lirio de Tesalia.

Traidora flecha el corazón le hiere;  
ama a Glauco en silencio y por él llora;  
amor gigante que en la sombra muere  
le dice al corazón que nada espere,  
y sus secretas lágrimas devora.

Ya no espande la oscura cabellera  
en rizos sobre el mármol de su espalda,  
ni entona su canción, ni en primavera  
las rosas cortará de la pradera  
para tejer a Glauco su guirnalda.

No irá, como antes, al morir el día,  
dulces querellas entregando al viento  
su lánguida amorosa fantasía,  
que al ronco oleaje de la mar bravía  
puede sólo confiar su pensamiento...

Y allá va con su túnica de lino,  
su cabeza de diosa reclinada  
sobre el mórbido cuello alabastrino  
la noche en sus pupilas, el camino  
siguiendo como reina destronada...

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

Chileno

1863      1905

MI VELA

Cerca de mi vela que apenas alumbra  
la estancia desierta de mi buhardilla,  
yo leo en el libro de mi alma sencilla  
por entre la vaga y errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio  
a fin de que acaso con ella consagre  
mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre  
delante del ara de mi hondo martirio.

A mí no me queda ya nada de todo.  
Mis viejos recuerdos son humo que sube,  
formando en el éter la trágica nube,  
que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos,  
sin ver brillar nunca la estrella temprana  
que vieron delante de su caravana  
brillar a lo lejos los tres reyes magos.

¡Quizá soy un mago maldito! Yo ignoro  
cuál es el Mesías en cuyos altares  
pondré con mi lira de alados cantares  
mi ofrenda de incienso, de mirra y de oro.

Al golpe del viento rechinan las trancas  
detrás de la puerta de mi buhardilla.  
¡Y vierte mi vela—que apenas ya brilla—  
goteras candentes de lágrimas blancas!

FRANCISCO A. DE ICAZA

Mejicano

1863                      1925

E N L A N O C H E

Los árboles negros,  
la vereda blanca,  
un pedazo de luna rojiza  
con rastros de sangre manchando las aguas.

Los dos cabizbajos,  
prosiguen la marcha  
con el mismo paso, en la misma línea,  
y siempre en silencio y siempre a distancia.

Pero en la revuelta  
de la encrucijada,  
frente a la taberna, algunos borrachos  
dan voces y cantan.

Ella se le acerca,  
sin decir palabra  
se aferra a su brazo,  
y en medio del grupo, que los mira, pasan.

Después, como antes,  
cae el brazo flojo y la mano lacia,  
y aquellas dos sombras, un instante juntas,  
de nuevo se apartan.

Y así entre la noche  
prosiguen su marcha  
con el mismo ritmo, en la misma línea,  
y siempre en silencio y siempre a distancia.

## ALDEA ANDALUZA

De toda tu belleza en mí sólo perdura,  
entre el deslumbramiento de la intensa blancura  
de la cal luminosa que tus muros enjarra,  
la queja de una copla que los aires desgarran ;

Y en el calcinamiento de la estéril llanura,  
aquel rincón de paz, oasis de frescura,  
perdido en la planicie donde el sol achicharra  
y sus crótalos roncros repica la cigarra.

Y allí visto de paso, bajo el verde cancel  
de las tupidas hojas que forman el dosel  
que lo entona y ajusta el marco del dintel,

aquel rostro moreno del mirador aquel,  
con los ojos de pena y los labios de miel,  
y toda Andalucía reconcentrada en él.

## ESTANCIAS

Este es el muro, y en la ventana  
que tiene un marco de enredadera  
dejé mis versos una mañana,  
una mañana de primavera.

Dejé mis versos en que decía  
con frase ingenua cuitas de amores;  
dejé mis versos que al otro día  
su blanca mano pagó con flores.

Este es el huerto, y en la arboleda,  
en el recodo de aquel sendero,  
ella me dijo con voz muy queda:  
"Tú no comprendes lo que te quiero."

Junto a las tapias de aquel molino,  
bajo la sombra de aquellas vides,  
cuando el carruaje tomó el camino,  
gritó llorando: "¡Que no me olvides!"

Todo es lo mismo: ventana y yedra,  
sitios umbrosos, fresco emparrado  
gala de un muro de tosca piedra;  
y, aunque es lo mismo, todo ha cambiado.

No hay en la casa seres queridos;  
entre las ramas hay otras flores;  
hay nuevas hojas y nuevos nidos,  
y en nuestras almas nuevos amores.

## OTOÑAL

Han callado las cigarras:  
no fingen un mar los trigos  
cuando el céfiro en la siesta  
mece los campos dormidos;

el viento llega impregnado  
del acre olor de los pinos;  
circulan por el ramaje  
misteriosos calosfríos;

bajo del toldo de parra  
tiembla el último racimo,  
y en los aleros las aves  
abandonaron sus nidos.

Con el rostro entre las manos,  
silencioso y pensativo,  
desde la abierta ventana  
el campo brumoso miro,

dentro del alma sintiendo  
algo del paisaje mismo:  
la tristeza resignada  
de un cielo gris y tranquilo.

## LA CANCIÓN DEL CAMINO

Aunque voy por tierra extraña  
solitario y peregrino,  
no voy solo, me acompaña  
mi canción en el camino.

Y si la noche está negra,  
sus negruras ilumino:  
canto, y mi canción alegre  
la oscuridad del camino.

La fatiga no me importa,  
porque el báculo divino  
de la canción hace corta  
la distancia del camino.

¡Ay, triste y desventurado  
quien va solo y peregrino,  
y no marcha acompañado  
por la canción del camino!

## LA SOMBRA

Ibamos hacia el Oriente,  
cara al sol; amanecía,  
y todo era luz al frente:  
nuestra sombra nos seguía.

Hoy, con el sol en ocaso,  
al proseguir la jornada,  
una sombra prolongada  
va precediendo mi paso.

## EN LA SELVA

Se me acerca un caminante:  
desconoce dónde está,  
y antes de seguir delante  
quiere saber el viandante  
si descaminado va:

—Buen hombre, en la selva oscura  
hace poco penetré  
y camino a la ventura:  
el sendero en la espesura  
ni lo busco ni lo sé.

## MADRIGAL DE LA MUERTE

Tú no fuiste una flor, porque tu cuerpo era  
todas las flores juntas en una primavera.  
Rojo y fresco clavel fueron tus labios rojos,  
azules nomeolvides aquellos claros ojos,  
y con venas y tez de lirio y de azucena  
aquella frente pura, aquella frente buena,  
y, como respondías a todo ruborosa,  
tomaron tus mejillas el color de la rosa.

Hoy que bajo el ciprés cercado de laureles,  
rosas y nomeolvides, y lirios y claveles  
brotando de la tierra confunden sus colores,  
parece que tu cuerpo nos lo devuelve en flores.

## PAISAJE DE SOL

Azul cobalto el cielo, gris la llanura,  
de un blanco tan intenso la carretera,  
que hiere la retina con la blancura  
de la plata bruñida que reverbera.

Allá lejos, muy lejos, una palmera,  
tras unas tapias rojas, a grande altura,  
como el airón flotante de una cimera,  
levanta su penacho de fronda oscura.

Llega al lejano huerto; bajo la parra  
que da sombra a la escena que me imagino.  
resuenan los acordes de la guitarra;

rompe el aire una copla que ensalza el vino...  
y al monótono canto de la cigarra  
avanzo triste y solo por el camino.

## CALLA

En otros tiempos, tiempos mejores,  
los dos cumplimos nuestro deseo,  
y sin querernos, de unos amores  
urdimos ambos el fantaseo.

Los dos mentimos: ¡dulce mentira!  
Yo te escuchaba con alma absorta  
y, habla, te dije, que amor te inspira;  
miente y soñemos, la vida es corta.

Hoy, fatigado de la comedia,  
porque la ruda verdad amarga,  
y con engaños no se remedía,  
pienso al oírte: la vida es larga.

¿A qué las frases que me dijiste?  
Mimos gastados, suspiros viejos...  
¡Estoy tan solo y estoy tan triste!  
Los que me quieren están muy lejos.

## TONOS DEL PAISAJE

### DE ORO

#### *En los trigos.*

Bajo el oro vespertino,  
sobre las mieses doradas,  
mueve sus aspas dentadas  
pausadamente el molino.

Con enormes paletadas  
echa del cielo al camino  
sobre las mieses doradas  
el tesoro vespertino.

### DE PLATA

#### *Alamo y arroyo.*

En el fondo del barranco  
alguien llora: es la sonata  
del río cuando desata  
un rizo ondulante y blanco  
en cada guija de plata.

En la cima del barranco  
alguien ríe: es la sonata  
del viento cuando desata  
de aquel alamito blanco  
los cascabeles de plata.

### DE ACERO

#### *Lluvia.*

Ya las aves vuelan bajo:  
es que viene el aguacero:

en las piedras del atajo  
interrumpe su trabajo  
de va y ven el hormiguero.

De pronto, cual si de cuajo  
rodara el monte al estero,  
retumba el trueno en el tajo  
y tiende la lluvia abajo  
su barras color de acero.

## PARA EL POBRECITO CIEGO

Dale limosna, mujer,  
que no hay en la vida nada  
como la pena de ser  
ciego en Granada.

## JULIAN DEL CASAL

Cubano

1863      1893

## BOHEMIOS

Sombrios, encrespados los cabellos,  
tostada la color, la barba hirsuta,  
empolvados los pies, rojos los cuellos,  
mordiendo la corteza de agria fruta.

Sin que el temor en vuestras almas quepa,  
ni os señale el capricho rumbo cierto,  
os perdéis en las nieves de la estepa  
o en las rojas arenas del desierto.

Mujeres de mirada abrasadora  
siguen por los caminos vuestras huellas,  
ya al fulgor sonrosado de la aurora,  
ya a la argentada luz de las estrellas.

Una muestra en los brazos su chiquillo  
como la palma en su ramaje el fruto ;  
otra acaricia el pomo de un cuchillo ;  
viste aquélla de rojo, ésta de luto.

Prende la rubia flores en sus rizos,  
la morena un collar en su garganta,  
y la más bella, ajando sus hechizos,  
joven oso a sus pechos amamanta.

Pero nunca las rinde la fatiga  
ni os demandan segura recompensa,  
porque abrasante fiebre las hostiga  
del mundo a recorrer la ruta inmensa.

Execrando los dones del trabajo  
lleváis de una comarca a otra comarca,  
lo mismo del mendigo el roto andrajo  
que la púrpura ardiente del monarca.

Ningún sitio el espíritu os recrea  
y si en uno posáis la móvil planta,  
el deseo febril os espolea  
de ver el que más lejos se levanta.

Ya os hielan las escarchas del invierno  
ya os abrasen los rayos del estío,  
girando vais en movimiento eterno  
para sólo segar flores de hastío.

Yo os amo porque os lleva el devaneo  
donde el peligro vuestra vida afronte,  
y en vuestros ojos soñadores leo  
ansias de traspasar el horizonte.

Porque no soportáis extraño yugo  
y llenos de salvaje independencia  
no la trocáis jamás por un mendrugo  
en los días crueles de indigencia.

Porque todo en el mundo halláis pequeño  
y tan sólo seguís el ígneo rastro  
que os traza en lo infinito vuestro ensueño,  
como se sigue por el cielo un astro.

Porque el soplo glacial del desengaño  
no extingue vuestras locas ilusiones,  
ni la sed insaciable de lo extraño  
abrsa vuestros secos corazones.

## RONDELES

### I

De mi vida misteriosa,  
tétrica y desencantada,  
oirás contar una cosa  
que te deje el alma helada.

Tu faz de color de rosa  
se quedará demacrada  
al oír la extraña cosa  
que te deje el alma helada.

Mas sé para mi piadosa,  
si de mi vida ignorada,  
cuando yo duerma en la fosa,  
oyes contar una cosa  
que te deje el alma helada.

## II

Quizá sepas algún día  
el secreto de mis males,  
de mi honda melancolía  
y de mis tedios mortales.

Las lágrimas a raudales  
marchitarán tu alegría,  
si a saber llegas un día  
el secreto de mis males.

## III

Quisiera de mí alejarte,  
porque me causa la muerte  
con la tristeza de amarte  
el dolor de comprenderte.

Mientras pueda contemplarte  
me ha de deparar la suerte,  
con la tristeza de amarte  
el dolor de comprenderte.

Y sólo ansío olvidarte,  
nunca oírte y nunca verte,  
porque me causa la muerte  
con la tristeza de amarte  
el dolor de comprenderte.

## RECUERDO DE LA INFANCIA

Una noche mi padre, siendo yo niño,  
mirando que la pena me consumía,  
con las frases que dicta sólo el cariño,  
lanzó de mi destino la profecía,  
una noche mi padre, siendo yo niño.

Lo que tomé yo entonces por un reproche  
y, extendiendo mi cuello sobre mi hombro  
me hizo pasar llorando toda la noche,  
hoy inspira a mi alma terror y asombro,  
lo que tomé yo entonces por un reproche.

—Sumergida en profunda melancolía  
como estrella en las brumas de la alborada,  
gemirá para siempre— su voz decía—  
por todos los senderos tu alma cansada,  
sumergida en profunda melancolía.

Persiguiendo en la sombra vana quimera  
que tan sólo tu mente de encantos viste,  
te encontrará cada año la primavera  
enfermo y solitario, doliente y triste,  
persiguiendo en la sombra vana quimera.

Para ti la existencia no tendrá un goce  
ni habrá para tus penas ningún remedio,  
y unas veces sintiendo del mal el roce,  
otras veces henchido de amargo tedio,  
para ti la existencia no tendrá un goce.

Como una planta llena de estéril jugo  
que ahoga de sus ramas la florecencia,  
de tu propia alegría serás verdugo

y morirás ahogado por la impotencia,  
como una planta llena de estéril jugo.

Como pájaros negros por azul lago,  
nublaron sus pupilas mil pensamientos,  
y, al morir en la sombra su acento vago,  
vi pasar por su mente remordimientos,  
como pájaros negros por azul lago.

## DIA DE FIESTA

Un cielo gris. Morados estandartes  
con escudos de oro; vibraciones  
de altas campanas; báquicas canciones;  
palmas verdes ondeando en todas partes;

banderas tremolando en los baluartes;  
figuras femeninas en balcones;  
estampido cercano de cañones;  
gentes que lucran por diversas artes.

Mas, ¡ay!, mientras la turba se divierte  
y se agita en ruidoso movimiento  
como un mar de embravecidas olas,

circula por mi ser frío de muerte  
y en lo interior del alma sólo siento  
ansia infinita de llorar a solas.

## NEUROSIS

Noemi, la pálida pecadora  
de los cabellos color de aurora  
y las pupilas de verde mar,  
entre cojines de raso lila,  
con el espíritu de Dalila,  
deshoja el cáliz de un azahar.

Arde a sus plantas la chimenea,  
donde la leña chisporrotea  
lanzando en torno seco rumor,  
y alzada tiene su tapa el piano  
en que vagaba su blanca mano  
cual mariposa de flor en flor.

Un biombo rojo de seda china  
abre sus hojas en una esquina  
con grullas de oro volando en cruz,  
y en curva mesa de fina laca  
ardiente lámpara se destaca  
de la que surge rosada luz.

Blanco abanico y azul sombrilla,  
con unos guantes de cabritilla,  
yacen encima del canapé,  
mientras en taza de porcelana,  
hecha con tinte de la mañana,  
humea el alma verde del té.

Pero ¿qué piensa la hermosa dama?  
¿Es que su príncipe ya no la ama  
como en los días de amor feliz,  
o que en los cofres del gabinete  
ya no conserva ningún billete  
de los que obtuvo por un desliz?

¿Es que la rinde cruel anemia?  
¿Es que en sus búcaros de Bohemia  
rayos de luna quiere encerrar,  
o que, con suave mano de seda,  
del blanco cisne que amaba Leda  
ansía las plumas acariciar?

¡Ay!, es que en horas de desvarío,  
para consuelo del regío hastío  
que en su alma esparce quietud mortal,  
un sueño antiguo la ha aconsejado  
beber en copa de ónix labrado  
la roja sangre de un tigre real.

## ESQUIVEZ

Recoge la cascada de tus rizos  
y tus manos aleja de las mías,  
porque nada me dicen tus hechizos  
ni yo puedo ofrecerte lo que ansías.

¡Ciñe a otro cuello tus amantes brazos!  
Antes de que se acerque mi partida  
anhelo desatar todos los lazos  
que me'unan a las cosas de la vida.

¡Resignado me siento con mi suerte!  
Sé lo que el mundo en su recinto encierra  
y no quiero en la hora de la muerte,  
llevarme ni un recuerdo de la tierra.

¡Culpa mía no es! Jamás acierto  
a domeñar los males con que lucho:  
quizá yo tenga el corazón ya muerto  
de haber amado, en otro tiempo, mucho!

Lleva tu amor al alma que te adora  
y no temas lanzarme tu reproche:  
en ti reinan los rayos de la aurora,  
pero en mí, las tinieblas de la noche.

¡Ya di a la Juventud mi despedida!  
Perdí el ardor de mis primeros años  
y me alejan del campo de la vida  
sueños de artista y hondos desengaños.

Nimbada de radiosas claridades  
vive, como las diosas en los cielos;  
¡yo vivo en las abruptas soledades  
como viven los osos en los hielos!

Deja que en mi Tebaida misteriosa  
suspire por mis días halagüenos,  
como en húmeda celda silenciosa  
lloran los monjes sus difuntos sueños.

Ansia de perfección mi ser consume,  
aunque me rindo en lodazal infecto,  
como al hallar un lirio sin perfume  
desfallece entre abrojos el insecto.

Deténgome en mitad de mi camino  
porque la voz de tu pasión me extraña,  
cual se detiene el triste peregrino  
un pájaro al oír en la montaña.

¡Otros te ofrezcan del amor la palma!  
Yo en los abismos del pesar me hundo  
y sólo guardo en lo interior del alma  
la nostalgia infinita de otro mundo.

#### EN EL CAMPO

Tengo el impuro amor de las ciudades,  
y a este sol que ilumina las edades  
prefiero yo del sol las claridades.

A mis sentidos lánguidos arroba,  
más que el olor de un bosque de caoba,  
el ambiente enfermizo de una alcoba.

Mucho más que las selvas tropicales,  
plácenme los sombríos arrabales  
que encierran las vetustas capitales.

A la flor que se abre en el sendero,  
como si fuese terrenal lucero,  
olvido por la flor de invernadero.

Más que la voz del pájaro en la cima  
de un árbol todo en flor, a mi alma anima  
la música armoniosa de una rima.

Nunca a mi corazón tanto enamora  
el rostro virginal de una pastora,  
como un rostro de regia pecadora.

Al oro de la mies en Primavera,  
yo siempre en mi capricho prefiriera  
el oro de teñida cabellera.

No cambiara sedosas muselinas  
por los velos de nítidas neblinas  
que la mañana prende en las colinas.

Más que al raudal que baja de la cumbre,  
quiero oír a la humana muchedumbre  
gimiendo en su perpetua servidumbre.

El rocío que brilla en la montaña  
no ha podido decir a mi alma extraña  
lo que el llanto al bañar una pestaña.

Y el fulgor de los astros rutilantes  
no trueco por los vívidos cambiantes  
del ópalo, la perla o los diamantes.

### TARDES DE LLUVIA

Bate la lluvia la vidriera  
y las rejas de los balcones,  
donde tupida enredadera  
cuelga sus floridos festones.

Bajo las hojas de los álamos,  
que estremecen los vientos frescos,  
piar se escucha entre sus tálamos  
a los gorriones picarescos.

Abrillántanse los laureles,  
y en la arena de los jardines  
sangran corolas de claveles,  
nievan pétalos de jazmines.

Al último fulgor del día  
que aún el espacio gris clarea,  
abre su botón la peonía,  
cierra su cáliz la ninfea.

Cual los esquifes en la rada,  
y reprimiendo sus arranques,  
duermen los cisnes en bandada  
a la margen de los estanques.

Parpadean las rojas llamas  
de los faroles encendidos,  
y se difunden por las ramas  
acres olores de los nidos.

Lejos convoca la campana,  
dando sus toques funerales,  
a que levante el alma humana  
las oraciones vesperales.

Todo parecê que agoniza  
y que se envuelve lo creado  
en un sudario de ceniza  
por la llovizna adiamantado.

Yo creo oír lejanas voces  
que, surgiendo de lo infinito,  
inicianme en extraños goces  
fuera del mundo en que me agito.

Veo pupilas que en las brumas  
dirígenme tiernas miradas,  
como si de mis ansias sumas  
ya se encontrasen apiadadas.

Y, a la muerte de estos crepúsculos,  
siento, sumido en mortal calma,  
vagos dolores en los músculos,  
hondas tristezas en el alma.

## BAJORRELIEVE

El joven gladiador yace en la arena,  
manchada por la sangre purpurina  
que arroja sin cesar la rota vena  
de su robusto brazo. Entre neblina  
azafranada luce su armadura,  
como si el sol, dejando sus regiones,  
bajado hubiera al redondel. Oscura  
la fosa está en que rugen los leones  
olfateando la carne. Aglomerada

bulle en torno impaciente muchedumbre,  
que tiende hacia el mancebo la mirada,  
y, de las gradas en la erguida cumbre,  
abierto el abanico entre las manos,  
ostentan su hermosura las patricias  
a los ojos de amantes cortesanos,  
ávidos de gozar de sus caricias.  
Sacudiendo el cansancio del vencido,  
—¡Arriba, gladiador—una voz grita—,  
que para ornar tus sienes han crecido  
los laureles del Arno! —Necesita  
el pueblo—otra voz clama—que al combate  
tornes de nuevo y venzas al contrario.  
—¡Lidia y triunfa, que, a más de tu rescate  
—dice el edil—, cual don extraordinario,  
pondremos en tus manos un tesoro  
de sextercios! —Si vences todavía,  
en mi litera azul, bordada de oro,  
juntos iremos por la Sacra Vía  
—murmura una hetaira. —Y en mi lecho,  
perfumado de mirra—al punto exclama  
otra más bella—, encima de tu pecho  
extinguiré de mi pasión la llama  
que en lo interior del alma siento ahora,  
y, aprisionado por ardientes lazos,  
cuando aparezca la rosada aurora,  
ebrio de amor te encontrará en mis brazos—.  
Al escuchar las voces agitadas,  
levanta el gladiador la mustia frente,  
fija en la muchedumbre sus miradas,  
muéstrale una sonrisa indiferente,  
y, desdeñando los placeres vanos  
que ofrecen a su alma entristecida,  
sepulta la cabeza entre las manos  
viendo correr la sangre de su herida.

## EL CAMINO DE DAMASCO

*A Manuel Gutiérrez Nájera.*

Lejos brilla el Jordán de azules ondas  
que esmalta el sol de lentejuelas de oro,  
atravesando las tupidas frondas,  
pabellón verde del bronceado toro.

Del majestuoso Líbano en la cumbre  
erige su ramaje el cedro altivo,  
y del día estival bajo la lumbre  
desmaya en los senderos el olivo.

Piafar se escuchan árabes caballos,  
que, a través de la cálida arboleda,  
van levantando con sus férreos callos  
en la ancha ruta opaca polvareda.

Desde el confín de las lejanas costas,  
sombreadas por los ásperos nopales,  
enjambres purpurinos de langostas  
vuelan a los ardientes arenales.

Abrense en las llanuras las cavernas  
pobladas de escorpiones encarnados,  
y al borde de las lípidas cisternas  
embalsaman el aire los granados.

En fogoso corcel de crines blancas,  
lomo robusto, refulgente casco,  
belfo espumante y sudorosas ancas,  
marcha por el camino de Damasco,

Saulo, y eleva su bruñida lanza,  
que a los destellos de la luz febea,  
mientras el bruto relinchando avanza  
entre nubes de polvo centellea.

Tras las hojas de oscuros olivares  
mira de la ciudad los minaretes,  
y encima de los negros almenares  
ondear azulados gallardetes.

Súbito, desde lóbrego celaje,  
que desgarró la luz de hórrido rayo,  
oyó la voz de célico mensaje,  
cae tránsito de mortal desmayo,

bajo el corcel ensangrentado rueda,  
su lanza estalla con vibrar sonoro,  
y a los reflejos de la luz remeda  
sierpe de fuego con escamas de oro.

### PAX ANIMÆ

No me habléis más de dichas terrenales,  
que no ansío gustar. Está ya muerto  
mi corazón y en su recinto abierto  
sólo entrarán los cuervos sepulcrales.

Del pasado no llevo las señales  
y a veces de que existo no estoy cierto,  
porque es la vida para mí un desierto  
poblado de figuras espectrales.

No veo más que un astro oscurecido  
por brumas de crepúsculo lluvioso,  
y entre el silencio de sopor profundo.

tan sólo llega a percibir mi oído  
algo extraño, confuso y misterioso  
que me arrastra muy lejos de este mundo.

## NOSTALGIAS

### I

Suspiro por las regiones  
donde vuelan los alciones  
sobre el mar,  
y el soplo helado del viento  
parece en su movimiento  
sollozar;

donde la nieve que baja  
del firmamento, amortaja  
el verdor  
de los campos olorosos  
y de ríos caudalosos  
el rumor;

donde ostenta siempre el cielo,  
a través de aéreo velo,  
color gris;  
es más hermosa la luna  
y cada estrella más que una  
flor de lis.

### II

Otras veces sólo ansío  
bogar en firme navío  
a existir

en algún país remoto,  
sin pensar en el ignoto  
porvenir.

Ver otro cielo, otro monte,  
otra playa, otro horizonte,  
otro mar;  
otros pueblos, otras gentes  
de maneras diferentes  
de pensar.

¡ Ah! si yo un día pudiera,  
con qué júbilo partiera  
para Argel,  
donde tiene la hermosura  
el color y la frescura  
de un clavel.

Después fuera en caravana  
por la llanura africana,  
bajo el sol,  
que, con sus vivos destellos,  
pone un tinte a los camellos  
tornasol.

Y cuando el día expirara.  
mi árabe tienda plantara  
en mitad  
de la llanura ardorosa  
inundada de radiosa  
claridad,

cambiando de rumbo luego,  
dejar el país del fuego  
para ir

hasta el imperio florido  
en que el opio da el olvido  
del vivir.

Vegetara allí contento  
de alto bambú corpulento  
junto al pie,  
o aspirando en rica estancia  
la embriagadora fragancia  
que da el té.

De la luna al claro brillo  
iría al Río Amarillo  
a esperar  
la hora en que, el botón roto,  
comienza la flor del loto  
a brillar.

O mi vista deslumbrara  
tanta maravilla rara  
que el buril  
de artista, ignorado y pobre,  
graba en sándalo o en cobre  
o en marfil.

Cuando tornara el hastío  
en el espíritu mío  
a reinar,  
cruzando el inmenso piélago  
fuera a taitiano archipiélago  
a encallar.

A aquel en que vieja historia  
asegura mi memoria  
que se ve

el lago en que un hada peina  
los cabellos de la reina  
Pomaré.

Así errabundo viviera,  
sintiendo toda quimera,  
rauda, huir,  
y hasta olvidando la hora  
incierta y aterradora  
de morir.

### III

Mas no parto. Si partiera,  
al instante yo quisiera  
regresar.  
¡Ay! ¿Cuándo querrá el Destino  
que yo pueda en mi camino  
reposar?

### PAISAJE DEL TROPICO

Polvo y moscas. Atmósfera plomiza  
donde retumba el tabletear del trueno  
y, como cisnes entre inmundo cieno,  
nubes blancas en cielo de ceniza,

el mar sus ondas glaucas paraliza  
y el relámpago, encima de su seno,  
del horizonte en el confín sereno  
traza su rauda exhalación rojiza,

El árbol soñoliento cabecea,  
honda calma se cierne largo instante,  
hienden el aire rápidas gaviotas,

El rayo en el espacio centellea  
y sobre el dorso de la tierra humeante  
baja la lluvia en crepitantes gotas.

ISMAEL E. ARCINIEGAS

Colombiano

1865

ACUARELAS

I

*El bajo Magdalena*

Subiendo el barco aceza.  
El río, somnoliento. Sol. Pereza.  
Inquietud y calor. Bancos, más bancos  
de arena. Cielo azul. Bosques y barrancos.  
Y sobre el agua turbia, que dormita,  
y de una y otra playa entre lo verde,  
como un blanco pañuelo que se agita,  
una garza que vuela y que se pierde...

II

*Mediodía*

Polvo, cansancio y sol. Y un torbellino  
de polvo, y otro..., y otro de continuo  
en la aridez desierta del camino.

De la montaña en el oscuro flanco,  
junto al río, a la luz radia un barranco  
de color ocre. El cielo es casi blanco.

Tronco erecto, sin hojas, como una asta,  
corta el confín. Y en la llanura vasta  
el sol refulge y el rebaño pasta.

### III

#### *Marina*

Listo a zarpar el barco,  
sopla como si fuera enorme fuelle.  
Al puerto, cielo y mar forman un marco  
azul. Despierta entre el bullicio el muelle.

En la desierta playa,  
una palmera el horizonte raya.

Peces, al sol vivaces  
las escamas, del mar los alcatraces  
rápidos sacan. Negro el humo asciende.

Van en bandadas pájaros fugaces.

Y blanca vela hiende  
la trémula bahía, mientras fragua  
el sol que vivo esplende  
como un jardín en el cristal del agua.

### IV

#### *Gris*

Cercas de piedra cortan la llanura.  
El cielo, gris. Una casita blanca.  
En el cerro, unas manchas de verdura.  
y abajo, un pozo que el guadal estanca.

El pajonal con un susurro leve  
tiembla. Se apaga el horizonte turbio,  
y de un techo lejano en el suburbio  
del pueblo, el humo sube lento.  
Llueve.

En el campo hay modorra,  
y en el límite gris de la pradera  
un carro va por la ancha carretera,  
y en el vago crepúsculo se borra.

## V

### *En la playa*

El mar contra el escollo  
una lluvia de lirios parecía,  
y entre el susurro del palmar se oía,  
lejos, la queja de un cantar criollo.

Llegaban a tus pies espumas rotas  
en cambiantes de luz rosada y lila,  
y entre un vuelo callado de gaviotas  
se dormía la tarde en tu pupila.

## VI

### *El anochecer*

Canta la fuente en el jardín. La tarde  
se apaga, seda y oro, y una nube  
en el ocaso entre arboles arde.  
Baja la noche. El pensamiento sube.

En torno, sombras, Entra,  
Todo en reposo. El bosque es negra mancha.  
La visión del espíritu se ensancha  
y el alma en el recuerdo se concentra.

En las manos la frente taciturna.  
Sueño. Sombras. Callada la arboleda.  
Todo se ha ido...

En la quietud nocturna  
el rumor de la fuente sólo queda.

*El reproche*

Entre los temblorosos cocoteros  
sollozaba la brisa; y en la rada,  
del ocaso los rayos postrimeros  
eran como una inmensa llamarada.

Al oír mi reproche  
se apagaron en llanto sus sonrojos,  
y fué cual pincelada de la noche  
el cerco de violetas de sus ojos.

Y al confesar su culpa,  
su voz era sollozo de agonía,  
y la blancura de su tez fingía  
del coco tropical la nivea pulpa.

## EN COLONIA

En la vieja Colonia, en el oscuro  
rincón de una taberna,  
tres estudiantes de Alemania un día  
bebíamos cerveza.  
Cerca el Rhin murmuraba entre la bruma,  
evocando leyendas,  
y sobre el muerto campo y en las almas  
flotaba la tristeza.  
Hablamos del amor, y Frank, el triste,  
el soñador poeta,  
de versos enfermizos cual las hadas  
de sus vagos poemas:  
"Yo brindo—dijo—por la amada mía,  
la que vive en las nieblas,

en los viejos castillos y en las sombras  
de las mudas iglesias;  
por mi pálida Musa de ojos castos  
y rubia cabellera,  
que cuando entro de noche en mi buhardilla  
en la frente me besa."

Y Kari, el de las rimas aceradas,  
el de la lira enérgica,  
cantor del Sol, de los azules cielos  
y de las hondas selvas;  
el poeta del pueblo, el que ha narrado  
sus campestres faenas,  
el de los versos que en las almas vibran  
cual músicas guerreras:  
"Yo brindo—dijo—por la Musa mía,  
la hermosa lorenesa  
de ojos ardientes, de encendidos labios  
y riza cabellera;  
por la mujer de besos ardorosos,  
que espera ya mi vuelta  
en los verdes viñedos donde arrastra  
sus aguas el Mosela."  
"Brinda tú"—me dijeron. Yo callaba,  
de codos en la mesa,  
y ocultando una lágrima, alcé el vaso  
y dije con voz trémula:  
"¡Brindo por el amor que nunca acaba!",  
y apuré la cerveza;  
y entre risas y gritos, exclamamos:  
"¡Por la pasión eterna!",  
y seguimos risueños, charladores,  
en nuestra alegre fiesta...  
Y allí mi corazón se me moría,  
se moría de frío y de tristeza.

# FABIO FIALLO

Dominicano

1865

## MISTERIO

Flota tu imagen pensativa y casta  
en mis versos de amor,  
como flota en los pétalos de un lirio  
perfume embriagador.

Pero en mis ritmos no busquéis el nombre  
de la que causa mi perpetuo afán,  
que nunca en los alambres de mi lira  
su nombre vibrará.

Sólo al morir revelaré el misterio  
que guarda el corazón.  
¡Sólo al morir..., cuando en mis labios sea  
su dulce nombre mi postrer canción!

## ESQUIVA

Nunca su mano se posó en mi mano,  
nunca gocé su cándida sonrisa,  
y el murmullo que debe ser su acento  
ni una vez refrescó mi oculta herida.

Cuando el azar la pone en mi sendero,  
ella me esquiva, casta y temblorosa,  
y yo finjo no verla, en mi cuidado  
de no causarle la menor congoja.

Mas cuando voy ya lejos en mi ruta,  
siento detrás de mí volar sus ojos,  
cual dos abejas que su dulce carga  
vinieran a dejar sobre mis hombros.

## TU NOMBRE

¡Oh, tú, cuyo nombre dulce  
guardo oculto, por temor  
de que en mis labios resuene  
como una profanación!

Bien sabes que si ese nombre  
nunca digo en alta voz,  
mil veces, mil, lo repito  
en mi callada oración.

cuando, a solas, me prosterno  
ante aquel que floreció  
de estrellas la noche umbría,  
y puso en mi alma tu amor.

## ES EL AMOR QUE LLEGA

*A una novia.*

Ese rumor extraño  
que en tu alcoba resuena,  
y ora es arrullo de aves  
que en la sombra se besan,  
ora es canción dulcísima,  
ora es risa, ora es queja,  
y a veces te acongoja,  
y otras veces te alegra...

Ese rumor que súbito  
de noche te despierta,  
con la nívea garganta  
de suspiros repleta,

la impresión en los labios  
de otros labios que queman,  
v cercadas de sombras  
tus pupilas inmensas...

Mientras corren tus lágrimas  
por un ansia secreta,  
que tú misma no sabes  
si es de gozo o tristeza:  
¡Ay, si es dicha, qué amarga!  
¡Ay, qué dulce si es pena!...  
¡Ese rumor extraño  
es el amor que llega!

## PLENILUNIO

Fué un suave rozar de labios  
sobre sedosos cabellos,  
DULCE MARÍA BORRERO

*A Américo Lugo.*

Por la verde alameda, silenciosos,  
íbamos ella y yo,  
la luna tras los montes ascendía,  
en la fronda cantaba el ruiseñor.  
Y le dije... No sé lo que le dije  
mi temblorosa voz...  
En el éter detúvose la luna,  
interrumpió su canto el ruiseñor,  
y la amada gentil, turbada y muda,  
al cielo interrogó.

¿Sabéis de esas preguntas misteriosas  
que una respuesta son?  
Guarda, ¡oh, luna, el secreto de mi alma;  
cállalo, ruiseñor!

## RIMA PROFANA

La blanca niña que adoro  
lleva al templo su oración,  
y, como un piano sonoro,  
suena el piso bajo el oro  
de su empinado tacón.

Sugestiva y elegante,  
toca apenas con su guante  
el agua de bautizar,  
y queda el agua fragante,  
con fragancia de azahar.

Luego, ante el ara se inclina,  
donde un Cristo de marfil,  
que el fondo oscuro ilumina,  
muestra la gracia divina  
de su divino perfil.

Mirándola, así, de hinojos,  
siento invencibles antojos  
de interrumpir su oración,  
y darle un beso en los ojos  
que estalle en su corazón.

## RUEGO

Al corazón le place sentirse a veces niño,  
y sacúdese entonces de la sangre de Abel;  
recobra sus sonrisas, sus vellones de armiño,  
sus quimeras con alas, sus panales de miel.

Y en la garganta sube con rumor de cascada,  
como agua la más pura de oculto manantial,  
fresca, límpida, suave, la plegaria olvidada  
que en el pecho nos puso la dicción maternal...

Tal sentí en tu jardín, al verte ayer, mi hermosa,  
por la sangre del labio, clavel más que el clavel;  
por la fina elegancia, rosa más que la rosa;  
y lirio más que el lirio, por candor de la piel.

Y al punto a mi memoria, en una onda muy mansa,  
del lejano recuerdo acudió una oración;  
no la que rezo a diario, con la sed de venganza  
que un Dios impuso al alma por su ley del Talión.

Sino este dulce ruego que el amor es quien sella:  
—¡No abandonéis su mano, oh, buen Niño Jesús!  
¡Si hay sombras a su paso, encended una estrella;  
si algún peso la aguarda, arrojadlo en mi cruz!

¡OH, MANO, SEMEJANTE A BLANCA FLOR!

La añosa encina cuya verde fronda  
era como un hierático pendón  
de fúlgida esmeralda  
enarbolado al sol.

Aquella en cuya rama más erguida  
su hogar feliz un pájaro colgó,  
y allí, mañana y noche  
alzaba su canción.

Aquella que ostentaba en su corteza,  
hondamente grabado un corazón;  
y una frase también... ¡Oh!, de esas frases  
sin importancia, al uso del amor.

¡Yace por tierra! ¡Y el risueño nido,  
y el verde lujo desplegado al sol,  
y la alta copa erguida hasta las nubes,  
viles despojos por el suelo son!

Que en el silencio de la oscura noche  
inícuo mano sin piedad la hirió,  
para borrar, tal vez, la frase amante  
convertida, ¡ay!, en dato acusador.

---

Yo sé también de otra falaz promesa  
incrustada en un noble corazón,  
y de una mano que arrancarla quiso  
y sin piedad la entraña destrozó.

¿Cómo pudiste tanto mal causarme,  
¡oh, mano!, semejante a blanca flor?  
¡Oh, manos, que en los labios tantas veces  
su suavidad dejáronme y su olor!

### ASTRO MUERTO

La luna, anoche, como en otro tiempo,  
como una nueva amada me encontró;  
también anoche, como en otro tiempo,  
cantaba el ruiseñor.

Si como en otro tiempo, hasta la luna  
hablábame de amor,  
¿por qué la luna, anoche, no alumbraba  
dentro mi corazón?

### TRAS SUS HUELLAS

En la horrible orfandad de su partida  
con tres indicios me lancé a buscarla:  
su cariño a las flores, su dulzura  
y su exquisita ingenuidad cristiana.

Corrí al jardín; y aroma de su carne  
sentí mezclarse al de las rosas cándidas:  
—Por vida de tus flores, jardinero,  
dime, si ella está aquí, ¿dónde la guardas?

—En carrera fugaz cruzó mis siembras;  
más doquiera posó su breve planta,  
el cardo agudo se volvió una rosa,  
limpido manantial la turbia charca.

Un buen hombre topé que su rebaño  
conducía a pacer en la sabana:  
—Por tu más inocente corderillo,  
dime, pastor, si estuvo en tu cabaña.

—Sólo un instante iluminó mi choza  
la dulce luz que su presencia irradia;  
mi colmena se fué tras su sonrisa,  
y tras sus hombros mis palomas blancas.

Entregado a la Biblia y al cilicio  
encontré un grave asceta en la montaña:  
—Dime, santo varón, sobre tu libro,  
¿no la viste inclinar su frente pálida?

—En rápida ascensión a lo infinito,  
como un perfume su divina gracia  
derramó en mi cabeza pecadora,  
y se esfumó en la nube que pasaba.

# ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Colombiano

1869

## L O S O J O S

Ojos hay soñadores y profundos  
que nos abren lejanas perspectivas;  
ojos cuyas miradas pensativas  
nos llevan a otros cielos y a otros mundos;

ojos como el pesar, meditabundos,  
en cuyo fondo gris vagan esquivas  
bandadas de ilusiones fugitivas,  
como en el mar, alciones errabundos.

Ojos hay que las penas embellecen  
y dan el filtro de celeste olvido  
a los que al peso de su cruz fallecen;

ojos tan dulces como el bien que ha sido,  
y que en su etérea vaguedad, parecen  
astros salvados del Edén perdido.

## P A N O R A M A

Desde la escueta y solitaria altura,  
suelto eslabón de la cadena andina,  
la mirada, perdiéndose, domina  
la solemne extensión de la llanura.

Sol tropical en el cenit fulgura;  
flota a lo lejos cálida neblina;

y la grey, perezosa, se reclina  
sobre el tupido manto de verdura.

En la vasta planicie se retrata  
la sombra de una nube que navega  
del lejano horizonte a los extremos;

o alguna garza de plumón de plata  
que de las brisas al vaivén se entrega,  
vuelos atrás los recogidos remos.

#### A M A L F I

Desde el balcón de secular convento  
que sobre el risco inabordable anida,  
miro a mis pies la mar adormecida,  
y en ella retratado el firmamento.

El rumor de las aguas y del viento  
a reposar en inacción convida,  
y en las ondas serenas de la vida  
se mece, aletargado, el pensamiento.

Región feliz, tu etérea dulcedumbre  
ciñe de refulgentes aureolas  
las nieblas de la humana pesadumbre.

Y el alma anhela, en tus riberas solas,  
dilatarse en los átomos de lumbre  
y extinguirse en el ritmo de tus olas.

# INDICE

---

	<i>Páginas.</i>
<b>NOTA PRELIMINAR</b> .....	12
<b>Pedro de Oña (chileno), 1560:</b>	
Fragmentos del Canto V del «Arauco Domado» .....	19
<b>Sor Juana Inés de la Cruz (mexicana), 1651-1691:</b>	
A su retrato .....	27
Pyramo y Tyspe .....	28
Décimas .....	28 y 32
Redondillas .....	29
Auto sacramental del Divino Narciso (fragmento) .....	35
Sonetos .....	37 y 38
<b>Madre Francisca Josefa del Castillo (colombiana), 1611-1743:</b>	
Deliquos del Divino Amor .....	39
<b>Maestro Jacinto Huelva (ecuatoriano), hacia 1675:</b>	
A la rosa (romance) .....	41
<b>Pablo de Olavide (peruano), 1725:</b>	
Ecos de Olavide .....	43
<b>Fray Manuel de Navarrete (mexicano), 1768-1809:</b>	
La Divina Providencia (poema eucarístico dividido en tres cantos) .....	46
<b>Andrés Bello (venezolano), 1780-1865.</b>	
Alocución a la Poesía (fragmento) .....	50
La agricultura de la zona tórrida (silva americana) .....	56
La oración por todos (imitación de Víctor Hugo) .....	67
<b>José Joaquín de Olmedo (ecuatoriano), 1780-1847:</b>	
La victoria de Junín (canto a Bolívar) .....	74

<b>José Joaquín de Pesado (mexicano), 1801-1861:</b>	
La lid de gallos ... ..	86
Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba:	
La fuente de Ojozarco ... ..	88
Los aztecas... ..	89
<b>José María de Heredia (cubano), 1803-1889:</b>	
En el teocalli de Cholula ... ..	91
Atenas y Palmira ... ..	95
Versos escritos en una tempestad ... ..	97
Niágara ... ..	99
<b>Esteban Echeverría (argentino), 1805-1851:</b>	
Avellaneda (canto primero) ... ..	103
El ángel caído ... ..	107
Contestación ... ..	110
La ausencia... ..	112
La cautiva (primera parte): El desierto ... ..	114
Desco... ..	120
<b>Antonio Ros de Olano (venezolano), 1808-1887:</b>	
Sin hijo ... ..	120
En la soledad ... ..	121
Mansa lluvia ... ..	122
<b>Juan María Gutiérrez (argentino), 1800-1878:</b>	
A mi caballo ... ..	123
Recuerdo ... ..	120
<b>Rafael M. Baralt (venezolano), 1810-1860:</b>	
A una flor marchita ... ..	127
Adiós a la Patria ... ..	131
<b>Manuel José Cortés (boliviano), 1811-1865:</b>	
A la naturaleza del Oriente de Bolivia ... ..	134
<b>Juan Diéguez (guatemalteco), 1813-1865:</b>	
La garza (fragmentos) ... ..	136
<b>José Joaquín Ortiz (colombiano), 1814-1892:</b>	
Los colonos ... ..	140
Vasco Núñez de Balboa (fragmentos) ... ..	151
<b>Gertrudis Gómez de Avellaneda (cubana), 1814-1843:</b>	
Paseo por el Betis ... ..	150
A... ..	161
A la Poesía ... ..	162
A él ... ..	163
Amor y orgullo ... ..	166

<b>José Eusebio Caro (colombiano), 1817-1853:</b>	
El ciprés .....	169
En boca del último Inca .....	171
En alta mar .....	172
<b>Julio Arboleda (colombiano), 1817-1862:</b>	
La Nueva Patria .....	174
<b>José Mármol (argentino), 1818-1871:</b>	
Los trópicos .....	182
Las nubes .....	186
A Rosas, el 25 de mayo .....	192
<b>Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido (cubano), 1818-1844:</b>	
La luna de enero .....	196
La flor del café .....	198
Plegaria a Dios .....	200
<b>Hermógenes de Irisarri (chileno), 1819-1886:</b>	
Himno a María .....	201
<b>José Heriberto García de Quevedo (venezolano), 1810-1871:</b>	
La pobre madre .....	204
Soneto.—¡A Italia! .....	208
<b>María Josefa Mujía (boliviana), 1820-?:</b>	
El árbol de la esperanza .....	213
<b>José Pardo y Allaga (peruano), 1820-1873:</b>	
A la Independencia de América (fragmento) .....	214
<b>Ricardo José Bustamante (boliviano), 1821-1884:</b>	
Preludio al Mamoré (fragmento) .....	217
<b>Rafael María de Mendive (cubano), 1821-1886:</b>	
La flor del agua .....	219
A un arroyo .....	222
<b>Abigail Lozano (venezolano), 1821-1886:</b>	
Dios .....	226
A la noche .....	227
<b>José Ramón Yepes (venezolano), 1822-1881:</b>	
Niebla.—Himno epitalámico .....	230
<b>Eusebio Lillo (chileno), 1826-1910:</b>	
El Imperial .....	231
A la violeta .....	235

<b>Gregorio Gutiérrez González (colombiano), 1827-1872:</b>	
Aures ... ..	238
De la Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia ... ..	240
<b>Carlos Guldo Spano (argentino), 1827-1918:</b>	
Marmórea ... ..	244
Nenia ... ..	240
Amira ... ..	247
<b>Guillermo Blest Gana (chileno), 1829-1904:</b>	
Soneto ... ..	248
<b>Carlos Augusto Salaverry:</b>	
Mi poema ... ..	248
Acuérdate de mí ... ..	249
<b>Julio Zaldumbide (ecuatoriano), 1833-1887:</b>	
La tarde ... ..	251
Al sueño ... ..	255
<b>Diego Fallón (colombiano), 1834-1905:</b>	
La luna (fragmentos) ... ..	257
<b>Juan Clemente Zenea (cubano), 1834-1871:</b>	
Fidelia ... ..	260
Entonces ... ..	263
En días de esclavitud ... ..	265
<b>José Rosas Moreno (mexicano), 1838-1883:</b>	
El Zentzontle ... ..	266
<b>Manuel María Flores (mexicano), 1840-1885:</b>	
Eva ... ..	270
<b>Olegario Víctor Andrade (argentino), 1841-1882:</b>	
Atlántida (fragmentos) ... ..	277
<b>Manuel González Prada (peruano), 1844-1918:</b>	
Triplet ... ..	283
Placeres de la soledad.—Vivir y morir ... ..	284
Ritmo soñado.—Triplet ... ..	285
<b>Juan Antonio Pérez Bonalde (venezolano), 1846-1892:</b>	
Vuelta a la Patria ... ..	286
<b>José Gautier Benítez (portorriqueño), 1846-1892:</b>	
¡Puerto Rico! (fragmentos) ... ..	292
<b>Manuel de Acuña (mexicano), 1849-1873:</b>	
Nocturno ... ..	296

<b>Rafael Obligado (argentino), 1851-1920:</b>	
Santos Vega ... ..	300
<b>Juan de Dios Peza (mexicano), 1852-1910:</b>	
En mi barrio ... ..	317
<b>José Martí (cubano), 1853-1895:</b>	
Mi verso.—Para Aragón ... ..	320
De cara al sol ... ..	321
Los hombres de mármol ... ..	322
Amor de ciudad grande ... ..	323
Versos sencillos ... ..	325
Arbol del alma ... ..	334
<b>Salvador Díaz Mirón (mexicano), 1853-1928:</b>	
Beatus illo ... ..	334
A Gloria ... ..	336
A ella ... ..	338
El fantasma ... ..	339
Dentro de una esmeralda.—Ejemplo ... ..	340
Idilio ... ..	341
<b>Pedro B. Palacios, «Almafuerte» (argentino), 1854-1917:</b>	
Paralela ... ..	347
A tus pies ... ..	348
Cantar de los Cantares ... ..	349
<b>Juan Zorrilla de San Martín (uruguayo), 1855-7:</b>	
Tabaré (fragmentos) ... ..	354
<b>Calixto Oyuela (argentino), 1857-1935:</b>	
Ensueño ... ..	363
<b>Manuel José Othon (mexicano), 1858-1906:</b>	
En el desierto ... ..	364
Envío.—Soneto ... ..	369
Ocaso ... ..	369
<b>Manuel Gutiérrez Nájera (mexicano), 1859-1895:</b>	
La duquesa Job ... ..	370
Para entonces ... ..	373
De blanco ... ..	374
Después .. ..	376
Pax animae ... ..	379
La serenata de Schubert ... ..	383
La cena de Nochebuena ... ..	380
En alta noche ... ..	390

## José Asunción Silva (colombiano), 1860-1896:

Crepúsculo .....	301
Primera comunión.—Nocturnos .....	396
Ars .....	399
Vejez .....	400
¿...? .....	401
Un poema .....	402
Oración.—Paisaje tropical .....	404
Día de Difuntos .....	405

## Leopoldo Díaz (argentino), 1862:

Los conquistadores .....	409
Símbolo.—La tumba de Anacreón .....	410
El ánfora.—Profesión de fe .....	411
El Amazonas .....	412
La Quena.—Nydia .....	413

## Pedro Antonio González (chileno), 1863-1905:

Mi vela .....	414
---------------	-----

## Francisco A. de Icaza (mexicano), 1863-1925:

En la noche .....	415
Aldoa andaluza .....	416
Estancias .....	417
Otoño .....	418
La canción del camino.—La sombra .....	419
En la selva.—Madrigal de la Muerte.—Paisaje de sol .....	420
Calla .....	421
Tonos del paisaje .....	422
Para el pobrecito ciego .....	423

## Julián del Casal (cubano), 1863-1893:

Bohemios .....	423
Rondeles .....	425
Recuerdo de la infancia .....	427
Día de fiesta.—Neurosis .....	428
Esquivez .....	430
En el campo .....	431
Tardes de lluvia .....	433
Bajorrelieve .....	434
El camino de Damasco .....	437
Pax animae .....	437
Nostalgias .....	438
Paisaje del Trópico .....	441

## Ismael E. Arciniegas (colombiano), 1865:

Acuarelas .....	442
En Colonia .....	445

**Fabio Fiallo (dominicano), 1865:**

Misterio.—Esquiva	447
Tu nombre.—Es el amor que llega	448
Plenilunio	449
Rima profana.—Ruego	450
¡Oh, mano, semejante a blanca flor!	451
Astro muerto.—Tras sus huellas	452

**Antonio Gómez Restrepo (colombiano), 1860:**

Los ojos.—Panorama	454
Amalfi	455

Este Libro es propiedad de la Biblioteca  
Nacional de la Unión de la Cultura  
Su Venta es por la Ley



E0040426

FER1 (Ej. 1 T. 1)